Luis Mateo Díez

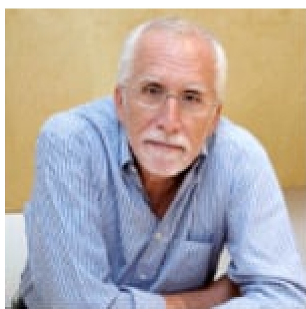
Mis delitos como animal de compañía



MIS DELITOS COMO ANIMAL DE COMPAÑÍA

LUIS MATEO DÍEZ

Galaxia Gutenberg



LUIS MATEO DÍEZ

(Villablino, León, 1942) es uno de los más destacados narradores del panorama de las letras contemporáneas. En su fecunda producción cabe citar novelas como *La fuente de la edad* (1986) —con la que obtuvo el premio de la Crítica y el premio Nacional de Narrativa—, *El expediente del náufrago* (1992), *Camino de perdición* (1995), *Fantasmas del invierno* (2004), *La soledad de los perdidos* (2014) y *Vicisitudes* (2017). Con *La ruina del cielo* fue distinguido de nuevo en el año 2000 con el premio de la Crítica y el Nacional de Narrativa. *El reino de Celama* (2003) reúne sus tres novelas ambientadas en ese territorio imaginario, y *El árbol de los cuentos* (2006) aporta también a un género narrativo que cultiva con asiduidad. El volumen *Fábulas del sentimiento* (2013) recoge las doce novelas cortas de ese ciclo narrativo. Es miembro de la Real Academia Española, premio Castilla y León de las Letras y premio de Literatura de la Comunidad de Madrid. También ha obtenido los premios Ignacio Aldecoa de cuentos, Café Gijón de novela corta, Miguel Delibes, Observatorio D'Achtall de Literatura y Rivas Cherif por la adaptación teatral de Celama. En este mismo sello ha publicado *La piedra en el corazón* (2006), *El animal piadoso* (2009), *La cabeza en llamas* (2012), que fue distinguida con el premio Francisco Umbral al libro del año, *Los desayunos del Café Borenes* (2015), *El hijo de las cosas* (2018) y *Los ancianos siderales* (2020). Su obra se ha traducido a otras lenguas y ha sido llevada al cine y al teatro. En 2020 fue galardonado con el Premio Nacional de las Letras Españolas.

El protagonista de esta novela tiene la cabeza volada, padece un trastorno que le lleva a la deriva pero no le impide mantener una desquiciada lucidez.

Su vida es un deambular lleno de incidentes que toman forma en su imaginación y conciencia y de los que va dando cuenta como si al

narrarlos liberara la tensión de sus obsesiones o pudiese encontrar una justificación a sus padecimientos.

El protagonista es dueño de esa desquiciada lucidez que se plasma de manera tan contundente en el relato que puede llegar a envolver a los lectores hasta límites impensables y acaso sumirlos en la sospecha de que su padecimiento proviene del tiempo y el mundo trastornado en el que tan alteradamente sobrevive.

Una suerte, al fin, de trastorno universal que atañe a la sociedad actual y a sus desconciertos y perplejidades, y que avala el sentido último de esta fábula tan divertida como perturbadora.

Es fundamentalmente la novela de una voz, la de ese inolvidable personaje, y de un reto literario poco frecuente en su ambición simbólica, y que responde a la obra de un escritor tan peculiar como imprescindible que ha llegado al límite de su maestría.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre de 2022

Imagen de portada: *Light*, de Tommy Ingberg

Conversión a formato digital: Fotocomposición gama, sl
ISBN: 978-84-19075-94-9

Para Jaime D. Álvarez

I

EL GUSANO EN LA CUEVA DEL TRASTORNO

1

Para andar listo, nada mejor que la torpeza, y mientras menos se sepa de lo que somos, mayores posibilidades de subsistir sin que nadie se entere.

Lo pienso por la mañana, cuando al levantarme dejan de existir las emociones que me acompañaron en el sueño y estoy como recién resucitado, sin otra cosa que una claridad de ideas para que mi existencia sea menos vagarosa, más real e incierta, sin pausa ni aceleración, contradictoria si viene a cuento, pero nítida en las sensaciones que puede producirme mirar por la ventana sin que nadie me vea.

Desnudo o con el pijama sucio y nada que añadir a una valoración previa, sin temores ni resabios, sin que las circunstancias de la vida tengan otra dimensión que la del despertar floreciente, aunque persista la mies opaca de lo que el sueño todavía contamina, pero ningún resentimiento, solo la torpeza que me hará libre para ir más suelto, menos reprimido, disimulando cualquier causa y efecto.

Podría contarlo todo si lograra aquilatar los débitos que mantengo con la salud perdida y me dejase llevar por los afanes con que el convaleciente se llena de razón, esperanzado en que ya no quedan anillos en el desorden con que compareció ante quienes juzgaron su causa, sin que el delito fuese mayor que la afrenta con que la vida lo maltrató.

Alguien podría escribirme una novela, si fuese capaz de dictarla, pero no un testimonio ni una confesión llena de desperdicios y adulteraciones, si anduviera listo porque es la torpeza la que me espabila, y ya no queda ni raspa del sueño, si al mirar por la ventana nadie me ve, y esta ciudad por la que voy y vengo no es en la que nací, aunque siga llamándose Armenta y del río Margo que la circunda acaben de rescatar el cadáver de un ahogado que tiene mi documento de identidad con los datos domiciliarios de cuando era joven y la fecha exacta de mi nacimiento.

Un muerto precipitado pero no un muerto prematuro, alguien que obtiene la experiencia de morir un poco para acabar de cerrar el razonamiento de lo que la muerte añade a la vida, ni más ni menos que la solución de continuidad de un trance parecido al de la sucesión de las estaciones, por donde el tren que me lleva hace ya tiempo que descarriló.

En cualquier caso, dicte o no la novela, es la ocasión perdida para no volver a verme, por mucho que el espejo todavía retenga mi imagen, y llegue a través de la ventana la luz del despertar entre los horizontes morados.

2

Vinieron para hacerme uno de los suyos, y era lo que menos quería. Habían pasado ya unas semanas desde que tuve la certeza de que me seguían.

Así puede empezar la cosa, al dictado de esta ocurrencia que me tiene hecho unos zorros.

Unos días eran tres, otros seis, algunos no veía a nadie porque no los había y, sin embargo, al tiempo de salir de casa, cuando ya no iba a ningún sitio, solo a hacer la comprobación, estaba el perro en la esquina y, como no tenía dueño, ya que se trataba del perro abandonado que vivió muchos meses en el portal de la casa de al lado, yo contenía el temor de que me mordiera.

No lo hizo nunca, y cruzaba a su lado sin inmutarme pero ojo avizor, hasta que se produjo el fatal accidente de lo que le conté a Denario sin que él pusiese mucha atención a mis palabras.

Se trataba del suceso del perro atropellado por el camión de la basura.

—En la calle de Fomento, entre Ardiles y Copenhague, donde teníamos aquella timba en la que mataron al otro perro, el de las pulgas, cuando la trituradora dejó de funcionar e hicieron la inspección los de Abastos y Mercados sin que descubrieran la carne del silo, los tajos para las fieras del Malabares y el Safari, dos circos sin alambristas ni trapecio.

Denario tenía las manos escocidas.

Esa manía de lavarlas con el agua hirviendo le quemaba la piel y las uñas y, en parecida proporción, se metía estopa en el cuerpo desnudo para que las varices de las piernas no se abrieran y en el vientre cicatrizase la herida de la operación de colon, cuando ya los pólipos degenerados habían sido extirpados.

—Siempre mueren de forma parecida —me dijo Denario, sin

mirarme— y en cualquier caso, los mate quien los mate, el camión de la basura o la trituradora, la carne tiene igual precio, hayan venido o no los circos con las fieras. No me salgas ahora con remilgos. Los perros mueren con la misma intención, no hay bicho doméstico que no merezca pasar a mejor vida, tú mismo asesinaste al can de Lazada en el corral de Moreda y no fue otra la causa que esgrimiste que la del sol que te cegó los ojos.

—Un perro sin amo, cojo, sin rabo —dije yo compungido—. La codicia no lo dejaba salir del gallinero. Había pollos degollados en el corral, plumas sangrientas, crestas cortadas, huevos rotos en los ponederos, un bicho de la mayor vileza.

Denario alzó la mano derecha para dejarla luego caer como un zarpazo o el gesto del machete. Le quemaba la empuñadura, echaban chispas sus uñas abrasadas y el filo acerado.

—Golpeas, cortas, cribas, deshaces —dijo repitiendo los gestos—. El dolor es como el cansancio. La vida pelada. Lo que se me ahoga entre las manos es lo que contiene el temblor de las mismas. Quiero decirte que cualquier perro es como cualquier cosa, la maldad que nos hace buenos para volver a las andadas, un mendrugo, una chacina.

—Te me vas por las ramas. No soy un asesino, los bichos que tenga en la conciencia y los que tenga pendientes no te conciernen, ni yo mismo llevo la contabilidad. Jamás maté por instinto, siempre por prevención. Los ojos se me cegaron.

Denario me miró antes de escupir.

Ahora el pendiente que le colgaba de la oreja parecía a punto de desprenderse y, si a la primera de cambio, se me ocurriera mordérselo me quedaría con él en la boca, cuatro gotas de sangre, el asco de escupirlo.

Ese era un pendiente de nacimiento, el apéndice que provenía de un antojo del embarazo poco antes de que su madre se quedara tiesa en el parto.

—Qué me puede importar ese perro y el camión de la basura. Menudo destino ganó el animal. Lo atropellan, lo matan, lo cargan y se lo llevan al basurero. Eso sí que me hace recordar las noches que tú y yo pasamos juntos, rebuscando en la basura para convencernos de que éramos mendigos, aquellos meses, cuando estabas menos malo, en que se te ocurrió liarme para ir a los basureros de Cejo y de Cambrines, hasta llegar a los de las clínicas y el cementerio químico donde los envases nos produjeron urticaria y una cagalera que nos

dejó en los huesos. Envases, gasas, jeringuillas. Cuando Calero se pinchó en la yema le salió pus con la sangre. Cuántos bichos no habríamos destripado.

La mecha se me encendió al oír nombrar a Calero, podía ser uno de mis perseguidores, de los que querían hacerme suyo.

El perro y la basura me la traían floja. Los que venían a cogerme lo acabarían haciendo me pusiera como me pusiera.

Soy un prófugo. Soy un prisionero. Un perseguido.

Calero no destacaría entre ellos, pero no podía descartar que varios fueran hermanos, siameses o no, y algunos primos carnales o amigos de ocasión, todos, eso sí, conchabados para cazarme.

Tengo un trastorno, también una enfermedad renal y un hematoma en salva sea la parte.

Soy de lo que no hay.

Dios hizo de mí un dechado, pero las enfermedades no matan, mata la mano que sale de ellas para amargarle la vida al primer transeúnte, esa mano, esa garra, ese miembro dislocado.

3

Si yo contase en la comisaria de Ciento, en el siete de la calle Reserva, lo que hizo mi mano bipolar cuando estaba agitado, a punto de caer en la depresión pero todavía alocado y elocuente y dando voces por teléfono o en el atril mientras hacía una disertación sobre los restos de la humanidad occidental, si lo contase ante los inspectores atónitos, y con el subinspector Cebada haciéndose cruces, otro gallo me cantara.

Denario podría ponderar mejor mi condición de asesino, no de perros precisamente, canes que ni me van ni me vienen, chuchos desalmados o desamparados, caniches de mierda. Asesino de ideas y de intenciones y, además, un baluarte del trastorno universal.

Mire usted, señor subinspector, lo que quiero hacerle no es exactamente una confesión de parte con las pruebas y las circunstancias. Se trata de aclararle a usted, y a quienes con tanta atención me escuchan, la mentalidad que tengo y también los efectos de la misma, en consonancia con mi condición de enfermo y una cualidad muy mía para los distintos tratamientos y a favor de los diagnósticos. No sé si lo que vale un atestado es más de lo que vale un peine.

La comisaría de Ciento en la calle de la Reserva, justo en el siete, parece un tonel.

Hay guardias armados y una espita para que los detenidos respiren antes de las declaraciones, en el caso de que el subinspector Cebada no tenga ganas de arrimar el hombro y deba ser cualquiera de los subalternos el que le meta el embudo al detenido de turno para que preste la deposición, si en el interrogatorio no hay otros testigos que los dos percheros y el paragüero donde la policía deja las pertenencias.

En el cuerpo de guardia se juega al parchís o a la oca.

Nunca entendí el esfuerzo de los cuerpos de seguridad para emboscarse, y menos en edificios de dos plantas y terraza o patio de luces, lo que en cualquier barrio está al cabo del día, sin que el tonel tenga otra indicación urbana que la preponderancia de sus

incrustaciones: menos luces, pocas ventanas, un armazón de cemento. Lo que podría considerarse la intemerata de alguna resolución poco canónica, si se diera el caso de que subido en el atril tuviera yo que hacer otra disertación sobre los usos y costumbres de la humanidad puesta en peligro, con la variante de los barrios bajos y los arrestos domiciliarios.

—No me vengas con más de lo mismo —me dijo el subinspector, cuya hechura corporal semejaba a un barril de amontillado—. Estás fichado. Tienes antecedentes. Das grima. Das retortijones. Si el cabo Bieito estuviera de guardia ya te habría dado para el pelo. Esa suerte tienes, a su señora la atropelló el mismo tranvía que en la avenida de los Filantros se llevó por delante al chiri de la circulación y a un migrante indocumentado. Las rechiflas las metes donde te quepan, no me amueles.

—Era el honor lo que estaba en entredicho —quise responder, y tuve la certeza de que el subinspector Cebada sería abducido por los extraterrestres que ya, desde tiempo inmemorial tenían en Armenta, la ciudad que habito, una estación pecuaria con sus albaranes en regla, todo dispuesto desde que tengo uso de razón.

Iban a llevarnos a un mundo galáctico sin la mínima sombra de duda, sabiendo, como ya se ha visto en otras novelas de autor desconocido, que Armenta es una de esas Ciudades de Sombra que no merece la pena recordar, aunque en algunas de ellas tuvieran las novelas una rara geometría que pudo exasperar a los lectores.

Eso no iba a sucederle al subinspector, tampoco a Denario y, menos que a nadie, al perro que atropelló el camión de la basura o al que, según Denario, yo había asesinado en el corral de Moredo, un can de Lazada que fue esbirro en las huestes meridionales, las que en tiempos remotos hicieron de Armenta un bastión de la cristiandad atemorizada, sin que todavía hubiese llegado la morisma.

—Era el honor, querido agente —dije con la soltura que me es propia cuando soy detenido—. El honor en la raya más alta del comportamiento humano, por mucho que en los basureros solo existan residuos de las civilizaciones descuartizadas, desechos de la sociedad de consumo. El honor como referente, la probidad y la hombría de bien.

—Te doy dos hostias —me amenazó el subinspector Cebada y, antes de proceder a ello, esgrimió el arma reglamentaria, la amartilló y fue un momento a los servicios para cambiar el agua al canario,

según me advirtió uno de los inspectores presentes que, además de descojonarse de risa, se estaba afeitando con una guadaña—. Te las doy y las recupero para volver a dártelas —siguió diciendo el subinspector Cebada mientras se abrochaba la bragueta—, de modo y manera que ya no tendrás que comulgar por las pascuas floridas de los próximos sexenios, ni hacer gárgaras en la pila bautismal de la iglesia del Sepelio, donde los padres aretinos cristianan a los rezagados que se quedaron sin progenitores. La camada que te doy no se la salta un gitano ¿o es que te reventaron los tímpanos antes de entrar…?

4

No es un cuerpo de guardia lo que más añoro.

Tampoco me avengo a la vida perdularia.

En cualquier esquema más o menos reducido puedo hallarme a gusto.

He trajinado. Pronto fui protervo. Las ganas en general me desaparecieron con las enfermedades.

Cuando el niño mamaba, la teta me parecía pequeña. Cuando de mayor conocí otras tetas, todas me parecieron descomunales y fue en esas ocasiones cuando más me acordé de mi madre, de sus cuidados y carantoñas, de la pena de perderla cuando todavía era lactante.

También de la gracia que me hizo ver a mi padre romper una silla en la ventana mientras gritaba que los paisajes de su existencia se habían borrado para siempre y jamás volvería a sentarse ante ninguno de ellos, ocasión que aprovecharon los parientes para desvalijar el inmueble y momento que aproveché para hacerme con el biberón de mi hermano pequeño que ya nunca jamás volvió a reclamar lo que no era suyo.

—No se trata, mamón, de la infancia y sus contrariedades —gritó el subinspector, que tras amartillar el arma reglamentaria y abrocharse la bragueta se había desmelenado, descubriendo a los presentes su condición de calvorota al tiempo que la peluca sobrevolaba el armero y las municiones y quedaba colgada en un cuerno del perchero, muy cerca del banderín de enganche—. No hay honor que valga. No me busques que me encuentras, no me sobes la chepa. El niño me la suda. Yo gasto un cuarenta y siete con jardinera, soy pies planos a mucha honra.

—Apenas se trata de un sentimiento de maternidad —dije resolutivo, aunque me temblaban los pantalones, y eso que me los habían quitado, no ya por comodidad en el interrogatorio, sino para que la vergüenza me doblegara, la que es una más de las vejaciones que sufre el enfermo parasitario, y no la peor, todo hay que decirlo—. En aras de la leche materna —rematé ya sin mucha convicción— y por el honor de las matronas ancestrales, a las que dediqué la pasada

semana en el ateneo refractario una charla donde mantuve, a puerta cerrada, el honor de las madres pundonorosas en contra de los padres circunscriptos y la gran rémora en la evolución de la especie. También dije algo del trastorno universal que tanto me afecta.

—No fui a oírte, tontolaba. Nunca me distraje con esas bagatelas en las que los listos se pasan de tales, mientras los tontos les ríen las gracias. Este oficio no permite otras expansiones que la vigilancia y el orden público. Aquí no nos la cogemos con papel de fumar. Ahora te pones los pantalones y aclaras el curso de tus enfermedades, con preponderancia de las contagiosas, que son las que atañen a la policía higiénica.

Estaba confuso.

Me habían quitado el cinturón y con la hebilla me hice un lío. Los guardias jugaban al parchís y fue uno de ellos, que luego me enteré de que era ahijado del lugarteniente, el que me indicó la silla en que debía sentarme para hacer la deposición, sabiendo que en mi condición de estreñido no iba a tener muchas posibilidades.

—Crónico —musité sin que nadie me hiciera caso, cuando ya el lugarteniente Cebada se ausentaba requerido por una denuncia de ludopatía, un gravísimo altercado en el bingo de la plaza Coribia, a dos pasos de la delegación de Promociones y Aperos y no muy lejos de Fomento, entre Ardiles y Copenhague, donde el camión de la basura atropelló al perro, y apenas logré balbucir otra cosa—. Enfermo crónico, sin más cronología que la usual.

—¿Y con eso vamos a tramitar un atestado…? —quiso saber aquel joven policía, cuyo padrino pertenecía al cuadro de mando de la comisaría de Ciento y que, sentado a mi lado, hacía correr el carro de la máquina, un artefacto que chirriaba con las teclas sueltas y el papel cebolla de las copias que le hacía llorar los ojos, sin que todavía yo me hubiera sujetado el pantalón y dándome cuenta de que también él lo llevaba suelto.

—Son crónicas —repetí— y lo son a destajo, sin enmienda alguna, igual que si lloviera y me mojase sin solución de continuidad, con el agua desde la cabeza hasta las rodillas. Crónicas, inveteradas, inmarcesibles, habituales.

—Será suficiente —dijo el ahijado sin inmutarse—. Lo que falte se lo dices a mi padrino cuando te hagan el requerimiento, que en ningún caso será notarial. La vía policial es la competente y, cuando él tenga tiempo y ganas, te seguirá interrogando hasta que cantes lo que debes cantar, si es cierto que tus enfermedades son las que son. Si las hay contagiosas ya te puedes ir preparando.

—Crónicas —volví a decir, con el alma en vilo, mientras el carro de la máquina de escribir salía de los raíles y se estrellaba en una lámpara que estaba apagada.

—Puedes irte —dijo el ahijado—. Con una rúbrica basta, o un garabato si eres analfabeto. En los cuerpos de guardia está reservado el derecho de admisión, pero con los iletrados hacemos la vista gorda.

5

Salía confuso.

Entonces me echaron el alto los centinelas de la puerta de la comisaría, dos en la misma garita, empujándose pero con las armas reglamentarias dispuestas para ser usadas, una de ellas probablemente sin percutor.

Me quedé difuso.

La verdad es que no sabía a cuento de qué venía aquello, no había razón para que me echaran el alto cuando acababan de decirme que me fuera.

El gasto estaba hecho, me habían dado lo que me correspondía, y de lo único que podría quejarme era de la bajeza de haberme sacado del calabozo a gatas e incitándome a ladrar, lo que me hizo recordar al asesino doméstico que andaba suelto y a la jauría alterada, si era posible que un chucho se pasara de listo y llegase a denunciar a su propio dueño.

Aunque, cansado de las perrerías, bien podía haber llegado a la traumática situación de repelerlo, no ya teniendo en cuenta la posible delación, sino, como a mí me sucede con las enfermedades, la crisis que me vacía el ánimo, cuando ya el alma dejó de latir y en la aspereza del sufrimiento espiritual no queda nada, solo eso: rugosidad, escabrosidades, una dureza y un desabrimiento.

Ese fue el detalle, cuando le conté esta parte del procedimiento a Denario, para que él sacase la conclusión de que mi circunstancia de reo no era debida al curso de mis enfermedades, sino a mi mala relación con los animales domésticos, que en una aciaga jornada me había llevado a cometer un asesinato canino.

Se refería, el muy monárquico, al estrangulamiento del can de Lazada en el corral de Moredo, la mañana en que el sol me cegó los ojos y yo tuve una visión alucinógena que me llevó a ese acto

criminal, por mucho que pudiera abogar en mi defensa el que el can me mordió primero el culo y luego las témporas y más tarde la rabadilla, cegándome el sol y sintiéndome al límite de la ofuscación.

Todo ello sin que el can de Lazada dejara de ladrar.

Lo que siguió haciendo tres semanas más tarde cuando en los sueños el culo todavía me supuraba y en las témporas y en la rabadilla los sarpullidos tenían una floración extraña, no menos venenosa que la de la baba del animal rabioso.

Todo lo que hasta ahora cuento me pasaba, a grandes rasgos, un lunes cualquiera del año en curso, casi sin haber tomado los fármacos prescritos, al menos la parte de ellos que corresponde al trastorno.

Ansiolíticos y demás zarandajas, ya que todavía no había adoptado la objeción de conciencia que, en tiempos anteriores, me había permitido librarme del servicio militar, sin haber tenido que confesar a nadie el sufrimiento que me producía la hernia inguinal cuando se me estrangulaba, lo que me hubiese dado mucha vergüenza.

En cualquier caso, si alguien duda de lo que digo, ahora y a lo largo de la novela que podrían escribirme, si fuera capaz de dictarla, no tendría ninguna posibilidad de recabar más datos o contradecirme, ya que de una ficción iba a tratarse, y no me paso de listo por torpe que parezca.

La novela la dictaría sin que mi cabeza tenga el orden necesario que suele exigirse en este cometido, lo que no implica que el desorden acabara siendo un aliciente de la misma, nunca supe atar la vida por el rabo y esa es una de mis cualidades y mi mayor defecto, sin que pretenda pasarme de listo, como ya advertí.

Lo de la objeción llegó más tarde, cuando la psiquiatría demostró su inoperancia, y en la planta de desvalidos y psicóticos de la clínica de la Postergación, en el límite sur de la Armenta más retardataria, la que linda con las escombreras preindustriales y el rebufo del comercio ultramarino, cuya huella preponderante es el esqueleto de un navío que naufragó sin pecios ni pabellón, algunos de los enfermos más agudos procuraron la quiebra de la planta tirando por la ventana a un celador y a una enfermera que, en aquel instante, mantenían relaciones sexuales incompletas o, al menos, no completamente satisfactorias.

6

Hay una teoría sobre las hernias que, en su momento, cuando las padecía todas a la vez, me resultó no menos edificante que consoladora.

Ellas suministraron elementos cruciales a mis padecimientos, aunque mayormente a los corporales, ya que los mentales y del alma tienen otra consignación, sin duda más importante y pundonorosa para la trama de la novela y el tratamiento narrativo de la misma.

Esa teoría se la escuché al doctor Paráclito en una conferencia en el servicio de urgencias del hospital de Corbeta, cuando yo había ingresado harto de protrusiones y úlceras con el balón de oxígeno como prueba pulmonar y una depresión de caballo que me cortaba la respiración y el pulso.

—Son de muy buen diagnóstico las inguinales —dijo el doctor Paráclito al exponer lo que las hernias habían supuesto en su vida, hablando por el fonendo y mostrando en la mano derecha un bisturí con el que acabó cortándose un dedo—, ya que la salida del intestino es orgánica aunque errada, y doy fe de la satisfacción que da remeterlas. Con la inguinal, antes de que se produzca la estrangulación, que es un hecho irreversible y poco agradable, no hay teóricos contratiempos, aunque en mi carrera jamás he visto a nadie estrangulado de ese modo, sin embargo fui testigo de otras estrangulaciones cuando ejercí la medicina forense.

—Malos años profesionales donde los haya —continuó el doctor con cierto énfasis—, ya que según la ejercía me comprometieron en varios chantajes: un tráfico ilegal de formol y una subasta para trasplantes *post mortem* al mejor postor, siempre con intermediarios de casas de juego, bingos y bacarrás, que pujaban por las placentas hasta límites impensables, viéndome impelido, en una ocasión, a ceder mis vías urinarias por el precio desorbitado de un arrendamiento a plazos.

Paráclito era rubiales, tenía muy buen corte de mangas y una notable ojeriza que hacía pensar en el estrabismo o en el ojo clínico de los buenos médicos que, a la primera de cambio, vaticinan el

diagnóstico sin otras pruebas que las de la observación, aunque en mi caso ninguno acertó y los que más se aproximaron metieron la pata hasta el extremo de considerarme un caso perdido.

El doctor no hablaba por hablar.

La conferencia tenía aturdido al auditorio del servicio de urgencias del hospital de Corbeta, y yo la seguía pie a tierra con el balón de oxígeno y el trauma depresivo, pero muy reconfortado por la teoría de las hernias, que tanto concernía a mi salud, igualmente las de disco que las de hiato y las propias inguinales que en mi adolescencia me llevaron por vez primera al quirófano, donde otro doctor Paráclito, muy cirujano y retrechero, se las vio y se las deseó para que en la intervención no se sintiera afectado el pubis, lo que solo logró en parte.

—En la de disco —siguió disertando el doctor, que ya se había cortado el dedo con el bisturí pero no sangraba— la protrusión se compadece con el fragmento de un disco intervertebral que comprime el nervio adyacente y se las hace pasar putas al paciente. Esa protrusión es dura de pelar y no conviene andarse con chiquitas ni tenerla miramientos. Una cosa es estrangularse y otra muy distinta prensarse, apretar o estrujar con el disco como pretexto, sin que en esta situación paradigmática se escuche nada, ni música ni gaitas, apenas el aullido del dolor del paciente convulso.

La de hiato me daba más miedo que ninguna.

El doctor Paráclito se había ido del atril de conferenciante y se acercaba a un encerado a sus espaldas.

No hizo uso de la tiza, la destrozó en los dedos, se limpió el sudor con el cepillo de borrar y, cuando ya el auditorio se replegaba como si un ejército de protrusiones se hubiese desplegado para dar la batalla final, hizo mutis por el foro, no sin antes advertirnos, con gesto airado y metódico:

—De la de hiato nada tengo que decir, no hay teoría que la refrende. La protrusión es del estómago y va desde la cavidad abdominal al tórax sin que el diafragma se llame andana. No se la deseo a nadie, pero quien la sufra ya puede espabilar, el hiato no es ninguna panacea.

Volvió a asomar, yo tenía el balón desinflado y el pulso a cien por hora.

La diabetes me azoraba, necesitaba inmediatamente insulina y unas tiritas para las rozaduras de los zapatos.

La concurrencia salió pitando.

En las urgencias del Corbeta había demasiadas contusiones y un paro en enfermería. No era la mejor ocasión para un remiendo o una gastritis, y mucho menos para que alguien te inyectara, a ser posible con una jeringuilla desechable.

—Las hernias se soportan, no hay que tomarlas a broma —dijo entonces Paráclito a voz en grito— y las disertaciones se entablan y mantienen. No hay dialéctica en el sucio oficio de diagnosticar a los herniados, siempre protrusos y obtusos, cuando no mendaces y sometidos a estrangulamientos. Ojalá las urgencias se vayan a la porra, y ustedes se las compongan.

No sé si se fueron.

En cuestión de urgencias soy casi como el poeta perito en lunas, un ser sometido a la infección casuística y al empalago de las enfermedades, sean venéreas o del alma, que en su tribulación siempre recurrió a la Seguridad Social o a la atención primaria, sin resentimientos ni cortapisas.

¿Cuántos ingresos? ¿Cuántas intervenciones? ¿Qué me procuraron las primeras curas o el gota a gota que un abstemio no hubiera soportado, y mucho menos un crónico que se sumió en la absenta buscando el desahogo de sus infecciones etílicas?



LA ANILLA DE LAS URGENCIAS

7

Contaré alguna de esas urgencias para entretenimiento de los lectores, si es que se confirma la escritura de la novela y no queda todo en una perorata propia de los desordenados anillos de mi mente, y también para que no se diga que un enfermo renal, como es mi caso, busca las salidas de tono a la primera de cambio, sin que el cuerpo se le doble y el alma se le dispare.

No hago cuentas de lo que mi cuerpo debe a mi alma, tampoco de lo que el espíritu adeuda a la materia, aunque en otros momentos, menos novelescos de lo previsible, cuando tenga mejor humor y una imaginación no tan deteriorada o menos comprometida con la inteligencia, pueda bajarme al barro de un realismo autárquico, con carne fresca y algunas ideaciones que resulten edificantes o, al menos, entretenidas y placenteras.

Estaba hecho migas.

El psiquiatra me había echado de la consulta.

La psicóloga había llamado a su marido para que la ayudara a desalojarme.

Los últimos fármacos tenían sabor a regaliz y dos de ellos, antidepresivos, me habían congestionado hasta el punto de verme metido en un sarcófago con la última colilla quemándome los labios y dos guardias urbanos sujetándome por los genitales.

Todo esto sucedía en la calle Vaticinio, al pie de las cocheras del trolebús y las escafandras, donde trabajaron de chóferes dos de mis cuñados, a los que menos quise y a los que mis hermanas Data y Polibia echaron de casa, ya cargadas de hijos y con una renta que nadie pagaba al casero.

No lejos de dicha calle vivía mi otra hermana, con más suerte matrimonial al comienzo, ya que en seguida quedó viuda y sin hijos reconocidos, y que no porque la llamáramos Conjetura era menos previsible que las otras dos en los indicios y las observaciones, muy pagada de sí misma como ellas y de carácter no menos fuerte que

tajante.

Estaba en las últimas, cagado si viene al caso, lo de hecho migas es un decir.

Y llegó la urgencia.

Un temblor en la retina, una mano estirada y el otro brazo comprimido. Mojados los pantalones. Desinflada la vejiga. Con vómitos y contracciones moleculares. El dedo gordo de la derecha indicando la cistitis y el de la izquierda lo que pudiera sobrevivir del desgarro ideológico en que me había debatido en los últimos años, cuando el pensamiento todavía sostenía la mentalidad de un ser humano que no cejaba, dale que te pego, que no se rendía, toma más de lo mismo, y que en las contadas erecciones todavía eyaculaba sin que el amor a la patria significara el mínimo desdén al materialismo histórico o a la razón práctica.

Sin otros miramientos que los derivados de haber perdido, en una tómbola, a la novia que más quise, a Tina Solidia, que tenía rubio el pubis, los ojos de distinto color y una leche en el seno izquierdo con la que pudo alimentarme cuando perdí no ya la razón práctica sino la dignidad, el decoro, las prebendas, los galimatías, la petulancia y un sentido de la realidad y la vida que no podía aguantarse.

Era como si entre mis emociones las más fuertes se parecieran a esos surcos embozados que llevan a la postrimería a quienes aran la existencia sin cordón umbilical, sueltos de formas y contenido, como la gran literatura que se fue por el vertedero entre el siglo diecinueve y los pasos de peatones.

Urgido de casi todo, apocado, sin defensas.

La ambulancia no acudió a tiempo. Llegó cuando no se la necesitaba. Tomé un taxi. Se confundió de dirección. Me llevó adonde le dio la gana. Una carrera cara y sin sentido. La úlcera era sangrante. De la hernia nada puedo recordar. No era ninguna de las que habló Paráclito. Hay otras hernias que para qué voy a mentarlas. No son protrusas.

Bilis. Fiebre. Hipertensión.

Corrí como un descosido. Iba a llegar a tiempo.

8

En la calle Mejorada, no lejos ya del centro hospitalario donde, finalmente, me atenderían, con la urgencia a vista de pájaro y una gastritis del copón, me asaltaron tres desalmados, dos con porras y uno sin miramientos.

Es este suceso el que me inclina a contar una urgencia que no hay por dónde cogerla, a no ser que me avenga a reconocer los resultados de una transfusión de sangre que casi me envenena y el pinzamiento vertebral que me habría dejado paralítico si no llega a ser por la resonancia y las artes marciales a las que por entonces era aficionado.

Eran tres, más o menos un tres por ciento.

Los que me esperan o vienen a por mí son casi siempre esa cantidad.

Los de la porra la esgrimieron sin contemplaciones.

El de los miramientos se apostó en la esquina de Mejorada para dar el aviso oportuno, rápido como una centella, sinuoso y maltrecho, acaso con una pata jerela y guantes de cabritilla.

El escenario no tiene embocadura, tampoco bambalinas, pero en las candilejas hay un fulgor morado, y más allá del proscenio, donde los clásicos reposan y una luz cenital dora las calvas e incendia la guardarropía, se mueven sombras esquivas, variaciones de alguna dramaturgia relegada por el tiempo y los acontecimientos.

Es un detalle urbano del callejero teatral de Armenta, la ciudad donde vivo. Lo anoto por si entre los lectores hay amantes de Talía.

Fue el más alto el que me cogió por el cuello.

—Vas a cantar —dijo—. Vas a decirlo todo, menos lo que quieras callarte, antes de que te arreemos hasta dejarte inválido.

—Ni lo sueñes —dije yo—. Estoy en las últimas. Tengo necesidades urgentísimas.

—¿Eres del barrio? —quiso saber el otro.

—Nacido entre el Improperio y la Encomienda, cuando la guerra de los bóxers todavía echaba humo.

—Joder.

—Canta y suelta la bolsa —dijo el primero, que era un grandullón con patillas y gallos en la voz.

—O cuéntanos algo —dijo el otro, que tenía la boina capada y un aire de turista.

—Contar por contar es lo que menos me gusta —confesé—. Cantando no me ganaría la vida. El vicio del cuento, qué más quisiera, si las urgencias estuviesen cerradas.

—Solo te queda un rato. En seguida empezamos a zumbarte.

—Hubo una vez un hombre —dije con las manos en el estómago, la úlcera sangrante a toda mecha—. No era una vez cualquiera, tampoco el hombre. Lo hubo. Así son las cosas, si es que ese hombre tuvo que serlo, pero lo hubo.

—Te rompo la crisma.

—Déjalo, no lo toques todavía. Es interesante lo que cuenta, aunque de nada le valga. ¿Cómo se llamaba ese hombre…?

—Virtuoso.

—La cagamos —dijo el alto, con la porra enhiesta y visibles ganas de arremeter—. Es un teólogo, joder.

—Hubo una vez un hombre —volví a comenzar, sin que la úlcera rechistara pero ya con la piedra del riñón moviéndose—. Se llamaba Virtuoso. Era mejor que la media humana. Más bueno, menos quisquilla. Un hombre. Una vez. No otra cosa cualquiera, nada que no viniese a colación.

—Pero, joder, dinos quién era, qué hacía, qué le pasó —me requirió el menos interesado.

—Era un hombre sin argumento, no le sucedía nada.

—Lo que hay que aguantar, menuda patraña. Un hombre una vez, será de una vez por todas.

—No, señor, no era por todas, era única la ocasión.

—¿Y el hombre —quiso saber el grandullón, que ya tenía la porra a medio centímetro de mi cabeza—, ese Virtuoso meapilas, ese sandio, ese pazguato, qué pintaba allí? Contesta rápido y sin aspavientos o te machaco.

—Era yo mismo —dije sin alterarme—. La virtud adorna mi comportamiento. Soy de esa pasta, qué le vamos a hacer.

El otro me dio una patada y en seguida vino el que no se andaba con miramientos y los alertó:

—Hay moros en la costa. El que no corre vuelta. Hay que liquidar este asunto. No le hagáis mucho daño, que no chille.

Iban a darme para el gasto.

Lo hicieron con cierta cortesía.

Me abollaron la cresta pero no se cebaron, ni siquiera caí al suelo.

Pusieron pies en polvorosa.

9

Entonces, cuando ya no había nadie en el escenario, las candilejas se fundieron pero permaneció el halo de su fulgor morado y yo, ni corto ni perezoso, sabiendo de sobra que en la calle Mejorada no quedaban expectativas ni platea, di unos pasos, me quité el sombrero que no llevaba puesto, y me dirigí al público que había preferido el asfalto al patio de butacas.

Y lo hice de la siguiente manera, oído al parche, ya que esto no lo dictaré a quien escriba la novela:

No hay sombra ni quietud en el hombre solo.

Hay emociones enrevesadas, cansancio, aprestos penitenciarios y un amargo sabor a hierbas medicinales. Nada más ni nada menos.

Pero vedlo aquí, ni enhiesto ni cabizbajo, ni viudo ni casado, con la conmoción que en la soledad mayores cantidades de apremios inyecta en los metacarpos o en las vísceras maltrechas de quien apenas amó, tuvo infecciones urinarias, fiebres de malta y un surtido de estrafalarias comezones, algunas de ellas proclives a los sentimentalismos.

Y si no quisierais mirarlo, cosa que os agradezco, vedlo de otra manera, no rehuyáis lo que pudiera percibirse sin intenciones hepáticas, puramente desnudo, con la piel de nuestro tiempo, las sandalias de los desiertos, las jofainas de los alcázares, un tente mientras cobro que le hace vacilar, sabiendo que en la vida siempre hay más deudas que beneficios.

Un hombre solo, una estaca, una imprudencia.

Sin argumento ni otra cosa cualquiera.

El tiempo no iba a llevarlo a ninguna parte. Ni el tiempo, ni la pituitaria, ni el aguamanil de sus esencias y tribulaciones.

No hay tiempo a su alrededor y lo que la vejiga pudiera filtrar del discurrir de los días no es otra cosa que una brizna de moralidad y ausencia, lo que espiritualmente se atiene a la voracidad orgánica o al comportamiento cabal de los órganos genitales, si ya el hombre cedió a los testículos lo que el carcinoma reclamaba, la fístula, los

seminomas, una adherencia del pavor y las hipertrofias gingivales.

En cualquier caso, vedle, no os vayáis todavía, la función no es de pago, las butacas no se contabilizan en contaduría, hay dramaturgia para rato, su soledad no tiene orientación.

Vedle inquieto. No hay senectud en su ánimo, no lleva cartucheras. En el único frente que estuvo fue en el de Odesa, de artillero y furriel, sin que nadie le hubiera reclamado en la guerra de los bóxers, aunque él creía que sí y se las daba de cipayo cuando le preguntaban si la película que acababa de ver era en tecnicolor o pantalla panorámica.

Poco más que deciros, ni menos ni nada.

En lo que a la hombría de bien compete, apenas una advertencia: hay lavativas para mejorarla y son mucho más eficaces que los paños calientes.

No me voy a despedir hasta pasado mañana, que es cuando debo actuar en la próxima función para la que estoy contratado, en este coliseo de Mejorada.

Prefiero hacerlo para siempre, igual que en las estaciones donde los pañuelos del adiós no significan otra cosa que un previsible descarrilamiento, sin que en los andenes nadie adivine el furor de la locomotora, la mala uva de un maquinista suicida y de un revisor que cumple con el mandato de que los viajeros del tren estén sentados y con los billetes en la mano cuando se produzca la catástrofe.

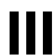
También salí pitando, no me apetecía que se encabritara la vesícula biliar y no me importaba que nadie aplaudiese en la platea.

Llegué a urgencias.

No me abrió nadie.

Estaba cerrado por defunción.

Cuando volví a casa me sangraban las pestañas.



UN VERANO EN EL PONIENTE

10

Sería curioso detallar algunos sucesos en absoluto ajenos a mis enfermedades, pero sí comprometidos con ellas, y que tienen mucho que ver con la influencia que el mal causa en la vida de quienes se consideran sanos, ajenos a lo que el cuerpo debe al alma, desinteresados de esas consideraciones ontológicas que tantas preocupaciones causan, sin que llegue a entenderse que la vida no es otra cosa que la contrariedad de vivirla, ni más ni menos.

Me siento a gusto pensando lo que podría figurar en la novela y lo que no merecería la pena.

Me agrada no pasarme de listo, fingirme torpe, hacer el canelo cuando nadie me ve, por mucho que yo siga mirando por la ventana.

Voy al grano, y me dejo de bobadas.

En el verano de otro año en curso, cualquiera de ellos, estábamos en la finca de mi abuela Corintia, en el poniente de los castañares y los nogales, donde la vegetación tiene más espesor que el de las piedras sillares, sin que haya mosquitos, cosa que no sucede en Armenta, donde las picaduras son criminales cuando el Margo baja nervioso.

Corintia es mi abuela paterna, viuda desde que la dejó el abuelo Cabal sin que en la familia hubiera explicaciones. Cabal se fue con viento fresco, era un hombre sin oficio ni beneficio, reumático y alelado.

Hablando de abuelos, antes de que lleguemos a la finca una tarde específica de aquel año en curso, diré que mi abuela materna, a la que tuve la suerte de no conocer, se llamaba Celidia y era más mala que el sebo. Nadie supo nunca en la familia de dónde era ni a qué había venido, dejando aparte la boda a la que nadie asistió.

La abuela Celidia desguazó al abuelo Filisterio como si fuera un barco a la deriva.

Filisterio fue un abuelo sin padres que además de navegar los mares al uso, en la marina mercante, volvió al puerto en la última

navegación para que Celidia lo desguazara y, al parecer, lo hizo con las herramientas menos probables: un serrucho, unas tenazas, el cortafríos y la navaja de afeitar.

Este también fue un asunto que en la familia ni siquiera se mentaba, por respeto al abuelo y menosprecio a ella, mujer de armas tomar y nada considerada en lo que respecta a los bienes gananciales. Muy suya, se decía en los ambientes del vecindario, muy suelta y nada carismática, con un marido embarcado y enfermo de las lumbares, si le descontamos la pleuresía.

Este hombre en realidad cedió al naufragio de su existencia antes de que su barco naufragara a toda máquina, cuando en la marina mercante ya no quedaban proas ni popas, apenas agujas de marear y millas desmigadas.

A la finca de mi abuela Corintia, a dos pasos de Armenta, por el camino que llevaba la calesa como una filigrana, sin que en la película hubiese detalles de época, nada que no fuese el discurrir de las horas cenitales, íbamos encantados y entretenidos, igual que estaríamos más tarde con el relente y la digestión bien hecha, sin hacer ascos a la mistela y los sequillos.

Aquello era un pecio del verano, una postrimería de la juventud de cristal que nos hacía mirar, a los primos y a las primas, hacia el porvenir de los vericuetos que nos llenaban el alma de una melancolía anticipada y de una nostalgia posterior y efímera.

De ese verano quería contar lo que cuento, que no es otra cosa que lo que llevan contando quienes me precedieron y heredaron, los mismos en distintos tiempos y evoluciones, la circunferencia de las edades y los presagios.

La calesa.

El coche del tío Venancio.

La pulcritud de las novelas de época.

El cine de los avatares, cuando el tecnicolor llenaba la pantalla del carmín y el resol y un perfume de esencias que el ozonopino no podía alterar.

Las esencias pertenecían a los sentimientos y las abluciones de mis primas que tenían la ternura y la belleza en el mismo interior que las fortalecía y valoraba, un aprecio a la emoción que tanto placer me dio y tanto me haría sufrir al recordarlo.

Murieron ellas en aquel verano, aunque no se trate de una muerte categórica sino soñada o, al menos, de una de esas muertes que se aceptan como acontecimientos imaginarios en los que la vida sigue

siendo la novela que acabamos de leer.

Falleció el tío Venancio. Lo hizo de veras, el cuerpo daba cuenta de ello cuando apareció.

Se desvaneció la abuela Corintia, sin que la finca dejara de aliviarla, en un presentimiento que hizo de su senectud una dislocación y un incordio, como si al desvanecerse se consumara la desaparición que no merecía o que no anhelaba, por mucho que las muertes fuesen con la reata que las ataba a un porvenir sin solución de continuidad: el torvo porvenir en que la abuela presentía su desaparición, la consumación de los siglos y la perseverancia de las conclusiones.

11

Una se llamaba Tere. Otra Olivia. La pequeña Moravia.

Primas carnales y primorosas.

Debiera decir algo de ellas, antes de contar los vericuetos del verano, la enfermedad común que empañó nuestra existencia, lo que en el jardín no era otra cosa que un manojo de crisantemos y florestas; iba a quedar una novela muy bonita.

También el bullicio de la fuente, el agua quieta de la alberca, un pájaro metálico que daba las horas con la cola en la jaula que unos parientes habían traído de las Antillas, donde en otros tiempos y hemisferios hubo emigraciones de antepasados que jamás volvieron, restos de allegados y deudos que intercambiaron algunas correspondencias sin otro destino que las huellas filatélicas o las emulsiones dactilares, cuando ya nada había que decir ni nadie esperaba nada porque todo estaba perdido en la intemperie y la distancia.

En el verano el contagio tenía una efervescencia llena de sudoraciones y arrebatos, el mal destilaba en la porosidad de la piel y cuando uno tenía la intención de lamerlo iba a esconderse para que no lo vieran, sabiendo de sobra que no se trataba solamente de un placer oculto, también de una infección que involucraba las intimidades y los temblores de quienes lo compartíamos: las primas enfermas y el peor de todos que era yo, el que las vigilaba y quebraba la salud adorando sus primores.

La verdad es que a veces me sobreviene un sentimiento ultramarino, como si desde el más allá de las emigraciones familiares, regresase el rumor de las ausencias, y en él andan desperdigados y encarecidos los que se fueron, sin otra cosa ni bagaje que la muda y el sobresalto, ya que para todos ellos la otra orilla era un más allá de inquietud, ningún aprecio, ningún reclamo, nada a lo que responder.

—Niceto —dijo la abuela Corintia la primera tarde, cuando ya habíamos merendado— fue el pequeño de los cuatro hermanos y el

primero en desfilar. Nada sabía. ¿Adónde iba a ir? Un hermano pequeño solo tiene la necesidad de estarse quieto. Se fue sin indicación. Lo emigraban las aprensiones y una vana inquietud, vete a saber de qué índole. Lo emigraban las carencias, que en lo que al afecto concierne no son fundadas. Carencias cualquiera las tiene, sin necesidad de marchar o dar la vuelta a la esquina para que no haya sitio ni retorno. A veces el pequeño es el más sabio, el que menos pierde, el que más considera. Este mismo, por poner un caso.

—¿Y por dónde iba? —quiso saber la prima que mejor me atendió en la finca, aquel verano en que las tres murieron en el sueño que tanto me gustaba repetir, sin que nadie pudiera rescatarlas de la alberca, donde quedaron desnudas y entumecidas cuando se bañaban, la peor noche que la luna del verano veló como tal mortaja, según dijeron quienes al día siguiente primero las echaron en falta y sin ocurrírsele a nadie velarlas.

—Iba sin tregua —dijo la abuela Corintia— y sin otro resultado que hacer del horizonte una bagatela. Era el pequeño pero no el menos dotado, ya que tenía la inclinación de quienes saben mucho antes de aprender nada. Un chico con la zamarra y la visera, bastante zascandil.

Se llamaba Niceto y era el pequeño de aquellos cuatro hermanos que hicieron las emigraciones uno detrás de otro, en el más allá que los perdió de vista, donde los cuatro se enriquecieron y se empobrecieron a partes iguales, quedando el mayor en una república bananera, con fiebres y carcomas; el segundo en la selva tropical, entre las arenas movedizas y la leucemia, y el tercero en los garitos de un puerto sin bocana donde fue acuchillado en un abordaje, sin que por ello dejase de sonreírle la fortuna.

—Volvió Niceto —dijo la abuela Corintia otra tarde, cuando acabábamos de merendar— y mejor hubiera sido que no lo hiciera. La muda que había llevado cuando se fue era la misma, porque no se la había cambiado, y para mayor inri pretendía que se la repasaran sin lavarla otra vez. A Niceto se le habían hinchado las meninges. Traía dinero. Lo guardaba en un baúl que un vecino descubrió en la carbonera, cuando los fajos de billetes estaban empapados porque, al parecer, Niceto los regaba y en ocasiones orinaba en ellos. Las meninges son membranas y se inflaman poniendo la cabeza igual que un bombo. Niceto iba a morir de ellas, de la inflamación, sin que nadie supiera finalmente si había otros baúles, ya que algunos parientes tuvieron noticia de que volvió con mucho equipaje, aunque no se hubiera mudado.

—¿Es que no hablaba con nadie? —quiso saber Olivia, la segunda

de las primas que fue la primera en ahogarse en la alberca, aquellas noches en que se bañaban desnudas y, según el parecer del forense y otras pruebas periciales que se les hicieron sin venir a cuento, Tere la mayor y Moravia la pequeña fueron tras ella para sacarla, las tres con un corte de digestión y pérdida del conocimiento, sin que yo pudiera avisar para rescatarlas del sueño, ya que las espiaba como había hecho en otras ocasiones y algunas veces hasta las había confundido con las truchas y las nutrias y las anguilas que pescábamos en el Margo, sin que al desnudarnos se nos ocurriera otra cosa que vernos tiritar con la fiebre o la flojera de los contagios contraídos, ellas muy blancas y yo más moreno, los peces del Margo con las agallas sangrando—. ¿Nadie quiso decirle nada…?

—Nada, para no contradecirlo —dijo la abuela—. Si él iba y venía callado, a ninguno se le ocurriría echarle el alto y mucho menos viéndolo con la zamarra y la visera de siempre y sin haberse mudado.

12

Entonces, en esas y otras tardes, cuando la abuela Corintia platicaba con nosotros, el tío Venancio que nos había acompañado a la finca para morir sin avisar a nadie, se acercaba con la pipa apagada y le decía a la abuela que en el recuento que acababa de hacer había llegado a la conclusión de que el número de pájaros había descendido en un tres por ciento, sin que en los frutales hubiera nido alguno.

—Poco es —decía la abuela.

—Menos vuelan —decía él.

—Tampoco vamos a agitarnos demasiado —decía ella—. Los pájaros nunca le trajeron paz a la familia.

—Depende de cómo lo mires.

—Igual que siempre, Venancio —decía la abuela—. Pardales, jilgueros, unos tintorines y unas damiselas. Los pájaros siempre a su aire.

—Me escama un poco —decía Venancio—. Lo que en la vida más nervioso me ponen son las jaulas vacías.

Daba vueltas a nuestro alrededor y, cuando se alejaba un poco, cualquiera de las primas, Olivia por ejemplo, contaba que aquella mañana, u otra cualquiera, había visto al tío Venancio con la escopeta de perdigones debajo del nogal, dispuesto a disparar a lo que primero volara y después de un rato, cuando ya parecía cansado, le había visto, aunque no lo creyéramos, coger la escopeta y meterse el cañón en la boca, escupiendo luego los perdigones.

—Hala, Venancio —le ordenaba la abuela—. Lleva a tus sobrinos a dar una vuelta en el coche, gasta un poco de gasolina, no seas miserable.

Nunca lo hizo.

El coche estaba aparcado en el mismo sitio desde que llegamos a la finca, cuando la calesa ya había desaparecido y en el rumor de la

huerta aledaña se percibían los suspiros de los insectos y un aliento de hojarasca y fruta podrida que luego, en el oscurecer, se apagaba como si a todos los presentes se nos hubiese cortado la respiración.

Entonces el tío Venancio sin decir nada a nadie, sin haber cenado siquiera, desaparecía de la finca, muchas veces sin volver hasta varios días después, y la abuela Corintia, a la que le gustaban los suspiros y los alientos y nos pedía callar la boca para escucharlos mejor, decía que ese hombre era como un retal o una aguja de madeja, el último de una especie disoluta que jamás volvería a darse en el discurrir de las generaciones.

—No le hagáis caso —decía, enojada, cuando alguna de las primas, Moravia especialmente, preguntaba por él, con la misma curiosidad de saber a dónde iba que teníamos todos—. Va sin tino. Va sin causa. Va sin freno. Va igual que hizo el día que lo echaron de todas partes, sin conocimiento ni razón. Es un baladrón.

Las primas morían ahogadas en la alberca tantas veces como se repetía el sueño de verlas desnudas por la noche, muy blancas, con escamas y un reflejo lunar en la frente y el pubis.

Lo hacían en el orden que ya he dicho, primero Olivia y luego Tere y Moravia al ir a rescatarla.

Las tres sumidas en lo que yo soñaba al verlas desnudas en el agua como si las descubriera en un río nublado y pudiera escuchar sus risas y apremios sin saber que me llamaban, un rumor que ya no era el de los insectos sino el de los peces y cuando el sueño también me nublaba las pocas luces que me quedaban de aquella juventud que apenas me permitió otro placer que el de verlas así, sin que el deseo interfiriera en el primor y la gracia.

Venancio quedó tieso un sábado por la mañana, cuando en la finca nadie se acordaba de él, metido en el maletero del coche, sin que fuera posible encontrarlo hasta el domingo al volver de misa.

Verlas al fin dormidas conmigo y sin que nadie pudiese despertarlas era lo que no llegaría a olvidar entre tantas urgencias y sirenas de ambulancias que hicieron de mí lo poco que habría de quedarme, mucho menos de lo que el mismo tío Venancio hubiera pedido o de lo que la abuela Corintia me desease.

—No hace falta que nos llames —me decía Moravia al oído, sin que todavía el agua de la alberca salpicara su frente marchita—, no necesitas decir nada para que estemos juntos.

IV

LA LIEBRE Y LA TORTUGA

13

Me dijo el doctor Balbar que tal como tenía la cabeza mejor sería que, en su momento, hubiera prescindido de ella sin otro diagnóstico que el de dejarme en paz, o bien encerrado o, mejor aún, con billete de ida y vuelta para ir por donde me diera la gana, sin más compromiso que el de respetar los horarios del ferrocarril y no hacer noche en las estaciones de autobuses, donde los malos sueños se llenan de equipajes y gasóleo y los viajeros acumulan mayor ansiedad que en los coches de punto, y no digamos que en las diligencias, donde si resbalan las caballerías se acaba el trayecto.

—De lo que se trata —me dijo Balbar, cuando yo todavía no me había fijado que en uno de los estantes de la librería de su consulta había una tortuga de cristal y una liebre de madera, una al lado de la otra y mirando de frente, dispuestas a que alguien diese la orden de salida para comenzar a correr, lo que no tardando advirtió el doctor, interesado por mi curiosidad y dispuesto a echar mano de ellas para explicarme alguna teoría relativa a mi enfermedad del comportamiento y a mi escaso interés por las apuestas deportivas— es de que andes con pies de plomo, siempre bien peinado y sin contrariar a los impulsos cuando sean beneficiosos. Ten en cuenta que los impulsos no son otra cosa que instigaciones y sugestiones o, en el peor de los casos, y no te des por aludido, deseos súbitos, irreflexiones improcedentes.

Lo veía tan llano y complacido, sin corbata, unos dedos acrobáticos con la marca en uno de ellos de lo que pudiera haber sido el anillo matrimonial que detallaba un divorcio y otra marca más en otro, que presumiblemente detallaba otra separación, seguro de que en ninguno de los dos casos traumática, ya que el aspecto apacible del doctor Balbar no aparentaba tal cosa.

—Tampoco conviene perder la paciencia… —me dijo el doctor sin que yo dejara de fijarme en la tortuga y la liebre, haciendo cábalas de lo que podría suponer en el destino de las mismas que la tortuga fuese

de cristal y la liebre de madera, y si esa característica alteraría las posibilidades de la carrera que iban a emprender cuando les diesen la salida, ya que jamás olvidaría mi afición al atletismo y una medalla de bronce corriendo con los alevines los pocos metros que la infancia merece—. El que la pierde, y el tuyo podría llegar a ser un caso paradigmático, gana en molestia e intranquilidad lo que no merece la pena. Hay que lograr que el sosiego sea como una bendición, igual que el sueño un descanso, a no ser que tengamos pesadillas, pero no hay teoría que no valore, en lo que atañe a la salud, la tranquilidad, la serenidad, lo que en algunos sufismos perciben como quietud sin que por ello dejen de pasarse de la raya algunas tribus mahometanas.

La cabeza me dio vueltas, el estómago se me revolvió.

Solía sucederme en las consultas, sobre todo cuando el especialista de turno, el doctor Balbar en este caso, uno más de los innumerables que me atendieron hasta que acabé hasta el gorro, se ponían pesados con los tecnicismos y las recetas.

O se caían de bruces, como le pasó a la doctora Sanabria, que, en una de las terapias, sin comérselo ni bebérselo la pobre mujer, cayó tan larga como era al perseguirme por los recovecos de la clínica ultramoderna donde ejercía, sin que nadie lograra echar el guante al brío polar de una mente que no estaba para bromas, muy perjudicada en aquella situación por el empacho de algunos fármacos y el rebote de otros.

La mente era la mía.

La bipolaridad todavía no me la habían diagnosticado.

14

Cuando me alivié, haciendo uso de las especificaciones que el doctor Balbar proponía sobre la paciencia y el sosiego, sin que llegara a enterarme muy bien en lo que concernía a las tribus mahometanas, caí en la cuenta de que era el trastorno a lo que se refería el doctor, como punto de partida y llegada de mis males y, apenas unos minutos antes de ofrecer la teoría sobre la liebre y la tortuga, me dijo lo que más o menos esperaba oír, ya que era el mismo resultado de otras consultas y ratificaciones.

—Trastorno… —citó Balbar, ahora ayudado por un opúsculo que se sacó de la manga— y con el correspondiente gusano asomando en la cueva. Vamos a ver si me haces caso y, aunque no tomes apuntes, sí tengas en consideración algunos conceptos imprescindibles para saber lo que te pasa o te preocupa. Alteración, querido mío —y el doctor dulcificaba la voz, se ponía moralmente de puntillas, halagaba lo que en mi atención y reserva se consolidaba como una opción a la tranquilidad y la paciencia—. Falta de persuasiones suficientes para que el sentido no se perturbe y, ahí te quiero ver, amiguito, la conciencia y la conducta donde no deben estar, fuera de la normalidad reinante, de otro modo menudo chasco.

Le quedaba la personalidad, quiero decir el concepto básico con el que a lo largo de la vida me las he visto y deseado, y de nuevo la cabeza me daba vueltas y el estómago se me revolvía, aunque estaba ojo avizor por lo que hicieran la tortuga y la liebre, ya nerviosas por empezar a correr, sin que la madera o el cristal las afectaran más allá de sus instintos y pretensiones, muy ilusionadas con la prueba de longitud que colmaría sin duda sus ambiciones deportivas.

—Como de la personalidad y el trastorno de la misma sabrás más que cualquier facultativo —dijo el doctor Balbar receloso, guardando el opúsculo en un cajón y sacando un cortaúñas y una lima—, me eximo de ponerte al tanto. El trastorno lo padeces, la personalidad la tienes asumida, y así te pinta, un percance como otro cualquiera y, en

tu caso, más llamativo, ya que estás herniado, según me has dicho, tienes gastritis, problemas renales y otras dolencias sin especificar que, si te soy sincero, cuando veo tu cuadro clínico me dan ganas de poner tierra por medio y una pereza infinita, no sé si no te convendría leer a Heráclito.

Me miró menos desolado de lo que yo esperaba.

Hizo un gesto de resignación y apremio.

Lo que en las consultas se saca en limpio es, antes que nada, la idea de un vacío donde cuenta menos el desaliento que la conformidad, como si no fuera posible otra revelación que la que ya sentimos cuando alguna vez, hace tiempo, tuvimos la certeza de estar enfermos y el mal, sin todavía llegar a dirimir si del cuerpo o el alma se trataba, era una congoja y un daño y una ofensa para con uno mismo.

—La personalidad —todavía citó Balbar, retomando el opúsculo— tendría que ver con la filosofía de las cualidades que constituyen a la persona o sujeto inteligente, sin que me parezca que este sea tu caso, no por la filosofía ni la inteligencia, ya que sé que te licenciaste en su día, aunque de poco te haya valido. Lo digo por la diferencia individual y las cualidades originales, no te enfades.

Estaba mosca.

Ahora no era el Balbar comedido ni el Balbar apacible. Era otro Balbar. Un Balbar que, el muy ladino, enseñaba la patita, lo que vino a corroborarse cuando se explayó en la teoría de la tortuga y la liebre, trabucando el sentido de la fábula.

La enseñanza moral que demuestra el pagamiento de la liebre, sea o no sea de cristal o madera, su menosprecio y altanería, y la paciencia y pundonor de la tortuga, a la que tampoco el cristal o la madera la harán cambiar de carácter, concentrada en ir a lo suyo y reconvirtiendo la lentitud en un afán tan sosegado como productivo.

—No te engañes… —me dijo el doctor Balbar, que había tomado a las dos mascotas para ponerlas sobre la mesa, una al lado de la otra, sin llegar a darles la orden de salida ni poder disimular el gesto tramposo que denotaba su preferencia por la liebre—. La fábula está tergiversada. Desconfía de los narradores que de ella hacen uso, sabiendo que de un género periclitado se trata. Las intenciones didácticas, las moralejas ya no tienen nada que hacer en la psiquiatría. No hay establecimientos mentales modernos con seres animados o inanimados, igual que pudo suceder en el pasado con tanto empacho

de mitología. No seas pazguato, ponte las pilas.

—Siempre estuve a favor de la tortuga —dije sin animadversión, como paciente que era y con el consabido riesgo de mi personalidad y trastorno.

—Craso error —afirmó Balbar— y dato fehaciente de tus dolencias merecidas.

—Siempre me gustaron más los reptiles marinos del orden de los quelonios que los mamíferos del orden de los lagomorfos.

—Así te luce el pelo.

—La tortuga ganó la carrera. La liebre se quedó a verlas venir, haciendo el tonto, con el orgullo por el suelo.

—Liebres hacen falta en la sanidad pública —dijo el doctor Balbar excitado, poniéndose de pie, dando un manotazo a las mascotas y tirando a la papelera el recetario—. Liebres y no podencos, sin que los reptiles hagan otra carrera que la del señorito, lejos de las pistas, en las playas salvajes, así sean galápagos o lleven la vida ovípara que más les pete, sin guardias ni urgencias, sin medicamentos ni instrumental.

Salí por piernas.

No podía pensar que el doctor tuviese esas necesidades reivindicativas profesionales.

No me hubiera imaginado una sindicación tan responsable por su parte, no venía a cuento, por mucho que difiriéramos zoológicamente o que se le cruzaran los cables de ese modo, sabiendo como sabía que mis dolencias no eran meramente renales.

No era posible que atisbara mi porvenir bipolar ni, lo que es peor, tuviera que irme sin las prescripciones y las recetas, acaso perseguido, si no era capaz de poner de verdad pies en polvorosa para alejarme lo más posible de la consulta, por algunos miembros de enfermería que por casualidad me hubieran visto salir pitando mientras desayunaban en la cafetería.

En ella yo mismo había tomado el café con churros a que acostumbro antes de que el doctor me recibiera con la detallada descripción que acabo de hacer, sin atisbos de mitología ni fabulación, aunque el dictado resulte abusivo.

15

Entre la clientela de la medicina psíquica hay variedad de usuarios, como en toda clientela que se precie, y no me encontraría entre los más peculiares, siempre sería un cliente cortés capaz de narrar mis síntomas, sin que la indiferencia del profesional de turno lograra desanimarme.

—Hablas por los codos —me dijeron en una ocasión, no ya un profesional avezado y de múltiples diplomas acreditativos, sino uno rutinario en la consulta ambulatoria, con un segundo de abordo que hacía prácticas y se rascaba la nariz—. Eres elocuente, sabes latín.

—Es el cuento de mi vida. El mismo que vengo contando desde que me despierto con la ansiedad en la boca del estómago, las convulsiones y unas ganas de tirarme por la ventana que para sí las quisiera el que no tiene cobijo.

—Sigue, sigue, por nosotros no te andes con rodeos. La película la he visto en sesiones continuas y en sesiones de terapia, en el cine y en la planta de agudos. La única novedad sería que se te enfriara el sistema nervioso cuando la película es de adictos y montañismo y se confundieran al darte las pastillas.

—Intento contarlo sin recovecos, llanamente. Los síntomas no son otra cosa, tanto en medicina como en narrativa, que los indicios de lo que sucede o va a suceder. Señales, indicaciones, puntos suspensivos.

—Vuelve a lo que importa, no divagues. En la última secuencia salías a la calle muy alterado, y hasta hubo un plano que te delató, justo al cruzar la esquina, cuando ya no podías dar un paso y la compulsión te reventaba.

—Había un negro. Lo recuerdo no por el color, sino por el charol de los zapatos. Bailaba. El síntoma reconvertía la presión en un desajuste completo de la maquinaria. Me refiero a la maquinaria no solo mental, también sensorial, al completo mecanismo del artefacto o, más exactamente, al cuerpo entero, al conjunto de los sistemas orgánicos, los míos para ser más preciso, en ningún caso los del negro que bailaba.

—¿No sería una película musical en la que ese negro, y otros que

formaban casi una muchedumbre, celebraban una fiesta al regreso de los algodonales…? No lo digo por nada, no quiero interrumpirte, es que me recordó lo alegres que estaban, aun siendo esclavos.

—Esa cinta la pusieron en el cine Claridades —dijo el que hacía prácticas y se rascaba la nariz en el ambulatorio— y no gustó nada, los espectadores opinaron que los negros estaban tiznados y la plantación no tenía ambiente. Bailaban de mentira.

—En el cine Claridades pudo ser, pero de los negros y el ambiente no me acuerdo, la música era buena.

—¿Sigo o no sigo…? —quise saber sin enfadarme, pero dudando ya de que el negro de la esquina bailara.

—Hazlo sin desviarte mucho. La sintomatología es el conjunto de los indicios, y mientras más se atina más se saca en limpio. De cualquier forma, en ese cine, que ahora ya no existe porque quedó cinematográficamente en desuso por culpa de las termitas y el celuloide rancio, echaron algunas cintas de problemática moral y pérdidas de memoria que no estaban nada mal. No creo que los negros trabajasen de veras en una plantación.

—No podía moverme. De pronto la inquietud, la ansiedad, el desasosiego, me paralizaron. ¿Sabe usted lo que pesa un peso muerto? Estaba flaco, pero pesaba, no me movía. La dieta jamás la llevé a rajatabla. Entre la bulimia y la anorexia no había solución de continuidad y, en ambos casos, echaba los restos, no me andaba con chiquitas. Cuando me miro en el espejo y veo al anoréxico insultando al bulímico, me percato de que en la interposición de los polos opuestos pasa como con las interconexiones ferroviarias, sin que valga demasiado un guardavías que se duerme cuando llegan los trenes.

—Hablas por los codos, pero razonas. No sé si llegaste a la estación de vía estrecha con la ansiedad contenida o tuviste que vomitar al coger el tren. Me gustaría que me contaras cómo se produjo el descarrilamiento.

16

—Voy por partes —concedí—. Nunca corras más de la cuenta cuando nadie te persigue. No describas lo que no es preciso. Vete con tiento. Acierta al decidir los pasos que vas a dar.

—A ello.

—El negro, si era tal, ya no bailaba. La esquina no tenía vuelta. Paralizado, con todo el peso de la justicia a mis espaldas, denunciado en varias comisarías y en el servicio médico de atención primaria, poco era lo que podía hacer. De las urgencias no digo nada.

—Todo es bueno si hay voluntad de seguir lo prescrito. Un enfermo no puede ser como un platillo volante, que vuela por el firmamento sin más reprís que la falta de frenos, a su bola. Un enfermo es lo que menos puede parecerse a los objetos voladores no identificados, ya que nada hay más lejano de la medicina que la ufología.

—He sido abducido en dos ocasiones, doctor. Sé muy bien de lo que se trata en cuanto a viajes interespaciales y no son para mí nada desconocidos los extraterrestres. Debo de ser de los pocos que han tenido poluciones en las estratosferas. Mis males circundaron, cuando fue preciso, los hemisferios. Una chica selenita hizo la primera comunión conmigo, no le digo más.

—Es asombroso, me das grima y envidia. Lo cierto es que algunas películas espaciales me afectaron mucho más que las irrigaciones y las medidas preventivas, algunos laboratorios validan los fármacos en otros planetas.

—No le digo que no. Por el espacio hay esferas y agujeros negros. Las plantaciones del más allá tienen otra clase de operarios, y en ninguna de ellas existen las horas extra.

—Pero en el fondo ¿qué te pasa, a qué vienes, dejando aparte la fraseología y las ganas que puedas tener de un repaso? Eres un paciente raro.

—Se trataba no de una consulta sino de un consejo. Consulté últimamente con el doctor Balbar y, sin llegar a ninguna conclusión, me di cuenta de que lo que más necesitaba era un buen consejo.

—Sigue al pie de la letra lo que te digan los profesionales, no eches

la cabeza a volar, atente a las consecuencias.

—¿Es el consejo?

—Es lo único que se me ocurre.

—¿Sigue yendo usted mucho al cine?

—Lo hago cuando puedo.

—¿Solo o acompañado?

—Eso depende de las cinematografías y de los géneros. No es lo mismo una película checa que una libanesa. No es igual una matiné que una sesión golfa. Suelo llevar a mis sobrinos a las de monstruos japoneses, los vuelven locos. Con los sobrinos conviene aprovechar la coyuntura. Tu familia ¿te aguanta o ya hace tiempo que te dieron boleto?

—Lo sobrellevan.

—Pues no creo que tengamos nada más que decirnos, a no ser que el síntoma esté fuera de lugar.

—Es lo correcto.

—Puedes volver cuando quieras, los ambulatorios tienen un horario flexible. La clientela es variada y casi siempre disconforme.

—Lo haré, no lo dude.

17

No siempre es lo mismo, ya dije que en la medicina psíquica hay variedad de usuarios.

Si echara la cuenta de las consultas e intervenciones me quedaría ciego, y hasta podría perder el hilo de una trama que tuviera de novela lo que mi vida tiene de patraña, y mucho menos si la estuviese dictando como un papagayo.

Recuerdo una ocasión en que me quedé mudo.

No entendía lo que me preguntaban y no hablaba por hablar. Los mudos tienen una solvencia rara con las palabras. Se las saben pero de nada les valen. ¿Qué solvencia será esa?

Un amigo de la familia, un señor del ramo de coloniales se quedaba mudo por el invierno, no lo era de nacimiento, solo estacional.

Cuando en la primavera volvía a hablar lo hacía con cierta desgana y gran exactitud. Durante el verano era locuaz, había parientes que no querían ni verlo, daba la tabarra al más pintado. Luego en el otoño comenzaba a ser tartaja y poco a poco se quedaba sin habla. La lengua se le trababa. Las palabras estaban escondidas en el fondo de su garganta y no era capaz de sacarlas a flote.

Me quedé mudo y, si soy sincero, me gustó la experiencia. Son ya muchos años de hablar por hablar o de hacerlo para repetir lo mismo.

—Nada —digo una vez más—, nada que sea capaz de expresar lo que pudiera ser mi padecimiento, si se trata o no de un daño, si es cosa del alma cuando ya el cuerpo no da más de sí, atareado con sus disfunciones, doblado o echado a perder, sea la ingle o el hiato o las secuelas de tantas otras calamidades, preferentemente renales y hasta en alguna ocasión coronarias.

No dije ni mu.

Había cerrado los ojos.

Recuerdo que se trataba de una doctora, que ya me había atendido en un internamiento irregular, quiero decir uno de los muchos en que no lo necesitaba y, sin embargo, hacía lo posible para que no se negasen, hubiera sido atendido o no en la urgencia de recuelo, como un caso de alteración rutinaria.

Con los ojos cerrados, mudo, sin contestar, como un aerolito o un fardo, igual que si hubiera caído del cielo o me hubieran descargado de un camión de reparto.

Nada que decir, nada que hacer, nada que ver, nada que mirar, nada que poner encima de la mesa que no fuera otra cosa que el propio silencio de quien se estaba agotando en las sensaciones más oscuras y penosas.

Mudo.

Un límite.

Lo que la angustia deshace en el interior de las palabras cuando no existen porque no valen para nada, muy por debajo de la utilidad de cualquier contestación tan reiterada como banal, muy lejos de la superficie en que se ahogan sin llegar a asomar, como si al prescindir de ellas quedara un suspiro o una respiración en el vacío.

La mente obturada que dijo un enfermo amigo mío antes de comenzar a darse de cabezazos en la pared, uno de agudos que siempre tenía el gusano encrespado.

La buena mujer no quiso insistir.

Era una doctora que también usaba el silencio para las terapias y los diagnósticos, y sabía de sobra que yo no era un mudo invernal, alguien que callaba para otorgar, un cliente aburrido de tener que comprar lo mismo, vendiendo la misma tela o, como el mudo de invierno, lo que más conviniese de los coloniales.

La actitud del soterrado, de la que hablaré en otra ocasión, cuando la novela lo precise, si encuentro quien me la escriba, y si es que la ficción merece la pena, cosa que dudo, o escribir por escribir no es lo mismo que hablar por hablar, sin que los escritores mudos tengan más valor que los parlanchines, ni las novelas con menos palabras sean mejores que las que tienen muchas.

Fue una consulta baldía.

Duró lo que cualquier otra. La doctora apuntó algunas cosas, me imagino que procedentes de la observación o del recuerdo que tuviera, si en ese plazo algo le vino a la cabeza y tomó nota.

—Nos vemos —dijo al final y yo abrí los ojos y asentí.

V

LA SUSTANCIA DE UN TIEMPO REMOTO

18

Tomo también nota de algunas ocurrencias, que pueden valer o no para la novela, y que tampoco en la vida tienen razón de ser, pero de ocurrencias se trata y como tales habría que entenderlas.

Es como si hiciera una lista para enseñársela al jefe de estudios del instituto Numantino, donde la enseñanza media no tenía nada que ver con la que me habían repartido los padres tolontinos, en su mayoría desertores del arado y con un nivel pedagógico digno de mejor causa.

El jefe de estudios del instituto Numantino tenía una fe ciega en el principio de causalidad y, aunque el de Arquímedes se le había quedado corto, seguía pensando que no era moco de pavo la aseveración fundamental para un razonamiento o estudio científico, lo que le daba un aire de suficiencia algo redicho.

—No hay convicción sin origen —decía el muy cretino, cuando todos nos habíamos mofado de sus antiparras—. Hay una ley en virtud de la cual se producen los efectos, y el que esté limpio de culpa que tire la primera piedra.

En los tolontinos nadie navegaba a esa altura.

Los desertores del arado, misacantanos sin riego por aspersión, del yermo y la ordalía, tenían un concepto agropecuario de la condición humana que se medía por cosechas y sementeras.

Pero de los tolontinos tengo otras cosas que decir, que hasta atañen a mi virilidad.

—Siembra y recoge —decía el padre vicerrector, un vasco que amenazaba con trilita a los rezagados en las filas del recreo—. El que pela y tira las mondas no merece merendar.

Las ocurrencias van sin orden ni concierto.

Nada tienen que ver con la lista del vicerrector, aunque la idea sea la misma, y la doctora acaso las copió en el cuaderno para no

olvidarlas:

Hay una profundidad rota. Hay un destello sin brillo. Hay un pálpito que se interrumpe. Hay una voracidad que se estanca. Un límite de la nada. La compulsión. La bancarrota de las sensaciones. La humedad que tiembla. El alma marchita. El cuerpo velado. Una pantalla sin luz. Un espejo limpio. Un espejo nublado. El desfallecimiento. El sueño químico. Las pastillas esparcidas por los surcos. Un poco de todo y mucho de ninguna cosa.

Me fui sin prisas de aquella consulta, como tantas veces me he ido para no volver o para arrepentirme de haberlo hecho.

Soy un merodeador de los pasillos en las clínicas privadas y alguien que husmea en las públicas.

Si echo cuentas de los pasos dados sobre las tarimas o las baldosas, dopado o lúcido, con la cabeza perdida o los nervios en punta, podría detallar cantidades industriales de circunvoluciones y tramos y raíles.

Una contabilidad que colmaría el suma y sigue de las cifras y de las incisiones, con un saldo final lleno de pormenores y heridas que no cicatrizan, y un recuento de aflicciones que sin ser desdichas son igualmente poderosas, y también ponderativas y sin que el ánimo caído tenga nada que ver con el desconsuelo reinante.

Los pasillos y los corredores de esas clínicas y de esos hospitales se bastan por sí mismos para alargar el sustento del mal, el daño más dañino.

No hay tramo en ellos que no repercuta en la voluntad y el miedo, como si al recorrerlos no se pudiese dejar de pensar que son los conductos hacia un más allá que no implica ninguna lucidez y mejora, con el agravante de que ese más allá es el mismo del que se viene, paso a paso sin que se distinga el color frío de los azulejos, el vidrio helado de las ventanas, lo que en la tarima se hunde como si el alma se resquebrajara y el hundimiento supusiese la única reparación posible, el remedio para no llegar a la fatalidad.

Un pensamiento suelto. Una caída. Otra vez el vacío. La misma puerta, igual armario. La visita. La llamada. El oprobio. La sensatez. Los puntos de sutura. Los puntos suspensivos. El pie desnudo. La uña rota. El cálculo de probabilidades.

Las recuerdo pero algunas se me escapan.

Es normal que me vengan como instantáneas de una sensación o un deseo, también de un presentimiento que, cuando las pastillas se

me cruzan como luces de cambio, provoca la zozobra que incrementa la ansiedad: un fogonazo del porvenir que tiene la desgracia del pasado como único punto de referencia, el desánimo como prueba fehaciente.

El jefe de estudios del Numantino nunca nos ofreció una causa suficiente para hacerle caso.

En los tolontinos la cosecha tenía más bofetadas que frutos maduros.

Hay ocurrencias que no merecen ser reseñadas.

19

La novela podría comenzar, si soy consecuente y los lectores se acuerdan, diciendo que vinieron para hacerme uno de los suyos y que era lo que menos quería.

Me seguían varios, tres, seis, poco más o menos, sin que algunos días no viera a nadie, pero siempre con la seguridad de que querían hacerme uno de los suyos.

La novela se desajustaría sin remedio y lo haría soltándose, igual que los anillos mentales o la pulsera con que pierdo el reloj, que no es la mejor manera de perder el tiempo.

¿Cómo voy a dictar una novela sin orden ni concierto, con la trama desparramada y al albur de los gusanos que apenas asoman en la cueva del cerebro disfuncional para que nadie lo destape?

Voy a ello, no caben dudas.

De este asunto de los que venían para hacerme uno de los suyos acabé hablando con mi amigo Denario, que aunque me echaba en cara la muerte de un perro en el corral de Moredo, un can de Lazada, no dejó en ningún momento de estar a mi lado, sabiendo como él bien sabía que, en alguna discusión o con dos copas de más, yo podría morderle el grano que le pendía en la oreja, del mismo modo que él me desgarraría el labio superior dejándomelo leporino, lo que nunca jamás podría perdonarle.

El grano de la oreja de Denario resultó ser, a fin de cuentas, un pendiente que emparentaba al dueño con otros atributos admirables, de la índole de las pestañas de cristal y los pelos de punta, en personajes que no se andaban por las ramas y de los que alguna vez me habló mi amigo Merino.

—Se trata —le dije a Denario— de unos cuantos, unos menos que otros, ninguno de caballería o regulares, al menos si los distingo a primera vista, que vienen para hacerme de los suyos. Un regimiento,

una banda, unos emisarios, unos secuestradores, no lo sé. Llevan así una temporada, todavía sin darme el alto, pero, a lo que parece, dispuestos a todo.

Denario era un hombre de criterio y un amigo cabal.

Lo del can de Lazada jamás me lo perdonaría, ya que los perros eran su afición mayor y, en asuntos de animales domésticos, mantenía un comportamiento ejemplar.

Los animales mientras más caseros mejor, decía a los niños del barrio de Calvete, en la Armenta que acogió a los menores tras las inundaciones del Margo por los sembrados de las últimas revueltas, cuando se desmandó el río y se perdieron las cosechas sin que tampoco las truchas pudieran desovar.

A los animales hay que guardarlos, les decía, y los menores acogidos en Calvete que, más tarde se hicieron golfillos y, no mucho después, unos golfos de aúpa, mezclados en bandadas que pusieron al barrio en cuarentena, hasta que el Margo volvió a sus trece, las cosechas se recuperaron, desovaron las truchas y los pescadores de ribera lograron que se levantara la veda y se limpiara el cauce de ahogados y remolacha, que era lo que más cosechaban los agricultores antes del acontecimiento.

—Necesitaríamos un plan —me dijo Denario cabizbajo—, ya que voy a serte sincero. Tengo el mismo problema. Los hay que también vienen para hacerme de los suyos, no sé si los mismos que te siguen u otros. Con el agravante de que a mí ya me echaron el alto y voy a decirte cómo para que no te llames a engaño y estés advertido. El plan debiera consistir en ganarles la partida poniéndolos en evidencia. El alto me lo echaron de sopetón.

Me quedé absorto.

Denario perseguido. Un ser humano tan entero y verdadero. Un hombre que era un hermano para los animales domésticos. Alguien que podría llorar al ver cómo el camión de la basura atropellaba a un perro o cómo en el revuelo de un gallinero se producían algunas bajas, las gallinas menos ponedoras, las que el avicultor dejaba fuera de servicio, prevalecido de su mando en plaza, quitándoles a las gallinas viejas sus derechos más elementales, sin abrevar ni acercarse a los comederos.

Estábamos en la misma tesitura.

Me conmovió escucharle y, mucho más, proponer un plan que nos llevaría muy lejos, asumiendo riesgos, dejándonos de pamplinas, lo

más efectivo posible y quedando claro que los que venían para hacernos suyos, a lo que venían era a llevarnos comprometidos con su causa, fuese lo que fuese lo que se trajeran entre manos, se tratara o no de una ideología o un embaucamiento.

20

Fuimos al Nogales, no lejos del barrio de Calvete, donde todavía algunos de aquellos menores de la inundación, ya crecidos y echados a perder, paseaban con los ademanes de una golfería campante, le quitaban el bolso a una señora que tenía el marido con eccema, o asaltaban al ciego de la esquina que guardaba los iguales en la riñonera, dándoles lo mismo un invidente que un ferroviario al que le quitaban el silbato, si era jefe de estación.

En el Nogales el humo apenas nos dejaba ver.

No era un tugurio, tampoco un garito, daban un buen café con leche, aguardientes varios, todos de metralla, y en la esquina de los lavabos estaba el cerillas, haciendo guardia como cuando en la batalla de Lepanto le saltaron un ojo de un arcabuzazo, sin más tabaco que unos porros ni otros efectos de fumador sin volutas que unos inhaladores, aunque las boquillas las prestaba por horas y, entre el surtido de preservativos, tenía algunas gomas aerodinámicas de importación.

—El plan es que no lo hay —dijo Denario, cuando el cerillas lo había abastecido y probaba en el dedo índice de la mano izquierda una de las gomas aerodinámicas, tras advertirme que Melina, su mujer, estaba hasta el gorro del método Ogino y que las relaciones matrimoniales eran incorrectas y nada saturadas—. Y no lo hay —siguió, guardando el preservativo en la caja— porque tal como estamos tú y yo ahora mismo, con las copas vacías y el porro apagado, no tenemos nada que hacer.

No entendía. Estaba ido.

Apenas me fijaba en la oreja de Denario, entre el humo, donde el pendiente comenzaba a emitir señales, emulando acaso a la lamparilla que en la puerta del Nogales se apagaba y encendía cada vez que un parroquiano salía o entraba.

El cerillas no tenía pastillas para la tos, tampoco le quedaban

supositorios ni jeringuillas y los pocos antidepresivos que intentó venderme eran de primera generación, cuando yo los usaba de la mayor actualidad posible, ya sin otro efecto que arruinar mis inhibiciones y funciones, con deflación y habituales trastornos neurovegetativos.

—Nos pillaron antes de tiempo —dijo Denario—. Los tenemos encima. No hay plan operativo cuando ni siquiera existe libertad de movimiento. Lo mío fue para no contarlo, ya a primera vista me habían apretado los tornillos.

Entre la niebla del Nogales se distinguían tres seres que podían ser galácticos a poco que uno les echara imaginación, cosa que no se me ocurriría hacer, percibiendo el temblor de Denario, la copa que no le llegaba a la boca, la goma que se le había caído en ella, y no sé si el eco anticipado de lo que su mujer pudiera decirle al llegar a casa, a no ser que tuviera la suerte de que los mismísimos Ogino y Knaus vinieran a visitarles para ajustar el método y darles algunas indicaciones provechosas.

Eran tres los seres y, como bien decía Denario, ya estaban encima de nosotros, sin necesidad de que nadie les invitara en el Nogales a una copa o una calada, pues la niebla los aferraba con la inocua densidad de la nicotina y la marihuana y el éter de los aguardientes que tantos aspavientos etílicos producía entre los parroquianos, muchos de ellos, como yo mismo por otras causas, alcohólicos crónicos sin haberlo comido ni bebido.

Se habían sentado a nuestra mesa.

Los tres, aunque daba la impresión de que eran uno menos o cuatro más, ya que todos ocupaban el mismo sitio, y en la variante de la niebla, que se adensaba o esparcía según se abría o cerraba la puerta del Nogales, se apreciaba una sustancia con mucha concentración o más disuelta.

La sustancia de un tiempo remoto y de un cielo sin aspiraciones o de un oscurecer en el que el universo palpitaba con la congoja de los ancianos, cuando en los asilos hacen cola para depositar los orinales debajo de las camas.

También la sustancia de lo que deja la nicotina no en los pulmones, sino en el riñón y las varices.

Una suerte de jugo o permanencia o, para ser más exactos, de esencia y naturaleza, que ni Denario ni yo mismo podríamos detectar,

por mucho que en el tiempo que duró nuestra amistad, siglos después, todavía lo recordáramos con el escalofrío que ellos, nuestros acompañantes, contagiaban, sin tocar los vasos ni derramar el aguardiente.

No dijeron nada.

Esperaron a que vaciáramos las copas y dejásemos las colillas. No mostraban otra intención que la de acompañarnos, aunque de lo que se trataba era de que fuéramos con ellos para hacernos de los suyos, y ni siquiera hubo el mínimo comentario sobre el perro que atropelló el camión de la basura y, mucho menos, sobre el asesinato que Denario me echaba en cara, aquel feo asunto del can de Lazada en el corral de Moredo.

—Jamás voy a avenirme —le había dicho más de una vez a Denario, cuando todavía no éramos tan amigos, apenas conocidos— a tal inculpación, por mucho que entre mis débitos con la sociedad haya que contabilizar ese asesinato. Al perro no lo maté con alevosía, perfidia o traición, que serían razones en la comisión del delito, agravantes de la responsabilidad criminal. Al can le di boleto a causa de la rabia, del virus inoculado. Otra cosa es que luego me sobreviniera lo que es propio de la enfermedad que ya padecía, una inclinación malsana, un instinto perturbador, todo ello sin que el can todavía me hubiese mordido, ni siquiera sintiese en la cercanía de sus fauces la saliva o la baba. Estás muy equivocado —le repetí a Denario, cuando ya nuestra amistad era acrisolada— si piensas que lo asesiné a propio intento, con la bajeza de quien dispara sin pensarlo dos veces y por el mismo conducto. El hecho de que posteriormente me convirtiera en un asesino en serie como animal de compañía no impida que así sea.

21

No hablaban.

Nos llevaban entre ellos. Nos hacían de los suyos sin mediar palabra. Ni siquiera se nos ocurrió pedir ayuda a los parroquianos que en el Nogales consumían lo poco que la vida les proporcionaba, un recuelo del aguardiente que abrasaba las entrañas, el café con leche frío o cortado, las escorreduras del porro o la esquirla de una pastilla que amargaba la existencia antes de propiciar el mínimo destello alucinógeno.

Había prisa.

Curiosamente la niebla del Nogales se había hecho dueña y señora de aquel barrio del arrabal de Armenta.

No estoy muy seguro de si se trataba del barrio de Amina o del de Solsticio, cualquiera de ellos, ya que el Nogales cambió de ubicación con el tiempo y cuando, mucho después, retirado de psiquiátricos y psicopatías, volví a buscarlo ya no atiné con él.

Y fue de ese modo, al no encontrarlo, como perdí la última oportunidad de una reconciliación con Tina Solidia, la novia que no había cejado en su empeño, tantos años después de habernos devuelto la correspondencia y las fotografías más comprometedoras, aquellas en las que hacíamos cabriolas en los caballitos de la feria patronal, donde los adolescentes miraban el pasado con mayor ilusión que el futuro, y en el cruce de los tiempos y las edades siempre había un tren que no se detenía en la estación en la que lo esperábamos.

Siempre un tren sin pasajeros, con el último vagón enganchado al revés, para que la cola del convoy resultara controvertida y nadie pudiera llamarse a engaño respecto al significado simbólico de las vías férreas, por mucho que los más listos pudieran ir y venir por los andenes sin que nadie reparara en ellos.

La novela no los tendría en cuenta.

Allá cada cual con sus anillos y sus gusanos.

No voy a dejar de ser caprichoso al dictarla por culpa de unos adolescentes que no se percatan del cruce de los tiempos y de las edades que los sacan de quicio.

Tuve la impresión de ir detenido, aunque Denario decía que no iban por ahí los tiros, que cuando en su momento le echaron el alto, sin mediar palabra, supo que se trataba de una reverberación de ultratumba, una consigna o lo que buenamente fuese, pero no de la habitual composición de lugar.

Y que procedía, eso sí, de un más allá cercano, como si los seres no existieran en la existencia real y efectiva sino en una suerte de contraposición fantástica o ilusoria, que el propio Denario explicaba confuso, sin que ellos, los seres que nos llevaban detenidos o transportados por el revés de la niebla dijeran nada, se rebajasen a aclarar sus intenciones o al menos una orientación para tener alguna idea de lo que pudiera significar hacernos unos de los suyos, lo que no se puede entender sin haberse encontrado en tal situación, por muchas vueltas que le demos.

El cementerio de Poltra estaba cerca, eso ni siquiera la niebla podía modificarlo.

El humo del Nogales era curiosamente la niebla del trasmundo o el aliento de los seres que cuajaba en la respiración de la noche. No estoy muy seguro.

Ni Denario ni yo teníamos allí a nadie enterrado, ya que ninguno de los dos éramos de lutos y catafalcos, ni de los muertos teníamos otra opinión que la habitual y, en el peor de los casos, la convicción de que sobran más que faltan, quiero decir que si hubiera que cubicar lo que necesitan, en hectáreas o metros cuadrados, según la disposición de las tumbas, y sin contar los columbarios, nos quedaríamos asombrados.

Hay muchos más muertos que vivos, decía un amigo de Denario, taxidermista y hombre de posibles, muy experto en sepultamientos y restos orgánicos, ya que los vivos desaparecen sin que la réplica sea exactamente la de los muertos, pues estos se multiplican por acumulación y, si somos sinceros, debemos reconocer que esos muertos conforman los estratos del mundo material, el que pisamos, con el tiempo hecho ceniza y un poso de fertilidad que para sí quisieran los nitratos y otras sustancias y materias de abono.

No había acuerdo con el taxidermista, aunque su evaluación resultara interesante, pero ello no iba a influir en el hecho irreal de lo que nos estaba pasando, cuando ya Denario temblaba a mi lado y los seres estrechaban el cerco, a cuatro pasos del cementerio de Poltra,

que mantenía la cancilla abierta y a favor de la niebla, quiero decir que percibíamos la fusión de estos hechos, de estas vicisitudes, llevados como los reos de una causa penal que nadie instruyó y cuya sentencia no necesita ser publicada.

22

En Poltra ya hacía muchos años que habían puesto el cartel de completo.

Era un cementerio atestado que le hubiera venido muy bien al taxidermista para corroborar sus teorías, sin tener que echar mano de la experiencia de un sepulturero, si es verdad, cosa que dudo, que en ese viejo oficio el peso de las contabilidades haga más leve la labor, de tal manera que mientras más entierras menos trabajo te cuesta.

Nos dimos por perdidos.

Se cerró la cancilla. Se esfumaron los seres.

Cayó un retal de niebla a nuestros pies y lo que vimos no fue otra cosa que la sepultura abierta, donde para hacernos suyos debíamos meternos, no ya para alcanzar el descanso eterno sino esas otras sensaciones de lo que llega más allá de la muerte, y que en nuestro caso serían muy especiales, pues ni estábamos muertos ni teníamos la artera esperanza de que alguien nos matara.

Si nos hicieron o no nos hicieron suyos es harina de otro costal.

Denario falleció siete años después, en un accidente ferroviario.

Lo arrolló una locomotora cuando estaba meando en la vía, y yo no tenía la menor gana de que me llevaran a un más allá donde nada pintaba, y mucho menos con la vida tan movida que llevaba encima, que lo mismo daba para una novela gótica que para un cuento de hadas o un relato de supervivencia y autoayuda.

Juntos no íbamos a morir.

La niebla no era la causa de la oquedad.

El humo del Nogales fortalecía los pulmones, pero tampoco sería la causa de una ensoñación o un desvanecimiento.

No he vuelto a tener la sensación o el apremio de que alguien me lleve, de que alguien me requiera para hacerme suyo y, de ese modo, deje de ser mío, logré quitarme del medio con una suerte de secuestro

que, a lo mejor, me procura una nueva vida, la dimensión oculta de la que puede vivirse o bien al lado de esta o en otra parte.

Hay dualidades, qué duda cabe.

En las dolencias mentales se multiplican las figuraciones y, a veces, en la multiplicación está el mayor daño o el mejor alivio.

En cualquier caso Poltra es un lugar de mi inexistencia, algo que representaría un abismo interior parecido a los otros abismos que tiene en general la gente, sitios nada gratos pero irremediables donde uno puede mirarse para saber que hay muchas cosas ocultas en lo que somos, algunas muy poco recomendables.

Volvimos al Nogales poco antes de que cerraran.

Los parroquianos que no se mueven, los que acabaron desapareciendo cuando el propio Nogales mudó de ubicación, estaban tan panchos.

La lamparilla de la puerta se había apagado.

23

—De buena nos hemos librado —dijo Denario.

—En la vida conviene probarlo todo. La verdad es que no es la primera vez que me veo haciendo de fantasma.

—Tampoco la última —dijo Denario—. A las cosas, como a las personas y a las situaciones, se las coge gusto.

—Cuatro quimeras, algunas elucubraciones, un poco de imaginación y soltura. El más allá está a la vuelta de la esquina. Vete despacio y no te detengas, mira sin que te vean, nunca des el brazo a torcer.

—Nos tenían enfilados —dijo Denario.

—Una vez, hará el tiempo que quieras, estaba en una clínica alpina, pasando el rato. Las enfermedades me respetaban entonces porque no las hacía caso. Si me ponía malo no me acordaba. Ya se sabe que la juventud es valiente porque resulta inapropiada.

—La mía pronto la eché a pique —dijo Denario.

—En los ambientes alpinos las nieves son eternas. Da lo mismo el día que la estación. Si quisieras hacerte una idea de la eternidad no harías nada mejor que ver lo que esas nieves significan.

—No me interesa —dijo Denario.

—En aquel sanatorio había unos cuantos botarates. Algunos estaban en la misma planta que yo. A otros los tenían en los desvanes o en las caballerizas. Dos o tres, los que metían más bulla, pasaban la vida en el jardín, la nieve era para ellos lo de menos.

—Hay gente para todo —dijo Denario.

—Había noches en que aullaban los lobos. Los ambientes alpinos son muy adecuados para los lobos y otros mamíferos carniceros. La raza es alpina en cualquiera de ellos, una raza que no tiene desperdicio.

—No me caen bien —dijo Denario—, ya sabes que los míos son animales domésticos.

—No te apures, que eso no viene al caso. Aullaban y, cuando ya había pasado mucho tiempo, la mayoría de los que estábamos en el sanatorio, nos habíamos hecho a los aullidos, y hasta nos gustaban.

—Hay gustos para todo —dijo Denario.

—Fue uno de los internos, uno de las caballerizas, el que tuvo la idea de que, ya que nos habíamos acostumbrado, podíamos cazar uno y amaestrarlo.

—Craso error —dijo Denario—. Los instintos salvajes no tienen alternativa.

—Por intentarlo nada se perdía.

—Mala idea, peor resultado —dijo Denario— y de los peligros para qué vamos a hablar.

—Pues no te lo vas a creer, pero así son las cosas. La ocasión la pintan calva. Una de aquellas noches en que los lobos ya no aullaban, debía de ser por la primavera alpina o cuando en el otoño las montañas se arrugan y el aire se pone amarillo, llegó un lobo al jardín, no se sabe si a propio intento o despistado o con permiso de la manada, ya que según supimos por los celadores de la clínica tenía los papeles en regla, quiero decir que estaba fichado y vacunado como es debido, pues en aquellos ambientes había una normativa para todo ser viviente que se cumplía a rajatabla, no olvides que la clínica estaba en medio de un parque natural.

—Lo que quieras —dijo Denario.

—Ese lobo se hizo a nosotros, no como un perro de los tuyos o un animal doméstico cualquiera, sin dejar de ser lo que la naturaleza le dictase, sin que se le cambiase el pelo al mudarlo o disimulara las intenciones.

—Hay bichos que conviven sin tener conocimiento de las reglas de urbanidad —dijo Denario—, pero es mejor no fiarse. Suelen ser bichos escamados, torvos, sibilinos y, a la postre, traicioneros.

—Nada de eso. Tan acomodado y pimpante. El tiempo que aguantó en la clínica alpina fue parecido al de algunos internos, unos menos botarates que otros, como ya te dije, y sin más peligro que el derivado de meterle la mano en la boca y pedirle que mordiera, sin saber lo que unas fauces de esa categoría suponen. Es curioso que no fueran precisamente los más botarates los que se quedaran sin dedos.

—Natural —dijo Denario—. Los que se confían no tienen por qué ser los más tontos. El bicho no juega con fuego. El que se pasa de listo cae en la trampa. No sé yo si ese lobo no sería un perro asilvestrado por muy en regla que tuviera los papeles.

—Igual que vino se fue. Los que perdieron los dedos eran los que más se acordaban de él pero, en general, entre los internos de la clínica, contando a los botarates y a los que no acababan de pasar la revisión médica, ya que mentalmente eran incapaces, pudieron contabilizarse medio centenar de mordeduras, algunas con infecciones galopantes y tres casos de septicemias. Cuando llegó el parte oportuno

se supo que el animal no estaba vacunado, que la manada a la que pertenecía lo había aborrecido y que en los ambientes alpinos llevaban mucho tiempo dando batidas para acabar con él.

—Justo lo contrario de lo que ocurre con los domésticos —dijo Denario—, que jamás te harán una mala pasada. Con los animales dañinos no es bueno familiarizarse. De todos modos hay que tenerlos matriculados.

24

Esto era más o menos de lo que estábamos hablando en el Nogales, trivialidades y algunas sugerencias o recuerdos que no llegaban a aburrirnos pero tampoco daban para más.

El asunto del lobo alpino no es inocuo en lo que a la mentalidad me concierne.

En aquella clínica no tenía mucho de lo que curarme. Fue una temporada que muy bien podía haberme ahorrado, pero el ambiente resultaba agradable y, a la postre, lo de la alimaña resultó materia de estudio psicológico más adelante, cuando ya en situaciones de riesgo, cuando me sometía a un vaciado parecido a una confesión general, el lobo asomaba la oreja.

—Hay que fiscalizar todo lo que el pasado supone en la memoria emocional y en el trastero —decía uno de los especialistas que me trataron en primera instancia, cuando en mi peripecia todavía no había aparecido la judicatura—, y, en ese sentido, nada es ajeno a lo que nos concierne. La raíz del trastorno y sus concomitancias, lo profundo y lo superficial, en estos parámetros no hay minucias, todo debe ser tenido en consideración.

—No sé —dije yo— si lo del lobo viene muy a cuento.

—Real o no —dijo aquel especialista que tenía las gafas con cristales de distintos colores y un cuero cabelludo que crecía desparejo, como si en la cabeza hubiese tal disparidad de opiniones que no le sería posible peinarse—, da lo mismo. Lo importante es la presencia simbólica del mamífero y la posible dentellada, si es que te mordió.

—Lo hizo —declaré—, pero de una manera distinta al resto de los internos, cuando ya nadie lo esperaba. Al lobo lo tenían vigilado, daba mala espina y, sin embargo, le permitían moverse por el jardín y lo alimentaban. Nunca aulló ni movió la cola. Cuando nos enteramos de que la batida había acabado con él, tiempo después, nos llevamos un berrinche. Al lobo lo mataron con perdigón de posta. Un disparo en la cabeza. Sin darle tiempo no ya a que se defendiese sino a confesarse o,

por lo menos, a recibir la extremaunción y enviar un adiós a los lobeznos, si los tenía.

—¿Cómo te mordió? —quiso saber aquel especialista que, como yo bien había observado, gastaba en peines más que en zapatos, si es que las púas servían de algo en aquel cuero cabelludo que hubiera vuelto locos a los indios arapajoes—, y qué sentiste cuando lo hizo, si estabas en vela o tenías el sueño cambiado y había o no luna llena en el panorama alpino.

De lo que le contesté al especialista no me acuerdo, pero sí de lo que le conté a Denario que, cuando seguíamos la cháchara en el Nogales, intentaba llevarme al huerto con el asunto de los animales domésticos, sin que por entonces supiera nada de mis instintos asesinos, algo de lo que tampoco yo era muy consciente, aunque tenía algún pálpito.

—Me mordió el lobo, y lo hizo con nocturnidad y alevosía, fíjate qué trauma. Menos mal que estaba mejor de las lumbares que de la cabeza, aunque como ya te conté no tenía un pico, me encontraba estable, la enfermedad se había asentado. Los picos son igual que disparos, lo ponen todo patas arriba. Se te sube la hemoglobina.

—Me figuraba la mordedura —dijo Denario—. Tal como lo cuentas, con el lobo suelto y todos haciendo el canelo, no quedaba otra opción.

—Fui a dormir, tenía sueño, apenas cené, llevaba unos días sin apetito. Entré en la habitación, me había cambiado a otra ala de la clínica donde el ruido de los botarates no llegaba. Cerré por dentro. Estaba prohibido pero me había hecho con la llave y siempre cerraba. Lo que me esperaba no te lo vas a creer. La vida me ha dado sustos y algunas hernias, estrangulaciones, pero lo que me esperaba no es de recibo.

—Con lo que me digas —dijo Denario—, sea lo que sea, no me vas a poner nervioso. No hubo nada peor entre dos amigos que lo que le hiciste al can de Lazada, siendo como era de una familia de los cánidos de total confianza y muy amiga de casa.

—El lobo estaba en la cama, con la cabeza asomando en el embozo, quieto, con la mirada fija en el techo. Yo, sin saber qué hacer, pasado el trago o la primera impresión, me senté en la cama, empecé a desnudarme. No estaba nada seguro de lo que sucedía y apenas pensé que lo que sucedía es que estaba mucho peor de lo previsto, que estaba mal, enfermo hasta gripar, sin que la cabeza funcionara y el trastorno echase humo. Y eso que a la clínica había llegado como si tal cosa, a pasar el rato.

—Te lo tenías merecido —dijo Denario—. No existe impunidad suficiente. Esas mordeduras son letales para el sistema central y la propia estima. ¿Te mordió en las lumbares, no digas más?

—A propio intento, sin que llegara a acostarme. Una dentellada y la consiguiente inflamación.

—Y se fue tan campante —dijo Denario.

—Le abrí la puerta, salió como si nada, tan pimpante. Cuando de nuevo cerré por dentro me entró un pesar que iba a consumirme, una especie de cabreo y vergüenza, como cuando te pillan en lo que más aborreces, burlándose.

—Lobos, manadas, tropeles —dijo Denario—. No hagas el bien a quien solo conoce el mal. En los rediles saben mucho de eso. Supongo que la cicatriz te habrá servido de escarmiento.

—Un enfermo de mis condiciones y circunstancias no admite escarmiento posible. Caerá en cuantas trampas le pongan y cuantas veces sea preciso. Un enfermo de mi condición administra él mismo las caídas, se fabrica las trampas, las usa y las cambia. No hay dentellada suficiente para escarmentar. El lobo es uno de los mamíferos que más frecuentan a quienes padecemos estos trastornos del cuerpo y del alma. Aquí no hablamos de fábulas ni de bichos imaginarios. El lobo tiene los incisivos de la enfermedad y, si soy sincero, debiera dar gracias a Dios por haberme mordido en las lumbares y no en el culo.

25

El asunto tiene un tratamiento simbólico, escucharía en alguna ocasión, en cualquiera de las consultas que hicieron de mi existencia un evacuatorio, ya que en la mayoría de ellas evacué lo que podría denominar el secreto de mis desperdicios, y en ese aspecto más que de un asunto se trataría de un caso.

Los aspectos simbólicos de mis ocurrencias, sucesos y pensamientos, o de los casos correspondientes que me atañen, es algo que nunca me preocupó y, sin embargo, al ponerlos de relieve daban una nueva dimensión a mis padecimientos, lo que no dejaba de halagarme, ya que no podía olvidar algunas figuraciones retóricas proclives a la utilización de signos o palabras de modo subconsciente para hacer aflorar emociones soterradas, y eso siempre me petó.

Otra cosa era el uso psiquiátrico puramente conminativo, expresado para que, al tomar conciencia de aquellos actos y sus representaciones sensoriales, me amilanara y aceptase con mayor sumisión el tratamiento pertinente, cuando ya la simbología había perdido cualquier halago y la razón de los hechos mentales me devolvía a la gusanera.

No sé si esto serviría para la novela porque, en el fondo, me resulta muy engorroso, y hasta puede aburrirme contarlo, tengo mis dudas, lo consultaré con la almohada.

Sería muy interesante, me habían dicho, que nos ciñéramos al caso, que interpusiéramos una especie de recurso dentro de lo que podríamos considerar un procedimiento, no ya administrativo, sino psiquiátrico, un recurso de reposición o un recurso de alzada, el que más nos guste.

Eso sí, sabiendo que en la alzada hay jerarquía superior para no quedarnos en un mero parte médico y en la reposición el propio parte impugnado, sospechando que el médico no está seguro de sí mismo.

Lo cierto es que no quedaba claro, en ninguna de las consultas, lo

que sería regulado por la norma procesal en esos trances evacuatorios, pero sí era interesante la idea del tratamiento simbólico, el caso propiamente dicho, me decidiera o no a contarlo y me aburriese o dejara de hacerlo.

—No vayas a ninguna parte —dijo todavía Denario para sacarme de dudas, cuando ya en el Nogales la atmósfera resultaba irrespirable, y algunos de los parroquianos que pernoctaban en el local comenzaron a tener ahogos, sin que ya fuera posible abrir la puerta y encender la lamparilla, pues en el Nogales no habría servicio hasta la mañana siguiente, cuando comenzaran a despachar los desayunos—. Es mejor que no se lo cuentes a nadie, no creo que de nada sirva la interpretación de lo sucedido, el caso no tiene mayor relieve.

—Es por el lobo —dije casi sin saber a lo que me refería—, por el daño que me hizo y el gusto que me dio la mordedura.

VI

LAS EDADES CAUTIVAS

26

Una vez, en una entrevista de documentación expeditiva, cuyo fin nunca llegué a conocer, me pidieron hablar de mi cabeza.

De lo que mi cabeza, con sus condicionamientos, y supongo que con los problemas que me había procurado, representaba en mi vida.

Algo así como las vicisitudes de una cabeza no por alocada menos verosímil, narrativamente interesante para un público ya de vuelta de tantas patrañas periodísticas.

—Podíamos comenzar por la cabeza del niño que fuiste, por lo que aquella cabeza infantil tuviera dentro. Las diminutas ideas, las ocurrencias, lo que en ella bullía y pudieras recordar haciendo el esfuerzo correspondiente.

—La cabeza de un niño cabezón —dije yo, asintiendo y sin reparar en lo que podría suponer ese cuarto a espadas que, por poco que fuese, no dejaría de ser una incursión cerebral y un viaje al pasado, cuando precisamente en el pasado estaba el pasaporte de huida, lo que avalaba y permitía un ir y venir para salir pitando de mí mismo y volver a cruzar la frontera cuando menos lo esperaba, eso que llaman el viaje de ida y vuelta.

—Si no te importa —me dijeron—, antes de comenzar la entrevista vamos a hacerte algunas fotos, y sería estupendo que te peinaras un poco, a no ser que la tuya sea una personalidad desmelenada, queremos decir que el ir despeinado forme parte de tu carácter, sea tu imagen característica.

—Me peino con una ganzúa —dije en plan de broma— y hace siglos que no piso una peluquería. Siempre me gustó el pelo de la dehesa pero, como me libré de la milicia por razones obvias, nunca tuve ocasión de que me pelaran al cero, ni siquiera en alguna intervención quirúrgica. Lo que es verdad es que se me cayó el pelo alguna vez, cuando no fui dueño de mis actos y cometí alguna tropelía, estando advertido de que si hacía lo que no debía hacer se me iba a caer. El pelo tardó mucho en crecerme, no parecía que iba superar la pelusilla, fui un niño pelón.

—No importa —me dijeron—. Buena o mala cabeza, el cabello

rizado, un corte a navaja o maquinilla, qué le vamos a hacer, tampoco es imprescindible el material gráfico. Vamos a ello, lo que te rogamos es que no te rasques.

No leí la entrevista pero, como la ocasión la pintan calva, cosa que dije sin venir a cuento y que no les hizo la mínima gracia, realicé el esfuerzo de recomponer recuerdos, sensaciones, accidentes, en lo que ellos acabarían titulando algo así como un viaje a la cabeza de, seguido de mi nombre y con el acompañamiento de una viñeta en la que podía adivinarse una esfera sideral con algunos grumos en la cocorota, lo que no me sentó nada bien, si es que la esfera además de sideral pretendía ser cerebral, pues no iba a gustarles nada a mis amigos extraterrestres que podían darse por aludidos.

Haré de todas formas un recuento de lo que pude contestar y, de esta manera, podré añadirlo a la trama de la novela que me traigo entre manos, si es que la novela llega a buen puerto, cosa dudosa, y no me aburro antes de terminarla, sabiendo como sé de sobra que no hay vida que no acabe antes de que lo haga la novela que le sirve de imitación, pues la vida es efímera y la novela perdurable.

No tengo nada claro que la novela deba servir de imitación a la vida, y mucho menos en mi caso, si soy consciente, cosa improbable, de lo que mi vida tiene de desorientación y falta de vaticinio, ya que de una vida trastocada se trata y, además, nada agradable para quien la vive, lo que dejaría la novela en ese sentido en un elemento contradictorio y molesto para quien la lea.

Sobre todo si la vida tiene, como es mi caso, el único acicate de la enfermedad, esa alteración de la salud tan narrativamente poco elocuente, o la pasión dañosa o alteración en lo moral o espiritual, que sería lo más propio de mi dolencia.

Entendiendo que al primer caso le iría, si me pongo a ello y, a la vez, me pongo la novela por montera, mejor un realismo desprejuiciado y al segundo, a la pasión dañosa, otro muy distinto, más metafórico y dado con los símbolos con los que el padecimiento revela otras caras de la pesadumbre y el infortunio, más misteriosas y mentales, más metafísicas y propias del ser en cuanto tal.

Pero ¿a quién se la dicto, quién puede echarme una mano para que la novela deje de ser una divagación, más o menos elocuente, de lo que tanto me preocupa, y adquiera la dimensión precisa de lo escrito?

La mía no es una leyenda oral, con trasgos y garduñas que se

persiguen por el bosque, pero tampoco una ficción de realismo excursionista, en la que el interfecto se pone ciego contando lo que le pasa, las penurias mesocráticas y los deslices de una juventud en la que la realidad sociopolítica lo tenía cogido por los huevos.

Vaya novela de mierda, sería mejor una confesión sin adjetivos para expurgar los candores y la falta de imaginación o acta notarial que delimitara las penosas propiedades de quien nada tiene que contar, apenas el usufructo de su existencia parcelada.

La mía no merece la pena en esa dimensión, no voy a dictar lo que es verdadero para que no parezca falso, lo que quisiera contar es lo que me ocurre en los anillos cuando asoma el gusano o estoy en la jaula.

Nada que delate esta mierda de vida que todos llevamos, pues se quiera o no se quiera el mío es un trastorno universal.

27

La cabeza de un niño cabezón, por ahí empezaba.

—Es impresionante —decía una amiga de mi tía Gela, que no cejaba de pasarme la mano por encima, como si medir el diámetro fuese el mayor aliciente de su vida—. Un campo de aterrizaje, una plataforma, se podría despegar de ella o que una escuadrilla de paracaidistas tomara posiciones.

Mi tía Gela corroboraba lo que apreciaba su amiga y siempre añadía, ligeramente enojada:

—Lo más llamativo es la desproporción con el tronco y las extremidades. ¿Será posible un mando proporcionado que establezca desde la cabeza lo que el cuerpo reciba, y que obedezcan las extremidades y no haya disfunciones y resquemores…?

Estas observaciones de mi tía Gela, que había estudiado Físicas y gozaba de una pedantería materialista, y su amiga, que no tenía estudios pero sí unas curiosidades malsanas, se encuentran entre las primeras cosas que recuerdo en las que mi cabeza fue motivo de análisis, cuando ya era un infante que alzaba el coco sin restricción, me mantenía de pie sin virajes y daba sus pasitos sin que la cabeza no ejerciera su infantil gobierno, como cualquier niño que va de un lado a otro sin perder pie a la primera de cambio.

—No es que haya preocupación en la familia —decía mi tía Gela—, pero sí pudor. El niño es como la cabeza de puente en las maniobras del barrio, ya sabes cómo se las gastan a este lado de Armenta, donde los vecindarios no se andan con chiquitas y cuando te descuidas usan la vara de medir.

—Es que impresiona —dijo la amiga—. O provoca envidia o inclinación a cuantificarla. No sabría decir si es cabezón o cabezudo pero no te extrañes de que al barrio se le vayan los ojos y las cintas métricas. Cabeza de puente por su tamaño y fortificación, y la familia

tiene que andarse con mucho cuidado para que, cuando llegue el momento, no la tenga a pájaros o se convierta en una de chorlito. Menudo problema y qué responsabilidad.

—Estamos en ello —aseguraba mi tía Gela—. Nació malnutrido, cayó como un meteorito cuando todavía no se le esperaba. Resultó sietemesino. El parto fue un engorro pero ya sabes que mi cuñado es de aviación, está acostumbrado a las pistas de despegue y aterrizaje, tiene muchas horas de vuelo, ha pernoctado en los hangares. Cuando cayó el meteorito, sin cesárea y otras consignas tácticas, estaba en el paritorio, con el uniforme de faena y en posición de firmes.

—Reconforta —remató la amiga de mi tía Gela—. Hay espíritu de servicio, no se trata de ninguna cabezonada. Yo es que soy muy impresionable. Si al final la inteligencia se correspondiese con el tamaño, bendita superficie. Si en las fuerzas aéreas valoran esas dimensiones, tu sobrino tiene el porvenir asegurado, y siendo hijo de un aeronáutico o piloto de altura, vaya bicoca.

Cabezón o cabezudo, pero en ningún caso cabeza cuadrada, así mismo.

Un niño que no despreciaba los biberones pero tampoco los acaparaba, comedidamente llorón y sin que jamás se le cambiase el sueño, sin dar muestras excesivas de caprichos extemporáneos, aunque, eso sí, nunca risueño, siempre circunspecto.

Un niño con una mirada de la que él mismo, desde muy pronto, supo que no se dirigía al exterior sino al reverso de lo aparente, a una incierta inspección de sí mismo que en el niño, desde donde ahora lo sitúo y examino, establecía como un vigía no de los demás sino de sí, alguien que ya podía tener atisbos de un interior en bullicio, de un cerebro no por incipiente menos movilizado.

Ese tipo de criatura que se las deja ver y desear, que inquieta y no decae, que con un aro y una peonza es capaz de imaginar los planetas y las constelaciones sin despeinarse y sin que se le caigan las anillas, lo que con más frecuencia de la debida le lleva a mostrarse como un niño rencoroso, ya que en el orbe sideral no hay sitio para él, y cuando se esconde en la nevera se le derriten los perdigones.

Alimentado con pelargón, si fuera necesaria una indicación socialrealista de signo nutricional, sin perder nunca el punto de vista de la cabezonería.

28

El niño se cayó un día.

Recuerdo que se trataba de una fiesta de guardar.

El morrazo se lo dio en la escalera. Iba suelto, nadie lo llevaba. Cayó como el propio meteorito que había sido tan consustancial en su razón y existencia, no ya como el que pierde pie sino como el que pierde cualidad, el que se desmorona en el abismo de su intranscendencia, una caída de cintura para arriba con lesiones también de cintura para abajo.

—Eso les diría —contesté a los entrevistadores, sin que para nada hubiese entendido lo que acababan de preguntarme—. El viaje que dicen, comenzó con un traspié.

—¿Y la cabeza?

—Casi siempre la he llevado debajo del brazo, para no perderla o que me la robaran.

—Ese niño cabezón ¿ya presentía lo que la cabeza podría significar en su vida?

—Era cabezón y concienzudo. Sabía latín. No estamos hablando de una infancia empalagosa, tampoco medrosa. El niño era un cabrón con pintas.

—Descríbalo, es muy interesante. Los niños suelen ser apocados, andan a gatas como los mininos. De la cabeza no se ocupan, apenas la sujetan para no caerse.

—No es mi caso —dije, petulante—. El cabezudo se vanagloriaba de su cabezonería, y hasta la amiga de mi tía Gela llegó a asustarse. Es un sobrino de armas tomar, llegó a decir cuando vio a una avioneta aterrizar en la pista que se deslizaba por la pelusilla. Cabeza buque, si no fuera por el arma a que pertenece su progenitor. El cuerpo aéreo puesto en entredicho por la marina mercante, vaya gabela.

—Pero vayamos al grano —dijeron los entrevistadores—, dejemos la testa en su sitio. Cayó por las escaleras en una fiesta de guardar, un traspié y un morrazo. ¿Se le calentó por primera vez la cabeza o ya la tenía a pájaros?

—Se me hinchó pero todavía no la tenía a los pies. No la iba a

sentar, eso que quede claro, nunca la levanté, el niño, sin ser macrocéfalo, era, como ya les he dicho, cabezudo.

Perdí el conocimiento.

Espatarrado en el rellano, igual que un saco del que hubieran vaciado el contenido, probablemente un saco de patatas o de legumbres, ya que en casa solían comprar los comestibles al por mayor, y en los ultramarinos de la esquina los pesaban en una romana donde mi familia aprovechaba para pesar a los vástagos, siempre más gordos de lo presumible ya que la romana estaba trucada.

De ese modo siempre comimos menos de lo que pagamos, nunca la familia numerosa tuvo la recompensa del precio justo, pero es que mi padre rechazó cualquier cargo en intendencia, volaba a ras del suelo y con el rancho estricto, sin importarle que los hijos le salieran malnutridos o esmirriados o cabezones.

No era un viaje, era un morrazo.

El niño no vio las estrellas. Del firmamento llegaría a conocer otros cuerpos celestes cuando sus amigos alienígenas vinieron a sacarlo de apuros, pero percibió algo de lo que más tarde figuraría en los historiales clínicos como una mancha de aceite o una sombra que simulaba un poste de la luz que acababa borrándose cuando el poste era podado como un árbol y en los cables eléctricos se producía la sacudida que le hacía recobrar el conocimiento.

—Estabas inconsciente —dijeron los entrevistadores—. La cabeza rota, el cable desenchufado. No había otra luz que una bombilla en la escalera o la linterna de un vecino que asomó alarmado al oír la caída.

—Caída libre —dije con desparpajo—. En la cabeza no había chichón pero a través de la brecha de la misma, muy cerca de la nuca, era apreciable lo que en un interior sombrío suponen las irisaciones y las contraventanas, esos rayos que riegan la madera de los entarimados, ese poso de la luz que no llega a la fibra del cerebro, que no logra iluminar la cavidad y, sin embargo, la roza con el destello que alberga la inteligencia, como si por vez primera se apareciese una idea o una ocurrencia.

—¿Y cuál pudo ser? —quisieron saber ellos.

—Algo relacionado con la infinitud —dije yo, mordiéndome el labio para que no se percataran de que mentía como un cosaco—. Algo que no tiene término. Lo que solo un niño puede calibrar sin saber nada, lo más impreciso, lo más lejano.

29

Con eso he vivido, para qué voy a negarlo.

Les mentía como un cosaco pero a la vez recuperaba las sensaciones de la caída, inventaba lo que un ojo podía ver por el agujero que en mi cabeza ya sería el mayor aliciente clínico, lo que la psiquiatría iba a sustraerme para dejarme vacío y convertirme en un despojo.

Las enfermedades tienen esa virtualidad.

Las mías se sostienen en la irrealidad de un sentimiento común a todas ellas, esa idea del daño que el propio niño pudo presentir cuando se tiró por las escaleras, si acaso se tiró porque ya la estaba teniendo, una idea que siempre permanecería en mi vida muy por encima de las ocurrencias.

—Entonces no fue un tropiezo —dijeron los entrevistadores muy decepcionados, sin enterarse de que aquella era la única verdad de la entrevista.

—Dejémoslo en una eventualidad —les respondí con sorna—. La inquietud del niño era proporcional a su cabeza, no sé si a su cerebro. Ustedes saben de sobra que la cavidad craneal no se proporciona con el entendimiento. Hay muchos cabezones tontos del culo y cabecillas capaces de llevar a la liberación a los pueblos sojuzgados. Lo que sí es verdad es que el que tiene buena cabeza se rasca mejor y va más derecho por la vida.

—Nos hemos quedado turulatos —dijeron los entrevistadores, que no concebían que un niño se tirara por las escaleras, por mucho que en su familia hubiese sobrados antecedentes de otros lanzamientos, algunos con graves consecuencias y otros por el mero gusto de una apuesta.

—No era mi intención —dije encogiéndome de hombros—. Mi vida está llena de sustos, en ella hay más rellanos. Otra cosa es asomar por la ventana del cuarto trastero y, antes de que te sujeten, saltar al vacío. Las ventanas de los cuartos trasteros suelen dar a los patios de luces.

—Somos un abismo —dijo uno de los entrevistadores, el más

conmovido.

—Somos la pera —le contesté.

—Si quiere ver la entrevista antes de publicarla, se la pasamos —dijeron, sin que se les notara la intención de hacerlo.

—No vale la pena —dije, escéptico—. No voy a leerla. Tengo el tiempo contado. Pocas ganas de nada. Soy un ser ausente. Hay noches que ni siquiera apago la lámpara de la mesilla.

30

¿Y cómo sería aquel adolescente, que ya con la cabeza en su sitio y en tamaño proporcionado al resto del cuerpo, dio claras muestras de ir a la deriva, siendo bastante guapo, alto, sin más prejuicios que los propios de quienes en esa edad nada tienen porque nada les sobra, como si el niño que fueron les hubiera robado lo que les pertenecía?

Vana pregunta que no necesita entrevistadores.

Le vendría mejor alguna contestación que mi amigo Corsario estaría dispuesto a dar, si previamente se le invitara a un coñac de garrafa o, todavía mejor, a la garrafa entera, en cualquiera de los garitos donde Armenta esconde el rabo entre las patas, de manera muy distinta a como hacía con la cola el lobo alpino.

De él también Corsario podría decir algo, ya que siempre fue experto en fieras, muy al contrario de mi caso, que lo soy como animal de compañía, y si tiene razón mi amigo Denario, lo soy criminalmente por mi condición de asesino en serie, algo de lo que se podría discutir, pues no son tantos los delitos que tengo sobre mi conciencia.

La experiencia en fieras o bichos salvajes de Corsario procede precisamente de su adolescencia, y tiene que ver con dos viajes o escapadas que le llevaron de safari al continente africano, sin otra concreción geográfica que lo situara con mayor exactitud, aunque los datos de la experiencia son precisos, y a una larga estancia en el circo Meridiano, donde lo contrataron para cuidar a las fieras tras haberse congraciado con ellas, cuando el circo debutó en las fiestas patronales de Armenta y llenó la carpa en tantas sesiones que tuvieron que prorrogar y rifar una cotorra.

Corsario habla por los codos y el garito elegido, si nadie se opone, es el Contubernio, barrio de Espita, calle Zacarías número siete, casi en el límite de ese rabo que Armenta esconde entre las patas.

Me parece el mejor sitio, porque el garito está en los bajos de un inmueble en el que el mismo día de un año en curso se produjeron tres

sucesos consecutivos y con paralela gacetilla en la prensa provincial: suicidio de un abogado de pleitos irregulares en el piso cuarto, con barra metálica y de su propia mano; fallecimiento por inhalación y falta de alimentos de una señora en el tercero izquierda, después de tirar la vajilla por la ventana, y ahogamiento de un recién nacido al que su madre primeriza amamantaba con la toquilla puesta, sin caer en la cuenta de que el biberón no tenía la tetilla desinfectada.

África es un continente, dice Corsario, sin hacer caso todavía a la garrafa, en el que si te descuidas puede pisarte un elefante o echarte la zarpa un león, sobre todo si lo pillas cortándose las uñas.

Los tigres recelan antes de atacar y, cuando lo hacen, no avisan. Bailé con uno en un sarao que organizaban las tribus bakelitas, pero guardando la distancia, un baile suelto, sin permitirle que se me acercara, ya sabes lo precavido que soy desde que sufrí el abrazo del oso.

No hay mayor riesgo que el de los plantígrados, tanto si se ponen cariñosos como si se mosquean.

El oso no se anda con chiquitas, lo había invitado a una colmena y cuando me abrazó para darme las gracias me las vi y me las deseé.

El oso del Meridiano, que en el circo ya no hacía ningún número porque estaba sonado después de las palizas que en el ring de la pista le había propinado el Hombre de Piedra con una maza, podía hacerte daño si te pisaba, ya no calzaba zapatos, gastaba zapatillas de orillo.

De las que no puedes fiarte es de las gacelas, son más taimadas que cursis y cuando las ves por las sabanas y te tiran los tejos, ya puedes andar con tiento; si te descuidas y dejas llevar, pueden contagiarte enfermedades venéreas para las que no hay penicilina suficiente.

Sin embargo, se puede pasar el rato con un antílope, son muy agradables y cariñosos, pero hay que poner millas si ves a un rinoceronte rascando la tierra con la pezuña.

El safari es lo bueno que tiene, el riesgo se da por descontado, un rasguño, una amputación, un tiro por la culata, los buitres que no te quitan ojo.

El continente africano es una caja de sorpresas; si quieres que te lo enseñe solo tienes que venir conmigo a una sesión numerada del cine Mombasa, en la fila del medio para que los cocodrilos no nos salpiquen y no huela a mandril.

Al continente hay que verlo en tecnicolor y a ser posible en pantalla panorámica.

31

En el circo Meridiano se dio cuenta Corsario de que la adolescencia era algo así como la primera fase de la pubertad y que, en ese trance, comenzaban a sentirse modificaciones que uno no entendía, sin que más tarde, al llegar a la juventud, las entendiera mejor, sabiendo él como bien sabía que en el trance anterior, en la infancia propiamente dicha, apenas se había enterado de nada.

La infancia es la inopia, decía.

Tuvo la suerte de compartir esas modificaciones con algunos de los animales que cuidaba en el circo, a los que mantenían en la misma jaula, ya que el Meridiano era un circo modesto, y eso le permitió comprobar que, al contrario de los seres humanos, ni discutían ni se peleaban por estar en el mejor sitio de la jaula ni lamer los mejores barrotes.

Cada uno iba a lo suyo y no tenían contratiempos ni contradicciones, se tumbaban y estaban siempre quietos, de modo que Corsario tenía que despertarlos para darles de comer. Bebían agua en la misma pila y algunos orinaban en ella, único detalle que Corsario les afeaba.

No había ni una fiera que no fuese mayor de edad, decía Corsario, y ni se acordaban si habían nacido en las sabanas del continente africano o en otras selvas de mayor follaje de otros continentes o estaciones agropecuarias o granjas de producción intensiva, como aquellas en las que trabajó mi padre de veterinario, hasta que le dieron boleto al comprobar que no estaba titulado ni sabía distinguir los avicultores de los apicultores.

En seguida supe que todos ellos, fieras y animales de poco pelo, habían nacido en cautividad, y que de esa condición eran deudores, de la penalidad de quien siempre fue prisionero y no tuvo otro horizonte ni resquicio, como si el pasado se mantuviera encerrado en la misma cápsula del presente, que no tenía otra actualidad que la pobreza de la jaula, los contados espectadores que pagaban media entrada para verlos y la desgana de sentirse acobardados.

De noche me metía con ellos en la jaula.

Nadie en el Meridiano salía a vigilar por los alrededores de la carpa. Los artistas dormían en los coches o en alguna pensión cercana. Eran de distintas nacionalidades y razas. No se hablaban entre ellos. Nunca se fijaron en mí ni yo les hice caso. Las funciones no me interesaban.

El empresario que me contrató jamás llegó a pagarme, siempre decía que no tenía suelto.

Comía del rancho de los que ponían y levantaban el circo, una cuadrilla de facinerosos, casi todos sordomudos y uno, que mandaba más que los otros y dirigía la operación de subir y bajar la carpa sujetando los postes y el mástil para que todo subiera y bajara como era debido, cojo y tuerto, siempre vestido de republicano y con el látigo con el que al parecer se había sacado el ojo.

Le había sucedido ayudando a un domador que estaba manco y necesitaba que le echaran una mano en la pista, cuando todavía en el Meridiano había números de fieras y trapecistas ciegos, malabarismos y acrobacias de unos tiempos que yo tampoco recordaría.

Aunque es verdad que en la jaula, entre aquellos bichos arruinados, durmiendo como un bendito y dejándoles que me rascaran o me hicieran cosquillas con la cola, pude entrever lo que significaba la pubescencia, el brote impreciso del vello en el bajo vientre y, al fin, un sueño que nunca lograría descifrar, por muchas que fueran las sesiones continuas y los internamientos, la cautividad y desamparo de cada día y cada función.

32

Cautivos, esa es la cuestión.

Una edad para que la jaula sea el escenario de la existencia y, tal como Corsario corroboraba, el brote pubescente no deje lugar a dudas, sin que para quitárselo de encima sea suficiente echar pelillos a la mar.

Me miro en el espejo.

Me veo alto y guapo, sin que la cabeza desentone, aunque el flequillo sea indicio de una timidez congénita que tardaré mucho tiempo en quitarme de encima. Eso no es óbice para que corresponda al aprecio de las chicas más próximas, muchas de ellas adolescentes todavía impúberes, pero con su periodo a punto y la complicidad de las risas vergonzosas que me ponen colorado.

Salgo de casa con la moral alta. Piso fuerte.

Estreno zapatos y, aunque me aprietan, no lo tomo en cuenta, otra cosa es que me hagan tropezar y me llenen de rozaduras, pero llevo tiritas en el bolsillo superior de la chaqueta nueva, aspirinas en los pantalones y unas pastillas para la tos, además de la pomada de los granos y unos sobres para que el estreñimiento no me cohíba o la cajita de ungüento por si al rascarme me hago daño y un linimento que me ayuda a estar en forma si hay que correr o, en el peor de los casos, me dan un pelotazo o un linier despistado me pita falta.

Cruzo la primera esquina y de pronto ya no soy el mismo.

Volveré a casa.

La moral baja casi a cero grados. La esquina es el trance de una pubescencia aciaga, el trámite de una pérdida de valores todavía no adquiridos. No era nadie, no soy nada.

El ánimo es una pila vacía, si acaso anteriormente estuvo enchufada.

Todavía no sé, la edad me priva de ello porque el entendimiento no espabiló lo suficiente, lo que es valor, energía, esfuerzo y mucho menos la conciencia de principio en la actividad humana, el soplo del

alma o el espíritu.

No lo sé y, sin embargo, noto la falta de aliento como un golpe bajo, una supuración o un susurro malévolo y, sin entender bien el ánimo, ya estoy desanimado y hasta desalentado para que la esquina sea la mayor traba de lo que llevo vivido y de nada me sirva cortar el pelo al cepillo con la colonia humedeciéndolo y la camisa de un color malva con el cuello almidonado y tirantes en vez cinturón, ya que le tengo manía a las hebillas.

Esas fieras banales, dice Corsario, esos bichos sin estima ni dedicación, anclados en la edad portuaria de su desvanecimiento. En el límite de la quimera que sacó a sus antepasados de las selvas primordiales y los trajo, embarcados o en estado de gestación, a la celda o al foso del zoo o, en otro negocio, a la jaula circense y al numerito acrobático de un domador manco. Eran espejo de mi adolescencia desanimada, por muy feliz que me sintiese compartiendo la celda nocturna, el rumor de las ventosidades selváticas y un estertor gutural que hacía de los aullidos ruidos de un tubo de escape o pitidos de una locomotora enferma.

Voy a serte sincero, decía Corsario con la garrafa a la espalda, voy a decirte las cuatro verdades de lo que podríamos considerar una edad cuaternaria, si no fuese por el respeto que los animales salvajes me merecen y por el sentido de la amistad que nos profesamos, aunque jamás pude perdonarte la denuncia que me hiciste en los tolontinos, en tercero de bachillerato, poniendo en peligro mi integridad secundaria y sin que sirviese para otra cosa que para tu propio beneficio la falsificación de la cartilla.

Era uno de ellos, dijo Corsario.

El cautivo de su misma existencia, por mucho que a su lado ya no sintiese el flujo pubescente o la inquina de saberme más solo que la una. Mucho más solo que cuando en el corralito infantil lloraba asomado a la barandilla de la que los niños se asen para no caer al vacío, aunque todos sabemos que la infancia es en sí misma un vacío sin contorno, una nada sin inquietud ni desapego, solo concerniente a la diminuta conmoción de su llanto y su vacuidad.

La inopia.

La jaula tenía la dimensión exacta de un pensamiento retardatario, propio de mi inexactitud y condolencia.

Un pensamiento que entre ellos, los animales ancianos que supuraban la roña y la decrepitud como el último aliciente de su

cautividad, alineaba mi congoja con la suya, pero sin que ellos quisieran perturbarme o hacerme pasar un mal rato.

Te lo diré de otro modo.

Si te acuerdas de los niños salvajes que alimentaron las alimañas cuando se perdieron en el bosque, puedes hacerte una idea de lo que el acogimiento entre estas fieras derrotadas pudo suponer mientras en el pubis me rascaba los cuatro pelos, que no llegaron a ser cruciales hasta que alguna caricia volandera los detectó en la oscuridad de un domingo por la tarde, cuando ya los tolontinos me habían expulsado por tu culpa y una chica perdida y hallada en el templo, a la que yo quería por encima de los pecados veniales y la ansiedad de los primeros trastornos, me susurró al oído que me quería como hermano y que era una pena que no nos hubiéramos conocido antes de que su hermano gemelo falleciera en un accidente aerostático.

33

Recuerdo al Corsario de aquellos años tolontinos. Estaba como una cabra. En los primeros cursos era rubio, luego moreno, después se peló al cero, había visto una película de indios motilones y corría por el patio del colegio con una navaja barbera y una palangana.

Lo recuerdo en la clase de matemáticas haciendo en el encerado una raíz cuadrada con un cartabón y unas tijeras.

El tolontino de turno se había refugiado debajo de la tarima y el resto de los alumnos nos manteníamos en los pupitres de pie y manos arriba, mientras las amenazas de Corsario contrastaban con su incapacidad para resolver la raíz cuadrada o hacer la prueba del nueve que, sin venir a cuento, traía a colación para maldecir las ciencias exactas, que era como el tolontino llamaba a lo que en el encerado resultaba un auténtico galimatías, sin que él supiera otra cosa que sumar y restar.

También recuerdo a Corsario ayudando a misa con una mopa y una regadera y saltando por la ventana desde un corredor del tercer piso al patio y huyendo con un lego tolontino a sus espaldas, tras ponerle la zancadilla y arrancarle unas hojas del breviario, o haciendo pis en las filas cuando el vicerrector tocaba el silbato para subir a las aulas, manteniendo firme la pilila y pidiendo al vicerrector que detuviera las filas hasta que acabara de mear.

Nunca fue el primero de clase pero curiosamente tampoco el último y hasta en una ocasión pusieron su fotografía en el cuadro de honor, donde los alumnos destacados sacaban lustre a sus sonrisas sin que la petulancia los librara de las bromas más pesadas.

Lo mío no se entiende, dijo Corsario en aquella ocasión, pero el que esté libre de culpa que tire la primera piedra. No hay mayor honor que el deshonor de haber sucumbido a la afrenta de haber llegado tan alto.

Hubo dos tolontinos amenazados con denuncias por sobrepasarse con los de primaria y, aunque nada más se supo ni los niños volvieron

a usar pantalones con bragueta, corrían los anónimos de las denuncias y Corsario le medía la coronilla con el compás a uno de los tolontinos amenazados y le cortaba con las tijeras la correa a otro, asegurando que lo del cuadro de honor no podía entenderse en la justa medida de lo que los denunciados no pusieran de su parte, porque sin tirar él la primera piedra ya les había roto a ambos la crisma.

Yo no podía secundarle en esas controversias, tenía el estigma de las víctimas propiciatorias, habían abusado del inocente espurio, me la pelaban.

Los tolontinos que nos metieron mano, me dijo Corsario con inesperada indecencia, nos hicieron unos hombres, avalaron la moralidad de la masturbación y ganamos en vicio lo que perdimos en inocencia, ya sin tener que confesar lo que el vicio solitario significaba para no tener en su día que operarnos y sacar a flote el prepucio.

Corsario jugaba al baloncesto y al marro y administraba los retretes del patio, donde en los recreos todos queríamos encerrarnos para fumar la pava, cobrando por adelantado y echando cuentas de las colillas, ya que también era él quien vendía el tabaco allí consumido y las gominolas y las bolas de anís para que el aliento no oliera a nicotina.

Cuando lo expulsaron, después de encerrarse durante tres días y tres noches precisamente en uno de los retretes del patio, tras provocar un cortocircuito y un incendio que tuvo consecuencias lamentables, con intervención de los bomberos y fallecimiento por quemaduras de tercer grado de un tolontino centenario al que desde hacía mucho tiempo tenía olvidado la comunidad, fue directamente a la emisora que más se escuchaba en Armenta.

Allí puso de chúpame dómine a todo el estamento colegial, a la asociación de antiguos alumnos y a la orden tolontina al completo.

Hasta el punto de que tuvo que intervenir el provincial de la orden, tomar cartas en el asunto el obispado y hacer una declaración jurada la directora de las hermanas considerativas, que tenían el colegio de niñas aledaño al nuestro y que en la invectiva radiofónica de Corsario salían muy perjudicadas en asuntos de sobornos, tráfico de influencias y falsificaciones de material escolar, amén de lo que se hubieran sobrepasado con las niñas más incautas siguiendo el ejemplo de sus secuaces.

A ellas, me dijo Corsario, las hicieron mujeres cabales.

34

Soñé, decía Corsario cuando ya la garrafa había pasado a mejor vida y en el Contubernio se le acercaban algunos parroquianos a darle las gracias por los estupefacientes y las píldoras anticonceptivas, que no era el chaval que estaba en la jaula sino el chico aventajado que en el África salvaje protagonizaba las ceremonias con que la tribu bakelita da el visado para considerarte mayor de edad y, a la vez, el arco y las flechas y el correspondiente anillo para el prepucio.

Soñé que la vida es un discurrir insano con muchos puentes y ningún río.

La edad no era otra cosa que un trámite maldito, y en el sueño no había riberas, solo inquietudes y el desasosiego con que los ahogados ven las aguas oscuras poco antes de cerrar los ojos.

Del mismo modo que en mis desvanecimientos farmacéuticos o etílicos hay un barro que me ensucia la mente y un escozor en las sienes y una espina clavada en el dedo gordo del pie derecho, el que siempre me pisaron los que me adelantaban y se burlaban de mis lágrimas.

Era el mismo sueño de otras vidas que no conocí, de otras latitudes en las que no estuve, de otros engaños y otras hemorragias que son afines, en el lado salvaje de los seres humanos, a las que en la selva sufren los animales huidos que el cazador no perdonó y que en el horizonte morado se acuestan hasta que el mismo cazador llega para rematarlos.

Cumplí aquella edad con la tribu bakelita.

Bailé con el arco y las flechas una rumba y un mambo. Sonaban tambores y el viento traía gaitas y bandurrias, dándole al festejo un aire comarcal que me reconciliaba con mis mayores, hombres del agro y la partija, endeudados hasta los ojos cuando aspiraron al comercio y la intendencia, que legaron a los descendientes la artrosis y el cansancio de un pensamiento que apenas daba para vivir.

Los animales de la jaula dejaron un día de considerarme su igual y me denunciaron al empresario poniendo en cuestión mi condición de cuidador, como si nada hubiera hecho por ellos, a pesar de que en el sueño me ayudaban a pasar los apuntes a limpio y me avisaban de que el tolontino de guardia, que me la tenía jurada, me esperaba en la esquina del patio con un sacapuntas y un destornillador.

No me despedí de ninguno.

La jaula se había convertido en una guarida.

Lo que el circo Meridiano tardara en cerrar comido por las deudas y los desmanes de los artistas y los operarios, todos dispuestos a que el espectáculo se fuera a pique, como así sucedió, era poco más o menos lo que a los animales les quedaba para que en cualquiera de las Ciudades de Sombra, por donde el circo hacía el mismo recorrido, sin otro público que el habitual o suspendiendo la función por falta de espectadores, fuese el servicio municipal de limpieza el que ordenara el arresto por falta de higiene y por enfermedades infecciosas, para finalmente pasar notificación administrativa al matadero y llevar a cabo la liquidación de existencias con el correspondiente despiece.

En eso acaba el sueño.

Otra cosa son las sinrazones de esa edad cuyo más grato recuerdo son las conmemoraciones de la tribu bakelita, aunque lo que me hicieron en la ceremonia tuvo mucho tiempo después inusitadas consecuencias, cuando me operé de fimosis con la mala suerte de que el médico que me atendió no fuera de cabecera sino de veterinaria.

Corsario apuraba la tercera garrafa.

Me costaba hacerme a la idea de lo que su adolescencia suponía en comparación con la que yo había sobrellevado, teniendo ambos parecido destino en el trastorno y un paralelo vacío del ánimo y la duermevela.

Noches aciagas. Un interior roto en mil pedazos. La sequedad del aliento y la mojadura de las sábanas. Una gota que supura en la yema del meñique. Un dolor inmaculado. La cabeza que voló. La lumbre que ardía sin fuego. El temblor de la caída. Un arrebato. La furia que rayaba el techo. Un escalofrío. Un dardo. Un latigazo.

Podíamos pensar lo mismo, tener las mismas ocurrencias, cuando en el Contubernio se fueron los parroquianos y nos quedamos solos.

Había un perro debajo de la mesa, lamiendo lo que se hubiera derramado de la segunda garrafa.

Sería impropio que confesara mis íntimos sentimientos al darme

cuenta de que se movía y me echaba la baba en los zapatos.

Íntimos sentimientos, instintos que no reconozco, una comezón y una angustia temeraria cuando el propio Corsario le acarició la cabeza y el perro se revolvió para morderle.

La vida de Corsario tiene otras muchas cosas que contar. Lo haré si me peta, aunque no creo que tenga ganas y, además, al dictarlas se me quedarán huecas.

VII

LOS RESIDUOS MENTALES DE LA NOCHE

35

Un día cualquiera estaba yo hecho unos zorros y como no tenía a dónde ir me dirigí a la estación del Castro Astur para ver pasar los trenes y, si había suerte, asistir a un descarrilamiento o a un accidente en las vías, donde muchos ferroviarios sufren amputaciones, y hay viajeros que se ponen nerviosos esperando al convoy, y caen como pardillos cuando la locomotora se les echa encima.

Tardé un buen rato en llegar a la estación. Iba dopado.

La noche todavía me daba vueltas en la cabeza, que es el mejor indicativo de que no acaba, quiero decir que la noche, cuando se pone brava, no levanta vuelo, se incrusta como un clavo y cuando, al fin, sacas el clavo, lo que no termina es la resaca química que se mantiene sin que la razón encuentre acomodo.

Para acabar de cagarla y sin mayores miramientos hice dos cosas nada apropiadas: unos tragos en el bar Caletre, poco antes del puente Cerval que me conduciría a la estación, y luego desde el mismo puente, aupado en el pretil, intentar un ejercicio de equilibrio que no salió bien, de manera que me di un coscorrón y un coche que pasaba estuvo a punto de atropellarme, cuando del pretil caí sobre el asfalto como un funambulista cojo.

En el Caletre hay ambiente a cualquier hora y, si te descuidas, te hacen un encargo o te dan un recado, sin que tengas que hacer otra cosa que asentir o encogerte de hombros.

—Es un paquete de vaselina, ya sabes —me dijo el entendido que en otras ocasiones me había fichado—. Si te avienes vamos al tanto por ciento y si no te interesa lo dejamos como estaba.

Bebíamos al mismo tiempo.

Las copas iban por mi cuenta pero yo no tenía ganas de negociar, ya dije que estaba hecho unos zorros y todavía el ambiente del Caletre mantenía el movimiento de la noche y no lograba fijarme en nada, solo escuchar algo entre el ruido de los parabienes y las

amonestaciones y aspirar en las copas el aroma de la nitroglicerina, que era lo que más servían.

—Otro apaño de no menos encanto —me dijo otro de los entendidos, con el que nunca había tenido trato—. Vamos aquí al lado y quemamos un avispero. El tanto por ciento es el mismo, aguijones aparte.

No estaba por la labor y lo entendieron sin sorna, pero en seguida fui a caer donde menos debía, cuando ya enfilaba la puerta del Caletre y una chica, a la que conocía de vista, me echó el lazo y se dispuso a ajustarme la corbata.

—A Candina —me dijo—, aquí al lado, hay que llevarle un ovillo y unas agujas de tejer. Yo te espero donde el seto y te doy un tanto por ciento cuando lo hayas hecho.

Fui como un bobo.

Me apretó tanto la corbata que apenas podía respirar.

A lo que se refería era a una mercería en la que más de una vez había comprado yo botones y carretes para zurcir.

La mercería se llamaba Candina, como la dueña, que era una señora malhumorada que tenía clavadas en el moño unas espinas y llevaba puesto un delantal con volantes y cinta aislante.

—Esa lista no concurre nunca —me dijo airada, al verme entrar—. Lo que dejó por hacer lo cobró por anticipado. Le dices que solo por deshacerme el moño me debe lo que no está escrito.

—Vengo a traer el ovillo y las agujas —musité sin encararme—. Es un avío que le hago para que no desfallezca.

—¿No quieres botones —me ofreció de mala manera—, no tienes otra cosa que zurcir que no sean los calcetines que gastas llenos de tomates?

No quiso coger el ovillo y las agujas, ni que los depositara en el mostrador. Me indicó que pasara a la trastienda guiñándome el ojo con un gesto imperativo.

—Si se tratara de una triquiñuela —masculló, empujándome—, ya te puedes santiguar. No vas a pasar un buen rato, puedes estar seguro.

36

No sé cómo contar lo que pudo sucederme.

En condiciones normales me hubiera percatado de algo raro cuando la mercera me empujó y tardé un momento en caer en la cuenta de que algunos objetos se me habían desmoronado encima y ella cerraba la puerta por fuera sin haber dado la luz.

Estaba dopado o, al menos, con la resaca en su punto.

Las vueltas de la cabeza contribuían a que de nuevo la oscuridad fuese algo parecido al fermento de la noche.

Una sensación muy recurrente en ocasiones similares, no solo cuando estoy hecho unos zorros sino también en el mero desosiego de algún desánimo, cuando la fermentación va desarrollando una alteración no muy distinta a los hidratos de carbono, a lo que se degrada y poco a poco, en lo que atañe a las sensaciones o los propios sentimientos, se convierte en una agitación que bien pudiera llegar a producirse por acción enzimática, una degradación que, en cualquier caso, me pone los pelos de punta.

No sabía dónde estaba ni lo que podía hacer.

Me di cuenta al cabo de un rato de que la mercera se había quedado con el ovillo y las agujas, a no ser que los hubiera perdido con el desmoronamiento y en la confusión.

Creo que tirado en el suelo, comencé a pensar lo que un ovillo y unas agujas podrían significar en una vida como la mía, tan echada a perder que de nada serviría tener el hilo entre los dedos o que una madeja me ayudara a tejer alguna prenda que me sacara de apuros.

—Hay simbolismo —me acabaría diciendo, muchísimo después, cuando ya peinaba canas y pensaba que la ortopedia era una solución para reponer aquello que la vida me había arrebatado, un enfermero que compartía conmigo el internamiento en una clínica que llevaba mucho tiempo fuera de servicio—. Es el enredo. Es la devanación. No llevabas algo ajeno a tus carencias. También las agujas te delatan. Si pudieras acordarte te darías cuenta de que la lana estaba en la maraña

de muchas ensoñaciones y en la trama de algunas casualidades.

El elemento simbólico que en la dichosa novela iba a aparecer, por uno u otro lado y de la forma más inesperada, pudo llegar a preocuparme pero en nada contribuyó a mi sanación, aunque no debo adelantar acontecimientos.

El caso es que me dormí.

Soy muy resistente a los fármacos, pero los efectos de una noche aciaga también tienen al día siguiente, con resaca o sin ella, parecidos resultados a un disolvente o una disolución y si te quedas frito eso sales ganando.

No siempre es así.

Hay ocasiones en las que al quedarte frito te escuece el alma, que es una forma de decir que el sueño quema lo que el espíritu padece, ya que algunas ataduras se sueltan cuando menos se piensa y alrededor del tiempo y la desazón no hay otra cosa que la ceniza de la hoguera.

Con un tizón, con un armamento menos trivial, sin otra luz que la de los párpados quemados, pueden hacerse viajes de ultratumba, al pasado más remoto, al presente menos atrabiliario, a un futuro sin consecuencias, donde no hay otra esperanza que el vómito de la última pastilla, ese aliciente que apenas puede mezclarse con un poco de alcohol de quemar y, si las tienes a mano, unas rodajas de limón.

37

—No hay nada en el ovillo —me increpó la mercera que acababa de sacarme de la trastienda, tras encender la luz y amenazarme con las agujas—. Lo devanaron sin contenido, esa golfa me la tiene jurada. ¿O eres tú el que me toreas?

Estaba limpio de polvo y paja.

No tenía otra cosa que hacer que mostrarle el forro de los bolsillos y quitarme los pantalones, aunque para ella no fue suficiente, quería que me desnudara para registrarme los entresijos.

La verdad es que había echado un sueñecito y, al desnudarme, tuve la sensación de que la oscuridad reinante en la trastienda se había solapado con los residuos mentales de la noche y de lo aciago iba derivando a lo afortunado, sin que el registro me hiciera recordar otra cosa que las subidas y bajadas del ánimo y de la impotencia, el servilismo con que la enfermedad se adueña de lo poco que somos, ese padecimiento rutinario que le roba a la humanidad los bienes más preciados.

Se lo iba a decir, tal como lo cuento, a aquella pobre mujer que tenía en la mercería el sino de su mala uva, la contumacia de su desazón y descaro.

No había terminado de buscar en mis entresijos y, cuando quise decírselo, un poco anonadado y algo vacilante al pensar que su vida se sustentaba en el comercio de las cosas menudas, que entre botones, dedales, alfileres y cintas, se le diluían los años con pocas costuras y algunas irremediables cicatrices, la vi dar unos pasos, agujas en mano, pegar una patada al ovillo, que vete a saber tú quién lo devanó, y dirigirse al mostrador para sobre él, sin volver a mirarme, clavar las agujas entre sollozos.

No creo que jamás en la vida me haya vestido con mayor celeridad.

Evitar los calzoncillos y los zapatos me dio mayor presteza y no anudar la corbata me ayudó a salir pitando, pero antes de proceder a

ello tuve uno de esos arrebatos de conmiseración que, según la medicina preventiva, son propios del trastorno, síntomas de la compasión o aprecio que se tiene por el mal de alguien, y muy habituales de los espíritus conflictivos.

La mercera, o la pobre mujer atendiendo a lo que iba a contarme, sin dejar en ningún momento de torcer el gesto y echar pestes, retomó las agujas y, sin dejar de sollozar, se situó detrás del mostrador y sacó del cajón unos carretes de hilo de distintos colores, sin que yo me enterara de que pretendiese vendérmelos.

Me acerqué y me di cuenta de que el local era extremadamente pequeño pero muy alto, con un techo en el infinito y unas paredes revocadas con azufre o, al menos, del color o el tufo de los sulfuros.

—No es la hija que nadie quisiera —dijo la mercera convulsa, todavía agitando las agujas—. La hija de todos, la hija de nadie, la hija del que menos pudiera pensarse, pero de cualquier modo me debe la custodia y el respeto.

No sabía qué decir y menos qué hacer.

Estuve por decidirme a elegir uno de los carretes y abonarlo sobre la marcha.

Entonces la punta de una de las agujas me rozó la barbilla y en el desplante de la buena señora, en lo que pretendiese con un gesto muy teatral y la voz alterada, percibí algo parecido al ruido con que la noche tanto me había perjudicado, bien en el sueño etílico o en el devaneo mental de las pastillas: tantas y tan cargadas de elementos químicos y posos neuroeléctricos. Unos fármacos que la ansiedad deglutía con la insistencia de lo que iba pareciéndose a la agitación de una naturaleza revertida, un bosque de árboles volátiles.

—Si yo le contara —musité como uno de esos colegiales a los que pillan copiando y no saben defenderse—. Si yo pudiera hablar de lo que callan las mayorías parlamentarias y consienten los pobres de espíritu —remataté ya con la vergüenza de una excusa boba, y sin venir a cuento.

—Le devuelves el ovillo y esta aguja —dijo ella como un ofrecimiento arrebatado—. Le dices que el hilo no es la materia de mi desprecio ni el ovillo su justificación. Hay hijas que no merecen la maternidad con que fueron concebidas y madres involuntarias. Tampoco la mercería es el mejor negocio.

Tomé la aguja.

La mano me temblaba, la de ella también, aunque la que sostenía la otra aguja permanecía enhiesta, como si esa aguja que en seguida iba a clavarse en el pecho fuese igual que la espada de una película de romanos en la que un tribuno hacía lo mismo pero con distinta idea: el tribuno se sacaba un ojo.

Salí como alma que lleva el diablo, ya casi curado de la resaca pero con el susto de haber presenciado una tragedia sin que hubiese bambalinas y el escenario de la misma no tuviera el empaque merecido, sin que eso redunde en el hecho de que la mercería no fuese el mejor negocio y no disfrutara la mercera de un buen pasar, más allá de aquellas circunstancias que, a lo que se ve, propiciaban, sin que yo lograra enterarme del todo, una especie de parricidio en el que asumía la condición de intermediario.

No es lo más extraño que me ha sucedido en la vida, tampoco lo menos considerable si se tiene en cuenta que el resultado final, y fatal, todavía estaba por llegar.

A la vuelta de la esquina como quien dice, bajo el seto que la chica del encargo me había indicado al salir del Caletre, ella me aguardaba muy agitada, sin reparar en que no llevaba puesta la corbata que tan firmemente me había anudado, y casi sufrió un desmayo al ver cómo enarbolaba la aguja del encargo, ya sin ovillo y sin su gemela, con la que la buena señora había puesto fin a su existencia.

Sin apenas darme tiempo para ponerla al tanto de los acontecimientos pero adivinando lo que la tragedia consumaba, me la arrebató y salió huyendo como una posesa, aguja en mano.

Y, por lo que supe al día siguiente escuchando la emisora que en Armenta se dedica en exclusiva a chismes y sucesos necrológicos, sin otra publicidad que la funeraria, murió de su propia mano con la aguja en el cuello y atropellada por un coche sin frenos, aunque la emisora no detalló si lo uno precedía a lo otro o si la propia mano era la buena o la articulada, ya que la chica tenía la derecha ortopédica, de lo que yo ya me percaté cuando me anudó la corbata.

38

—Ya te dije que hay simbolismo —volvió a repetirme tanto tiempo después, cuando ya peinaba canas, el pesado del enfermero de aquella clínica, que además de estar fuera de servicio no tenía a nadie de guardia y la habían abandonado los doctores porque el cuadro médico se había caído de la pared y hecho mil pedazos poco antes de que la inspección sanitaria diera su informe negativo—. El mal uso de las agujas tejedoras, los carretes de distintos colores, el decorado comercial del hecho punitivo. Un ensueño que te lleva y te trae como un representante delictivo, sin comértelo ni bebértelo. Hay un punto de ficción que no me gusta un pelo, y no te saca de apuros el dopaje o la ingesta alcohólica.

Hice equilibrios en el pretil del puente Cerval, ya muy cerca de la estación del Castro Astur donde buscaba el entretenimiento de algún otro suceso imprevisto, un descarrilamiento o un accidente en las vías, yendo como iba todavía hecho unos zorros pero menos zumbado.

Las aguas del río Margo bajaban de color manzanilla a consecuencia de las inundaciones que a lo largo de su curso habían provocado.

Ahora ya estaban más calmadas, pero eso no contribuía a que en los pueblos ribereños perdonaran al río lo que se había cobrado con sus desmanes y que, sin embargo, en Armenta era casi motivo de júbilo, ya que la riada reportaba beneficios a la traída de aguas urbana, siempre escasa y con intermitentes restricciones, lo que contribuía a la precariedad higiénica y a la infame calidad de los baños públicos, y a que Armenta tuviera un alto índice de tifoideas y erupciones cutáneas.

No bajé al río.

Me di un morrazo al caer del pretil, pasó un coche, no me pilló de milagro.

Me apetecía volver al Caletre, aceptar otro encargo y unas copas.

La nitroglicerina forma parte de mi adicción, también el alcohol de quemar y la sosa cáustica, pero el sentimiento de una aguja transgresora no formaba parte de la moralidad de aquella situación, pues las agujas, por mucho que acabaran significando en la simbología de aquel enfermero ilustrado, que tanto contribuyó, con el correr del tiempo y cuando ya mi trastorno había dejado de ser viral, a una iluminación autocomplaciente y de nuevo efímera, brillaban como espadas cinematográficas y arteras, manteniendo en mi mente un duelo y una herida.

La sangre contaminada del hilo que formó el ovillo y de la madeja desmadejada.

VIII

LAS ADIVINACIONES

39

Hay jornadas así de solemnes.

Mañanas impías. Mediodías venales. Tardes ruinosas. Oscureceres salvajes. Noches sin espuma. Sueños galvanizados.

La opacidad de la mente como el tránsito común de la fusión de los núcleos y la energía. La reserva que en los sentimientos apenas tiene densidad y, sin embargo, nada cuesta poner buena cara, decir que aquí me las den todas, mostrar la sabiduría y la razón de quien vuelve del abismo sin haber colgado el abrigo en el perchero.

Una sombra de uno mismo.

La cruel fatalidad. Lo que ya no nos pertenece, porque el pasado se rio de nosotros. Lo que imperaba como un bien, sin que las cosas lo supieran. Lo que en el mal encuentra el fruto y la contradicción. La espina que brotó en la sangre. El esplendor de una cima rota. El cobijo. La serenidad. La clientela del último bar. Un punto y una coma.

Hay muchas maneras de ir a la debacle.

No todas las inundaciones son desastrosas o fertilizantes, las hay llevaderas.

Vi en las aguas del Margo una circunferencia blanca y el amarillo de la infusión.

El río que ahora se remansaba cabizbajo, como yo podría hacerlo sin que el puente me sirviera de excusa, apenas como la transición de dos poderes ocultos y pendencieros, el de mi inquina y el de mi deserción, el que colmaba la fortaleza de mis inicuas expectativas y el que olvidaba la poca fe con que hubiera resistido cuando ya ni siquiera se está en baja forma.

Pitó un tren en la estación cercana.

Salí corriendo.

Hay una dicha que me reconforta en los desastres.

40

El tren minero tenía dos vagones de viajeros en la cola, uno para los ingenieros, facultativos y cargos ferroviarios y otro para la clase de tropa, donde los indocumentados que quisieran llegar al desierto de Moravines podían subir sin billete ni equipaje.

Nunca salía a la hora anunciada, jamás llegaba cuando estaba previsto. En la estación de Armenta se le tenía el mismo miedo que respeto.

Muchos jefes de estación se escondían al verlo aparecer, otros le daban la salida mostrando la bandera y tocando el silbato asomando por la ventana del retrete de la cantina, de donde eran sacados a la fuerza por los revisores o los inspectores ferroviarios cuando ya el tren languidecía con riesgo de que lo retiraran a las vías muertas, y algunos facultativos protestaran de la desidia de una línea que en las manos de quienes la administraban no ofrecía una lectura cabal, como si el destino no dependiera de ella y no existiese una quiromancia operativa ni la ilusoria determinación que uniese, como fuera posible, las rayas de las manos y el discurrir de los raíles.

Eran conocidos entre los habituales usuarios del convoy los jugadores de ventaja y las adivinas.

Los primeros hacían sus juegos de manos y sus partidas requeridos en ocasiones por los viajeros del vagón principal, el de los ingenieros y cargos, que tenían propensión a las timbas para matar el aburrimiento, sabiendo que en la pereza del convoy influían algunos intereses empresariales que ellos representaban, y que entre los jugadores profesionales, tahúres caídos en desgracia tras muchas redadas policiales y denuncias de competidores, existía la inclinación a dejarse ganar o, al menos, a que las partidas tuvieran esos alicientes extemporáneos en los que las cartas marcadas no se identifican.

Las adivinas pocas veces eran requeridas en el vagón principal, pero echaban la suerte o efectuaban la videncia entre la clase de tropa, que siempre veía alelada por las ventanillas el paisaje de una existencia rutinaria, donde los sotos y las vegas iban dejando paso al monte pelado y al peñascal que en la acritud de sus vidas conducía

directamente al desierto minero entre pozos y calicatas y un porvenir sombrío lleno de cicatrices azuladas y silicosis.

Gané unas manos, pocas, pero las suficientes para que un ingeniero recelara de mí y me obligara a sacar la carta de la manga, cosa que hice entre el asombro y la indignación de los jugadores, que no daban crédito a lo que veían, aunque logré confundirlos con la coartada de que en la manga no podían solaparse otras cartas que las repartidas, sin que yo tuviese otras que aquellas con las que estaba jugando.

—Esa carta está repetida —dijo el malhumorado ingeniero con la petulancia del crupier y un aire de estajanovista, como si al indicar las vetas de la antracita hubiera obtenido el pundonor de su puesto—. Vuelta y devuelta.

—Niego la mayor —dije, pillado sin remedio— y me acojo al derecho de pernada. Si hay suplicatorio, exijo que se restituyan los cargos.

—No tienes arrestos ni agallas. Las cartas cantan. En la ingeniería del carbón se contemplan los hechos consumados. Esta es una vía ferroviaria sin dobleces.

—Juro por lo más sagrado —imploré mostrando la cobardía y los espolones— que lo hice sin querer. La manga es demasiado ancha. Los pantalones me aprietan. No llevo calzoncillos ni calcetines.

—Deja las armas encima de la mesa —me conminó el ingeniero, que mascaba tabaco con gesto sardónico— y no aparezcas por el pozo y la hullera. Los vigilantes estarán avisados. Hay trastornos que donde menos se curan es en los yacimientos, y si son universales allá se las vean las poblaciones y los gobiernos, a la ingeniería se la refanfinfla.

—El mío es cósmico —afirmé, petulante— y para comprobarlo solo hay que fijarse en las anillas y los gusanos.

41

Lo último fue lo que más me dolió.

Yo no había subido al tren ni con el billete ordinario, que ni siquiera pedían, ni con el certificado de mis dolencias que, además, tratándose de labores mineras nada tenían que ver, pues lo que se certifica en esas labores atañe a los pulmones y no a la mente, se trata de evitar episodios neumónicos o que en las vías respiratorias no haya inflamaciones ni aparezca el neumococo.

Le hice saber al facultativo que me echó del vagón como a un apestado, sin quitarse el pañuelo de la nariz, que la mente tiene mucho de potencia y designio y que el carácter cognitivo es un atributo de las mayores cualidades, lo que no empecé para que haya fisuras, igual que los cristales se rompen y nunca todo el trigo es limpio.

Le dije, cuando ya estaba a punto de mandarme a la plataforma del otro vagón, que somos más los que tenemos trastornos que los que tienen la autoestima baja, y que en las explotaciones carboníferas hay más escombros que mineral, menos maquinaria que mano de obra.

No me hizo caso.

El tren iba por donde menos me hubiera gustado. Estábamos muy cerca de un paso angosto en el que se estrechaba la vía, los vagones entrechocaban y se producía el mayor riesgo de descarrilamiento.

En seguida venían los túneles que nos llevarían, en la bajante, al extremo sur del desierto de Moravines, donde la raza pelada de una tierra sin matizaciones era como el torso de un gigante arruinado por el sol y el tiempo, cuya piel se hubiera cuarteado ya antes de que el gigante dejara de existir.

Y allí podría pasarnos cualquier cosa.

Lo más parecido a lo que pudiera haber soñado en una butaca rota de un cine de Armenta, que cerró hace mil años, o en la turca de una celda del juzgado de guardia, en cualquiera de las ocasiones en que pude dormir con los ojos abiertos hasta que comparecí al día siguiente.

Paralelas indicaciones de un más allá remoto, donde las escombreras de los yacimientos de Moravines anticipaban la misma presión del gigante que se me había caído encima, aunque en algunas de aquellas ocasiones en que me habían detenido había sido yo el que derribaba a los demás, enzarzado en los golpes y en la furia con que dejan de manar los manantiales, se secan las fuentes, se agostan los campos, se mueren las abejas y se suicidan los insectos en los mosquiteros.

—No hago trampas —podía haberle dicho al ingeniero, que llevaba dos gemelos distintos en cada manga y dos prendedores que hacían juego con ambos en la corbata—. Hago lo que buenamente puedo, haya o no haya cartas para ganar la partida. Lo que llevo perdido es mucho mayor que lo que gané y el que quiera apostar a la carta más alta solo tiene que pedirlo. Apuesto por todo lo que me sale al paso, no distingo entre la buena suerte y la mala suerte, tampoco entre lo peor y lo mejor. Cuando peor estoy es cuando mejor me siento. Hay que aprender de los demás lo que uno no quiere enseñarse a sí mismo.

Con la clase de tropa me fue mejor, hasta que comenzaron las emboscadas y una flecha hirió en el cuello a la adivina que me leía las rayas de la mano con muy buenos pronósticos.

Era el vagón de cola.

En los asientos reinaba la algarabía y el tedio, esa mezcla que contrapone lo que el corazón levanta y el ánimo mediatiza, tan propia de quienes nos hemos visto en las nubes y en el barro, sin que jamás el corazón subiera del todo o el ánimo se empozara, pero siempre con un punto de sospechoso comedimiento.

La adivina seguía con el índice las rayas de mis manos y musitaba lo que le venía a la mente al leerlas. Lo hacía como si las rayas fuesen las líneas de un libro que, bien mirado, no sería otra cosa que el libro de mi vida, en lo referido al porvenir de la misma, lo que pudiera aguardarme a la vuelta de las esquinas que me quedaban por cruzar.

—Un pájaro errático y un violín sin cuerdas —dijo cuando ya llevaba un tiempo musitando, y no mucho antes de que la flecha, que entró por la ventanilla, se le clavara en el cuello—. Vas por la derecha, cruzas a la izquierda, tienes gastritis y la intención de tomar algo, pero no lo haces y te evitas un encontronazo con una novia que te odia y el suegro que te persiguió con la escopeta.

—¿No es una buenaventura? —inquirí menos incauto que trasquilado.

—Es el fiel de la balanza —dijo sin perder comba—. Hay una maleta y un armario con la luna rota. No debes mirar lo que contiene la maleta, te llevarías un sofocón. El cristal roto separa lo bueno y lo malo de lo que te espera, en el cálculo de probabilidades prefiero callarme para no darte un disgusto.

—No me interesa saberlo.

—Esta raya de la derecha, la que no se ve claramente dónde nace y mucho menos dónde acaba, me preocupa un poco. ¿Tienes antecedentes penales?

—Pocos —repuse ruborizado.

—Hay un cordel y una estaca. Si esta otra raya de la izquierda tiene alguna equivalencia con la preocupante, es para pensárselo. Tienes tantas opciones como el sistema métrico decimal. Mira por dónde la que sube al dedo gordo no indica la felicidad longeva, pero sí los excesos juveniles, qué curioso que se junten. Eres muy afortunado, no cabe duda.

—¿Las uñas tienen algo que ver? —pregunté inseguro.

—Nada que te importe —dijo ella sin que las manchitas blancas la interesaran lo más mínimo, en contraste con el recuento que yo hacía de ellas al cortármelas y padecer los uñeros—. No hay equidistancia. Tampoco el pelo y las varices.

—Entonces lo mío pinta bien.

—Pinta mejor —dijo justo en el momento en que la flecha entraba por la ventanilla y se ensartaba en su cuello—. No así lo mío —musitó con la voz encogida y ese gesto que es propio de los tragos amargos y los menosprecios convencionales, cuando alguien tuerce el morro como si algo le disgustara o le oliera mal, lo que hizo que durante unos instantes, antes de darme cuenta del flechazo sintiera vergüenza por el sudor de mis manos y la suciedad de las uñas.

42

Un ataque en toda regla, una emboscada.

Los indios mescaleros, sin tener el arrojo de los apaches, no estaban para bromas y el tren minero tenía las horas contadas para que en el desierto de Moravines cerraran los pozos, derribasen los castilletes, reventaran con dinamita las bocaminas y, en el plazo más inminente, la tonelada de antracita bajara a precios irrisorios en el mercado del carbón, echando por tierra las cotizaciones de las empresas mineras, y los ingenieros y facultativos no volvieran a tener ocasión de echar la partida aunque el ferrocarril no descarrilara o, entre el ataque y la emboscada, alguna flecha perdida les hiriese en la frente sin haber robado la carta más alta.

Anduve apurado para tirarme en marcha.

Llegar a la estación de Moravines, que no es otra cosa que un apeadero para los convoyes que ni llevan efectos postales ni mercancías perecederas, no me petaba, dada la situación estratégica del combate.

Y, además, sabiendo como bien sabía que a los mescaleros los ponen nerviosos los caballos de hierro y que en la platea del cine Coloma, el único del desierto, no hay defensa posible y el operador a la primera de cambio, igual que el acomodador y la taquillera, salen disparados sin importarles nada que la cinta se enrede en el proyector y haya muchos más muertos que si el celuloide siguiera su curso como es debido.

Iban lanzados, el convoy sin gasolina, los indios sin espuelas.

Caí sin suerte, con el tobillo escayolado.

La velocidad me agitó la cabeza.

Sangraba por las narices rotas.

El brazo en cabestrillo, las muelas alborotadas, un pinzamiento en el bajo vientre.

En el apeadero no había botiquín y hasta el día siguiente, cuando se me pasó la resaca química, no pude volver a casa, darme una ducha y hacer por la vida lo que jamás acabaría de hacer.

No eran asuntos banales, pensaba tras los acontecimientos, cuando me enjuagaba la boca.

Entre desiertos y películas baratas, con la cinematografía como único aliciente entre tantos quebrantos y bagatelas, sin que en los cines hiciera otra cosa que quedarme dormido, hasta que a la mañana siguiente me despertaran las señoras de la limpieza, tras el susto consabido y la persecución con las escobas y demás utensilios, no tenía muchas opciones y los indios lo que menos me iban a hacer era sacarme de apuros.

Eso me duró un tiempo no muy distinto a aquel otro en que la imaginación reparte sus dones y uno se apunta a lo más ilusorio y quimérico.

No es la imaginación precisamente un bien de la enfermedad, aunque en las agitaciones se roce lo que esta facultad del alma reserva al delirio, quiero decir que existe, entre el trastorno y las formaciones de la fantasía, un punto y aparte con sus estímulos y estimaciones, y es que a esa perturbación de la razón que tiene mucho que ver con los despropósitos y las confusiones mentales se la puede sacar mucho rendimiento.

Nunca lo logré, pero ya me avisaron de que dada mi personalidad e ideología, nada tendría que rascar.

IX

LOS CÍRCULOS DEL ENCERADO

43

La novela no podría ir bien cuando la vida me iba tan mal. Lo lógico es que no fuera a ninguna parte, sin gusanos ni anillos o a vueltas con lo mismo.

Tendría que replantearme algunas cosas, entre otras si merecía la pena o debía mandarla a la porra. Si al cabo se tratase de una novela de la vida, de la mía, de mis ripios, dolencias y flatulencias, o de una ficción que me reflejara en un espejo mantenido con la distancia debida y que, sin llegar a romperlo, quedase hecho trizas al finalizarla.

Estaba confuso y cohibido, me dolían los pies y las articulaciones.

Fue el profesor Bermejo, que ya en primaria me había puesto un parche y luego en secundaria ayudó a mis padres a recauchutarme, y más tarde fue el mentor que todo bachiller que se precie necesita, y una ayuda epistolar en los años universitarios que me alejaron de Armenta para echarme a perder con lo poco que de los manuales de la jurispericia puede sacarse en limpio, quien me repitió una vez más que consultara con algunos amigos de confianza y no hiciera caso de los mantenedores de la verdad histórica y de la sociología y las costumbres, que me atuviera a la ficción estricta y sin camelos.

La novela andaba de un sitio para otro sin que yo lograse sujetarla, llevarla por el buen camino o, al menos, en consonancia con mi propia existencia, por el camino errado pero sin forzar la alternativa de un destino que era el mío y del que no debía culpabilizarme, aunque yo no pintara nada en ella, apenas fuese la excusa de la misma.

Empezaba a estar hasta el gorro de la novela y eso sin haber dictado siquiera una frase.

—Deja quieto el coco y no te la menees tanto —me decía el profesor Bermejo, cuando en el bachillerato las lenguas muertas no acababan de agonizar, como tampoco lo hacía el ánimo de algunos alumnos, yo entre ellos, que disfrutaban con las declinaciones y les gustaba a rabiar el aoristo, aunque en las humanidades no encontraban luz suficiente para sus reservas mentales y se deprimían

con los clásicos porque las voces de la antigüedad no proporcionaban un acicate a las necesidades más perentorias.

Bermejo miraba a los alumnos con la piedad de quien se siente ultrajado por el sistema educativo.

También los miraba con la emoción de verlos escapársele de las manos con poco que hacer, más allá de la responsabilidad de que pasaran inadvertidos.

Dejaban un vacío lectivo como un hueco en la soledad de las aulas, y eso en su mente pedagógica tenía mucho que ver con el desaliento que la propia vida le infligía, de lo que éramos conscientes quienes seguimos en su onda y de manera más inolvidable los que, a escote, le compramos un billete para que pudiese huir antes de que sus hijos llevaran a cabo la amenaza de decapitarlo.

—Con la novela no te hagas ideas raras —me dijo, una de las muchas veces en que pensé escribirla, sin tener ni puta idea de lo que era una novela o ideas muy confusas sobre lo que la ficción proporciona como tapadera o exoneración—. Ya tienes experiencia psiquiátrica, estás en tratamiento, se te escapa el aire por los agujeros de la cabeza, no te pases de la raya. Ese cuaderno que me dejaste puede venirte muy bien para mejorar la caligrafía. Escribes con el arte primitivo de los palotes. Ortográficamente estás ciego.

El profesor Bermejo tuvo como contraposición a la docencia un derrotero familiar lleno de veleidades y contradicciones, con una carga de profundidad que para sí quisieran los destructores de la armada, ya que en los tres matrimonios conocidos, dos de ellos con profesoras de la misma materia y el tercero con una alumna que había repetido curso para seguir a su lado, hubo de todo: hijos predilectos, hijas adoptivas, suegros venales, cuñados sin graduación y, lo que es peor, una dependencia sentimental enfermiza en todos los casos, el correspondiente conflicto de las separaciones, el despecho y la bigamia.

Hubo un tiempo en el que al profesor Bermejo se le negaba en Armenta el saludo por la calle.

En los bares no le servían. Los comercios cerraban al verle llegar. En los cines no le vendían entradas y cuando, ya al atardecer, se acercaba a cualquiera de los parques para guarecerse de la inquina ciudadana, no era raro que los perros sin collar rehuyeran sus caricias, las palomas volaran espantadas o el guarda forestal lo amenazase con la carabina.

El guarda forestal le indicaba malhumorado que en los parterres no se podía orinar, cosa que él no había hecho, y que las colillas no se tiraban al suelo, cuando él no fumaba, pues una de las características somáticas del profesor era su insuficiencia respiratoria y otra, no menos respetable, la del riñón trasplantado, por no decir algo de la sífilis y el bulto sebáceo que le afeó el cuello hasta que mucho después de la jubilación decidió que se lo abrieran, sin que el bulto hubiese llegado a madurar, pues estaba enquistado, y sin que en su interior no se hallase otra cosa que la bola de gua que el profesor perdió de niño.

44

Nunca Bermejo dio el brazo a torcer, siempre luchó contra el sistema educativo y, en los peores momentos, requerido por la inspección, amenazado con ser expedientado, aborrecido por el profesorado y maldecido por las asociaciones de padres y de antiguos alumnos, que llegaron a ponerle en jaque con denuncias y pleitos, se irguió con un orgullo que no era suyo, dejó de lado las úlceras y las anemias, y se encerró en el aula de ciencias naturales con el cepillo de dientes y la cantimplora.

No fuimos muchos los que acudimos en su ayuda, tampoco él la solicitaba.

El Bermejo combativo tenía un fondo de pelele, una debilidad moral que su físico esmirriado reproducía, y en esos trances, cuando se ponía el mundo por montera, era cuando su tenacidad corría mayores riesgos, apenas soslayados por la vergüenza del amilanamiento.

Nunca olvidaré cuando, después de uno de sus desplantes familiares, con la parentela a la greña y en situación de ruina inminente, dejó el hogar más compungido que furibundo y fuimos unos pocos los que salimos en su ayuda y, a escote, le sacamos el billete para el autobús que lo libraba de la amenaza pero no de la conmoción, casi en el límite en que sus hijos putativos llegaban a las dársenas con las hoces y las hachas con que pretendían decapitarlo.

Estuvo encerrado en el aula de ciencias naturales durante quince días, a pan y agua y alguna infusión proveniente del cocimiento de los minerales de la colección allí conservada.

—Es una experiencia —me decía, cuando alguna que otra noche me abría la puerta y me colaba con un paquete de cigarrillos que, aunque él no fumaba, yo encendía para que el humo y la nicotina allanaran la conversación en la que el cautivo daba rienda suelta a sus ensoñaciones y, sin llegar a llorar, se compadecía de la insolidaridad

del claustro de profesores y echaba pestes de los bedeles y de las señoras de la limpieza, que también habían firmado la denuncia y la exposición de motivos—. Algo que, como tal, como circunstancia y acontecimiento, tiene el poder de la vivencia y el desconcierto, no todo son claridades y la situación tampoco es manca. Me encuentro en el filo de la navaja y de poco me valen las ciencias naturales ni la posibilidad de reposar en los pupitres. Una experiencia que no le desearía a mi peor enemigo.

No era capaz de ayudarle a sobreponerse.

Tampoco se me ocurrió llevarle algún alimento o un tranquilizante o un complejo de vitaminas o un radiocasete para que escuchara algún partido, ya que era un forofo y le gustaban las tonadilleras y los tenores.

Encendía un cigarrillo tras otro, le ofrecía las pavas sin consideración a su insuficiencia respiratoria y, cuando le daba un ataque de tos, le golpeaba la espalda para evitar que tras la tos le llegara el hipo, ya que según discurrían los días y se le acentuaban las ojeras con notable caída de párpados y papada, tenía convulsiones, y es que el diafragma se le enconaba, ya que lo que no podía evitar era el enojo con el cuadro de profesores y el personal laboral.

Fue en aquellas condiciones cuando el profesor Bermejo, a quien rescataría del aula una avanzadilla del cuerpo de bomberos que en Armenta estaba especializada en sacar de quicio a quienes no daban de ninguna manera su brazo a torcer, me contó algunas de sus veleidades matrimoniales, los antojos y los vanos deseos que acarreaban los descalabros, y hasta intimidades que no me hicieron ni pizca de gracia, por mucho que la situación del cautivo propiciara su incontinencia y a partir de sus ensoñaciones famélicas se le fuera la olla.

45

En las tres primeras veces nunca me casé a gusto, dijo el profesor Bermejo, que con muchas dificultades había dibujado tres círculos en el encerado, el último ya con el dedo y sin la tiza.

Ni a la primera ni a la segunda, con compañeras de materia, intransigentes, sabihondas, capaces del suspenso general cuando en mi caso el aprobado era la norma, habida cuenta de que el alumnado, en unos y otros institutos, centros concertados, colegios y academias, ni levantaban vuelo ni daban la media exigida y verse cateados no formaba parte ni de sus aspiraciones ni de sus desvelos.

A la tercera fue con una alumna, repetidora y obscena, que me sacó los higadillos y un certificado de buena conducta, sin que en la secretaría del centro correspondiente recelaran de la mano ancha al pasar a limpio las actas, ni se les alterase el pulso viendo que ella estaba embarazada sin haber acabado el curso.

Tres matrimonios, dijo el profesor Bermejo como si hiciera una declaración jurada, yendo en la pizarra de un círculo a otro como si quisiera valorar las similitudes geométricas o las equidistancias de los puntos en el mismo plano si de unas circunferencias se trataba, aunque no fuese su materia lectiva ni en ninguno de los enlaces hubiera existido un falso consentimiento.

Tres matrimonios con parecida línea pendular, el tercero menos prominente por obvias razones, sin que los gananciales tuvieran nada que ver, ni los hijos supusieran un acicate para la paternidad responsable.

Los hijos me cantaron todos ellos las cuarenta, dijo el profesor Bermejo quitándose la tiza de los dedos, y en nada contribuyeron a la salvación de los matrimonios, antes al contrario, al naufragio de los mismos, aunque debo reconocer que el naufragio era irremediable, pues ni había capitán a bordo ni los grumetes sabían lo que era la aguja de marear.

Lo sacaron los bomberos.

Eran pocos los alicientes pedagógicos que le quedaban, pocas

también las ilusiones vitales para reponer el ánimo averiado.

Persistía en él, eso sí, una templanza laica y un pagamiento de sí mismo que daba grima pero que, a la postre, le ayudaría a volver al ruedo, cuando ya las aulas estaban mustias y en la enseñanza media, de la que nunca salió indemne, los cortocircuitos iban apagando sin remedio las luces de la inteligencia y se difundían los conocimientos larvarios y unas sensibilidades torcaces que apenas daban para afinar unos sentimientos menudos.

—Ten confianza —me dijo, en cualquiera de aquellas ocasiones, fuera ya del alcance de los hijos que no lo decapitaron de milagro pero sí lo sometieron a maltrato y denuncia policial, produciéndole contusiones morales irreparables y dejando constancia en su expediente de los antecedentes penales que a la larga, con motivo de su jubilación, repercutirían negativamente en la cuantía de la pensión a percibir—. No fuerces la máquina. Procura seguir el tratamiento. Mejora la caligrafía. Evita las acatesias y las poluciones. Cuida la higiene. Vete derecho. No mires donde no debes. No des el brazo a torcer si lo tienes en cabestrillo. No levantes falsos testimonios. No escuches sirenas. No te rasques si no te pica.

X

UNA FLOR DE INVERNADERO

46

Hubo un tiempo, que no fue un tiempo cualquiera, en que además de malo estuve muy despistado.

Ese tiempo coincide con la falta de tratamiento, aunque no fuera una de las razones de mi despiste, pues hay otros tiempos en que, sin tratarme, andaba más listo que el hambre y no se me pasaba una.

El mal hay que tratarlo, no queda más remedio.

El mal tiene en la vida el arraigo de las peores plantas y, si te dejas llevar, te va envenenando, crece sin reservas, robustece las raíces y puede llegar un momento en el que no haya vuelta atrás. Lo que el mal procreó con tu consentimiento por no haber tomado medidas, es lo que te queda, lo que eres, el fruto de una maldición, si te descuidas.

Son muchas las veces que dejé el tratamiento.

Estaba hasta el gorro. Tiraba las pastillas por el inodoro o se las vendía a algún enfermo terminal, sin que él supiera ni lo que estaba comprando ni para lo que valía, pero hay enfermos en esas circunstancias, que ya hasta dejaron de ser agudos años atrás, que tienen por las pastillas una inclinación visual, algo parecido a lo que pudieron ver, cuando eran agudos, como una sarta de insectos de colores que les hacían chiribitas, así fuera cuando estaban sedados o con el sueño alterado o el reflejo de las alucinaciones.

Lo que sucede es que el mal tiene también una especie de aliciente vicioso, lo que podría corresponderse con el gusto del propio envenenamiento o, para decirlo de otra manera, que la enfermedad puede hacerse adictiva.

Los enfermos, que ya no conocemos otra profesión que esa, la de estarlo, y para quienes las posibles profesiones laborales que pudimos tener en algún tiempo pasado no son otra cosa que vanas entelequias de un mundo que perdimos, tendemos a esta penosa conformidad profesional: la enfermedad ocupa nuestro tiempo y destino y la retribución que como mucho obtenemos por ella es la compasiva.

Nada producimos que redunde en beneficio de la sociedad, siempre

en gasto o pesadumbre.

Se trata de una profesión a la que nadie se apuntaría, llena de vacuidad y dolor, también de egoísmo y sufrimiento, algo así como la carrera de la desgracia o el empleo del infortunio sin otros compromisos laborales que los de buscar la curación o resignarse a saber que no existe.

Estaba muy despistado cuando conocí a una chica de la que era imposible saber la edad y hasta, en algún momento, saber que era una chica, sin que haya conocido jamás a un ser tan femenino y delicado.

Uno de esos seres, muy en consonancia con las plantas más enfermas de los sanatorios, que tienen en la debilidad el aliciente más poderoso de la vida, si es posible que lo frágil sea lo más potente e intenso en la fuerza de existir, una llama o una palpitación o una vela que se apagó pero no perdió la luz.

En la clínica de Encina, en las afueras de Ordial, ya estaban hasta el gorro de mí, que, además de dar la tabarra, no seguía el tratamiento y había caído en una especie de despiste generalizado que se expresaba en todo momento, ajeno a lo que sucediera a mi alrededor y a lo que me pasaba, más confuso que desorientado, sin que en esa ocasión el despiste tuviera nada que ver con hacerse el tonto o con la coartada engañosa de hacerse el desaparecido.

Iban a darme el alta, no había otra cosa que hacer. Había adquirido además una presencia fantasmal, en absoluto derivada de mi descuido o poca higiene, un halo de extravío o reverberación impropia que en el fondo me llenaba de satisfacción.

Casi podría decir, ahora que me acuerdo y lo echo en falta, que era como si fantasmalmente hubiese hallado una ubicación cercana a la plenitud o a una especie de felicidad inocua que me mantenía entre la lejanía y el silencio, muy cerca de la nada más absoluta, del olvido bienhechor, aunque, como en la clínica era demasiado conocido, de poco iba a servirme aquella mutación.

Recelaban y me miraban como al tramposo que estaba fichado, siempre con alguna treta o la burla que ponía de relieve no ya lo malo que estaba, también lo desesperado y, para ellos, desesperante.

—Viene el fantasma —decía cualquiera de los averiados, sin recatarse de la rechifla—. El duende de la bacinilla. El espíritu que camina.

Andaba en las nubes y hasta había logrado que todo estuviese despejado a mi alrededor.

Ni bultos ni ruidos.

Una ensoñación en la que sin disolverme alcanzaba esa conciencia huida que deja la realidad en su sitio sin desprenderse de ella.

Una suerte de desentendimiento que, tras el inocuo aspecto del despiste, esconde lo que tantas veces persigo sin encontrar, lo que entonces llamaba la sublimación del sinsentido y que nada tenía que ver con la curación, acaso algo con la salud, sin que mi persecución me sirva de consuelo, tampoco de desventura.

—Se va el fantasma —repetía el menos lelo de los averiados—. Se va sin conocimiento de causa. Perdió las zapatillas. Hay que llamar al celador para que lo bautice.

La chica acababa de ingresar.

La conocía casi sin haberla visto.

En la planta había otras chicas que estaban desaparecidas, y algunas mujeres a las que visitaban sus maridos deshonrados y sus hijos malheridos.

Fue ella la que me dijo algunas cosas insospechadas poco antes de que me dieran el alta, cuando me arrepentí de que me dejaran salir y, al hacerlo, supe que entre las muchas cosas que llevaba perdidas estaba el eco de una voz que pedía clemencia para su mal y piedad para el bien que el mundo no sabía repartir.

47

Se llamaba Quela Lis.

El fantasma volvía por el largo pasillo de la planta a la que ella había llegado por equivocación, ya que no tardarían en llevársela a otra donde, como decían los averiados, estaban recluidas las que ni comían ni dejaban comer, los esqueletos que cuando era de noche colgaban de las ventanas del patio interior para que se humedecieran y volviesen a respirar, sin que los averiados supiesen a lo que se referían, ya que ellos mismos, los que ni sabían quiénes eran, pasaban la noche así, colgados y entumecidos y siempre con la cama mojada y los esfínteres sueltos.

Lo que el fantasma creyó oír, dentro del mayor despiste, fue una voz que primero sonó como un lamento y en seguida como petición de auxilio o llamada de advertencia.

Era la voz de Quela Lis, al fondo del pasillo, al pie de la habitación que tenía la puerta abierta y que llegaba con la cercanía de una confidencia, como si el fantasma y ella hubiesen mantenido ya otras conversaciones, o se hubieran cruzado las voces sin determinación precisa.

—¿Vas adonde vuelves o vienes a verme, sin darte cuenta de que ya habías llegado? —oyó el fantasma y, sin salir del despiste, se detuvo y tardó un momento en fijarse en ella, que acababa de cerrar la puerta y estaba a su lado.

—No sé lo que quieres decir —musitó el fantasma confundido, pero al verla así, como una figura que nada tenía que ver con las apariciones ni con las otras presencias de las que apenas subsistían los despojos, se quedó obnubilado, y esa es la primera imagen tangible de lo que pudo llegar a parecerme un ser irreal y, a la vez, una chica que tenía una colilla en la boca, un jersey que parecía un saco, unos pantalones que le colgaban y unos zapatos que se le salían al andar con los pies desnudos en ellos.

—Si pudieras ayudarme a cruzar el pasillo, nos sentamos y me dices lo que estás buscando —dijo ella y al cogerme del brazo, con un

movimiento que la hizo tambalearse, sentí que los dedos eran alfileres y con cuatro pasos resultaba suficiente para que necesitara sujetarla hasta sentarnos en el suelo, un paso más la hubiera derribado como si se desmayara.

—Lo que busco —dije como un incauto, sin otra conciencia que la de verme lo más lejos posible de los despojos y la alerta por si volvían a llamarme las mujeres de los hijos malheridos, que formaban una recua nada recomendable, ya que tanto ellas como ellos lo único que pretendían es que las sacara del pozo de las lamentaciones donde se estaban ahogando— es sobrevivir sin que la maldad de unos y la bondad de otros me perjudique.

—La receta es la siguiente —dijo ella, cuando ya la colilla le quemaba los labios y no parecía darse cuenta—. Mantienes firme la voluntad, sin permitir que la vela se apague y sin alimentarla. En caso de que se apague, jamás vuelves a encenderla. La voluntad es oro molido.

—La perdí hace mucho tiempo —dije contrito, igual que si el fantasma perdiera la quimera y la figuración—. No la tuve aprecio, jamás ordené la conducta.

—Hay que recuperarla, no te conformes. Con la voluntad muy firme es como yo me sostengo, sin nada más, sin ninguna otra cosa.

—Y ¿qué haces? —quise saber como un ingenuo.

—Esconderla.

—¿De quién?

—De quien quiera robármela. De cualquiera que venga para sacarme de mis casillas, de lo que soy sin ninguna necesidad, nada de nada, ya sea la familia o el médico de guardia.

No me enteraba muy bien.

La verdad es que tantos días de fantasmagoría y despiste me habían hecho mella y, sin embargo, tuve la impresión de que Quela Lis sabía mucho más que yo de lo que éramos y de lo que nos pasaba, aunque a buen seguro que la ganaba en internamientos y experiencias siderales.

Fue eso lo que me envaneció de la forma más tonta. También cuando pude mirarla, al volverme, y supe que no era exactamente ella sino lo que de ella quedaba, tras una larga disminución en la que el cuerpo cedía al espíritu el aprecio de esa voluntad imperecedera que la sujetaba.

—Me puse el mundo por montera —dije con el pagamiento de quien perdió el mundo y las ilusiones mucho antes de sacar el graduado escolar y apenas después del estrangulamiento de la primera

hernia inguinal—. Fui a por todas, la felicidad me parecía una bicoca. Las cosas comenzaron a ir mal cuando me operaron de apendicitis.

—No eres sincero —dijo ella y, al decirlo, intentaba una sonrisa que resultaba imposible en aquel rostro caquéxico que tenía unos ojos de faro ultramarino—. En ninguna galaxia te echarían de menos, nadie te necesita. Podemos hacer un recuento de lo que nos falta y de lo que jamás quisimos.

—Lo a mí me falta —dije ya con menos presunción— es que se me caigan los tornillos para quitarme ese peso de encima. Luego me vendrían bien unas vacaciones sin otra cosa que hacer que la de pensar en lo inútil que fue todo lo que me sucedió, y en lo bueno que resulta olvidarlo. Los tornillos podrían aprovecharlos en la ferretería.

—No quiero otra cosa que dejar de mirarme en el espejo, que es lo que siempre hicieron conmigo —dijo Quela, compasiva—. Me obligaban a mirarme y para nada lo necesito. Sé lo que soy, que no es distinto de lo que tengo, una suerte perdida, un sentimiento sin causa.

—Si yo me hubiera mirado en el espejo, nada hubiera visto que no fuese el aborrecimiento que en seguida me tuve.

—¿O la pena o el pesar o el cansancio y el desánimo? —quiso saber ella, dándome la impresión de que al preguntarlo se respondía a sí misma, como si eso hubiera sido algo suyo y, en consonancia, hubiera un punto común de inquietud.

—Nunca hice previsiones ni quise saber el resultado de lo que podía sentir o la cuenta de resultados de aquel negocio que era mi vida. Un negocio de medio pelo. Una vida a la que no podría poner precio. ¿A quién le hubiera venido bien comprarla, ni siquiera pujar por ella para mayor escarmiento?

—Cuando las niñas eran felices —dijo Quela, que tuvo dificultades para encender otro cigarrillo, que sacó arrugado del bolso del pantalón, quemándose los dedos al encender la cerilla y sin darse cuenta de ello, como si la llama la acariciara en vez de hacerla daño —, no sabían la razón. Eran felices, eran niñas, nada más necesitaban. Iba con ellas, tenía su edad, pero no quería ser feliz como lo eran, no tenía ni idea de lo que eso suponía. Corría y me caía de espaldas. Si lloraba no era porque me hubiera hecho daño, sino por el remordimiento y la culpa de tropezar.

—Fui muy engreído hasta que me cortaron las orejas —dije sin que el recuerdo avalara aquella idea que desde muy temprano me llenó el pensamiento de las ilusiones que me permitiesen dejar de ser un pusilánime, ir a la cola de los demás, pedir disculpas antes de hacer nada que las mereciera—. Cuando por primera vez me las cortaron supe que ese podía ser un destino inmerecido, pero real. Cualquiera que supiese usar las tijeras era peligroso para mi supervivencia.

—Muy pronto me di cuenta de que era tan importante ser infeliz como feliz —dijo Quela, cuando ya había repetido su nombre sin que le importase y le hubiera dicho que Lis era una flor, lo que a ella le pareció tan absurdo como improcedente, pero sin que llegara a encogerse de hombros ni a sonreír pensando que se trataba de una gracia— y entonces la felicidad de las niñas me pareció irrelevante. La felicidad y la tontería, la infelicidad y el desencanto. No había razones para otra cosa que no fuera dejar que pasara el tiempo y hacer cada una su santa voluntad. La mía iba a ser firme y desafortunada.

—La mía, si te soy sincero —dije cabizbajo—, no tenía razón de ser, no entraba en mis planes ser feliz o desgraciado. Lo que pudiera pasarme me daba mala espina y, en el orden natural de las cosas, me sentía inconsecuente, quiero decir que no preveía otra consecuencia que la de ir escondido a donde no me viera nadie.

—Me fui de casa —dijo Quela, a la que ya me había acostumbrado a repetir su nombre, tal como la recordaría y sin que Lis me gustase menos, pero pensar en ella como una flor iba a parecerme cursi, a no ser que se tratase de una flor de invernadero—, y como no sabía a dónde dirigirme, hice lo que menos pensaba, que no fue otra cosa que ponerme a pedir en la calle. Mendigaba y, como ya estaba en los huesos, la limosna se me derretía en las manos.

—En mi caso —comenté ufano, cuando otra vez la colilla se apagaba en sus labios y tardaba en escupirla—, salía y entraba y, cuando en la calle alguien me preguntaba una dirección, decía que yo no tenía domicilio conocido y que todas las direcciones llevaban al mismo sitio. Eso me granjeó muchas enemistades. Tenía doce años.

—Me escondía —dijo Quela, que cuando se había ido de casa ofrecería más motivos para llamarla con el diminutivo, si era la niña que tendría tantas dificultades para un crecimiento normal o, en el desarrollo, los huesos tomasen más volumen en detrimento de la propia piel que los recubría y las manos y los pies se habrían desproporcionado sin que, sin embargo, le sirvieran mejor para coger las cosas o ir más derecha—. Podía meterme en cualquier sitio, sin que nadie me viese, y estar días quieta y callada. Nunca llamé a nadie, alguien tenía que descubrirme sin que yo soltara prenda.

—Los que pasaban a mi lado —dije un poco ido, cuando ella cerró los ojos y se quedó dormida— no eran los hombres y mujeres que llevan la vida que les corresponde, con sus responsabilidades y atuendos. Eran esos otros que en el mundo no tienen ningún cometido, los que sobran, los que a nadie hacen falta.

48

Llevaron a Quela Lis a la planta donde los averiados decían que a las flacas tenían que darlas de comer con un embudo y, cuando ya había dejado de hacer el fantasma y, al recordarla reincidía menos en el despiste, volví a escuchar aquella última razón de su espíritu y de su cuerpo, que también avalaba el mal que compartíamos, por muy distintos que fueran los diagnósticos y las probabilidades.

—¿Por qué no comes, por qué no te cuidas? —quise preguntarle, mientras sus ojos emitían el destello del faro ultramarino que en la noche ya a nadie podría guiar, pues de un destello mortecino se trataba.

—Para que el alma no se sacie de mentiras —musitó, sin que lograra descifrar por completo sus palabras pero entendiendo lo que quería decir, si el alma organiza el dinamismo de la vida y en la pureza de las resoluciones con que ella intentaba preservarla nada material era necesario, nada que engañosamente pretenda alimentar lo que no precisa alimento, el espíritu puro y desinteresado que haría de Lis una entelequia o una quimera, algo irreal o imaginado sin otro fundamento que el de la voluntad de llevarlo a cabo, aunque de una voluntad enferma se tratase, de otra variante del trastorno en el que yo existía cada vez con mayores ganas de mandarlo todo a la porra y sin que el tratamiento me sirviese de nada.

El alta me la dieron cuando ya ni siquiera me apetecía. Ni los más averiados avisaban de que volvía el fantasma o de que se iba por la barranquilla.

Los más averiados iban perdiendo la competición entre ellos y se quedaban mudos y sordos o estirando la pata entre el sueño de las musarañas al que llegaban intercambiando las pastillas o dándole un cabezazo al timbre de emergencia que hacía sonar la alarma como una chicharra que acabaran de pisar.

No tenía equipaje.

Una cartera llena de recortes de periódicos y los folios arrugados que durante muchos días fui recogiendo del suelo de la habitación que

compartía con un anciano que escribía en ellos compulsivamente y los tiraba uno tras otro con fruición, unas veces llenos de frases o letras enrevesadas y otras con las rayas de un dibujo que no se concretaba.

—Las llevo como recuerdo —le dije al anciano que siempre me miraba con agradecimiento, sin decir nada pero asintiendo según las recogía del suelo y las metía en la cartera.

El doctor que me firmó el alta la hizo revolotear un instante en su mano antes de entregármela.

No era uno de los que hacían guardia en la planta, tampoco en las consultas. Estaba sustituyendo al que le correspondía y no mostraba mucho interés ni por las altas ni por las bajas.

—No te has tratado —me dijo moviendo la cabeza y apartando algunos papeles—. Eres el más listo y el que en peor estado te encuentras. Cualquier día te recoge el camión de la basura.

Me gustó su desparpajo, me pareció que debían complacerle las terapias llenas de impiedad, sin contemplaciones ni paliativos. Tenía una sonrisa de delincuente habitual y eso me resultó reconfortante.

—No estoy mejor que cuando entré —le dije sin sorna—, pero tampoco peor que cuando salí la última vez.

—Llevas mal camino —me contestó, apuntándome con un bolígrafo—. Tienes todas las de perder y no te andas por las ramas. Cuando te toque, más pronto que tarde, caerás con todo el equipaje.

—Cuando pueda levantarme —le dije sonriente—, me acordaré de usted y le echaré de menos.

—No te apures, no viene al caso.

—No es el albedrío, es la consonancia. Tengo poco que dar y menos que recibir. Por lo pronto estoy listo. El zapato que me apretaba lo dejé debajo de la cama. Ahora son las doce y media del día menos pensado.

XI

OCURRENCIAS

49

A las doce y media de ese día menos pensado, en la ciudad de Ordial, que a veces aparece en las novelas como la capital de las Ciudades de Sombra, se cometió un crimen que no olvidaría el barrio de Salado y, más concretamente, la calle Consorcio, en el número veintisiete, tercero izquierda.

Me dan el alta y salgo con más dudas que convicciones.

En la planta me despiden los averiados con un berreo más propio de animales dañinos que de enfermos malparados y, en el último momento, algunas de las mujeres, las que menos me echarían en falta, me piden que no deje de visitar a sus maridos deshonrados y a los hijos malheridos, ya que todos se merecen reconocer la afrenta que para ellas supone una dolencia derivada de la mala vida que les dieron.

No hay ninguna explicación para que, nada más verme en la calle, me sienta peor que cuando entré. Las ganas de que me dieran el alta en seguida se convirtieron en sensaciones de frustración y desánimo.

Salía de la clínica de Encina sin otra indicación que la de contener mis impulsos desiderativos, tomar la medicación indicada y evitar las vías laterales en lo que habitualmente, en quienes padecen mi mal, es una suerte de orientación que, como en las conductas morales, lleva a lo indebido.

De Quela Lis no volví a acordarme hasta días más tarde, cuando me dispuse a escribirle una carta que dudé un tiempo en enviarle y que guardé en la cartera, único objeto que denotaba mi falta de equipaje, entre los folios garabateados del anciano y los recortes de periódicos que el pobre hombre tiraba al suelo de nuestra habitación.

Eran como digo las doce y media de ese día menos pensado, y mientras se cometía el crimen en el número veintisiete de la calle Consorcio, yo estaba en los bajos del citado edificio, en la esquina del bar Trieste, donde siempre que caía por Ordial, unas veces a propio

intento y otras por las casualidades de la vida que tanto me han dado que hacer en la misma, y acababan de servirme un café con leche y una ensaimada, sin que ni el camarero ni ninguno de los clientes, la mayoría apostados en la barra, se hubieran dignado a saludarme.

Al criminal confeso, pillado *in fraganti*, lo sacaron, hombro por hombro, dos guardias jurados que no llevaban otro armamento que sus carabinas reglamentarias.

Todo sucedió casi al mismo tiempo, el crimen y la detención. Hasta algunos de los presentes, de los que también casi al mismo tiempo se agolparon al pie del portal del edificio para satisfacer la malsana curiosidad, comentaban que la pareja de guardias jurados había permanecido a la expectativa y con el correspondiente mandamiento judicial para proceder a la detención del criminal acto seguido de producirse el hecho delictivo.

Bebí el café con leche, mojé la ensaimada.

Miraba por el ventanal del bar Trieste, donde si contabilizara las horas que allí había pasado podría, a la vez, hacer un mapa mental de aquella Ciudad de Sombra que, a vista de pájaro, tenía ensartados los barrios de Salado, la Penuria y el Dintel, como si entre ellos existiera una confabulación urbana que escindiese los crímenes más sonados de la ciudad, pugnando tales barrios por la primacía de los mismos, pero sin que ninguno de ellos se llevase la palma, ya que a todos ganaba, sin escisión ni prejuicios, el de la Bandera, donde un esquinazo de Ordial tiene las muescas de las mayores fechorías, y hasta hay que remontarse a otro siglo cualquiera para comprobar la incisión de los primeros delitos.

En cualquier caso, este crimen trajo cola, y en el Salado y en el Consorcio se las vieron y se las desearon para olvidarlo. Fue la comidilla durante mucho tiempo. Jamás se aclaró la causa y nunca se supo quién era el muerto, si fatalmente de un muerto de verdad se trataba o de un cadáver venido a menos y dejado como un trasto más entre los muebles desvencijados y el cubo de la basura, que acaso el propio muerto volcó en el intento desesperado de meter la cabeza en él.

Tomé el café con leche, mojé la ensaimada.

Los guardas jurados llevaban detenido al criminal, al que se dijo en el barrio que habían pillado *in fraganti* y que confesaba lo divino y lo humano, pero sin darse cuenta todavía de que como criminal no tenía ni edad ni modales, ya que no era otra cosa que un chavalote arrubiado y bizco que confesaba con la mera intención de que lo

dejaran en paz, ya que el cuerpo del delito ni era suyo ni lo reconocía.

—Pero si lo pillaron *in fraganti* —dijo un cliente del Trieste que se las daba de listo—, no hay más leña que echar al fuego.

—Habría que considerar el calado de las circunstancias —dijo otro que parecía más ilustrado—, ya sean agravantes, atenuantes, eximentes o minorantes. No pueden pillarte como si te pillas los dedos.

—Al criminal lo conozco de sobra —dije entonces, llamando la atención del local—. De suyo, lo estaba esperando para que me diera cuenta de si el delito lo había cometido de su puño y letra.

50

Son ocurrencias de este porte las que muy frecuentemente ponen a prueba mi hombría y mi tenacidad, sobre todo desde que los afanes noveleros tienen parecida solvencia a la declaración de intenciones y el cotejo de las dolencias que me ponen nervioso, necesitado de salirme de madre o de retirarme del mundo, en ambos casos sin un razonable horizonte de estabilidad.

Suelen suscitarse en los apremios de los internamientos y en las altas. Suelen ser situaciones o momentos de enorme inseguridad, ya que entrar o salir acaban significando con el tiempo la misma cosa.

Hay un conducto hacia el refugio que preserva las pocas esperanzas que te quedan, y una vía de escape cuando ya literalmente no te aguantas, porque el encierro colma lo que de voluntad y confianza subsistía y, además, en el peor de los casos, tienes tomada, aunque sea de modo emboscado, la decisión de delinquir, o sea, de retomar las adiciones por no haber tenido el valor de tirarte por la ventana.

El crimen de la calle Consorcio resultaba novelero, como si me lo hubiera inventado sobre la marcha.

Aquel chavalote arrubiado y bizco acabó haciéndose amigo mío.

La inculpación no tenía ni pies ni cabeza y cuando los guardas jurados se percataron de que el criminal ni tenía edad ni oficio ni beneficio llegaron a la conclusión de que no podía ser el criminal, dada también su baja autoestima y la incapacidad para estrangular al beneficiado, comprobando que esa incapacidad se sustentaba en la inutilidad manual y en el hecho confirmado de que el intento del chavalote no había sido otro que el de tomarle medidas para el nudo de la corbata y el cuello de las camisas.

—Tengo esa habilidad, hago esas cosas, es parte de mi cometido laboral en confecciones y prendas de vestir —dijo satisfecho—. Atendía al cliente, precisamente a una reclamación por talla.

—Se nota que tienes buenas manos —le dije halagador—.

¿También planchas y zurces?

—En lo que me pongan a prueba —afirmó con el decoro de la maestría industrial— y al servicio de las clientelas más exigentes, así sean camisas de once varas u ojales y botonería de piezas salteadas. No doy puntada sin hilo.

Me acompañaba con otro café, la ensaimada no la quiso.

Los clientes del Trieste tenían la mosca detrás de la oreja, a ninguno le había convencido que conociera al criminal de sobra, y mucho menos que los carabineros le hubieran soltado con unas razones tan melifluas, sabiendo como todos sabían que el muerto había sido estrangulado con la corbata que tenía puesta y que el nudo no admitía réplica. Ellos no tenían por qué saber, ni yo iba a decírselo, que el detenido pertenecía al ramo de la confección y que, como tal, estaba dado de alta y con la sindicación que lo acreditaba.

—¿Eres nacido aquí en el barrio de Salado? —quise saber sin que se me notara la curiosidad.

—En un taxi —confesó ojeroso—. Cuando en esta misma calle, y al pie del veintisiete, la parturienta que era mi madre dio a luz, teniendo la suerte de que la mujer del taxista fuera comadrona.

—Ya viste que te acabo de echar un capote, poniéndome en riesgo para buscarte la coartada —dije soplando el flequillo y haciendo oídos sordos—. Vas a tener que sincerarte para corresponderme. ¿Lo cometiste de puño y letra?

No dudó, mojó la ensaimada en mi café, no se anduvo con chiquitas.

—No podría asegurarlo —dijo—. Me costó mucho trabajo ponerle la corbata, ajustarle el cuello de la camisa, apretar hasta que sacó la lengua.

—¿Había alguien más en el piso? —quise saber para no verme involucrado en un crimen pasional.

—Un perro y un gato —informó sin demora.

—Los perros me ladran, los gatos me ponen a cien.

—Yo les tengo el aprecio debido a los animales domésticos —dijo emotivo—, pero no me recato si hay que denunciarlos por malos modos o falta de consideración.

—Al perro, ¿no lo matarías? —pregunté nervioso.

—No por falta de ganas.

51

Jamás volví al Trieste ni volvieron a verme el pelo en el barrio de Salado y mucho menos en la calle Consorcio, aunque la amistad con el chavalote arrubiado, al que había librado de una buena, si se hubiese comprobado el crimen y fuese cierto que lo pillaran *in fraganti*, asuntos nada claros en el orden de la criminalidad escindida entre los barrios de Ordial que pugnaban por la supremacía, me trajo luego sus complicaciones.

El chavalote no era trigo limpio.

Puede que las manos las tuviera libres, que en la mente no le merodearan los altibajos de la premeditación y la fuga, o que a la hora de hacer un favor no se lo pensara.

Lo más probable es que cultivase un trauma de esos que no dan la cara, que asoman en la pelusilla infantil y luego revuelven la adolescencia y ponen muy rijosa la juventud, para acabar más tarde diluyéndose en la edad madura y, cuando ya nadie lo espera, reflotar en la provecta, llenando de mal genio a quienes en la tercera edad ya gastaron toda la pólvora y la que les queda está mojada.

A toda costa quería hacerme un favor y a todo trapo quería yo salir pitando.

Algo me bullía dentro, una advertencia que, en momentos de ansiedad o tribulación, me reconcome hasta dejarme extenuado y debo, si soy capaz de activar las prescripciones y llevo una receta encima, ir a la farmacia más cercana y consumir el neuroléptico para que la agitación no me soliviante o el desánimo no me desentone.

El chavalote estaba alborotado.

Lo primero que hizo fue quitarse la corbata y ponérmela antes de que pudiera impedirlo. Lo segundo, quitarse la camisa para cambiarla por la mía, que no estaba muy limpia después del internamiento, donde había permanecido sin muda. Lo tercero, limpiarme los zapatos, sacándoles un brillo sorprendente al frotarlos con la manga de su chaqueta.

—Ahora —dijo, eufórico—, vamos a Esparza y levantamos el establecimiento —y sin que yo reaccionara me mostró lo más parecido a un arma de combate, fuera o no fuera de juguete, pero muy bien niquelada.

Esparza era una cadena de mobiliario industrial, una red de almacenes en los que igual te vendían una fresadora que un martillo pilón. En alguno de ellos había comprado, cuando todavía el piramiento me lo permitía, una manguera y un escoplo que me dieron muy buen resultado, aunque ya por entonces hacía de las cosas un uso instrumental no muy adecuado pero sí satisfactorio.

—Va a disponer usted —dijo sin reserva— de aquello por lo que un buen industrial daría la mano derecha. Maquinaria electrodinámica, compresores, laminadoras y todos los útiles que le vengan en gana para un taller de lampistería.

Todavía tuve ocasión de salir pitando, pero no lo hice.

Media hora más tarde, por los linderos industriales de Ordial, que son perfectamente ilustrativos de un desarrollo precario y una inversión pública deficiente, salimos los dos por pies, y a nuestras espaldas sonaba una sirena de alarma, y el chavalote se cagaba en todo lo indecible, yéndose a la vez por la pata abajo, sin contención de esfínteres y vías urinarias, mientras intentaba justificarse de su equivocación, ya que no era Esparza donde había entrado, sino en la cadena de cárnicas que tenía los mataderos automatizados, proveedora de vacuno y lanar a los mercados provinciales y muy cimera en chacinas y mondongos.

—No me lo tenga en cuenta —me dijo el chavalote escarmentado, cuando rehusé volver a intentarlo y tomar unos huevos escalfados o unos menudillos picantes en su domicilio, donde la señora que gestionaba las labores domésticas no era su madre sino la suegra de uno de sus hermanos que estaba en la trena por alunicero—. La vista no la tengo bien, las gafas no están graduadas, me dejé en casa las lentillas. Lo que le ruego es que me espere mientras levanto otro establecimiento que no sea de industria pesada, cualquier talabartería o casa de empeños.

No solo era miope, estaba cojo.

Las pocas luces que pudiera tener se las habían apagado antes de cortarle la corriente y daba, a partes iguales, miedo y pena, fuese o no fuese de juguete el arma que llevaba en las manos con la tranquilidad

de quien lleva una bandurria o una escoba.

—Usted me buscó la coartada —volvería a repetirme cuando, con el tiempo y una caña, coincidimos en una urgencia con el mismo pronóstico: heridas de arma blanca, en su caso por robo con escalo y en el mío por autolesiones— y yo le sigo debiendo, si no es molestia, una satisfacción, que bien pudiera ser remunerada o en especie, según convenga y según su criterio, ya que el mío vale poco, no es la norma para conocer la verdad que debiera ser y, además, carezco de discernimiento.

XII

CONSTELACIONES Y EFEMÉRIDES

52

Sin tener que volver a la novela y sin que se me caigan los anillos, voy a hacer un punto y aparte, ya que puede olvidárseme lo que quería decir y, aunque no venga a cuento, voy a pasarlo a limpio por si llego a dictarlo.

La línea de la novela está quebrada y los desvaríos tienen la misma culpa narrativa que lo que supone el infortunio, que tan desafortunado me hace.

Lo paso a limpio.

Viajaba en globo.

El viaje no tenía otra intención que la de mirar el mundo y ver la vida tal como me lo enseñaron en la educación primaria, de la que provienen casi todos mis males lectivos y algunos que no conviene enumerar, pues me cuento entre quienes en aquellas aulas diminutas sufrieron el acoso de los padres palotinos que no cejaban en sacarle los colores a un niño nada precavido y que, hasta que se hizo mayor, no supo lo que era la pederastia.

—La padecí, padre Colombo —le dije en una ocasión a un palotino vasco después de romperle las narices—. Sufrí el rapto lujurioso y la correa de brega con que castigaron mis piernecillas, la metedura de mano y la indecencia de mi pililа tierna. Besé la coronilla y lloré con el culito sucio.

Un globo en la inmensidad de la indecencia.

Un viaje de calamidades y contraindicaciones, lo que sube y baja como el fuelle hinchado y deshinchado.

La contabilidad de los hechos fugaces, de las naderías con que se adorna la edad, que va discurriendo sin que el viento la lleve a ninguna parte.

Desde el globo veo lo que digo, pero me callo lo que quiero, ya que en la vastedad del universo, en la monstruosidad de la existencia, no hay paisaje perdurable, ninguna cota a la que arribar más allá de la

inicua navegación.

El bien aerostático, el mal consentido, la flatulencia y el desamparo, la ignominia y la virtud, lo que el ser humano disimula en sus gesticulaciones, sin que logre ocultar ese tormento interior que lo recicla, para volver otra vez a lo más improcedente, a lo menos perecedero pero frágil, en cualquier caso, si observamos la caída de ese receptáculo lleno de gas.

Al padre Colombo le rompí las napias, lo di de hostias; quería responderme con una justificación que dejara en su sitio a la orden palotina en su totalidad, sin avenirse a comprender lo que supone una infancia pervertida, si es verdad que el niño se hizo vicioso y, en la multiplicación de sus miserables pecados, llenó de mierda lo poco que tenía, centralizó las ventosidades y buscó en el desacato la contribución a los desmanes recibidos.

Todo ello sin tener que mentar sus humores, los líquidos de su organismo prematuro.

—No hay razón, ni fe ni dignidad —me decía otro palotino rezagado, que sentía vergüenza de su vocación eclesiástica y de los predicados educativos, cuando unas onerosas purgaciones lo llevaron a la decrepitud, aunque según parece su alma se salvó abonando lo debido en el purgatorio y en el púlpito—. No hay constancia, ni favor ni advocaciones. No hay florilegio ni penitencia. El que vuela se estrella. El que impetra se desvanece. La oración es roma. También te hicimos un hombre, por mucho que te duela.

Un globo sobre la superficie de tantas indecisiones y premuras, sin otra tripulación que la de quien estaba presente en el abordaje, cuando lo soltaron y ya no quedó cautivo, cuando lo echaron por tierra para que los paisajes se vieran desasosegados y antes de que las playas rompieran contra las olas y avistase el piloto, en el mar bravío, una profundidad de ciénagas y malecones, un naufragio y una arboladura.

¿Para qué iba a contarlo?

La novela no lo merecía.

El niño poroso quedó solo en el patio.

Tuvo un mal pensamiento, el primero de una larga serie que, desde la educación primaria, a los delirios universitarios, incendió velas y adoquines, sudó la gota gorda, se quedó de piedra, se mantuvo en sus trece, enfermó.

No hay navegación, sea aérea o marítima, que no tenga un rumbo consabido, por mucho aventurerismo que se le eche. Toda navegación, y la aerostática no digamos, lleva al puerto del que venimos que no es otro que el que nos espera a la vuelta de la esquina, donde estábamos papando moscas.

No sé si me contradigo o me reafirmo.

Estaba muy malo cuando nací. Me puse peor cuando comencé a andar. La vida entera podía llevarla en el cabás a la escuela. Contarla completa y con palotes en la pizarra. Pintarla con tiza de colores en el encerado.

La puta vida y aquel palotino de mierda al que sacrificaron los indios mesularios en las riberas del Amazonas donde fue a seguir haciendo de las suyas, sin misión ni contemplaciones, pero mutilado y presto para que los indios le devolvieran lo acordado.

Lo que no obsta para que la tonsura y la correa bizarra, atributos de su hábito y mentalidad, cuelguen de las barras del relicario, que la orden erigió para ostentación del martirologio de sus diáconos y ecónomos, mayormente pasados por la piedra o decapitados en fila india, según fueron llegando.

53

Morir un poco siempre ha sido uno de mis afanes compensatorios. Morir sin llegar adonde no se debe, muy lejos todavía del más allá que nos conmina.

Estaba una tarde cualquiera, puede que haga menos tiempo del que puedo calcular, pero no mucho más de lo que sería preciso, con mi amiga Coral Bezuela que, ya desde la infancia, me hizo ver lo mucho que me quería y lo poco que me apreciaba, si en algún momento pudimos suponer que la amistad, en mi caso siempre recovecosa, podía llegar más lejos de lo que en sí misma significa, teniendo ella las ideas muy claras y dando yo muestras fehacientes de lo poco recomendable que podía resultar una relación de más porte.

—No te sueltes la melena —podía decirme—, no te cortes el pelo que se te ve el plumero. Siempre morías un poco para tener de lo que quejarte.

Estábamos en el parque Lindero, sentados en un banco muy habitual entre los novios de Armenta que tenía fama por los desmelenamientos y sudores amorosos que en él se producían, y también por las rupturas y trances seminales.

De tal manera que el dichoso banco, donde varias generaciones se morrearon y mandaron a freír gárgaras, estaba compulsado en el mobiliario municipal de parques y jardines como un bien ni relicto ni reservático, pero en cualquier caso de dominio público hasta que fuera posible.

A Coral Bezuela ese banco la ponía nerviosa y, sin embargo, a mí me volvía tarumba.

—Nada que no dijeras antes de tiempo —decía ella—. Nunca fuimos juntos a ningún sitio donde no pidieras sentarte a tu gusto. Eres el clásico amigo tarambana.

Coral tenía infinitas reticencias sobre el uso indebido del banco por

lo que hubieran podido contarle, y hasta le daba tirria, como si el banco supurara humores o gelatinas de las intimidades que en él se fueron al garete, tras efusiones o insultos, si se constataba, como era el caso, un mal uso que Parques y Jardines no permitiría.

A no ser que se hicieran oídos sordos en las oficinas respectivas y, por supuesto, sin que nadie en Armenta diera el aviso o pusiera la denuncia, lo que podría suceder si en la ciudad hubiera más respeto y moralidad, lo que no sucedía y mucho menos entre las hordas municipales que con reincidencia se tiraban a la cabeza, en los plenos, bienes muebles o petróleo crudo del asfalto.

Ese banco, que a mí me volvía tarumba, no era un mueble cualquiera, casi ni era un mueble, se parecía más a lo que un emblema significa en el concepto de la moralidad que encierra.

Y cuando algunas veces me sentaba en él me inmiscuía en su representación simbólica y no sin cierto descuido, aunque ojo avizor, me iba por las ramas entre los malos pensamientos y las torpes acciones de quienes tantas cosas en él habían ganado y perdido.

—Estábamos más a gusto —decía ella, tras haberla incitado a sentarse— en el altillo de confecciones Prebenda o en los bajos del Emirato, donde te ponen una copa y te preguntan dónde te peinaron.

Tenía razón, pero el banco de marras me ponía a cien y, en el fondo, lo que yo quería cuando paseábamos por el parque Lindero era que redujese el aprecio e incrementara una suerte de adoración marchita que estaba ajada antes de florecer, quiero decir que de nada valía lo que un niño misógino había ideado antes de que una niña pizpireta le diera un beso y lo llamase tarambana.

54

—O mueres de veras o te dejas de pamplinas —dijo ella, cuando comenzamos aquella conversación que, como tantas otras, me llevaría a un declive emocional que no estaba consignado entre las prestaciones de mi cartilla sanitaria.

—Es una historia policial que daría para una novela de género que no habría quien la aguantara por retorcida y sórdida.

—Tu propia vida, si en vez de andar con circunloquios vas al grano.

—El protagonista quiere ir acabando consigo mismo poco a poco, de tal manera que tenga tiempo para ir incriminando en su muerte a aquellos que lo rodean y aborrece. También a otros tantos del barrio en el que vive y, si es posible, a algunos más de otros entornos o del pasado o del futuro al que no desea llegar.

—Me recuerda a una cinta que vimos en el Crisalto, en la sesión continua, con otra de bandidos y cazadores, en la que trabajaban una nutria y un halcón peregrino.

—No es cine, es sentimiento, tribulación conspirativa. Es la constatación de una conciencia no menos malvada que lúcida, y que me cae grande. No doy para tanto, qué más quisiera.

—¿Una muerte a plazos? Tienes ideas de tres al cuarto, ya de niño imaginabas constelaciones y efemérides, todos te teníamos por un superdotado que no valía para la vida práctica.

—La muerte bien administrada. Un pedazo, otro, un cacho, una partícula, un retal. El personaje lleva la contabilidad de los sucesos que la promueven, todo perfectamente estudiado y con notas a pie de página en una libreta donde consta el título: *Morir un poco*.

—No sé si te acuerdas de Colina y Verdial, aquellos novios saturados que desaparecieron tras hacernos la rosca en el verano en el que hubo seis incendios y una epidemia de moscas cojoneras. Se mataban a mitades, se echaban la culpa y repartían los arrebatos. Acabamos de ellos hasta el gorro. ¿Es que no te acuerdas?

—No sé a quienes te refieres, nunca los tuve en cuenta. Lo que te digo es que según va acabando consigo mismo, muy seguro y

comedido, mete en el saco todo lo que pilla y cuando le llegue la última hora, que no se sabe cuándo es, hay tal cantidad de sospechosos que el muerto no tiene razón de ser, quiero decir que el cadáver es como una añagaza o un objeto más entre los enseres municipales, como este banco o el pupitre donde grabé con la navaja tus iniciales, en el Aventino, cuando me echaron los palotinos por conducta impropia y enajenación de bienes, si recuerdas.

—La navaja la usabas para cortarte las uñas, daba dentera, y fue una de las razones para que en la pandilla todas, menos yo, te pusieran a caldo. Colina y Verdial se desgastaban como las cubiertas del coche de línea, rozándose, saturados, comiéndose vivos, no sé cómo no te acuerdas. El día que desaparecieron vimos el cielo abierto. No es agradable aguantar a dos suicidas.

—Ese puede ser el final. Se muere poco a poco, se mata, se quita del medio y, cuando nos damos cuenta, nos percatamos de la culpa no menos mortal de no haberlo salvado, siendo testigos en todo momento de la fecha de caducidad y de la muerte a deshora, de lo que pudo padecer a destiempo para que la justicia tomara cartas en el asunto y nos viéramos comprometidos, por lo menos imputados o, si la cosa se pusiera fea, condenados, si no penalmente, sí moralmente.

—Otra cinta en el Crisalto, en la sesión de noche. Una de asesinos natos y chantajes, con un policía patizambo que descubre que los asesinos son sus hijos y la encubridora su cuñada, con la que tiene un lío. Autorizada para mayores con reparos.

—Es lo que quería decirte, pero no te enteras, parece que estás sonada o que tienes el mes y desconectaste con el pensamiento y las curiosidades. Se mata para alertar a quienes van a morir por su culpa. Esas muertes son su única coartada. Muere poco a poco porque es un ser generoso, aunque atrabiliario. No me vengas con el rollo de Colina y Verdial, esos no estaban en la tostada, y en la pandilla a ninguna le importaba que me cortara las uñas con la navaja, era a ti a quien le daba dentera, como este banco con el que sueño una y otra noche, cuando en Lindero se apaga la última farola y hay un tanto por ciento muy elevado que en Armenta padece pesadillas, ya que todos somos culpables de lo poco que nos queda después de haber morido tanto.

55

Morido por muerto, no por muerte ni morición.

Tampoco a cómodos plazos sino a pedazos, poco a poco y sin ninguna rentabilidad de las que sacan provecho las funerarias, entre las pompas y los deudos, cuando ya los familiares están que trinan de tanta condolencia y pésame.

—Te lo he dicho mil veces, y vuelvo a repetírtelo: que te compre quien te entienda —reafirmó Coral Bezuela, cuando ya tuvimos que dejar el banco a una pareja que venía que daba pena, él con los pantalones mojados y ella con las bragas por las rodillas, ambos conocidos nuestros de vista pero no de hecho, aunque de hecho puede que lo fueran ellos, por mucho que las condiciones en que se sentaron no revelaran una relación consumada, más bien consentida y con muchas necesidades y menos oportunidades de las merecidas.

—No es una obsesión, es una manía —dije sin querer justificarme, todavía empecinado en lo poco que le pedía a la vida y mucho menos a la muerte, que por mero contraste me resultaba parcelable. Un modo de quitarle importancia y hacerla respetable hasta donde se pudiese o, al menos, respetuosa.

—Es la misma monserga, aunque varíe la cuestión —dijo Coral Bezuela que, al volverse para comprobar el grado de desatino al que en unos momentos había llegado la pareja recién sentada en el banco, se santiguó y cogiéndome del brazo me metió prisas e impidió que yo me volviera para comprobar lo que de sobra sabía, no en vano ella era prima carnal de una dependienta de tejidos abisinia a la que mi amigo Denario le había hecho un hijo de madera.

—Son conclusiones para una trama en la que los altercados no tengan ni pies ni cabeza —mantuve tozudo—. Lo poco a poco que la vida se consuma con la muerte que se aprovecha y eso es menos que nada, no me digas que no. Hablo de morir y de morición, de moridos que decían los clásicos, de un personaje que no es de género indefinido sino de narrativa estable.

—A otra tonta con esa bola —dijo Coral Bezuela, que siempre mantuvo con natural prosopopeya que entre las dos mitades posibles

de la existencia humana no hay precisión, y que tanto una como otra tienen sus derechos y obligaciones, además de lo que se debe cobrar en todo caso por el rendimiento del trabajo y la pensión contributiva.

—No me pongo ni me dejo de poner, seamos cabales, no me des la espalda —afirmé taxativo—. Hay medidas mayores y menores, tiempos variopintos, comportamientos y actitudes, deseos y banalidades. No seas esquiva, no quieras zanjar una cuestión tan seria con un desplante.

—Déjame en paz, no seas pesado —dijo Coral Bezuela con el gesto altivo con que, en las peores ocasiones, sacaba de quicio a quien quisiera congraciarse y ya, en ese momento, yo sentía una bajada de azúcar que me llevaba al desánimo, al brote de un sentimiento chafado, de una emoción contrita.

—Fíjate en los del banco —sugerí, cuando ya el suelo se me quedaba corto—. Mira lo que supone un ingrediente superlativo en esa existencia escindida en dos mitades, de la que hablas y no paras.

—Hijo, estás para encerrarte —concluyó sin paliativos—, tienes el entendimiento como una enredadera y te crece la yedra donde no queda pared para trepar. Lo que te pasa con esa tonta idea de morir a ratos es que tienes perturbaciones que no controlas, que la medicación no te hace efecto.

—Ay, amiga mía —me quejé—, si yo te dijera lo que una novela de guardias y ladrones llega a significar en lo que tengo y padezco, te quedarías de piedra. Muero con la impresión de no poder más, de estar vivo de mentirijillas, de hacer del acabamiento una disquisición, un disparate, una pugna a favor de la irrelevancia y el fuego fatuo. Ay, ay, ay, qué poco sabes de quien aprecias pero no quieres.

56

Yo no podría creer, de ninguna manera, que había visto otra realidad y otro mundo en el cine Crisalto, ya sería el colmo.

Pero Coral Bezuela volvía a decirme que tanto en las sesiones continuas como en las numeradas, y hasta en algunas proyecciones donde estábamos solos porque repetían la película cuando ya todo el mundo se había ido, lo que nos pasaba estaba en la pantalla sin que tuviéramos necesidad de vivirlo, y eso no iba a admitirlo, no estaba dispuesto a que la vida me la robara el celuloide de cualquier cinta, así fuera de vaqueros o de ejércitos coloniales.

—La vida no tiene nada que ver con lo que piensas cuando dejaste de tomar las pastillas y andas a verlas venir —me dijo Coral Bezuela tras una de las últimas sesiones, un día en que yo estaba averiado y lloraba como una Magdalena cuando en la pantalla un padre y una madre recibían la medalla del honor patriótico que el hijo había ganado al morir despeñado en una montaña meridional, cuando las huestes le perseguían y él las despistaba haciendo cabriolas para que los suyos pudieran refugiarse.

—Estoy en las últimas —confesé relicto—, y como, según parece, ya no tenemos nada más que decirnos, conviene que cada cual vaya a lo suyo y a ser posible no volvamos a vernos por las inmediaciones.

Coral Bezuela no era una chica de película de barrio, tampoco una señorita de melodrama barato o de asilo de huérfanas de la caridad.

No era la damita de una cinta de cursis o recatadas, ni la heroína de un internado que incendiaban los milicianos o fusilaban las falanges de la retaguardia.

Era una mujer de cuerpo entero, que sin ser de pelo en pecho, tenía el carácter de su madre, alguien que en la burguesía de Armenta no pasaba desapercibida, y el empecinamiento de su padre, que en esa burguesía rayaba en lo más alto, donde los profesionales de alcurnia firmaban la documentación con estilográficas de oro o plumas de ave.

Era por esa razón, amén de otras que no me atrevo a considerar en una novela de tres al cuarto, en la que ella no merece salir malparada

o mostrar lo que en la identidad femenina es reservado y secreto, ya que yo le iba a la zaga y la quería, en el fondo y en la forma, muy por encima de lo que pudiese querer a otras de la pandilla, ni siquiera a otros de la misma especie, cuando uno todavía no tenía definida por completo su opción sexual y no hacía ascos a algunas encomiendas que, de ser reales, pondrían en entredicho al narrador y al narratario.

—No me dejarás plantada —dijo Coral Bezuela, y me parece que todavía no nos habíamos alejado mucho del dichoso banco donde la pareja se sobrepasaba de un modo indecente, que en absoluto tenía nada que ver con el modo en que yo me hubiera sobrepasado si no fuese un mentecato o un chisgarabís o un pelanas, al que cualquiera de las chicas de la pandilla, casi todas, habían mandado a paseo en otros recovecos de Lindero, cuando en vez de hacerles una gracia o decirles una ordinariez me empeñaba en demostrar algunas habilidades atléticas, pongo por caso un salto de longitud o altura, sabiendo como ya de aquella sabía, y ellas no ignoraban, que estaba herniado y que la hernia se me había salido en distintas competiciones, al saltar el potro o al hacer en el plinto una prueba fallida, razones también consideradas al expulsarme de los palotinos, sin que los abusos sufridos en primaria sirvieran de nada.

—No lo hago, Dios me libre —asumí implorando—. Es lo poco que me queda de lo que me quejo. La morición, los desgarros, aquellas pataletas del niño desahuciado y los botones de la camisa que nadie me cosió sin dejar de plancharla. La cabeza se vuelve sin avisar, y llevo una vida muy desilusionante. Esperaba comprensión donde apenas queda desabrimiento, otro ojal, una puntada de menos.

—Me avisas para el funeral —dijo Coral Bezuela iconoclasta y agria—. Si necesitas misacantano llamamos a mi primo Mercurio, que además del hisopo maneja la vara de medir y toca el armonio que da pena. También puede echarte una mano para que te hagan precio, si la morición que dices posibilita el tres por uno, o cada cacho tiene sus exequias.

La miré congelado.

No tenía ni idea de ese modo de ser sardónico que en ella hacía también impensables las carantoñas con que ambos habíamos disimulado lo poco estimulante que resultaba nuestra amistad.

En Lindero se hundían las sensaciones.

Acababa de atardecer y el parque estaba reducido a la mitad, con los recovecos llenos de musgo y el banco astillado por los jadeos.

XIII

LOS MALES VENIDEROS

57

El propio profesor Bermejo me había dicho, sin pensárselo dos veces, que la novela tenía como razón de ser encontrarle un sentido a mi infortunio, y ya he repetido lo desafortunado que me siento y lo poco que la novela supone para sacarme a flote, estén o no estén en su sitio los anillos mentales y asome o no el gusano en la cueva.

De la novela, ya lo advertí, empiezo a estar hasta el gorro y dudo que me anime a dictarla.

De las causas del mal iba tomando nota, y me ayudaban los informes clínicos y lo que podía recabar en los archivos médicos y en las papeleras de las consultas.

Además de algún despacho hospitalario al que se habían olvidado de cerrar con llave, o que abría con la ganzúa con la que ya había perpetrado algunos robos y con la que, al menos una vez, había usado con una enfermera que me llevó al quirófano sin proposición previa ni consentimiento de mi parte, para que se abriese de piernas.

Notas sueltas, prescripciones, criptografías, análisis de orina y sangre, placas, encefalogramas, supositorios, biselados y punciones, o lo que con la ganzúa hubiera obtenido si el laboratorio también estaba cerrado o en los servicios de un ambulatorio se olvidaban del material desechable.

Recuerdo perfectamente haber ido a un basurero farmacéutico con las mismas intenciones con que van a los caladeros los pescadores de altura, y haber pasado la noche hurgando con una azada y una linterna, igual que hoza el chacal en los desperdicios sin otro afán que lograr que se le hinchen los morros.

Fui alguna vez con mi amigo Denario y con otro que era bizco, un tal Calero, y en una ocasión Calero se pinchó en el dedo y todos tuvimos urticaria y una cagalera que nos dejó en los huesos, fruto de aquellas pesquisas.

Los hallazgos, de uno y otro extremo, no daban mucho de sí, casi siempre se trataba de saturaciones y pelagras o, cuando menos lo

esperabas, una pelonía derivada del contagio o la supuración.

Esos basureros están llenos de desechos farmacéuticos, envases, ampollas y jeringuillas contaminadas, gasas purulentas y algún que otro antibiótico a medio usar que en vez de servir para curar una hematuria sirve para descongestionar los intestinos o para que el bazo se resienta o, cuando menos lo esperas, se atasque el duodeno, se irrite el colon y se pongan verdes las hemorroides, caso de que el antibiótico esté caducado o se mezcle con jarabes corrompidos y agujas de coser o instrumental aséptico ya usado en intervenciones quirúrgicas de distintas partes del cuerpo humano, ya sea del cerebro o del recto.

De nada me sirvió todo aquello, aunque también debiera reconocer que obtuve mayor conocimiento del mal que arrastraba y de las enfermedades en general, fueran del alma o del cuerpo, si en la propia figuración del estercolero se precisara esa bajeza que nos abate y el sentimiento que en ella queda del desperdicio y la malformación.

Fue también en la cesta de los papeles de un ambulatorio del barrio del Cosido, en Mentra, donde encontré una receta que ilustró mi paciencia y resignación.

Algo así como la fe perdida en tantas curaciones, el oprobio del que daba muestra el médico que la rellenaba, sin el mínimo miramiento para el paciente de turno, que iba a llevar a la farmacia no la indicación medicinal de sus necesidades, sino una suerte de boleto donde constaban las frustraciones del emisor y, muy subrepticiamente, alguna dolora que su ánimo salvaje sacaba a flote para su propia convalecencia, como si el sufrimiento ajeno le importara un pito y lo suyo tuviera la trascendencia de lo que entre los seres atormentados se considera irrelevante.

De esa receta saqué conclusiones paliativas.

Siempre he tenido mucha facilidad para retorcer las cosas. Hay especialistas que sostienen que el retorcimiento es una de las características del trastorno y ya cuando en mis primeros años me gané fama de niño retorcido, se me vieron las maneras.

Apuntaba sin tino, era ya el mocoso llorón que por amargarle la vida a mis hermanos era capaz de ponerles salmuera en el desayuno o cortarme un dedo para echarles la culpa.

Lo que pudo leer el paciente, yo mismo en este caso, eran las deshilvanadas razones con las que el médico de turno, el del ambulatorio del barrio del Cosido, en Mentra, justificaba las contraindicaciones y los decibelios de una existencia, al parecer la suya, más echada a perder que la del paciente también de turno.

Esto me alentó, el efecto paliativo fue contundente.

Denuncié al galeno, me puse a la Seguridad Social por montera, y seguí escarbando en el basurero farmacéutico hasta que me dieron las mal quinientas, y así pude mitigar el hematoma que tenía en la frente, usando una gasa que de esterilizada no tenía ninguna pinta pero tampoco de haber sido usada en una peritonitis o en un amago.

Para entonces había mejorado mi estado general, pero en lo que respecta a la conciencia no había nada que hacer.

Se trataba de un caso de urgencia moral, de deterioro de los bienes y las costumbres, de bipolaridad energética.

58

Estaba en una parada de autobús, precisamente en Mentra, que es, entre las Ciudades de Sombra, la que menos se queja, ya que nunca tuvo alcaldía ni servicio de recogida de basuras, y como el autobús no pasaba, pues tampoco había transporte urbano por aquella época, me fui andando hasta el barrio de Clámide, en el norte que linda con los montes Conspiratorios, cuatro lomas sesgadas que tienen un horizonte purpurino y una fauna de lagomorfos y culebras de agua, de los tiempos en que hubo humedales.

Busqué la calle Estera, donde el barrio ya no tiene nada que decir, a no ser que en la prueba del adoquinado se pongan de relieve algunas deficiencias en el prisma rectangular, lo que afea el empedrado y perjudica a los vecinos que andan pesarosos.

En Estera hay un único bar en el mismo número dieciocho, que es al que iba, no por otra razón que la mera ocurrencia que, desde aquella mañana de septiembre, comenzó a surtir efectos desencadenados, sabiendo yo de sobra lo que una idea inesperada da de sí o lo que de coyuntural tiene un encuentro cuando menos se espera.

En la barra del bar, que se llamaba Orán, estaba un hombre cojo y bien parecido al que no se le veía muy dispuesto a atender a los clientes, pues ni daba muestras de gratitud ni le interesaban las existencias, no ya las humanas, sino las de la propia mercadería del establecimiento.

Me acordaba más de la cojera que de la mala uva, aunque de ambas tenía referencia, no en vano habíamos compartido desilusiones y avisos.

Los hay que no se me despintan.

Pedí lo que se me ocurrió y me puso lo que le dio la gana.

—Ya no conoces a los que hicieron igual viaje en tiempos venideros —le dije, sin tocar la copa ni encender un cigarro, pero con la entereza del que no disimula la sorpresa.

—A los que conozco —dijo él sin ningún interés— lo hago a tiempo parcial.

—Una nave, una pista, una escotilla —fui enumerando, todavía sin tocar la copa y aguardando a que él sacara el mechero que, como yo bien recordaba, tenía sus iniciales y la fecha de un matrimonio paradigmático que acabó con la bigamia de ambos cónyuges pero sin que les resolvieran los problemas sentimentales ni la sexualidad o el concubinato—. Un faro, una galerna, un paquebote, una aguja de marear.

—Tengo en la bodega —dijo el muy cretino— un cuaderno de bitácora con las cuentas de mis hijos cuando iban a la escuela.

Lo miré con altanería y él bajó la cabeza.

—No vuelvo para echar por tierra las razones de aquel naufragio, ya que la nave estaba averiada y no hubo modo de sacarla del puerto, pero lo último que pierde un hombre es la presencia de ánimo.

Alzó los ojos y también alzó, pero con menos decisión, la pierna que motivaba su cojera, una extremidad en la que no resultaba difícil adivinar el muñón que se derritió con la gangrena hasta que, con el tiempo y un serrucho, dejaron la extremidad en su sitio y el dueño de la mutilación juró que se vengaría de todos cuantos participaron en el desaguisado.

Calvino, que así se llamaba el hombre, dio el brazo a torcer.

La pierna no me pareció la suya, aunque yo estuve compinchado en la amputación, no en la nave naufragada, sino en la de un reformatorio donde los internos dormíamos en camas sucesivas sin nada por el medio, a no ser el ardor y la inquina o lo que cualquier azar vengativo pudiese repartir entre las sábanas húmedas y las mantas cuarteleras.

No hubo media sonrisa, tampoco entera, nada que no se pareciese a los cambalaches de un compañerismo errado, de una amistad sin recuelo, de una fraternidad llena de rotos y descosidos, sin que un barco filibustero mostrase en la rada los expolios y abordajes de quienes en vez de dormir y reformarse, ideaban el mejor modo de tirar por la borda la vida, ahogar a quien se pusiera a mano y echarle la culpa de todo al que primero rechistara.

—No naufragó la nave, lo hizo el reformatorio al completo cuando lo rociamos con bencina —dijo contemporizando, sin que la media sonrisa fuera otra cosa que una mueca—. Yo estaba en la cofa y tú en la santabárbara, donde siempre te escondías para fumar.

—No quedaban guardiamarinas ni cadetes —recordé sin pericia—. La nave era el buque fantasma y para reformarnos se hubiera

necesitado otra tripulación y otro mando.

—Ardió como la yesca —dijo Calvino que, antes de guiñarme el ojo se rascó la nariz—. Lo que no puedo olvidar es el tufo de los colchones, la borra al quemarse, el humo que intoxicó a los que no pudieron saltar a tiempo por la ventana.

Era una conversación de compinches en tiempos alocados, cuando los trastornos todavía no auspiciaban los males venideros, pero sí las temeridades y faltas de respeto con que andaba a la que salta lo peor de cada barriada, exprimidos en su propia salsa y sin otro compañerismo que el improperio y la delación, sin que ninguno supiese lo que era la amistad pero sí el aborrecimiento y el rencor.

—¿El bar lo regentas o lo cogiste traspasado? —quise saber cuando, al fin, volvió a llenarme la copa sin dejar de mirarme con gesto sospechoso.

—Lo alquilo por horas —me contestó sin dar el brazo a torcer.

—¿Y es rentable? —incidí con cachaza.

—Los días que llueve —informó cadencioso—. Cuando la parroquia se moja. Es muy distinto lo que se sirve según las estaciones. Algunos con un café con leche hacen la temporada. Otros piden lo que no hay y beben de lo suyo.

—No lo recomiendas… —quise saber, por si en algún momento pusiera un negocio y necesitase asesorarme, no por ninguna otra cosa, ya que el hecho de que Calvino hiciera o no hiciera caja me la traía floja.

Fue en ese momento cuando me acordé de que la ocurrencia de ir al número dieciocho de Estera se relacionaba con otra idea fija pero olvidadiza.

—Quería ver a Oterina —comenté sin venir a cuento, cuando ya estaba claro que Calvino no iba a invitarme a las copas.

—Sube —dijo sin alterarse, aunque en la cojera hubo un malentendido o se dio por aludida—. Si no la reconoces es porque cambió la carrocería.

59

Ese iba a ser uno de los encuentros que iré contando, muy propios de aquellos tiempos en que yo mismo comencé a sentirme entre el desorden y la basura.

—Haces un repaso del pasado —me dijo en una ocasión el cerillas de la cafetería Composta, que en Oceda ponía velas a los recuerdos e impetraba perdón por todo lo malo que puede achacarse al ser humano, así sea rico, pobre o retrasado mental— y sacas a flote lo que está sumergido, lo que se hundió, los conocidos que se escondieron y aquellos a quienes jamás diste propina. El pasado es un trastero. Ni se te ocurra encender un fósforo para mirar atrás.

Subí por la escalera de servicio, que era la única que había. Dos manos y dos puertas en el primer rellano.

Es una de las mayores indecisiones que me han sacudido desde la juventud: dónde llamar, qué puerta es la buena, a qué vienes si nadie te espera.

—No me desanimes —le dije en aquella ocasión al cerillas de la cafetería Composta, un hombre que hizo la mili rebajado de todo servicio y dando cuartelillo a quien se le pusiera enfrente y que, sin embargo, por lo que tengo entendido, nada tuvo que ver con el incendio de la cafetería, donde llevaba además el puesto de prensa y una venta subsidiaria de condones y centraminas—. Son los recuerdos los que en ocasiones me redimen, como si desde el pasado me echaran un cable o me hicieran una carantoña.

—Nunca te fíes del pasado —afirmó taxativo, y acaso fue la única ocasión en que pude apreciar cierto olor a chamusquina, como si el brasero con que calentaba los pies ya le hubiese quemado las pestañas sin que ningún cliente se hubiera quejado de las chispas o a un camarero le ardiesen los bajos del pantalón—. No saques la cabeza del presente. No busques a quienes estuvieron contigo cuando menos los necesitabas. Lo único que está en su sitio es el futuro. Vete y no vuelvas.

Toqué el timbre.

Fuera cual fuera la mano me daba lo mismo.

Estaba contraviniendo los consejos del cerillas de la Composta a base de hacer una cabriola con el tiempo, en aras de las vicisitudes pretéritas, y además de contravenirlo, me fiaba de la primera ocurrencia que se me hubiera ocurrido, lo que ya es el colmo de la impremeditación y la desidia.

—Somos gente escondida —le escuché una vez a un hombre del saco que en la plaza de Cemento, en alguna de las Ciudades de Sombra cuyo nombre olvidé, acaso Almuzara o Val Gusán, tiraba piedras a su propio tejado, tras haberle roto la cabeza a dos niños que se le habían acercado para burlarse, incitándole con mofas y escupitajos a que les mostrara lo que llevaba en el saco—, y en ese sentido ni damos el brazo a torcer ni asomamos para que nos registren. Conviene no alzar la gaita, hay que ocultarse y entender que de este modo, furtivamente, quedan a salvo los secretos que hacen de nuestra existencia un azar y una prevención.

Saber que era Oterina la que abrió la puerta no resultaba fácil, por mucho que Calvino me hubiese advertido del cambio de carrocería.

La miraba esforzándome en el viaje que uno hace sin que la mente esté alerta o la bombilla del rellano ilumine lo que no es otra cosa que la roña del tiempo aflorando en los revocos y las tarimas.

La miraba apenas con la sorpresa de un sobresalto y el timbrazo repetido en el eco de tantas otras llamadas, cuando ambos fuimos reos de la juventud perdida, ella huyendo de las penalidades de un matrimonio tan prematuro como incierto, y yo buscándola para consolarme de la desgracia de un abandono y de una úlcera y también de un altercado que puso a prueba mi desequilibrio, ya tocado por la gracia del Espíritu Santo, movida mi alma a la virtud y el perfeccionamiento, pero todavía bajo de ánimo y con los leucocitos alterados.

—¿Oterina? —inquirí anonadado.

—No —dijo ella, sin que la carrocería rechinara.

60

Jamás volví a llamarme así, ni a permitir que nadie lo hiciera, desde que mi marido me tiró al río Margo desde el puente de Basalto, después de arrancarme el bolso y sin permitirme siquiera quitarme el vestido y dejar las gafas en su sitio, como si al empujarme tan violento como en tantas otras ocasiones me había tirado de la cama, tras practicar conmigo un sexo triste, poco edificante y menos satisfactorio, pretendiera vengarse de su propio fracaso conyugal o, en el peor de los casos, tomarse la justicia por su mano, convencido de mi adulterio pero sin darle importancia al suyo.

Me dices Oterina y es como si me dijeras que un nombre vale menos que un descosido, tú que nunca fuiste capaz de buscarme las vueltas y siempre anduviste por las ramas, ya emboscado antes de que te perdieras con los trastornos y demás entelequias, algo mezquino y no del todo mal parecido, si descontamos la calvicie y el desdén de esas orejas que no te permitían lo que hubieran hecho unos razonables pabellones auriculares, a saber, que lo que se escucha como un secreto no es justo publicarlo como una novedad, y que en la intimidad de las personas el recato es un bien que conviene guardar, si somos como hay que ser: discretos y animados, pero jamás petulantes y aguafiestas.

No me fue bien el matrimonio, tampoco peor que a otras, pero mi marido no me tiró al Margo, en las condiciones que acabo de decirte, por maldad, sino por no pensárselo dos veces, tal como tenía de averiada la cabeza y sabiendo que en el adulterio no hay réplica si es consentido.

De eso estás al tanto, ya que de ese consentimiento teníamos constancia, tú a lo tuyo y yo a lo mío, los dos sin comerlo ni beberlo, y eso siendo él un amigo de la infancia que me persiguió toda la vida hasta que logró que con el matrimonio volviéramos a reparar lo que habíamos hecho de solteros, una escabechina con los sentimientos de quienes más nos querían, algo parecido a la traición que no se merecían los que velaban por nuestra suerte y confianza.

Lo que quiero decirte es que ni fuimos leales ni reparamos los daños y así nos pintó.

Al matrimonio conviene llegar con la conciencia limpia.

No éramos pareja, ni siquiera salíamos juntos.

Los engaños nos daban la libertad suficiente para hacer lo que nos venía en gana, y de ese modo cuando nos hicimos novios todos se quedaron con la boca abierta, yo comprometida por otro lado y él con las enamoradas de turno en fila india.

Me tiró desde el puente, qué quieres que te diga.

El matrimonio estaba roto, de ti no sabía nada; en el último sanatorio desde el que me escribiste me dijeron que no tenías solución, ya que los fármacos resultaban irrelevantes, ni siquiera los efervescentes te hacían efecto, y en las terapias de grupo te peleabas con todo quisque.

Me dolió mucho que me quitara el bolso y no me dejase poner las gafas en su sitio.

Probablemente ni te acuerdes siquiera de las dioptrías, que eran la razón por la que siempre íbamos a las primeras filas del cine Moderado, donde, ya de casada, me hiciste ver que lo nuestro en nada se parecía a lo que pasaba en la cinta que echaban aquella tarde, donde una pareja de birmanos se juraban amor eterno y luego, a la vuelta de la esquina, en plena conflagración y con el fuego enemigo cercándolos, rompían el juramento y se echaban en cara el poco tiempo que había durado la eternidad del amor, ya sin que fuera posible que una ambulancia los llevase a Rangún ni haber podido celebrar el viaje de novios en Tailandia.

No me vengas con el cuento de Oterina, ni soy la que era ni te reconozco entre los enamorados que hicieron cola antes de cometer el error de casarme con quien no debía.

Podíamos seguir juntos, sin atrevernos a que los parientes recelaran y en el barrio de Clámide, donde ya ves que sigo viviendo más sola que la una, formáramos la familia numerosa que alguna vez nos prometimos, pero te juro que no te reconozco y, si me haces el favor de quitar el pie de la puerta, cierro sin más dilación.

—Oterina se llamaba así cuando era la novia del barrio y todos la queríamos para darle un chapuzón en el Margo —pude decir antes de que me cerrara la puerta en las narices, después de haberla escuchado y sin que para nada me llamase la atención su cambio de carrocería.

61

Con el despiste habitual no tardé en darme cuenta de que había llamado a la puerta que no era y, tras cruzar el pasillo, volví a hacerlo en la otra mano.

Las ocurrencias que me hacían ir y venir me llevaban a cometer crasos errores y lo que Oterina pudiera haber dicho, sin apenas respirar, como si aguardara para verme aparecer y de una vez hiciera el repaso completo de tantas cosas indeterminadas, incidiendo en los errores y en el cambio de punto de vista, no podía tomarlo en consideración, por mucho que el pasado se diluyera en los sentimientos que muy poco nos habían beneficiado.

Llamé a la otra puerta. No abrió nadie.

El rellano de aquel primer piso en el dieciocho de la calle Estera tenía una resonancia de ahogos y palpitaciones en las que se podían apreciar las características de un vecindario que, al subir y bajar de sus domicilios, dejaban un poso de indolencia y resquemor, como si la vida les cobrase el tributo de abonarla en las entradas y salidas de la jornada, y ellos no lograran superar ese incidente de su existencia, igual que en los presidios donde de otra forma está prohibido entrar o salir pero con la misma frustración de la voluntad soterrada.

—¿Dónde vas que más te valga? —preguntaría alguno de ellos, cuando desde los pisos altos se escuchase el eco de su voz como una advertencia y una renuncia.

—Vengo para que no se sepa, no fui a ningún sitio —contestaría cariacontecido el que abandonaba la celda con mayor inquietud, obsesionado porque nadie se diese cuenta de su condición de escondido.

—Entonces no te eches a perder —le respondería alguien desde la otra mano de su casa, arrimado a la puerta con temor a abrirla y con mucha preocupación por el desventurado vecino—. No vayas sin motivo, no te expongas. Estamos mejor a pan y agua que asustados y onerosos.

—Cualquiera sabe… —diría el que volvía a subir las escaleras con menos decisión que convencimiento, sabiendo de sobra lo que el destino deparaba al inmueble y lo que en el barrio de Clámide, donde Estera figuraba como una de las calles principales, se comentaba con envidia, pues de una calle empedrada se trataba y de unas farolas vigorosas que la iluminaban y robustos castaños y plátanos de indias.

El arbolado llegaba hasta la confluencia de un jardín de Hespérides que en Mentra era tenido por un reducto estelar que se apagaba y se encendía avisando a la ciudad de los peligros que la amenazaran, lo que no siempre había dado resultado y, a veces, siendo contraproducente el aviso, con la angustia de los apagones y averías en el tendido eléctrico, acaso intencionadas, y la consecuencia de infartos y bajas por alteraciones nerviosas, o desquiciamientos y manías persecutorias a las que la urbe era muy aficionada.

Bajaba las escaleras cuando me llamaron.

A la puerta de la mano que no me abrieron, asomaba ahora un señor con sombrero de copa, en camiseta y calzoncillos y con unas botas de montar que en seguida trajeron a mi recuerdo algunas imágenes de la caballería rusticana.

Eran aquellas imágenes que pude apreciar en alguna cinta vista en el cine Merodio con Tina Solidia, ya que a ella le gustaban las de militares bizarros y damas de la caridad, sin que a mí dejaran de gustarme, pues con Tina compartía gustos y deleites que, aunque nunca llegaron a buen puerto, no por eso dejaron de existir, y más atendiendo a lo que la madre de Tina Solidia, doña Ecuación, siempre nos encareció: hay que mantener vivo el equilibrio entre lo útil y lo deleitoso.

—No sé lo que usted desea aporreando la puerta sin la mínima consideración —inquirió aquel señor, que asomaba con una fusta en la mano.

—No quería molestar —dije caduco.

—Pues como ya lo hizo, entre si le viene en gana, yo no me ando con pamplinas.

62

—Pase y siéntese si quiere, pero no lo haga en una silla porque todas están rotas.

—No quiero molestar. Venía a ver a Oterina, pensé que vivía en la otra mano.

—Falleció. Nunca fue santo de mi devoción pero mantuvimos relaciones vecinales, yo no me indispongo por cualquier cosa, aunque tuvimos nuestras diferencias por las humedades de un desagüe. Ella siempre dejaba los grifos abiertos.

—Era joven, no me hubiera imaginado su muerte, nadie me dijo nada. Lo único que sabía de ella es que había cambiado de carrocería.

—Tenía pesadillas. Falleció a consecuencia de una. La oía gemir, llorar asustada. No sé si usted estaba enterado de las averías de su cabeza, mucho peores que las de las cañerías y el fregadero.

—Un trastorno bipolar.

—Como el mío, pero sin esas consecuencias. El mío solo atañe a la milicia, a las monterías, a los concursos hípicos. En el diván puede sentarse, en el lado izquierdo que tiene la pata sana, en el otro no es aconsejable. Y me disculpa un momento y termino de ponerme el uniforme. Me ha cogido en paños menores, acabo de estar montando y todavía no me destoqué después de la ópera. Suelo ir al hipódromo y a los estrenos puntuales, cuando las arias son composiciones virtuales y el barítono las estropea porque la soprano es demasiado baja. También toco la bandurria y la flauta travesera.

—¿Es de algún regimiento? Yo hice la mili sin pegar un tiro y eso que una bala de fogueo me quemó la calva y el sargento de cocina enfriaba la sopa con una regadera.

—Numancia número uno de caballeros andantes, con banderín de repuesto y una armería donde solo faltan las baquetas.

—No sabe lo que le admiro. Fue el trastorno lo que me privó ir de maniobras. Tenía en la cabeza un pelotón de musarañas y cuando me tocó hacer guardia quise perforarme el estómago para salir en la orden del día. No me hicieron consejo de guerra, me dieron la baja por causas mayores.

—La bipolaridad bien administrada, como es mi caso, sirve de

acicate en las acciones de conflagración y reserva, para dar un paso al frente cuando menos se necesita, y dar otro atrás si es necesario. De alguna manera el bipolar, y puedo atestiguarlo ya que he tenido consejos de guerra y estuve condenado en un castillo a pan y agua, sin galones ni munición, tiene el valor de quien no se arredra y es capaz de acciones heroicas trasnochadas. De igual modo que la cobardía del que está bajo de forma, hecho polvo, con el ánimo disminuido de los parientes pobres. Las estrellas las gané cuando nadie me aguantaba. Las destituciones, cuando en la retaguardia me hacía el longuis. Ensalzado y degradado. Un militar de carrera que no llegó a ningún sitio y en todos los cuarteles fue vitoreado y vituperado.

—¿Vive solo?

—Con un machaca que me saca los cuartos.

—¿Tiene pensión?

—Gastos de farmacia y una manda de un tío que desapareció en combate.

—Me deja usted de piedra con lo de Oterina.

—Yo le juro por mi honor que nada sentimental tuve con ella, aunque supe lo muy frustrada que estaba a causa de un matrimonio adúltero por parte de los dos cónyuges y algún enamorado que no se mantuvo a su altura.

—Era muy celosa.

—Tenía derecho a serlo. No intimamos, no hubo como le digo relación sentimental, pero llegamos a un acuerdo de buena vecindad, echado a perder por las humedades y los desagües.

—Era muy coqueta.

—A eso me refiero, al embeleso y la galantería. Había cópulas que parecían desfiles. No fuimos almas gemelas pero mantuvimos la formación.

—¿Y el fallecimiento?

—Una pesadilla, como le dije. La cabeza se le cubicó. Gemía perseguida. Gritaba alborotada. No creo que el mal que la poseyó fuera de su cuerpo serrano, ya que usted recordará que estaba más buena que el pan, por mucho que hubiera cambiado de carrocería.

—Así la recuerdo y así quise volver a verla, aunque hubiese tenido que pasar por el taller de reparaciones.

—No se conduela. Ella soñaba en alto. La vida de los sueños está llena de corrupciones y algarabías, lo prohibido y lo deseado, las quimeras de nuestras perdiciones. Ay, si yo le contara algo de mis amores equinos, de las pasiones desatadas en las caballerizas.

63

—No se escore al salir —dijo el hombre, que había cambiado el sombrero de copa por una gorra de plato—, vaya por donde vino, y así no llegará a ninguna parte.

Miré a los lados, no había nada que no pudiera encontrarse donde los chamarileros esconden sus propiedades, con la única excepción de un caballo de madera y un arpa birmana, además de las piezas revueltas de un ajedrez donde quienes hubieran jugado una última partida estarían derrotados a partes iguales por lo que la vida tiene de competencia y desacuerdo. En el ajedrez es frecuente que la inteligencia se ofusque.

—Ella no está enterrada en sagrado —dijo el hombre, que, al quitarse la gorra de plato y volver a ponerse el sombrero de copa, mostraba una calva azul marino en la que naufragaban no solo sus ideas, también sus sentimientos y los motivos que le habían hecho caer tan bajo—. Ella ocupa un nicho en el cementerio civil, donde los que no tienen fe tienen ideología o, lo que es lo mismo, ganas de meter los perros en danza.

—Nunca la supe entregada a ninguna causa —afirmé arrebolado.

—Ni falta que le hace —dijo el hombre sujetándose los pantalones y ajustando el cinturón—. Las causas no son otra cosa que motivos o razones para obrar y en el fundamento con que esta mujer, tan buena vecina y cariñosa, a no ser por los desagües, hubiera tenido en la sustancia de sus intereses, no hay nada que reprocharle. Un mal matrimonio lo tiene cualquiera y de los adulterios hay mucho que hablar; la mayor parte de las veces provienen de casualidades y anticipos, la vida se tuerce sin haber cobrado lo prometido y existen deudas que no se contabilizaron. No sabe usted la cantidad de imprevisiones que hay en los regimientos. Ella, ya le digo, tiene un nicho y unas flores de ajuar.

—Pues no sabe lo que se lo agradezco —aseguré interferido—. Vine al barrio para consolarla, si se dejaba, y acabo de tomar dos copas con un viejo compañero de inquinas. Voy al desgaire y sin

demasiados controles, ya que no hay barrio que no me ponga la zancadilla ni aviso del que no haga caso. La vida de los trastornados es una pirueta.

—Usted vaya con Dios, y no se desanime —me deseó el hombre, que finalmente había dejado el sombrero de copa en la cabeza y, al ponerse los calcetines, se rascaba las pantorrillas—. No se contraríe ni se contradiga con estas eventualidades muy propias de los tiempos perentorios que corren, ahora que las gallinas se acuestan más temprano que nunca y para poner un huevo se las ven y se las desean por causa del cambio climático. Usted no se preocupe que ella está donde descansan las ánimas del purgatorio, y las averías de las humedades y los desagües los dejó abonados, lo que dice mucho a favor de su hacienda. Ande, ande, no tropiece en los escalones y no se arredre.

Bajé como había subido, sin esperanza ni convencimiento.

Tuve la intención de volver a entrar en el bar Estera, donde a lo mejor Calvino me invitaba a una última copa, pero acababan de poner el cartel de cerrado por defunción.

Entonces se me ocurrió que no estaba muy lejos de la calle del Porfiado, donde podía comprar unas castañas calientes y preguntar por los últimos amigos que en Mentra me hicieron la jugada de no esperarme cuando el juramento consistía en morir todos juntos, sin que por separado pudiera valorarse otra cosa que la cobardía.

XIV

EL SER Y EL DEBER SER

64

La amistad no es un bien perdurable, ni siquiera en los hospitales psiquiátricos ni en las casas de lenocinio, y esa fue la razón de que cuando me aprestaba a llegar a la calle del Porfiado, sin duda alguna la más equinoccial de Mentra, cambiara la dirección y el paso para sentirme no tan menospreciado como aturdido, sin que las ocurrencias me desbordaran y los aerolitos se estrellasen en mi cabeza.

Voy al Vencido o subo a los montes Conspirativos o echo una partida en el billar de Gancedo, donde al que hace más carambolas, al menos cuando lo frecuentaba, lo denuncian o lo corren a gorrazos.

Ninguno de esos sitios me venía bien.

Llevaba unos días sin tomar la medicación, tampoco me hacía falta, y lo que menos me esperaba es que poco a poco Mentra se fuera deshilachando y en el discurrir de las pavimentaciones y las aceras todo quedara raído según me enredaba con los residuos y los vestigios.

Fue al cruzar la calle de Sodio cuando sufrí un traspié que me dejó anonadado, momento que aprovechó un transeúnte para tirarme de la lengua, como si él tuviese la misma necesidad que yo tenía de hablar con alguien, de encontrar una solución a mi desconcierto y salir a flote, si de veras estaba sumergido o el aerolito me había dañado más de lo pensable.

—Somos muchos —dijo el transeúnte acodado— los que estamos necesitados de hablar y de que nos escuchen, hágame caso, no se vaya por las ramas. Esta es una ciudad de mentira en la que el bien común no está repartido.

—No tiene usted que darme ninguna explicación —pude replicar otra vez interferido—. Tampoco se lo consiento. Dígame si hay una casa de socorro cerca o una farmacia de guardia o un asilo donde la sopa boba sea el primer plato de la colación, ya que del segundo puedo ocuparme y hasta invitar al que esté en las últimas.

—No me avengo a dar informaciones comprometidas —dijo entonces el transeúnte con cara de malas pulgas, y se dispuso a seguir

su camino, desmintiéndose a sí mismo, sin ganas de hablar o de que le escuchasen, demostrando con su falsa actitud que ciertamente el bien común no estaba repartido en una ciudad destejida y llena de flecos.

—Le diré lo que podría ocultarle a quien más lo necesitara, si es cierto que la ciudadanía se encuentra en ese trance y Mentra no es fiel a sus orígenes —dije altivo—. Puedo hacerle efectivo el tanto por ciento que correspondiera al dominio público, ya que estoy licenciado en leyes y no me ando con chiquitas. Usted solo quiere hablar por hablar, pero igual no sabe que la mentira expresa lo contrario de lo que se cree o se piensa y si Mentra es mentira no es a causa de sus orígenes verdaderos, cuando la fundaron los proscritos de las legiones romanas, sino por la desidia de quienes la habitan, deshilachada y sucia, sin alcaldía ni servicio de recogida de basuras ni transporte urbano.

—Allá usted con sus bravatas —dijo el transeúnte esquivo y alejándose, sin reparar en absoluto en el daño que su proceder podía causar en un viandante anónimo como era mi caso.

No le di mayor importancia, no me caen bien ni los moralistas ni los timoratos, tampoco iba a traumatizarme, por encima de lo que ya estaba, el hecho de que Mentra se fuese deshilando sin que quedase un hilo conductor que pudiera servir, como el de Ariadna, para que, al menos los cronistas y otros curiosos desocupados, pudiesen orientarse por el laberinto de ese pasado fundacional y llegar a comprender que hasta en las urbes venidas a menos, sin gobierno local, existe una mitología pretérita, un momento vernáculo que da sentido y satisfacción a quienes se desarraigaron porque estaban hasta los huevos de tanto historicismo agropecuario y castrense, cuando no religioso o pagano.

Estaba en forma. Me sentía hecho un gallo.

En cualquier farmacia podría abastecerme de neuroeléctricos y hasta echar una cana al aire con el alcohol de quemar y una cerilla para encenderlo, si las fruterías estaban cerradas y no lograba comprar limones para que el alcohol tuviera menos sabor hidroxilo.

Fue entonces, ya hasta el gorro de Mentra y los extravíos, del poco rendimiento de los encuentros a que me llevaban las ocurrencias y el desparpajo, cuando pensé, una vez más, que lo que tenía que hacer no era otra cosa que acabar de resolver de una vez por todas el lío que me traía entre naturaleza y razón, entre el ser y el deber ser, y dejarme ya de zarandajas. Lo del cierre categorial era otra cosa.

65

He visto desaparecer ciudades, no ya desde la ventanilla del tren, sino desde la torre más alta de alguna de ellas, saltando de la torre en el último momento, cuando ya se hundía en la nada y era la nada un atisbo de la inconsciencia donde he forjado, en mis luchas interiores, un sentido de la caducidad comparable al propio sentido del infortunio.

Ese sentido donde una novela intranscendente, como la mía, pudiera inquietar al lector menos avisado, si al dictarla fuera fiel no solo a los hechos, también a las circunstancias que los contradicen y, en ningún caso a la verdad imperativa que pone a la ficción de vuelta y media o, si las cosas se ponen feas, quemando lo dictado o dejando los folios a merced de las inclemencias del invierno, donde la nada tenga la consistencia de la nieve, una belleza helada, un frío precioso.

He visto ciudades consumidas por las sombras, que forman parte de su esencia pero que no logran subsistir cuando la esencia deja de ser lo que constituye la naturaleza de las cosas y en un rapto de desesperación y olvido es el polvo de su propia destrucción quien cae sobre ellas, las abate, las deforma, las extingue.

Ciudades de Sombra, pongo por caso, que tienen su historia y su geografía, y hasta una literatura subsidiaria, muy semejantes a mi propia existencia, a la historia de mis trastornos y denuedos, a la geografía de mis ansiedades y compulsiones, a la literatura subdiaria de mis ocurrencias y malversaciones, cuando lo que cuento ni siquiera es lo que vivo ni lo que invento, sino lo que recojo en las escombreras de mi infancia o en los basureros donde mi amigo Calero se pinchó con una aguja hipodérmica y quedó contagiado de las peores enfermedades del cuerpo y del alma.

Mentra era ya el hilo roto que saldaría su disolución, la mínima atadura de su verdad y su mentira, un grumo lejano cuando desde la ventanilla del tren aún podía atisbar la nada floreciente de ese

resultado fatal que la haría desaparecer.

La euforia se me iba por la boca.

En el vagón no había nadie.

Cuando subí al tren, en el apeadero de Collado, a donde llegué andando por la vía y sintiendo que entre las traviesas quedaban los tramos de un tiempo sin soldadura que pudo afectarme en una juventud desatada, bajó el único pasajero, un señor con bigote y leontina que me dio la mano como si me conociera.

—Vaya con cuidado —me dijo—. Este convoy tiene las horas contadas y de aquí a la estación de Estigia no hay paraderos, solo algún paso sin guardagujas.

—No quisiera llegar tan lejos —le respondí, sabiendo que la mano que estrechó la mía tenía la aridez de los agrimensores, ese resquemor de los que miden la tierra y luego, al palparla, se sobrecogen convencidos de que las hectáreas del secano muestran el baldío de las simientes secas.

—Es un aviso —dijo el hombre, ya sin mirarme y sumido en la duda de por dónde comenzar su tarea, como si los predios de aquellas estribaciones de los últimos barrios de Mentra y las que pudieran confundirse con las de los montes Conspirativos, no solo tuviesen distinta coloración, también un tratamiento cartográfico contradictorio y la tabla rasa de lo que nunca obtuvo ningún cultivo ni aspiraciones de terreno urbanizable o erial donde acumular materiales desechables que no necesitasen licencia—. El convoy va por su cuenta, sin pasajeros ni mercancías. Al fogonero no se le ve muy decidido y el revisor, que no quiso saber nada de mi billete, se apeó en marcha en la última curva.

—De cualquier modo —dije converso— voy a tomarlo. Me da igual Estigia que Palafrenes. Es una oportunidad que no puedo desaprovechar.

—Usted mismo —me indicó el hombre, que no llevaba equipaje y consultaba el reloj dándole vueltas a la leontina—. Está en hora —confirmó—, lo que quiere decir que el convoy cumple con lo prometido. Allá usted, y buena suerte.

66

Seguía eufórico.

Puede que sea una de las veces en que mejor me he sentido yéndome de algún sitio, como si al marchar no iniciara una huida o una fuga, solo el desplazamiento que mi ánimo necesitaba para nivelar naturaleza y razón, engancharme a las ilusiones que enaltecen una biografía menos llena de arrebatos que de tribulaciones o despistes.

La novela es la novela, no quiero empecinarme, si al dictarla me deprimo, allá películas, no voy a faltarle a la palabra al profesor Bermejo.

La vida es un trastorno, y también un asunto que resolver, sin que pueda uno alertarse o deprimirse por la mera indicación de un agrimensor al que, por cierto y sin que sirva de precedente, le requisé la leontina y me dio pena comprobar no solo lo barato que era el reloj sino que estaba parado, con las agujas atascadas en la hora en que su dueño quiso defenderse del tiempo, disimular las carencias de una vida sin alicientes, buscar la coartada y disimular para que todo pareciera en punto.

Un tren sin nada y sin nadie.

El fogonero y un menda. Estigia o Palafrenes. Las vías que enderezan los retorcimientos. Las causas y las coacciones. Entre le finitud y los consorcios. Entre la dicha y el espanto. La solicitud y la pena capital. El desamparo y la rutina. El amor y el celibato. Otras mentalidades, iguales elucubraciones. El peso del alma, el peso del mundo. El peso del cuerpo. Mitad de trayecto. No hay consigna. Nadie avisó de que venías.

Iba a dormir un rato.

En los predios del agrimensor se acumulaba el yermo como la costra que se oscurece cuando la tierra sufre.

Podía mirar por la ventanilla, ya casi con los ojos cerrados y esa niebla sutil que adelanta lo que en el sueño propiamente dicho es una

previsión y también un hallazgo.

El sueño tuvo en aquella ocasión a la tierra como asunto, la trama de un paisaje que sorbía la noche para mostrar algunos gestos inquietantes, amores y desvelos, pasiones y arrepentimientos, otras escenas moralizadoras o imperdonables muy del gusto del costumbrismo y la cobardía.

XV

LAS HERMANAS COSTURERAS

67

Un siete de marzo del año en curso en que estuve muy malo, cuando llevaba demasiado tiempo sin tratamiento y había tenido una peritonitis y un altercado con los guardias en la carretera de Borela, donde me echaron el alto y di positivo en alcoholemia y sustancias nocivas, tras estrellarme en la motocicleta donde huía de unos traficantes de anticonceptivos que me la tenían jurada, ya que se trataba de productos falsificados y extremadamente peligrosos para la salud y los fetos, volví a Armenta hecho un pordiosero y me echaron una mano mis hermanas Data y Polibia.

Ellas eran ya por entonces viudas, y la que se negó a verme fue Conjetura, que, como hermana mayor y vuelta a casar por tercera vez, esta última por poderes, seguía con la idea fija de que yo había sido el culpable de la muerte de mis padres y los desastres familiares que podían contabilizarse por el elevado coste del menosprecio social, y del procesamiento de sus sucesivos maridos por desfalcos e incumplimiento de contratos, también por bigamia y alteración del orden público, resultado de mis delaciones, aunque estuviese, como ella debía saber, en un frenopático y con anginas.

En todo lo cual pudieron verse afectados, según mi hermana mayor, por mis antecedentes y testimonios contradictorios, siempre en contra de ellos y a favor de mi insolvencia, como si yo apostara por sus delitos y malas costumbres, haciendo constar también, donde fuera preciso, la mala índole de Conjetura y la venalidad de mi cuñado de turno, amén de las zurras que el encausado le propinaba sin que ella diese el brazo a torcer y maldiciéndome ambos, conchabados en el aborrecimiento que me tenían. Lo de delator era lo de menos.

El accidente en que fallecieron mis padres le importaba un pito a Conjetura, solo para inculparme por haber quitado el líquido de frenos del vehículo en que se despeñaron, y por no haber dado la cara en el juicio sumario en el que disolvieron la banda de aviación, donde mi padre tocaba, llevando a la banda entera al calabozo sin dejarles

volver a ensayar, con pruebas contundentes de un delito de saqueo y enajenación de bienes militares, además de uso indebido de uniformes e instrumentos.

A mi padre, es verdad, lo había apoyado buscando contactos con chamarileros y recibiendo una propina ridícula por encontrar un sótano para guardar el material y efectos, y fue él mismo quien me exigió que no diera la cara en el sumario.

Data y Polibia eran ya de aquella unas viudas contumaces.

Muy engreídas con la condición de serlo y sin resabio alguno de sus vidas conyugales, como si todo lo que en sus vidas sentimentales les hubiera sucedido se dirigiese a esta situación definitiva que las proporcionaba mayor seguridad y la conciencia de haber llegado a buen puerto.

Vivían en el mismo inmueble, en el número siete de la calle Orestes, en un barrio de Armenta donde la clase media jamás llegaría a ser entera, sin que eso supusiese la menor frustración, pues era un barrio repleto de viudas conformistas que, al igual que mis hermanas, podían echar una cana al aire, ir al bingo y usar la maledicencia sin pasarse, sabiendo todas ellas que la viudedad era un grado confortable, y como algunas todavía estaban de buen ver no se andaban con chiquitas.

No solo me echaron una mano, también un remiendo.

—Hay que prevalecerse, no puedes darte por amortizado —me decía Data, que era muy hacendosa y tenía un sentido culinario de la realidad, lo que siempre la llevaba a anteponer el gusto a la satisfacción, un adiestramiento del estómago para que el cuerpo se apaciguara al deleitarse, aunque en el espíritu bulleran mariposas.

—Tienes que establecer un orden y una disciplina para que la recuperación no sea pasajera —me aconsejaba Polibia, que no tenía la mínima reserva para hacerme una limpieza completa, igual en la bañera que en la ducha, y sin que se sonrojara al verme empalmado, antes al contrario, complacida al observar que la virilidad no resultaba un demérito del trastorno, asunto más que discutible y al que en alguna ocasión, cuando ya mis disertaciones habían caído muy bajo, dediqué un excurso que resultó irrisorio.

De mis cuñados fallecidos tuve la información precisa, ni más ni menos, suficiente para que corroborara lo que de ellos pude pensar, cuando en las bodas, celebradas al mismo tiempo en la parroquia del

Ensalmo y por el padre de uno de los novios que, al quedarse viudo años atrás, se había hecho sacerdote de vocación tardía, confundieron los anillos y dieron, en los dos casos, el sí quiero cuando no les correspondía.

El uno con sus evidencias de calzonazos, poniendo a Data de los nervios hasta que, después de echarlo varias veces de casa, se avino a recogerlo en un acto misericordioso que no evitó los sucesivos disgustos, ya que de un inútil se trataba y los seres de esas características, como ella bien sabía, libran con la inoperancia una batalla campal en la que, ya antes de emprenderla, entregan las armas.

El otro, un vago de siete suelas, lleno de pretensiones y banalidades, pagado de sí mismo y, en tales circunstancias, tonto de remate y, como Polibia bien sabía, complacido en la suerte del zángano, pero sin dar la talla siquiera para hacer lo debido en la colmena: un jijas y un botarate, si soy sincero.

—Salió de casa por piernas —me dijo Polibia sin que mi pene la sonrojase en la bañera, mientras Data guisaba un conejo al ajillo y corroboraba la idea de los colmenares desabastecidos y el mal fario de los haraganes—. Cayó por la escalera, se rompió la crisma. De lo que pudo sucederle cuando entregó su alma a Dios no tengo noticias, solo una esquela año y medio más tarde de la que me pasaron la factura del periódico y que aboné sin pedir explicaciones.

Yo era el hombre de las casas, de una y otra.

El hermano que vuelve hecho trizas y que, sin ninguna presunción, toca por dos veces el timbre, en el tercero y el quinto de aquel inmueble donde ellas ya ni siquiera esperaban el santo advenimiento.

Entonces ven el cielo abierto cuando al enfermo menesteroso se le suben las lágrimas como en el surtidor del jardín de las Hespérides y hay un llanto conciso, compartido, fraterno que invita al olvido de lo que en los pasados familiares siempre acumulan las envidias y los resquemores, sobre todo cuando los padres no gobiernan con la disciplina necesaria y hay tres hermanas que se tiran los trastos juveniles y un hermano que ya de adolescente lo único que quiere en la vida es tirarse por la ventana.

Es también el hermano pródigo, el que tomó las de Villadiego después de quitar el líquido de frenos al coche familiar, cuando sin tirarse por la ventana se tiraba al arroyo o a lo que su cabeza desmadejada le sugiriese, y que volvía hecho polvo, necesitado del

remiendo que ellas, las hermanas costureras, iban a echarle mientras pensaban que con él podrían llevar a cabo alguna acción vengativa que por sí solas no se atrevieron.

68

Fui un pordiosero, un mendigo, no un pobre que en la deflagración de su existencia llega a la ruina material y moral sin otro porvenir que una subsistencia indigente.

La pobreza no es solo la escasez, la insuficiencia para ir tirando con menos que nada, también puede ser una dejación voluntaria o, en el más noble de los casos, el abandono de lo que el amor propio juzga necesario.

Como mendigo y pordiosero nada había que enalteciera mi situación, nada había abandonado que derivase del amor propio o la conciencia de un voto favorable para purgar mis culpas y veleidades o santificar mis acciones con el propósito con que, por ejemplo, profesan los religiosos.

Antes de llegar a la calle Orestes, de ese barrio de las viudas de Armenta, antes de tocar el timbre en las puertas de mis hermanas, antes de que me recogieran desfallecido y con la cabeza zumbándome como un enjambre de moscas del albañal, las más verdosas y repugnantes, había sobrevivido algo más que un año en curso por los arrabales y los extrarradios de eso que algunos llaman el avatar airado, la ventolera que perjudica el juicio sin que el trastorno se necesite, una especie de ruina despendolada que todo lo llena de despojos y acumula en la desgracia el botín de lo que entendemos por la vida miserable.

Una casilla de peones camineros era suficiente para que los tres o cuatro desalmados que trastocaron las buenas intenciones en las peores causas, se juntaran para beber todo lo que habían arramplado, sin que llegaran a distinguir no ya el alcohol de quemar, en el que algunos éramos expertos, o los lavavajillas, las lejías y las colonias baratas, también las recargas urinarias cuando ya las botellas se iban vaciando o alguna colilla servía de mezcla para colorear el amoniaco o el agua fuerte.

—Dame lasca —decía el más harapiento, un tal Corteza, incitando a que yo mismo le meara en la botella—. Cata la rata barata. Lo que riza me peta, la longuis, el penuria, las escaldadas.

—Te lo entronizo —le respondía Carcedo, que empinaba el codo haciendo equilibrios con una pata y, al caerse de bruces besaba la mierda del suelo—. Te endilgo, te entretengo. Si la supuras te corro. No hay caletre. No espino, no supongo.

—Estáis chorlitos —aseveraba Mazurca, que tenía en el moño una especie de guadaña diminuta y le colgaba de las orejas un rosario y un escapulario—. Estáis chotas. Estáis chavetas. El quince por ciento de la costra. No me raspes, culipitro.

A uno y otro lado de aquella vida miserable no quedaban posibilidades y, en tal disyuntiva, es la propia existencia la que destila un apego no por irracional menos consistente, que trastoca cuanto se obtiene, reduciendo al mínimo la capacidad de subsistencia pero sin que tenga importancia, como si un fluido invisible te llevase y trajese sin estar en ninguna parte, sin ser otra cosa que un remedo o una punción.

—No te engañes —me dijo una vez un médico rural que ejercía sin título en una aldea de migrantes—. Los descerebrados se atienen a los hechos, ni codician ni valoran. Los que hayas conocido son solo una milésima parte de los que viven a expensas de la razón que perdieron. Cuando no hay cabeza no hay opción, pero tampoco desidia. Es posible sobrevivir a medio metro de distancia. Solo tienes que fijarte cómo está el mundo.

La mayoría de mis delitos como animal de compañía me tenían a mí mismo de víctima, y esos fueron tiempos perniciosos, avalados por las peores compañías posibles.

69

Data y Polibia no tardaron en hacerme saber sus planes, aunque lo hicieron con suspicacias y sobreentendidos, confiadas en que, a pesar de mi mala cabeza, no era precisamente entendimiento lo que me faltaba, ya que en la familia, mis padres incluidos, siempre se me tuvo no solo por el más avispado, sino por el más inteligente y el único capaz de culminar unos estudios universitarios.

Sin que el trastorno diagnosticado en primera instancia me impidiera el brillante expediente, aunque el premio extraordinario de fin de carrera no me lo concedieron por haberle pinchado las ruedas al coche del decano de la facultad, a quien ya anteriormente había sometido a vejaciones, públicas y privadas, con el Código Civil de tapadera.

—Esa mala pécora —decía Polibia cuando me lavaba, sin que yo preguntara a quién se refería, estaba claro que se trataba de Conjetura — y ese baldado que le metieron de matute, un engorro, un oprobio para la familia, aunque ya no sea nuestra.

Me daba la vida padre.

Del pordiosero lamentable había ido pasando a una suerte de niñato presumido.

Me tenían en palmitas, no cometía excesos, solo en alguna ocasión les bebía la colonia y algunos perfumes procurando que no se percataran ni fuesen de los más caros, y en las bulimias reponía lo que me metía para el estómago para que no se enterasen, pues no solo disponía del dinero que me daban, también del conseguido en las raterías, ya que esa vieja costumbre nunca la perdí.

Pasear por Armenta hecho un pincel era uno de mis mayores caprichos.

Avenida de Pinos, calle de Alabanza, doctor Cerezo, placita del Conde, parque de Buril, señores Castuela, general Palatino, el Voto.

Nadie me saludaba, nadie me reconocía pero muchos y muchas se volvían al cruzarme y fue de ese modo y manera como le tiré los tejos a una chica, que resultó ser del Empeine, costurera y reidora, por más

señas.

La verdad es que las vías sentimentales las tenía menos dañadas que las urinarias, aunque bastante enmohecidas, y sin que me causaran mayor quebranto.

Nunca fui un salido y desde siempre tuve la suerte de unas poluciones reglamentarias. No era tímido, tampoco tenorio.

En las pocas ocasiones en que pude sobrepasarme, pedí disculpas sin haber llegado a donde me dejaban, y jamás ninguna chica, fuera o no fuera amiga, estuviera o no enamorada, me echó en cara la falta de corrección, admitiendo que pasarse un poco de la raya era bueno para la salud, aunque resultara moralmente reprobable.

O, en último extremo, pecaminoso, cosa que ninguna de mis conocidas valoraba en exceso, pues todos, unos y otras, mentíamos como bellacos al confesarnos con el padre que tuviera la manga más ancha o, si era palotino, nada que echarnos en cara, dejando como dejaba la orden tanto que desear en cuestiones genitales.

Volví a tomar pastillas, no quería hacerles el feo de rehusarlas a mis hermanas y, en el tiempo que estuve con ellas, unos días en el piso de Polibia, otros en el de Data, fueron pocas las ocasiones en que la ansiedad me rajó la cara o se me perturbó el ánimo hasta sacarme los dientes, pues al primer síntoma salía pitando de casa y me hacía un bocadillo de clorazepato de dipotasio que no se lo saltaba un gitano.

A Polibia se la fue la mano un día que me limpiaba en la bañera, pero no se recató.

Curiosamente fue un día en que estaba bajo de forma y falto de contenido, acaso porque la vida muelle que llevaba era tan placentera que a veces se me disolvía el ánimo en la relajación, aunque gracias a la chica del Empeine lo recobraba en seguida al reírnos juntos, al sentir que su alegría resultaba más eficaz que el fármaco prescrito.

Desde ese día Polibia no se andaba por las ramas y yo me hacía el sueco, entrecerrando los ojos, y dejando que el pensamiento viajara con un suspiro enjabonado que ponía a prueba el anhelo de un placer fraterno sin excusas ni torpezas.

Era como si la intimidad de los afectos familiares no necesitase palabras ni condiciones, y no fuera al fin otra cosa que una especie de maravillosa reparación del amor universal o, si se quiere, del amor infinito, dejando aparte la voluminosa erección y la salpicadura que Polibia festejaba, como de otra manera pero no mucho después festejaría aquella chica del Empeine en el cine Crisalto, fila dieciocho, sesión de noche, cuando pasaban una cinta de sirenas y peces colorados.

La verdad es que tuve por primera vez relaciones sexuales incompletas con una amiga de mi madre cuyo nombre he olvidado, y las completé con la hija de otra amiga de mi madre que jamás quiso volver a saber nada de mí, ambas bastante mayores que el interfecto, curiosamente poco sorprendido de lo que aquello suponía y nada dado a comentar estos asuntos ni siquiera con los amigos más cercanos.

La pilila me la traía floja.

70

Conjetura, mi repelente hermana mayor y que tantos cargos acumulaba contra mí, delator taimado de las malas costumbres y problemas profesionales y judiciales de sus dos primeros maridos, sin comerlo ni beberlo, ya que, al margen de mi precaria vida y de mi reconocible según ella mala índole, poco me importaban, no se llama así, se llamaba Colinde, y lo de Conjetura le venía ya de sus malas artes infantiles y de una intrigante insistencia en el radical juicio que se formaba de cualquier cosa que sucediese alrededor.

Siempre anticipando una previsión malévola y poniendo de vuelta y media a quien su errada perspicacia enfilase.

Lo que yo hubiera participado en el desastre de sus maridos, ambos fallecidos en sendos accidentes cardíacos nada ajenos a sus circunstancias matrimoniales, no dejaban de ser ventoleras de Colinde motivadas por el aborrecimiento que me tenía y mi supuesta culpa en el accidente de mis padres. Además de una continua reconvención por mi peligrosidad: una de sus favoritas conjeturas sobre el hermano que degradaba socialmente a la familia y, a la vez, la correspondiente ración de inquina para sus estúpidas hermanas y sus no menos impresentables cuñados.

El panorama familiar no resultaba muy halagüeño, y lo que mi trastorno fue añadiendo ponía la guinda, aunque los disgustos provocados por mis primeras escaramuzas tuvieron más incidencia en mi madre que en nadie, paciente observadora ella de lo que se veía venir, mientras mi padre ensayaba las marchas militares y ofrecía sus servicios aeronáuticos a las fuerzas del aire.

Mi madre siempre estuvo sumida en un afán depresivo que, ya desde jovencita, cultivaba con la inconsciencia de las enfermedades asumidas en el ánimo, en la pacífica oquedad de lo que desde fuera no se percibe y desde dentro se consiente para no causar preocupación.

La vida pudo alterársele, y hasta agriársele bastante, con las tres hijas guerrilleras.

La mayor de ellas tan conjeturada como destemplada y las otras a

la zaga con sus penalidades y frustraciones, mientras el hijo pequeño daba la cara menos grata, aferrándose al cuello de la madre, que con él incrementaba el sufrimiento, la soledad y la paciencia.

Mi padre siempre anduvo a verlas venir, machacado por las hijas alborotadoras y resignado hasta las últimas consecuencias con los yernos que llegó a conocer, todos propios de una colección de inconsecuentes, y con el dato desfavorable de poner de los nervios a sus respectivas, ya suficientemente sobrecargadas.

Lo mío no tenía nombre, tampoco sentido.

En el gallinero de aquella casa que comenzó a caérseme encima cuando empecé a no aguantarme, sin todavía saber lo que me pasaba y como dejándome llevar por mis bajos instintos, sin sospechar siquiera que los tuviese, había trifulcas cuando menos se esperaba, desavenencias que no venían a cuento, vajillas que saltaban por los aires y, en las peleas colectivas, auténticos estragos y denuncias del vecindario.

También actuaciones del cuerpo de bomberos cuando, en alguna ocasión, yo me encerraba en mi cuarto y echaba la llave por dentro y asomaba a la ventana para insultar a los apacibles viandantes, después de haber tirado por la propia ventana todos mis libros de texto, las sillas, el flexo, la ropa, los discos y, cuando hubo ocasión, el instrumento musical de mi padre, sus partituras, su gorra de plato y la medalla de un concurso de bandas en el que la suya obtuvo el bronce y un avioncito de plástico conmemorativo.

Me fui muchas veces, cuando ya el adolescente apuntaba maneras.

Volví otras tantas cuando ya las maneras tenían el inmerecido castigo de lo que en el alma no tenía reparación, sin que el cuerpo dejase de cometer los excesos que lo ponían al borde del abismo.

La casa, ya sin las hermanas, conservaba el estupor en los muebles y en el rostro de mis padres, como si el pasmo y una especie de culpa sobrevenida, fuesen la causa del vacío incongruente de las habitaciones y los armarios, de la sonrisa lela del músico degradado y del temblor que arrugaba hasta extremos inverosímiles las manos de mi madre, en las que las venas se habían hinchado como regueros atados a los huesos y sus anillos se le caían al moverlas.

Hubo noches en que el llanto era común en las habitaciones separadas y vacías en que dormíamos, siempre incapaces de establecer entre nosotros la piedad de unas lágrimas que nos uniesen en el desconsuelo y con las que acaso mi madre hubiese visto paliado su sufrimiento.

71

Cilo, el marido con el que mi hermana mayor se había casado por poderes, estaba paralítico e iba en silla de ruedas como un pájaro atosigante al que le habían crecido las alas en demérito de las patas.

Cilo había sido un antiguo novio de Conjetura, con el que había tonteado cuando, en la juventud de Armenta, ella se las daba de marisabidilla y él de petimetre, ambos haciendo el canelo y ganándose a pulso la ojeriza de quienes frecuentaban, menospreciando a los que se les pusieran delante y con la vanagloria de sus demostraciones y caprichos.

Rompieron cuando menos se esperaba. Ella orgullosa y sin perder un ápice de altanería y desprecio. Cilo con el ingrediente de una altura de miras difícil de apreciar, pero muy ufano y en sus trece, sin que la ruptura, de la que nadie encontró razones, le quitase a él la fama de estirado ni a ella la arrogancia.

El caso es que Cilo desapareció de Armenta, se lo llevó a Panamá un tío emigrante que le iba a legar la fortuna y a convertirlo en una especie de indiano trasnochado, prometiéndole al tiempo la vida muelle y la vida regalada y la existencia exótica de los latifundistas y negreros.

—La tonta del culo, la mala pécora —me repetía Polibia, sin que ya el pene volviera a arrugárseme en la bañera, con la curiosidad añadida de Data, que venía para contribuir a la confabulación en que iban a meterme, y a la que también se le iba la mano, quedando yo estupefacto al haber recobrado de aquel modo la virilidad, imposible de prever cuando de pordiosero había perdido todo lo que la indecencia supone—. La marisabidilla, la boba.

—Ese Cilo se fue muy altivo, presuntuoso y con el traje sin arrugas —decía Data— y, como nadie sabía la razón de que hubieran roto, todo el mundo lo achacó al mal genio de ella, aunque tampoco él se andaba por las ramas.

Se fue, así de claro y conciso, y con él se fueron los años en que Conjetura se hizo mayor y, con la edad incrementó la amargura hasta

poner a toda la familia en danza, sin que nadie pudiera aguantarla, hasta que se casó por primera vez, enviudó enrabietada, volvió a casarse y otro accidente cardíaco la enviudó sin remisión, buscando las culpas de sus desgracias en las componendas y denuncias que aquellos maridos padecían y ella administraba con sus amenazas y resentimientos.

—Se le murieron a disgustos, uno y otro, del corazón y la corajina —decía Polibia—, o los mató para quitárselos de encima. El primero por causas judiciales. El segundo fustigado por los acreedores, después de que desaparecieran los albaranes y los libros de cuentas, vete a saber si no fue ella quien los quemó. La viuda negra. Más mala que el sebo, y ya Conjetura para siempre, sin nada de Colinda y otras lindezas.

De Panamá, muchos años en curso después, comenzaron a llegar unas cartas en las que, desmintiendo la lengua de mis tías, que frotaban mi pililа que daba gusto, recobraban el nombre de Colinda, sus señas de soltera, las de nuestra casa paterna, a donde ella había regresado doblemente viuda y sin cartilla de ahorros, acogida por los tristes y piadosos progenitores, que ya tenían encima mis trastornos y desaires, con el fin de amargarles definitivamente lo poco que a ellos les quedaba de vida, viajando, nadie sabe a dónde, en el coche que los despeñaría.

Pasaron unos meses y llegó la carta más inesperada y gloriosa, aquella en que Cilo le proponía a Colinda el matrimonio y la instaba a que, en aras del amor desajustado de la juventud, y la urgencia de sus edades y desamparos, accediera a casarse por poderes, ya mismo, dejando para un poco más adelante el viaje ultramarino de ella o el regreso de él, cuando ya hubiese liquidado los negocios, vendida una hacienda y unos platanales.

—Algo dijo de unas fiebres reumáticas —comentó Polibia con sorna—, pero nada de lo que de veras le pasaba. Se calló como una puta. Cuatro fotos de medio cuerpo para arriba, el sombrero que acentuaba la chulería y el anillo de compromiso que vino por el aire traído en el pico por una paloma mensajera, para que la muy boba no se mosqueara.

—Las fiebres eran verdaderas —dijo Data— y vete a saber cómo las pilló, si es que en aquellas latitudes no hay mosquitos verbeneros o te muerde cualquier cosa y te quedas pajarito.

Cilo venía en silla de ruedas, sin negocios, hacienda ni platanales,

con el sombrero y una guayabera adornada de alforzas y bordados.

—Hecho un cromo —afirmó Polibia venenosa—. Con la parálisis que hasta le afeaba el labio y una oreja sin lóbulo. Era un marido de matute, por poderes y empecinamiento, un saldo panameño.

—Menos mal que tenemos la familia en cuadro —suspiró Data—. Imagínate que papá y mamá vivieran, que no le hubieras quitado el líquido a los frenos o no se te hubiera ocurrido cualquier otra jugarreta, como cuando hiciste cruzar a Calipso, el ciego de la esquina, al atropellarlo, o se te cayó el tiesto de las manos cuando pasaba el de los recibos de la luz o mataste al perro policía que te descubrió con el alijo, siempre fuiste muy buen animal de compañía.

—Eso es poco más o menos —susurró Polibia, que acababa de hacerme daño en el prepucio—. Ella no puede irse de rositas después de hacernos sufrir tanto, y él no da la talla ni se quita el sombrero cuando va de visita.

72

Como era imposible que me creyera lo que ellas iban a proponerme, no hice ningún esfuerzo para rehusar, ni siquiera para que se explayaran cuanto quisiesen, pues no lo harían con la claridad impropia de un asunto turbio.

La encomienda que está lejos de cualquier idea o intención medianamente sensata, y que en seguida comenzó a inquietarme, aunque mi capacidad de disimulo es muy grande y tengo habilidad para dar a entender que no me entero de la tostada, aunque asienta y sonría convencido.

Conjetura vivía con Cilo en una casita del barrio de Saturno, lo que era otro elemento más para que a Polibia y Data se las llevaran los demonios y, a la vez, lo agradecieran por la lejanía que evitaba roces y comentarios entre sus amistades.

Saturno era un barrio menestral y de gente venida a menos, de no muy buena fama por pleitos vecinales y reivindicaciones por razón de un vertedero cercano y del ajuste de cuentas de dos familias que tenían los hijos cruzados, contraídos en recíprocos adulterios y que, finalmente, habían llegado a tal confusión de aborrecimientos y débitos sentimentales que dirimieron las diferencias en sucesivas denuncias y una reyerta que acabó con la vida de dos vástagos no reconocidos por nadie o, mejor dicho, sin filiación verificable.

Fue un asunto que no salió en la prensa local, ya que en las redacciones no lograron ponerse de acuerdo de si se trataba de un asunto de sociedad o propio de la sección de sucesos.

Fui a Saturno una mañana en la que, sin proponérmelo, me alejé en mis paseos habituales y descubrí otra variante de Armenta que resultaba como si la ciudad se desmintiese a sí misma, sufriera una alteración en nada parecida a su condición urbana, siempre repetida y complaciente, nada ajena al ensimismamiento que tanto tedio provocaba en sus habitantes: tan pocas ganas de romper la rutina y no volver a casa a la misma hora, con el mismo cónyuge, los mismos hijos, la misma sopa de primer plato.

Creo que fue ese descubrimiento el que me hizo tomar algunas decisiones previas a lo que se avecinaba.

Y también a replantearme algún tipo de tratamiento si, como preveía, podía salir un tanto tocado de la experiencia con mis hermanas y de lo que me habían contado.

Con la pililа fortalecida, eso sí.

La ciudad se desmentía a sí misma.

La mañana tenía un componente de rareza primaveral y el curso de las cosas desglosaba en mis sensaciones y pensamientos otra nueva emoción muy relacionada con la extrañeza habitual de las que tenía asimiladas pero de distinto matiz, como si la extrañeza propiamente dicha y a buen seguro alimentada en mi trastorno se colorease en el brillo de la luz sobre las paredes de la ciudad desmentida, y me dejara un poso en el ánimo que también podría ayudarme a desmentirme a mí mismo, a ser otro por unos instantes, paliando el engaño de mi vida y suavizándolo para hacerlo casi llevadero.

Como si también el mundo se quitase de encima su falsedad.

Fui y vine sin dirección precisa.

Era un paseo reconfortante.

Por la tarde había quedado con la chica del Empeine, en el mismo cine, en igual fila y en las mismas butacas pero con otra cinta no de sirenas y peces colorados sino de damas de trinidad y agentes internacionales.

Llegué a la casa donde vivían Cilo y Conjetura.

Era de una planta, con un jardincillo, una verja, un pozo artesiano y una parra.

Me recordó a los merenderos juveniles de los domingos veraniegos en que las pandillas enfilaban con las bicicletas las calles desoladas para ir a pasar la tarde, mientras los veía irse desde el portal de mi casa con un dolor de cabeza que apenas me dejaba pensar en lo que un ser humano guarda detrás de la frente cuando al mecanismo de relojería que dicen que es el cerebro se le sueltan los muelles y las manecillas.

Dudé un buen rato en llamar.

Cuando lo hice no contestó nadie. Cuando iba a dar la vuelta para irme, asomó Conjetura y observé que tenía el moño en la cara y los pendientes en la nariz.

73

—¿Estás con esas víboras?

—Vine de paso.

—Nunca fuiste derecho, siempre torcido.

—Andaba a la que salta, nunca me consintieron otra cosa, ni lo intenté.

—Dabas pena, luego grima, más tarde se te vieron las maneras y dabas aprensión. El miedo llegó después.

—No lo sabía, no me enteraba, no iba de mi cuenta, lo pagaban los demás.

—Eras raro.

—Me parece que lo sigo siendo.

—Pues ya podías espabilarte.

—La vida que llevo me lo impide.

—Haz otra.

—No es posible.

—¿Sigues estando malo?

—Peor.

—No voy a decir que lo sienta. Estás malo pero eras malo. En seguida se te vieron las maneras, te lo digo para que lo sepas. No me ando por las ramas como esas víboras.

—Ellas tampoco.

—Seguro que te estaban esperando.

—Vine de paso, sin ninguna intención.

—Querían que las echaras una mano. Me la tienen jurada. Nos la tenemos jurada. No hay compasión ni arrepentimiento. Pierdes la salud pero no la inquina. El odio vale más que el oro.

—No sé mucho de esas cosas.

—Te quedabas a verlas venir, así eras de niño. Nada pedías pero siempre esperabas que te diesen algo. El egoísmo se aprende pronto. La idea de que todo te lo deben. Eras un niño insufrible, llorabas de rabia y tardaste en hablar mucho más de lo normal. La primera vez que te di un beso me mordiste la mano. La segunda me escupiste. A la tercera te di una bofetada. Nunca pude quererte.

—No lo necesité.

—No sé si fue la maldad la que te puso enfermo. El niño ya había desaparecido, pero en lo que después te convertiste fue peor para todos. Para los que te quisieron y para quienes ya ni podían verte.

—El mal me hizo mella. Los días eran cuadrados, las noches redondas. Si salía de casa volvía mareado. Si me quedaba me ponía a morir. La primera que me encerró en la habitación fuiste tú. Me acuerdo porque nunca fui capaz de agradecértelo.

—No sé lo que hice con la llave.

—La tiraste o la enterraste en el macetero. Tuvieron que llamar al cerrajero para abrir.

—Salías hecho un cromo, de eso sí me acuerdo. Te habías comido las uñas y tenías los labios pintados con tinta china. Se te veían las maneras, ya te digo. El hombrecito de la casa, las brujas de tus hermanitas, los papás que se fueron a la porra. Esas víboras te querían menos que nadie.

—Nunca os necesité. Siempre me valí por mí mismo. Cuando por primera vez me puse malo rompí las lunas de los armarios roperos y con los cristales me hice unas heridas diminutas. Esas heridas, unas en los brazos y otras en las ingles, eran las marcas con las que soñaba viajar el resto de mi vida, y me las hice así de pequeñas para que nadie pudiera vérmelas.

—Eras raro, no eras bueno, estabas resentido antes de hacerte un hombre. Piensa en lo que acabas de decirme, menuda ocurrencia.

—Pronto me hice a la idea de escapar, solo me lo impedía ver a mamá tirando al suelo la tortilla de patatas al darle la vuelta y a papá ensayando con la partitura del revés. Ellos me daban pena y tuvo que pasar un tiempo hasta poder ignorarlos.

—No hables de ellos, no tienes derecho, nunca los mereciste. Si se trataba de quitártelos de encima ya estabas preparado.

—Tampoco vosotras erais mancas.

—Brujas, estoy de acuerdo. Malas hijas, peores personas, amargadas, sin el aliciente de la felicidad y la ilusión de engendrar algo decente. Salimos a la pécora de la abuela Celidia, la sangre revenida de las heridas que tú mismo te hicieras. La rama seca. El regusto de la fatiga.

—Vine de paso, no quisiera molestar.

—Con esas víboras a tu lado.

—¿Y tu marido…?

—Lo disequé. No daba más de sí. Ahora te lo enseño. Les dices a ellas que ya no pueden perjudicarlo y que la silla de ruedas tiene roto el mecanismo.

74

No volví al siete de la calle Orestes ni llamé a Polibia y Data para decirles que me iba.

La idea que manejaran para que Conjetura tuviera su merecido podía pertenecer más a mis suspicacias que a sus maquinaciones, aunque algo tramaban en ese sentido y a mí querían usarme para que me involucrara y, al hacerlo, creciesen las razones para que no las dejara, para que me quedase a vivir con ellas como, si al hacerlo, la viudedad adquiriera otro sentido ya imposible de restituir si no era a mi cuenta.

—Te cuidamos —me decía Data, que no cejaba en hacerme las natillas que, según sus discutibles recuerdos, eran el postre que de niño me volvía loco— y así te vas reponiendo y vuelves a ser el que eras cuando estabas bueno, sin correr ningún riesgo de que te dé la ventolera y te encuentres más solo que la una, con malas compañías y un diablo que por la noche te susurra al oído lo de la ingesta y la adicción. El demonio mismo o el compinche que se te acercó en la calle para llevarte al huerto, fiado de tu debilidad y para compartir la suya, como si ambos os necesitaseis para de nuevo echaros a perder, el mal mismo y las malas consecuencias.

Aguantaba la perorata de mis hermanas.

Data más pesada todavía que Polibia y lo que más me convencía no eran sus razones sino aquella vida muelle, incluidas las natillas y otras especialidades culinarias que estaban entre mis mayores gustos aunque no lo recordase, o el intento de llevarme siempre hecho un pincel, teniendo ellas la delicadeza de dejarme andar a mi bola, sin sugerirme su compañía para dar un paseo o ir a algún sitio.

De una felicidad animosa se trataba, sin que un exceso o una contravención nada exagerada viniese a alterarla, pues en la medida en que la enfermedad tiene su destino irremediable, sin ingenuas esperanzas de curación y remedio, siempre existe la inclinación latente de la misma.

El sosiego pasajero, la templanza redentora, lo que expande un poco su horizonte insobornable, y en la Armenta de ese tramo del tiempo en que me iba reponiendo, acunado por mis cuidadoras, es cierto que el aliciente de la salud lo era también de la ventura y el bienestar.

Lo que pudiera dejar en casa de mis hermanas, la ropa, las cuatro cosas que al pordiosero le quedaron en los bolsillos, una navaja, un lapicero, una goma de borrar, más las derivadas de los caprichos que ellas me sufragaban, dos libros, tres pinceles, una maquinilla de afeitar, un tintero, nada me importaban y, además, la sensación de dejarlas, casi como si las tirase por la ventana, me resultaba agradable, no en vano tirar lo que tenía, ir por la calle dejando lo que llevaba encima, siempre había sido como una manía liberadora o un efecto de la imaginación que me ayudaba a no hacer nada.

Entonces recordé lo que me había dicho Data cuando, hablando de la familia sin muchas ganas, le pregunté por la abuela Corintia.

—En la residencia de Ofima —dijo distraída— hecha una lástima.

XVI

EL OSCURECER DE LOS SENTIMIENTOS

75

Fue el esfuerzo de andar tanto, primero con la intención de llegar lo más lejos posible de Saturno y sus excavaciones, y después con el rumbo perdido y una vaga idea de la lontananza y los eriales, cuando me acució la sed y en vez de saciarla en cualquiera de los chiringuitos que abren en las esquinas o en los bares que cierran cuando más se les necesita, compré alcohol etílico reforzado con cloruro de benzalconio en una farmacia de guardia, y lo fui soplando hasta que la entereza se fundió con el cansancio y el mediodía me incitó a desatarme los zapatos.

No hay familia que aguante un asalto, pensé inquieto, ni sobremesa que sirva para reconciliarse, ni afectos que eviten las infecciones y las torturas de tener que compartir el mismo domicilio, parecidas habitaciones y un pasillo conductor y lleno de huellas digitales que contribuye a que el hogar sea el mismo para quienes lo habitan y por él deambulan, sin que el aburrimiento y la desafección sean suficientes para levar el ancla o perderse definitivamente entre el trastero y el patio de luces.

La familia era para mí como un ser ignoto.

La célula básica, la parentela diseminada o pegajosa, ascendientes, descendientes, colaterales, afines.

Lo que las edades hubieran cosido al albur o el bosquejo de una aglomeración que las circunstancias detallaban para que el destino las fuera desordenando desde el cuadro o en la fotografía donde todos miraban absortos, ya fueran retratos con firma o instantáneas conmemorativas, además de los álbumes y las esquelas o de la ajada correspondencia de los que emigraron y jamás volvieron o de quienes fueron un día al trabajo y tampoco volvieron, ya sin que nadie preguntara por ellos y más de uno alegrándose de su desaparición.

La familia era para mí como el espíritu de la golosina.

Los zapatos me hacían menos daño sin los cordones, los parientes venían ahora conmigo, en fila india, por la carretera del Colmenar, la

más a mano al alejarme de Saturno, y nadie decía nada, nadie protestaba, ni siquiera los pequeños, los hijos de otros hijos abusivos que en las fotos miraban con el estupor de las familias numerosas, las que sobrepasaban la carga de un linaje moderado y hasta podían recibir un premio de natalidad o los parabienes de la parroquia.

No quería que la fila se deshiciese.

Soplaba el alcohol con moderación para que me durase y en el orden militar de aquel desfile de allegados ponía todo el empeño posible, ya que me iba dando cuenta de que no habría otras oportunidades.

Los deudos irían cayendo a las cunetas y en los grados más lejanos comenzarían de nuevo las desavenencias que contagiarían sin remedio a la formación.

La familia era para mí una algarabía y un desdoro y un punto y aparte en las emociones y en las mercaderías, en los tratamientos y en las incrustaciones, en los proverbios y en las bienaventuranzas, en el calvario y la agonía, con tantos fallecimientos y herencias yacentes, bienes parafernales y de raíz o colapsos en las notarías y los desagües, con los grifos de la cocina abiertos, la ropa blanca sin planchar y un barreño y una leonera e infinitos pares de gafas de los antecesores miopes o las prendas de los ajuares y algunas gargantillas y el joyero que alguien tiró por la ventana pensando que se trataba de una caja de zapatos y un reloj de pared que jamás dio la hora en punto.

Iba muy suelto, muy a lo mío, cada vez más lejos de los lazos familiares, cuando ya en la fila solo quedaba un despojo en una silla de ruedas y, al volverme para mirarlo y en seguida salir pitando, entreví a la viuda muy voluntariosa en el acarreo y en paños menores.

La familia es un suplicio, me dije inquieto, con la firme voluntad de seguir siendo lo que tanto tiempo llevaba: un huérfano agnóstico, un ser sin vínculo, un enfermo profesional, menos contagioso que común, con una enfiteusis y un enjuiciamiento y, a ser posible, persona *non grata* pero sin discapacidad.

Iba derecho, había estudiado leyes, no me quedaba más remedio.

La familia, ya lo había escrito un ruso, es un asunto nocturno y confuso.

76

La abuela Corintia estaba mustia cuando le di un beso al sentarme a su lado en la galería soleada de la residencia de Ofima.

Reverdeció con un destello en los ojos y me cogió la mano aferrándose a la súplica de que la rescatara de aquel pozo donde la vejez la había tirado, si de la vejez tuviese la misma conciencia que pudo haber tenido de las edades anteriores, todas oscuras y sutiles al empujarla en la misma dirección para dejarla donde ya no se movía.

—Si vinieras cuando ya no viniste —me dijo con el destello que no suponía un reconocimiento pero sí al menos la ráfaga de alguna comprensión que le reordenara la cabeza por un instante o un brote en su fragilidad—, te lo hubiera contado sin apurarme. Ahora hay que soltar lo que aprieta. Me duele aquí —y señaló la cabeza y tomó entre los dedos el cabello blanco—, y es que no sé lo que me pasa.

—Está malita —le dije—, y aquí la tienen sentada para que se ponga buena. No debe preocuparse de nada.

—Y tú viniste sin volver, también lo hizo aquel hombre, ya sabes al que me refiero. No se ponía las zapatillas, no se calzaba para marchar.

Del abuelo Cabal yo tenía un recuerdo confuso, el del niño cabezón al que el hombre pesaroso le hacía burlas cuando quería hacerle gracias, y lo que de él pude saber cuando ya nadie lo mentaba, ni siquiera la abuela, que muy pocas veces dijo que se había ido con viento fresco sin arrimar jamás el ascua a la sardina, prófugo y alelado.

—No le pongo cara, tampoco extremidades —indicó con el dedo índice señalando un vacío cercano, una presencia fantasmal que en el vacío indicaba la ausencia de lo que ya no existe—. Las orejas grandes, el prendedor y la petaca. Si lo vieses no podrías con él, tampoco acusarlo, qué martirio.

El destello se apagó.

La abuela Corintia había cerrado los ojos, recostaba la cabeza en el

cojín de la mecedora.

Estábamos solos en la galería con el oro vidriado traspasando un cristal roto y algunos resplandores muy lejanos, no sé si del monte o de las aguas del Margo que siempre me salpicaron cuando tenía los nervios alborotados y me agitaba al presentir que las aguas se espesaban con el sudor de los ahogados, temeroso de que el sueño finalizara con la pesadilla que me retorcería el cuello.

—No volvías a la finca, no viniste a refrescarte —musitó la abuela —. No sé si te conocí porque no daba tiempo, te marchabas pronto.

—Estaban el tío Venancio y las primas.

—¿Ellas? No sé las que son.

—Tere, la mayor, Olivia la mediana, Moravia la pequeña.

—Todas juntas. Por separado no las conozco.

—Se bañaban en la alberca —dije sin que las palabras me resbalaran más allá de lo que sus nombres suponían, ya que ellas habían enfermado con mi misma edad y se decía que se trataba de un contagio o de una absurda infección contraída en los pensamientos comunes, si tampoco habíamos pasado mucho tiempo juntos y lo que yo más apreciaba de ellas era que me parecían carnales y primorosas, casi hechas a la medida de un sueño que las abarcaba a todas, sin distinguir a unas de otras, juntas como la abuela decía, sin que separadas las conociese.

—Eran muy guapas —dije apocado.

—Primas. No sé. Ahora me duele aquí —volvió a señalar el cabello sin llegar a cogerlo—. Bailaban. Me querían mucho. No sé. No veo lo que hicieron. ¿Viniste para volver o te quedas sin irte?

—Vine para verla —le dije, cuando volvió a abrir los ojos, ya sin destello, ya sin otra lejanía que la mirada hueca, el frío de las pupilas, el escozor de los dedos helados, los labios que se movían, las comisuras rayadas.

77

Fue ese mismo día cuando supe que las primas no habían muerto ahogadas en la alberca de la finca, donde pasamos aquellos días de un verano en curso con la abuela y con el tío Venancio, que fue el que de veras falleció y al que encontramos tieso en el maletero de su coche.

—Venancio, ese baladrón —dijo la abuela y al nombrarlo vino a su lado, como si se tratara de una invocación que producía efectos reales o, al menos, consecuencias fantasmales para que yo pudiera presenciar un reencuentro y escuchar una conversación que no me parecía extraña y además satisfacía mi curiosidad y me reanimaba—. Siéntate aquí conmigo y estate quieto. Tienes que contarnos lo que hacías y decirnos por qué se te estropeó el coche y te metiste en el maletero.

La abuela había vuelto a cerrar los ojos y hablaba sin titubeos, como si la lucidez la embargara en aquella requisitoria a la que su hermano, el tío Venancio, accedía al sentarse a su lado sin que nadie lo viera.

—No hay razón que lo explique —dijo el tío Venancio cohibido, pero también resignado a lo que ella le pedía—. El coche tenía un problema que nunca supe resolver, acaso por las circunstancias en que me lo apropié y por no haberle llenado nunca el depósito. No lo había comprado. Lo encontré un día en una cuneta, con las puertas abiertas y el motor recalentado. No había nadie, la carretera estaba languidecida y en el único árbol que se divisaba alguien había colgado el abrigo y el sombrero como si de un perchero se tratase.

—Siempre fuiste mañoso —dijo la abuela—. Sin aficiones ni quebrantos, pero con maña. Guapo tampoco.

—Me lo llevé —dijo Venancio—. Arrancó a la primera. Luego le cambié la matrícula y los guardabarros. El coche no tenía marca reconocida, era viejo y lo mejor de todo el maletero.

—No gastabas en gasolina lo que gastabas en ir de farra, con señoritas de mala reputación y sin tener ya edad para tales perrerías.

—Me llevaba el coche —dijo Venancio, y por un instante casi pude

ver su gesto aturdido, la zozobra de quien no logra asumir lo que pudo sucederle, incluido el final de sus días—. No iba adonde quería ir, sino adonde a él le daba la gana, aunque fuese yo el conductor y disfrutara con el viaje. Por eso nunca quise que se montara nadie conmigo, y cuando alguien se acercaba a mirar lo echaba con cajas destempladas. El coche fue mi destino y mi claudicación, el vehículo de mi existencia, de mi felicidad y mi congoja, un instrumento del bien y el mal, con buena carrocería, mejores frenos y salpicadero de caoba.

Recordaba el coche estacionado en la finca, reluciente y como un ser extraordinario, en la misma medida en que el tío Venancio pudiera parecerme igual, tan bien vestido y acicalado, con la boquilla entre los dientes, el tupé, la brillantina, los ojos que tomaban la luz del poniente de los castañares y los nogales, que era la de la finca entreverada por los árboles provectos, ya tan pasados de moda que no daban fruto, solo la esencia vegetal de su antigüedad.

Jamás los sobrinos subimos al coche y, en las ocasiones en que nos descubrió merodeando a su alrededor, no usó la amenaza sino la advertencia de que era, aunque no lo pareciese, un vehículo funerario capaz de llevarnos en el mejor de los casos al camposanto de la Crisma, uno de los más viejos de Armenta y no lejano a la finca.

—Asustaba verte conducirlo —dijo la abuela—, y el susto más morrocotudo fue cuando te encontraron muerto en el maletero.

—Tieso —dijo el tío Venancio—, Pinché, puse el gato, hice la reparación. Volvía de estar con las señoritas que el coche conocía con las mayores ventajas que puedan imaginarse. También restaurantes, casas de comidas, antros de moda, todo por el papo y sin tener que llenar jamás el depósito. Aparqué y cuando iba a sacar la llave de contacto me dio el vahído y apenas tuve tiempo para salir y ya casi tieso abrir el maletero, meterme en él con mucho esfuerzo pero con la sensación de que alguien me estaba ayudando y sentir que cerraban desde fuera. El coche volvió a arrancar cuando ya no me enteraba de nada. Fue donde quiso, hice el último viaje, no podía rechistar. Si regresó conmigo dentro es porque no había otro sitio mejor donde aparcar, o porque no quiso torcerme la voluntad de venir con la familia.

—Mucho trasiego, demasiadas cantinelas —dijo la abuela Corintia algo sofocada—. Las cuatro ruedas de la fortuna, el viaje de las ánimas del purgatorio, la solfa del siglo en curso.

—No podría asegurarlo —musitó el tío Venancio, que ya no era otra cosa que una sombra languidecida al lado de la abuela—. Carnet

de conducir jamás tuve, intenciones de ir a ninguna parte tampoco. A las señoritas las conocía de paso. El coche tenía gastadas las cubiertas, herrumbrosas las llantas y un poso de arcilla en el depósito vacío. Las marchas funcionaban mal pero la dirección era la suya.

—Calla la boca, baladrón —dijo la abuela reactiva—. Los disparates nada tienen que ver con la velocidad, ni el siglo con las tentaciones, estás mejor muerto que mullido.

78

La abuela estaba dormida y el oro que llegaba derretido desde el cristal roto recobraba el destello en la piel que tanto se parecía al de los atardeceres de la finca, con el verano de los frutales y el suspiro de los insectos, sin que la piel estuviese arrugada y no mostrara la aspereza del pergamino que en la frente de la abuela ponía ahora coto a su sabiduría y una interrupción a sus sensaciones y desvelos.

—Hay un arco en la cima —dijo la abuela en el sueño, sin apenas mover los labios—. Un arco de punta, una quilla y un movimiento. Ningún azar. ¿Qué le pasa al corro, se soltó el cordel?

—El amarre —dije yo, sujetando sus manos entre las mías, mientras ella movía la cabeza a ambos lados, casi a punto de que se le cayera el cojín donde la apoyaba en la mecedora—. Un cabo, una punta, un hilo.

—No soy igual, la misma, dame lo que falta.

—Lo guardé.

—Que nadie lo coja.

—Está bien escondido.

—El arco se cayó al medio. Hay que poner la baranda. Vamos ya, no lo dejes.

La abuela intentaba incorporarse, la sujeté.

El cuerpo aprovechaba el vaivén de la mecedora, recobraba lo que en el impulso del sueño se parecía a la determinación de irse.

Aquello que su lejana voluntad dictaba en muchas ocasiones, cuando no quería otra cosa que marcharse, dejarlo todo, olvidar lo que la familia suponía como un requerimiento a su alrededor.

—Vamos, no hay causa —dijo la abuela cuando volvió a abrir los ojos y me vio como una aparición, la que tantas veces yo mismo había repetido como un juego infantil, aguardando a que alguien despertara para estar mirándole con el consiguiente susto—. No hay ni puede.

—Yo la llevo —le dije, sin soltar su mano de las mías, percibiendo

la leve alteración al mirarme, acaso con menos asombro que conformidad, sin que la extrañeza la disgustara—. Vamos donde nadie nos vea.

—Estoy muy cansada —musitó mientras volvía a cerrar y abrir los ojos—. Duele algo. No termina. ¿Qué van a darme?

—Lo que tengamos, nada mejor. Lo que duele ya se acaba. Estamos listos.

—Entonces —dijo la abuela, llevando mi mano a sus labios para besarla—, es que somos ricos, yo no coso. Vas a darme lo que quiero.

—Lo que más quiere y necesita.

—Eres bueno y guapo. ¿De quién se trata, quién vino contigo?

—Lo mejor de cada casa —le contesté sin que le importara, aferrada a mi mano, besando los dedos.

—Llévame contigo —dijo inquieta, volviendo a intentar incorporarse.

—La llevo. Estoy aquí. No me muevo hasta que vayamos.

—Iba a morirme —afirmó llorosa al recostarse otra vez, apoyando la cabeza en el cojín—. Suelta, sin ganas. Lo que quería era no quedarme. Si me moría, qué suerte.

—No diga eso, no quiero oírla. Tengo tiempo de sobra. No me apetece quitarme. No me gustaba lo que estaba haciendo. No volvería a las andadas.

Se me cayó una lágrima, la limpié con su mano.

Me miraba la abuela Corintia sin que ya nadie pudiera verme o, en el mejor de los casos, sin que ya nadie tuviera ocasión de decirme las cuatro cosas que merecía, la verdad de lo que pasaba y volvía a sucederme.

Nada al reemprender lo que de manera tan torcida llevaba andado, aunque en ese instante el oro del cristal roto pusiera un destello de veracidad emotiva y en la atmósfera de la galería donde estábamos compartiendo algo menos ignorado que falso, no había otra incidencia que la de la soledad y un desamparo beneficioso.

Lo recordaría con el tiempo, cuando ya ambos estuviéramos donde nadie nos ubicara, muy lejos del sonido de un metal tan precioso como luminoso y sin que nuestras palabras hubieran encontrado el sentido que podían tener al decirlas, cuando nadie nos escuchara y apenas pudiera oírse el movimiento de la mecedora, el arco roto del sueño en la cima, la quilla y el cordel.

—No vuelvas si no quieres —me dijo la abuela cuando me puse de pie y sentí que el brillo dorado de la galería se apagaba en el

oscurecer de los sentimientos.

—Voy a volver, no se apure —le dije sin la intención de mentirle.

79

Cuando me iba de la residencia de Ofima, sin otro esfuerzo que el de recabar una lágrima menos verdadera y frotar el escozor de los ojos, se me ocurrió preguntar en la recepción si la abuela recibía algunas visitas y la chica que me atendió me dijo que venían con frecuencia sus nietas, a veces por separado, a veces juntas, y en algunas ocasiones con los niños que tenían dos de ellas.

No era razón suficiente para que el recuerdo de mis primas en el verano de la finca, donde tantas veces soñé su muerte ahogadas en la alberca y también, aunque no lo haya dicho, la mía con ellas, restituyera sus vidas, las salvara de la verdad de su desaparición del modo en que yo lo hubiera aceptado, teniendo también en cuenta la manera en que habíamos vivido el contagio, la infección, la enfermedad que tanto nos semejaba.

—Lo doy por descontado —le diría otra vez a Denario que, entre todos los amigos, mejor los fallecidos que los presentes, era el que más me comprendía, ya que no necesitaba entenderme y había sobrellevado conmigo lo de aquellos seres que vinieron para hacerme suyo sin haberlo logrado, al menos hasta estas alturas de la novela, con las consiguientes zozobras que compartimos, y dejando aparte el asunto de los animales domésticos.

—Haces bien —me dijo Denario—. Lo que vale un sueño, y más si se repite y puede ser perjudicial a causa de la propia materia soñada, es mejor olvidarlo. Dalo por descontado y échate a dormir.

—Me daría vergüenza volver a verlas —le diría, sin que al salir de la residencia de Ofima viera otra cosa que un presagio del oscurecer en los horizontes morados y sintiese el ardor de estómago del alcohol, que no tardaría en volver a comprar en cualquier farmacia de guardia, ya que tenía comprobado que el de esas farmacias era de mejor calidad—. No se puede apurar tanto una experiencia moral. En la mortalidad de las cosas más íntimas queda un poso y una esquirla.

—Igual ellas no estaban tan malas como tú —diría Denario que llevaba en la mano una vara de medir y en la cabeza una visera sin

forro—. Igual te hiciste a la idea de una misma enfermedad para darlas mayor gusto, o para que no se sintieran desgraciadas. Los contagios no son fáciles. Las infecciones necesitan virus o bacterias.

—Gérmenes y también influencias. Una transmisión, un contacto. También hábitos, actitudes, simpatías. Ellas no iban a contagiarse porque yo las viera desnudas en la alberca, tampoco porque algunas truchas del Margo tuvieran las escamas sucias y el lodo nos manchara las manos o les sangraran las agallas. Si las hubieras visto en la orilla, tan blancas y primorosas, sin rubor ni recato. Primas primaverales, igual de hermosas vivas que ahogadas.

A Denario no le gustó lo que contaba.

Se quitó la visera, cimbreó en el aire la vara de medir. Me miró como si le costase reconocerme.

—Dalo por descontado, échate a dormir —me conminó de nuevo, ahora enfadado—. ¿No dices que te daría vergüenza volver a verlas?

Se iba por la carretera con la decisión del que huye en la dirección del que vino y se me ocurrió llamarlo pero no lo hice.

Sabía que habría de esperarme a la primera vuelta, cuando ya la residencia de Ofima hubiera desaparecido a nuestras espaldas y en el horizonte morado no quedasen reflejos del Margo, donde las truchas lodosas mancharon las manos de mis primas sin que pudiesen perdonármelo.

—¿Cómo se te pudo ocurrir? —quiso saber Olivia—. ¿Es que no sabes que estamos contagiadas? Cuando se entere la abuela se te va a caer el pelo.

—No me extraña que no quieras volver a verlas —me diría Denario, cuando me vio aparecer a la vuelta de la carretera.

—Ni en broma —reconocí entonces, sin que la salpicadura de los cuerpos blancos en el agua limpia de la alberca me llenara de satisfacción y la enfermedad me hiciera mirar hacia otro lado porque de noche me ponía peor, y había una luna que azulaba los pubis de las tres—. Ni aunque me lo pidieran de rodillas.

Mentía como un cosaco, pero estaba avergonzado.

¿Cómo serían ellas si la edad no las hubiera dañado y una enfermedad mentirosa les hubiese preservado la salud, más allá de los contagios que se contraen en la adolescencia y en la juventud por culpa de la incertidumbre y las ensoñaciones?

Había una esquirla y un rescoldo donde la emoción tan remota las ocultaba y, entre otras emociones y accidentes, un velo interior y una reserva de vicisitudes e incoherencias que la vida no allanó, antes al contrario, mantuvo en sus trece y las hizo crecer con sus percances y eventualidades.

De tal manera que otras incertidumbres y ensoñaciones sustituyesen a las más primitivas y se creara una correa de transmisión para que crecer no dejara de ser una emergencia, que en las urgencias o en las casas de socorro no podían atender y que solo se curarían si la edad no hiciese estragos.

Lo que Denario me afeó casi me hizo quitarle la palabra y solo la circunstancia de su pasado fallecimiento me inclinó a ser condescendiente con él una vez más.

—Hazme caso y dalo por descontado.

XVII

LA VIDA SUBTERRÁNEA

80

Por estos conductos y recodos restablecí los conceptos de la vida subterránea y, sin que nadie llegara a opinar respecto a la operatividad de los mismos en la novela, cosa que agradezco, ya que a nadie tenía a mano y el profesor Bermejo había desaparecido definitivamente, tomé algunas decisiones más erráticas que erradas, pero no del todo malas para la situación en que me hallaba.

No acababa de irme de Armenta, la ciudad me escamaba y al tiempo se me hacía pegajosa.

Armenta es de esas urbes que no tienen corazón ni conciencia pero que, al contrario de otras Ciudades de Sombra, conservan el beneficio de la duda y un resol sibilino en los intersticios de las murallas rotas, entre los cubos almenados y las barbacanas umbrías.

Es curioso apreciar cuando se anda solo, ya sin familia ni arraigo, cómo las calles se desmadejan sin que la rutina las fosilice, y cómo entre los recodos y los recovecos, y no digamos ya en las esquinas y los baldíos, lo urbano pierde la solvencia para recuperar el halo misterioso de los vestigios y no hace falta ser diestro para orientarse en lo que el pasado decapitó y el presente olvida, vías comunes, rúas desiderativas, rastrojos y eriales, surcos agrarios debajo de la pavimentación.

De esto saben mucho Longares y Soler.

No había nadie en el Telurio, al extremo de la corredera de Aldaba, donde llegué con menos desaliento que decisión, cuando ya no sabía adónde ir, cualquier sitio o circunstancia.

El Telurio no era ya otra cosa que una oquedad inquieta, el subterfugio de un antro sin más novedad que la caverna platónica o el dechado de las vanidades y las abluciones, de los incordios y las falsedades, de lo que en la imaginación de aquellos tiempos de mi juventud apenas servía para que fuesen lo más perecederos posible, lo

menos onerosos, iguales que el serrín con que se barría el suelo fermentado.

La ocasión la pintan calva, me dije, y aunque todavía me acordaba de mis primas y sentía que en la mecedora de la abuela Corintia también el tiempo discurría sin que el ritmo lo quebrara, hice de tripas corazón y reconté los conceptos de la vida subterránea, sin que nada me interfiriera.

La verdad es que daba miedo el Telurio, con su oquedad y sus fermentaciones, pero seguía teniendo algo ajeno a la realidad y sus formas, y no me parecía una entelequia ir a sentarme en el recodo donde el joven pusilánime que alguna vez fui lo hizo con la idea de pasar desapercibido, sin conseguirlo casi nunca y, en ocasiones, arrostrando el riesgo de ser increpado cuando menos se lo esperaba.

En una de esas ocasiones, cuando el Telurio todavía no era una morada subterránea en forma de caverna, se sentó a mi lado la novia de un amigo íntimo que acababa de pasar unas inmerecidas purgaciones y un desequilibrio emocional que no le permitía distinguir entre la forma y la idea y mucho menos percibir la dicotomía entre el uno y lo múltiple que tantos estragos causaba en la filosofía griega hasta que llegó Platón a echar una mano. A la novia la tenía desatendida.

Ella se llamaba Peridia.

Era rubia, tenía una peca en la barbilla, que algunos novios anteriores habían intentado succionar a instancias suyas pero sin resultado alguno, y un granito escarlata en el cuello, del que solo había permitido a mi amigo íntimo y novio avizor, rozar con la yema del dedo índice para corroborar los efectos seminales que el granito pudiera producir, sin que mi amigo percibiera otra cosa que un fluido mental en el miembro zaherido, y ella se mantuviese tan campante.

Nos pilló mi amigo en el recodo donde yo quería pasar desapercibido sin que nadie pudiera contemplar una sola de las cosas que llamamos verdaderas, y todavía un poco sorprendido de que Peridia se hubiese sentado a mi lado mientras mantenía un monólogo interior precisamente relativo a los conceptos de la vida subterránea, que nada tienen que ver, que quede claro, con la caverna platónica, por mucho que el Telurio le hubiese venido de perilla al filósofo griego para la presentación del mito como exposición paradigmática.

—Vivir en el subsuelo, en el extrarradio de las profundidades —me decía a mí mismo no menos absorto que aturdido, ya que en el Telurio en aquellos momentos había animación, aunque la mayor parte de los jóvenes asiduos estaban estirados fuera, en los veladores—, y esa sería la esencia de la existencia subterránea, sin salir a flote, sin sacar la cabeza.

El monólogo era interior, atinente a estos asuntos que tanto me preocupaban.

Conceptos, concisiones, ideas, concernimientos, un cúmulo de aporías y protuberancias que vaya usted a saber si no tenían algo que ver con las hernias inguinales a punto de estrangularse y sin duda con el trastorno que damnificaba mi personalidad.

—El elemento básico pudiera ser el desorden —me decía ensimismado, con el monólogo en su punto estilístico o, sin subirme a la parra, como un mero soliloquio— que incita no a la huida y el extravío, sino al hundimiento y la abstracción: abismarse, meterse debajo.

Siempre supe que mi vida era como la de los sumergibles, bajo la superficie.

El viaje que sucede en la oscuridad de las profundidades, en un discurrir que no garantiza hondura o penetración, más bien desasosiego e intensidad o, lo que tanto se le parece, ansiedad y agitación, con la suerte inesperada, si nos sonríe la fortuna, de un periscopio para mirar la extensión y magnitud de lo que se nos negó, el término del mal que no alcanzaremos.

Peridia era algo belicosa.

La peca no me llamaba la atención, el granito sí.

Se me fue el hilo del monólogo interior, perdí la referencia de los conceptos cuando el sumergible comenzó a soltar lastre.

El novio avizor, el amigo íntimo, nos pilló no en el recodo sino en el excusado.

Yo sabía de sobra lo que suponía la luz en la caverna platónica, pero no me imaginaba lo poco que valen las excusas y pretextos como categorías esenciales para justificar lo que no tiene explicación.

—No le pegues —suplicó ella, sin conseguirlo—, tómalo a broma como nosotros.

81

Otras decisiones más erráticas que erradas, como la de entrar en el Telurio, a sabiendas de que el dueño lo había traspasado y no quedaba juventud en Armenta que lo frecuentase, lo que había llevado al negocio a la ruina y estaba abierto sin que nadie lo atendiera, reconvertido en un barco fantasma cuya tripulación saltó por la borda con más miedo que vergüenza, me llevaron a otros dos locales nada apropiados para volver en ningún caso.

Uno era el teatro Copelia, cerrado tras defunción de un primer actor que falleció en escena, y el otro, la talabartería de un amigo de mi padre, que se ahorcó con el último correaje en el propio taller sin más excusa que la de probarlo.

¿Adónde iba a ir si no?, quise preguntarme sin que la pregunta tuviera menos sentido que la respuesta, sin existir otra razón que la de la trama errática de la propia novela, si es que la ficción se ajusta a la vida cuando menos se piensa.

Eso me dice García Ortega.

Y estando convencido de que cualquier trama en la que me viera implicado no iba a ser menos errada que los pasos o los sentimientos o las indecisiones de quien, ya para entonces, había consumido la reserva de alcohol etílico de noventa y seis grados adquirido en la farmacia de guardia, a la que tuve que volver para repostar.

Hay una conciencia vana de los actos casuales, de las rutas que se emprenden con los pasos inadvertidos que nos llevan adonde ellos quieren, y esa conciencia, acaso amparadora de una consciencia evanescente, tiene que ver con la experiencia del subsuelo, aunque los conceptos puedan resultar contradictorios.

El sumergido tampoco va a ninguna parte, se deja llevar. Lo único que no puede hacer es alzar la cabeza, sacarla a la superficie para que se la rebanen, o con el miedo de que lo hagan.

En la conciencia de los actos casuales, la banalidad estriba en que las huellas imprecisas de esos actos no necesitan antecedentes ni consecuentes, se trata de improvisaciones que ni vienen a cuento ni

obtienen resultados.

Estaba en ello. ¿Adónde iba a ir si no?

La cabeza apenas asomaba en la lontananza de las correderas siguientes, cuando la de Aldaba quedó atrás, sin que hubiera rastro de la juventud de Armenta estirada en los veladores, ni el propio Telurio hubiese aparecido para reclamarme lo que le debía, no menos de cuatro o cinco rondas con la ocasión de un festejo o una invitación que era lo único que hacía levantarse a los estirados de los veladores, siempre a la que salta.

—Una por libre y otra amarrada —decía el menos considerado, el que arramplaba con las copas de la barra con la celeridad del sediento y el baile tembloroso de su anillo de aniversario en el dedo índice.

—Para aclarar la voz y la temperatura —apostaba el que sin aguardar turno vaciaba la primera copa y con la siguiente se perfumaba el cabello antes de peinarlo con una raya al medio.

—Que nadie se mueva —amenazaba el último en asomar a la puerta, después de haber tropezado en el velador y llegar tarde a la barra—, que no hay para todos y los preteridos tienen preferencia.

—Se acabó la función —decía entonces Telurio, amenazando con la escoba o la escopeta del doce que, aunque descargada imponía mucho, y ninguno de los estirados se ponía farruco, antes al contrario volvían a salir en fila india y con cara de espanto.

Corredera abajo nadie volvería a aparecer, así fueran fantasmas o fantoches, de lo que aquella juventud hubiese destilado.

Esa juventud era un enigma, si nos ponemos de acuerdo en que las edades más enigmáticas son aquellas que tienen un significado oscuro, anfibológico, simbólico.

Esas edades, pocas y peligrosas, en las que todo parece una metáfora de lo que se es y se siente, como si nada fuese real, todo ensoñado o quimérico, entre la desazón y la frugalidad de cada deseo y ocurrencia, sin otro porvenir que lo que ya caducó sin ser usado.

Nadie me reclamaría nada.

Hay una gracia errática para las condenas que no merecemos.

82

Del teatro Copelia, en la calle Cercena, muy cerca del mercado Agropecurio y de las cererías de las Celdillas, de las que salieron hasta su liquidación las velas de los entierros de los difuntos que llenan el camposanto de Aviento, también clausurado al estar completo y jubilarse el sepulturero, quedaba lo poco que no se cierra en Armenta cuando las cosas se acaban.

Era un local que tenía el contenido de la mente de los espectadores que habían asistido a las infinitas funciones, muchas de gala y algunas de beneficio, hasta que un primer actor que se llamaba Esmero, Ibrahín Esmero según sus antecedentes judeomasónicos, falleció en plena actuación y en el peor momento posible.

Se trataba de una compañía de dramas portuarios y evocaciones antárticas, con un elenco parco y un repertorio escueto, a la que la desgracia perseguía en correspondencia a los géneros dramáticos representados, de modo que tras los sucesivos decesos en tragedias, comedias y melodramas, había optado por los asuntos portuarios y evocativos, más propios de un lirismo dramatúrgico aparentemente menos peligroso.

Falleció Esmero en pleno parlamento sobre la existencia marinera, en la exaltación del mar brioso y las excitaciones viscerales, desplomándose como un saco cuando la vida le salía por la boca y hasta brillaban las escamas de los peces en el escenario.

Otros habían fallecido en los anteriores géneros dramáticos de manera parecida, estrechándose la compañía para que la desgracia no abatiera lo poco que del elenco quedaba, hasta que en el Copelia cayó el primer actor sin poder hacer mutis por el foro, lo que sí habían hecho algunos de sus predecesores, muertos al salir de escena, unos congestionados y los más, compungidos.

Ibrahín Esmero apenas había envejecido desde su fallecimiento.

No eran muchas las ocasiones en que le había visto desde que dejó la vida y la escena, y menos desde que cerró el Copelia tras el

desprendimiento de la lámpara cenital y el estropicio del patio de butacas.

Los heridos denunciaron a la empresa propietaria que no tenía asegurado el local y se exculpaba al haberse producido el accidente al irse la luz con una tormenta que fundió los plomos sin que en el escenario ningún actor alertara del posible desprendimiento, ya que también caían las bambalinas y se cuarteaba el decorado de la obra alpina que representaban, con un alud y otras avalanchas.

—No yerras al venir —me dijo Ibrahín Esmero, que asomaba en el palco derruido donde yo lo imaginaba como un refugiado de la carpintería teatral, sin que el espectro prescindiera del gorro marino y el tabardo con el cuello alzado, aunque la pipa la había perdido en el apagón—, pero tampoco me beneficias.

—No quisiera molestar —le contesté—, pero necesitaba repetir la escena en que me tiras por la borda.

—Te equivocas conmigo —dijo hirsuto—. Te caíste tú mismo con todo el equipaje. Yo no navegaba al pairo, lo hacía muy escamado por el mal aliento de la tripulación y me importaba un pito el grumete.

—Me impresionó mucho verte morir en escena —reconocí una vez más, intentando que accediera al requerimiento que le hacía, ya que en la idea de que alguien me tirase por la borda confluían muchas de las calamidades atinentes a mi mal y a los conceptos del sumergido o el náufrago, ya que no consideraba la eventualidad del ahogado—. La escena tiene mucho que ver con la terapia del salvamento, si es que la ensayamos.

—No yerras, ya te digo —repitió—, pero en nada me beneficias. Sube al escenario, si quieres, yo te doy la réplica y hago de apuntador.

—Hay un más allá cercano, de tierra, mar y aire, donde avista la calma el que no tiene sombrero —recité antes de subir al escenario, donde todavía la nieve alpina podía confundirse con el polvo y la salpicadura de algunas lágrimas de la lámpara.

—Espera que se encienda el foco —ordenó con el mismo vozarrón con que mandaba a los marineros a la porra—. Evita que se te suba el pavo y no te tires al agua antes de tiempo. El mal no justifica una interpretación errónea.

Estaba en mis trece.

El foco era el ojo del Copelia y me hizo recordar las funciones a las que me llevaba mi tía Gela, siempre dispuesta a mostrar las artes escénicas del niño cabezón, ya que ella era muy teatrera y mantenía relaciones ilícitas con un tramoyista y una utilera, casados en segundas nupcias en el montaje de una obra decimonónica.

83

—Parte de lo que soy y otrora camuflado ¿quién me secunda, si el bien sigue en sus trece y en el mal las piedras me repican, sin que yo pueda hacer oídos sordos?

—En la quimera el tanto por ciento acordado, y en la ventana aquello que buenamente un día te sacó de apuros.

—No quisiera trocar lo bueno por lo malo, ni me importa que el carro se despeñe o pueda la egolatría hacerme perentorio y afanar lo indebido.

—Dime de dónde vienes, ¿qué pereza te pudo, qué indolencia en el grado servil de las palabras y algunos ademanes?

—De donde trinan los íncubos y se siegan las plagas cual mies intransigente. No quieras saber más de lo poco que sabes, la inerte geografía, el indecible espacio, las cáscaras amargas del fruto de la ira. Un espacio silente.

—Quiero que me lo digas, con afán de ayudarte. ¿De dónde vienes, en qué erial resucitas?

—Conforme son las cosas, así las emociones y algunas cicatrices. De donde somos todos, de la piel del diablo.

—Y yendo a otras cuestiones, ¿era cabal tu empeño, la molicie y los tuétanos, adonde figurabas? ¿En un canal cualquiera, a una hora sabida, o en la noche contrita donde duermen los pájaros?

—No consiento el recelo, me subo a las paredes. Hay una nube alta, un glosario, una estufa. En las evoluciones los átomos, la bruma, el caudal de las aguas y unos ríos de esparto. Un concierto tasado con plumas y abalorios.

—Tienes que repetir esto último —me indicó Ibrahín, sin apenas asomar del derruido palco desde donde me daba las réplicas, dejándome inventar lo que me diera la gana.

Repetí lo que me pidió sin oponer resistencia; luego ya seguimos hasta que llegó el momento de tirarme de cabeza por la borda, con muchas probabilidades de romperme la crisma, como así sucedió.

—No toques esa puerta, no la abras. Al filo de la herida se encaramaba el llanto, ibas a condenarte, nada más hacía falta un gozne y un destino, un pestillo cualquiera.

—Para hacerlo mejor, para que no te quejes, que nadie te detenga.

—Vengo de donde siempre, a dos pasos del agua, del mismo fregadero, igual tromba de luz; las sábanas, las colchas, el ajuar, la colada. Ya no quiero que mires lo que no se deshace, el piélago, la urdimbre, alguna enredadera y un tiesto sin espinos.

—Pide por esa boca, no te andes con melindres. El mal que te inquietaba no era el bien de los míos, tampoco la familia. Podemos navegar en un frasco de afeites, cualquier vidrio nos vale.

—¿Un espejo, una lámpara?

—Un papel, una pluma. Dime si te cae bien lo que menos añoras, dime si pasa el tiempo y nadie te reclama. Dime que vuelva luego, cuando hayas renacido, tras la muerte que opuso un azar prematuro.

—Cumpliré ese deseo, un capricho que valga y merezca la pena. Dime lo que aconsejas.

—Si vienes en seguida, ya es mejor que te marches. Prefiero que no vuelvas.

—¿Ya se acaba el teatro?

—Muero en escena, te tiro por la borda, no quiero más apuros, no quiero que me cojas.

—Parto ya sin tardanza. El oro de los naipes. La verdad contagiosa. Un horizonte añil. El humo de la escarcha.

—Vete animoso, pues ya no queda nadie, ni hay piedad ni rutina, ni la quilla y los garfios.

84

Me partí los morros.

El escenario del Copelia tenía la altura suficiente para que a los actores accidentados tuviesen que llevarlos a la casa de socorro que al final de la calle Cercena suturaba lo que buenamente podía, vendando a los incautos que acompañaban a los accidentados y dejando que el descalabro adquiriera la costra que evitara desangrarse.

No necesité puntos, el yodo fue suficiente y con unas friegas y unas cataplasmas salí hecho un gallo, sin que la representación renovase el trauma que me causara otras veces, cuando en la carpintería teatral fallaban los entreactos y el regidor pedía el telón antes de tiempo.

Recordé a Bieito Perlado, un poeta crucial que se despeñó del escenario del Copelia en unas justas, cuando se durmió mientras el mantenedor de los juegos florales hacía la proclamación ante la reina y su corte.

Bieito aguardaba la entrega de la flor natural que había obtenido en buena lid muy al borde del escenario, sentado en una silla a la que se le rompió la pata, yéndose abajo como un fardo y echando a perder el acontecimiento, sin que en la casa de socorro pudiesen hacer nada por él, ya que el traumatismo craneal hizo de los versos premiados unas exequias vanas y no hubo modo de salvar siquiera el madrigal dedicado a la reina.

A Bieito Perlado lo enterraron en Aviento, en un nicho que vaciaron del columbario, donde los restos de otro poeta floreado se habían convertido en las briznas de los puros que fumaba y solo con soplar dejaron limpio el recinto.

Lo enterraron con la cabeza colocada encima del pecho, pues hasta ese extremo llegó el percance y solo la discreción del médico de guardia de la casa de socorro evitó que la decapitación figurara como trasunto de la fractura craneal con la consiguiente devaluación de su poética, en la que lo crucial era al tiempo el trasunto de lo decisivo en una lírica epigramática menos cáustica que breve.

Las copas que en otros tiempos había tomado con Bieito no eran

suficientes para que viniera a echármelas en cara, estando yo como estaba, muy repuesto pero nada propenso a que un descabezado se acercase a amargarme la existencia.

Teniendo en cuenta que iba errado y que por el errático camino que llevaba me acercaría a la talabartería del amigo de mi padre, a quien debía echar una mano si es que tanto tiempo después no lo habían descolgado de la viga donde se ahorcó con el correaje y la excusa de probarlo.

Recordar al poeta crucial y verlo doblando la esquina de Cercena como el aparecido que suscita en el recuerdo el eco de sus composiciones, era lo que menos me apetecía, pues una cosa es que te caigas por el descuido y el sueño, estropeando la función o el acontecimiento, y otra muy distinta que te tires por la borda al cabo de una escena que estás ensayando con un primer actor que tampoco se andaría por las ramas para empujarte.

—No me lo pidas que no hay motivo —me decía Ibrahín Esmero, ya por entonces conocedor de los trastornos con que el alma castiga al cuerpo, y muy en disposición de arrimar el ascua a su sardina, sabiendo también que en el arte dramático la experiencia espiritual proporciona los frutos catárticos que hacen del escenario un recinto sagrado, un altar de los sacrificios y las transmutaciones—. Te doy las réplicas, no te preocupes. Hago de apuntador.

Viré justo a tiempo, pero eso no evitó que la cabeza del poeta crucial, seccionada en el accidente, rodase por la acera en mi dirección y, al darme la vuelta en la cama, cuando todavía el sueño no me había arrebatado, comenzara a susurrar en mis oídos los epigramas de su repertorio.

Bieito Perlado era uno de mis fantasmas más extemporáneos, el aparecido de las últimas circunvoluciones, cuando en el peor internamiento el sueño contenía una adversidad mayor que la vigilia y los decapitados, comandados por él, venían a impetrar a las ventanas del psiquiátrico para que sus cabezas les fueran restituidas y pudiesen, al fin, ponerse la flor natural en la boca y recitarle el madrigal a la reina.

Supe despistarlo.

No tiene Armenta buenas cualidades, casi ninguna, pero vas donde quieres y nadie te hace caso.

Lo sabe mejor que nadie Pérez Zúñiga.

85

El correaje del talabartero me cuadraba como si lo hubiera hecho para mí, y aunque jamás tuve ardores guerreros y el recuerdo que me quedaba de la milicia no era otro que el de una de las hernias inguinales con que mi primo Chapo se libró de ella, me sentí tentado de parodiar un desfile en el que la infantería se despliega siguiendo la orden del día y la instrucción en campo abierto.

—Mejor te la pelas —dijo mi primo Chapo, que había entrado al taller de Nilo Combado por la puerta de atrás y fumaba a medias con Nilo la colilla del puro que el suicida había fumado antes de colgarse—. No vales para el servicio patriótico, tienes sinusitis.

Chapo murió estrangulado.

Es uno de los ejemplos más cabales del devenir de las hernias, ya consideradas anteriormente en esta novela pero sin ofrecer la casuística de las mismas, que podría ser prolija en un recuento familiar, donde el herniado, el inguinal preferiblemente, tiene una solvencia y hasta una grandeza mucho mayor que la de otras protrusiones morales con que se adornan algunos héroes del medievo.

—No te pongas estupendo —me recomendaría mi primo Chapo, para quien el estrangulamiento no dejaba de ser otra cosa que la efeméride con que marca su destino la ingle, sabiendo que en la entrepierna lo que más vale es la horcajadura y en la vida el valor de negarse a vivirla, que es lo que él hizo—, que se te ven las pelusillas. Ni se muere como se vive ni te rascas con gusto si no te pica. Hablas sin saber.

Nilo Combado me ajustó el correaje.

Se lo había quitado del cuello al bajar de la viga y decirme que después de usarlo ya no lo necesitaba, aunque tampoco le parecía lo mejor que podía regalarme de la guarnicionería, donde quedaban tantas cosas de valor, antiguas pretinas y cinturones, para que eligiese lo que me diera la gana.

—Es que con el correaje me hago a la idea de haber hecho el servicio.

—No te prives —opinó mi primo abochornado—. Es algo muy propio de la familia, y más en la rama que te corresponde, hacer el canelo, ir a por lana y volver trasquilado, pensar que lo que no se hizo es porque no te dejaron ni obligaron a ello. Luego vienen los trastornos y las fantasías. El mejor servicio es andarse por las ramas.

—Será un capricho o un antojo, si nunca me dejaron marcar el paso.

—Tú mismo —me reprochó mi primo, que le pasaba la colilla del puro a Nilo Combado, sentados ambos en el taburete donde el talabartero se mantenía erguido sin fijarse ya en las herramientas ni en las piezas de cuero que olían a la piel de sus manos—. Hiciste el bobo cuando la cabeza no te daba para otra cosa y el que menos te quería en la familia era el que más te halagaba. La cabeza nunca te favoreció, por muy cabezón que fueses.

—Déjalo —pidió Nilo con la colilla quemándole el labio—, no le quites el capricho, que desfile, que se haga un hombre.

—Si yo te contara —masculló Chapo con la inquina haciéndole temblar las aletas de la nariz—. Si yo fuese al juzgado a poner la correspondiente denuncia, para que supieran el juez y el fiscal lo que un desquiciado es capaz de proponerse. ¿Sigues con la manía de los canes, los espantas o los degüellas, si no puedes hacerles otra cosa, o eres el animal de compañía que todos necesitamos?

Me quité el correaje.

Lo que me preguntaba Chapo ni siquiera entraba en las consultas y los tratamientos, no formaba parte de las terapias ni los diagnósticos.

Nada tenía que ver con el comportamiento y el correspondiente trastorno, y mucho menos cuando su ojeriza no mostraba otra cosa que las malas relaciones de las respectivas ramas familiares, la artrosis, el reumatismo, los flatos, la erisipela, la gota, los quistes y las apoplejías de la suya.

No me puse a su altura, no merecía la pena.

Chapo estaba estrangulado y por mucho que la hernia hubiese sido una de sus mayores aficiones no dejaba de ser el propio destino de la ingle adversa, la fatalidad que se lo había llevado por delante cuando tanto presumía de la protrusión sin que ninguna de las chicas que pululaban a su alrededor, todas muy escamadas, quisieran verla.

—Os perdéis el encanto de una hermosa deformación, mucho más valiosa que las varices y los diviesos —decía, ya no tan ufano como

resignado y arrebatado por la juntura del vientre y el muslo—. Allá vosotras.

86

—Lo que tengas pendiente, no hace falta que lo saques a relucir —me dijo Nilo Combado cuando mi primo se fue sin despedirse, no sin antes intentar enseñarnos el desarreglo de la entrepierna al que, con muy bien criterio, rehusó el talabartero aduciendo que todos los estragos tienen igual primicia y parejo resultado sin que sea preciso comprobarlo—, ya sabes lo que tu padre me apreciaba, y eso sin necesidad de un remiendo o una puntada. Venía una tarde con el trombón y otra con la trompeta, siempre los instrumentos de viento de un brigada de la banda de las fuerzas aéreas.

—El mal sigue su curso, como los años y las conmemoraciones —confesé atribulado, pero sabiendo de sobra que un amigo de mi padre, aunque se hubiese ahorcado, cosa que tampoco me extrañaba, tenía mayor solvencia que nadie para el amparo que necesitaba, en ese trance de un recorrido errático que por el momento no me permitía irme de Armenta por mucho que lo intentase—. Es un mal que se parece a las corrientes de aire. Aparece al abrir la puerta, entra, se queda pero también aguarda cuando quieres salir y vuelves a abrir la puerta para hacerlo. Es un mal que se queda contigo y no deja de esperarte.

—A Chapo no le hagas caso. Los problemas que tengas con canes y otras especies son asunto tuyo, nada tienen que ver los juzgados de guardia y las fiscalías. Eso sí, guárdate las espaldas, no te asomes a una sala de vistas, y nunca dejes de ser un buen animal de compañía.

—Pude matar a un perro confundiendo la marca —dije atormentado—, pero ni más ni menos, por haberme mordido o no saber de quién era. Los gatos no me valen. El que mejor lo sabe es mi amigo Denario.

—Vamos a dejarlo —consideró Nilo, y al levantarse observé que se bamboleaba, como si todavía estuviese colgado de la viga, a la que iba a dirigirse para relatarme las causas y circunstancias de su muerte, tal como se las hubiese referido a mi padre en una de sus charlas y conciertos, cuando el músico y el guarnicionero comentaban lo poco que la vida daba de sí y lo mucho que la muerte proporciona si se la sabe administrar.

—No hables más de lo debido —siguió compasivo—. Entre los animales como entre los hombres hay variedad de intenciones y encarnaduras. Nunca tuve bichos en el taller, solo pieles, pero soy de los que piensan que la maldad de los humanos está compensada con creces por la bondad de los animales domésticos, a los que muchos de sus dueños ni entienden ni respetan. Un perro no puede ser el mejor amigo del hombre, esa es una exigencia degradada, solo puede ser amigo de otro perro. De los gatos es mejor no hablar en ese aspecto, los gatos aborrecen a los amos, viven con ellos sin ceder un ápice de su egoísmo, ajustando el desprecio a las caricias que reciben pacientes. A todos hay que respetar comenzando por uno mismo.

Nilo Combado cruzó el taller, donde la talabartería seguía oliendo a las manos artesanas, y en la oquedad de los recodos y los residuos podía escucharse el eco de un trombón o una trompeta, que tenían el aire de la paternidad responsable y la orfandad premiosa, lo que también procuraba ese desperdicio que gotea de la enfermedad como una secuela familiar y una lágrima de alivio.

—Entre las causas y circunstancias de mi muerte, que tu padre sabría agradecerme como el buen amigo que fue —dijo Nilo situándose debajo de la viga y respirando hondo—, se podrían destacar tres, una de ellas profesional y las siguientes inusitadas. La profesional tuvo que ver con la baja calidad de los materiales con que trabajaba: pellejos mal curtidos, piel revenida, cueros de vacuno mal adobados y peor aderezados.

Me acordé de mi padre y, cuando ya la voz de Nilo Combado era un murmullo que provenía del más allá, del propio peso del cuerpo que colgaba como una ruina o una demolición, quise parecerme a él y traerlo a mi lado para que escuchara por mis oídos esas palabras que le correspondían y le afectaban, sabiendo que mi padre era su amigo y yo un huérfano tirado por la borda y dejado de la mano de Dios por los pasillos y las rutinas de sus internamientos.

—Las inusitadas —escuchamos mi padre y yo, a punto de sucumbir en la emoción conjunta de nuestros débitos familiares, incluidas las desavenencias— fueron flor de un día. Un mal pensamiento, no venal pero sí vergonzante, y una indisposición no grave pero sí ofensiva.

Lloraba mi padre con el volante del coche incrustado en el vientre al fondo del barranco donde se había despeñado al tomar mal la curva, y yacía mi madre a su lado sin haber cerrado los ojos al caer,

convencida como siempre estuvo la pobre mujer de que a mi padre le habían dado tardíamente y por influencias el carnet de conducir, sin que ni siquiera su amigo Nilo Combado pudiese convencerlo de no comprar un vehículo sin documentación, rectificado y recauchutado y sin revisión alguna, y que ya anteriormente se había visto implicado en otros accidentes mortales.

—No te hice caso —dijo mi padre dirigiéndose a Nilo y limpiándose las lágrimas con el pañuelo que le pasé.

—Tampoco yo te lo hubiera hecho —respondió Nilo, ajustándose de nuevo el correaje para subir a la viga y reconocer una vez más que la vida está llena de desfiladeros y malos pensamientos, siempre subterráneos.

XVIII

EL MAL EN CURSO

87

Con el mal en curso del que vengo hablando y el bien en la despensa, después de que mi padre se quedara atónito con el volante incrustado en el vientre, sin que al tomar la curva pensara en otra cosa que en el desfile militar donde la banda desafinaba, Nilo Combado volvió a colgarse, ya sin otros consejos que darme y Chaco yacía estrangulado a la vuelta de la primera esquina de Cercena, donde lo que quedaba de Armenta eran los restos del oscurecer exprimido que tenían el color morado de los horizontes.

La circunstancia de que un perro vagabundo asomara en la misma esquina, oliendo el cuerpo de Chaco y alzando al tiempo la pata, me pareció el mejor indicio de que los asuntos penales que pudieran pesar sobre mí, respecto a alguna imputación de asesino en serie de animales domésticos, estaban sobreseídos, incluyendo las suspicacias de mi amigo Denario que ya, mucho antes de su fallecimiento, me había eximido de responsabilidades en ese sentido, tras sus suspicacias en algún caso aislado, del que yo mismo pude dudar.

El perro meó encima de mi primo y cuando me acercaba a su cuerpo estrangulado alzó la gaita y me miró con el despecho con que lo hizo cuando en la juventud habíamos tenido las peores rencillas, casi siempre provenientes de una grave disparidad sobre los usos y costumbres en las ramas familiares, rivales en las donaciones a la beneficencia y el respeto a los ancestros, y muy beligerantes a la hora de asumir el tanto por ciento de los bienes raíces en las herencias codiciadas.

—Eso forma parte de algunas de tus agitaciones —me habían advertido en las primeras consultas, cuando comenzaron a vérseme las maneras de un adolescente que distorsionaba los sentimientos más elementales y comenzaba a causar contradicciones en el seno familiar —. Aborreces el entorno, tienes salidas de pata de banco, rompes la vajilla y tiras por la ventana los libros de texto y los apuntes. Estás rabioso o estás furioso, lo uno o lo otro son indicativos de ira, enojo, irritación o cólera y hay que saber de qué se trata.

—Me voy a quitar del medio a los parientes que me sobran —decía yo menos agitado que obtuso—, y voy a dar toda la guerra que pueda vaya donde vaya, de tal manera que quien tenga que soportarme no me pueda aguantar.

—Llevas mal camino —aseveraban en las consultas, sin que yo todavía no hubiese abofeteado al cirujano que me operaba de apendicitis ni amenazado con anónimos quisquillosos a un vecino que se caía por las escaleras cada vez que se me cruzaba—. Malo y enfermo son cosas distintas. Malo de maldad y saña, ya que paciente es otra condición como su nombre indica.

La maldad y el mal tenían, sin embargo, una rara equivalencia y sin duda la ambivalencia de los sentimientos contagiosos, sin que yo todavía no fuera consciente de mi maldad, entendida como cualidad o acción nociva o dañosa.

Sí comenzaba a serlo de la alteración de la salud, esa otra pasión dañosa que tanto me perjudicaría en la vida, cuando ya por entonces enrabietado o furioso me desbarataba hasta perder el pulso y el juicio, sin más discernimiento

que el de mi perdición y un dolor moral insoportable: el límite para aguantarme a mí mismo, la imperiosa necesidad de golpearme o cortarme, a lo que en las consultas en seguida llamaron autolesiones.

Las he pasado putas.

No hubo razones familiares que aliviasen mis razones punitivas, las que tenía a mi alcance para perjudicarme de la manera más onerosa.

¿Quién podía echarme una mano en casa, desde dónde me vería el resto de la familia que, sin quitarme ojo, salían por piernas y ponían pingando a mis padres, cuando los pobres bastante tenían con tocar el trombón y hacer la colada?

Llegué a estar esquelético antes de romperme.

Un día me paré ante los escaparates de almacenes Escalda, donde vendían prendas de abrigo y ropa interior e hice por primera vez la prueba, que luego repetí hasta la saciedad y me cansé de hacerlo.

Entré, me puse en pelota picada, me vestí al completo con la ropa que me dio la gana. Volví a salir hecho un pincel, si el raquitismo puede permitirlo, y nadie se dio cuenta, nadie me vio, era un ser esquilmado, un montón de huesos, y eso me hacía invisible.

No sentía ni frío ni calor.

A veces me desnudaba en la calle, tiraba la ropa, podía reponerla donde quisiera.

Solo en una ocasión se dio cuenta una niña asustada.

La invisibilidad lo único que en aquella ocasión al parecer no

respetó fue el hecho de estar empalmado, la contradicción que ni yo mismo experimentaba o preveía de la inocencia y el recato, una no menos dolorosa pugna que llegué a padecer entre las liendres y el desinfectante, algo que también afectaría espasmódicamente a mi trastorno.

—Son antecedentes —me decían en las consultas—. Así se empieza y así se acaba: con una manía y un bochorno. Las manías autodestructivas conducen a las obsesiones letales. Los bochornos son el fruto de la vergüenza y el sofoco, no hay que ser muy ducho en conductismo para saberlo.

No me enteraba, todavía estaba inconcluso.

88

¿Y qué pintaba yo en el último vericueto de aquella ciudad pegajosa que ya para retenerme no usaba pegamento sino engrudo, como si en el errático desvarío no quedaran sustancias adhesivas?

Voy a ver a Leda Col, voy a llamar a la puerta de aquel caserón desventurado donde la mataron cuando se negó a fornicar con un primo del capitán Musaña que tenía un pie en el otro mundo pero todavía le quedaban arrestos para el amor carnal y la extremaunción, poniendo a prueba lo que siempre había sido: un hombre en forma, tanto material como religiosamente, alguien a quien no importaba morir en la coyunda pero con las bendiciones necesarias.

A Leda Col la mataron entre los dos, el capitán Musaña y el primo lascivo, que también falleció en la refriega, y ella quedó como una mujer ultrajada que no dio el brazo a torcer, y el capitán como un taimado que del arma de caballería había pasado a artillero con la rótula rota y el codo dislocado.

El primo se llamaba Mixto.

El pie lo tenía en el otro mundo por dos razones: la gangrena y el bazo. En la gangrena ya no le quedaban tejidos, y en el bazo tampoco le quedaban hematíes ni linfocitos.

Las expectativas de un coito y una unción con óleo sagrado eran persistentes pero vanas, y lo que le hicieron a Leda Col no es de recibo, pues ella no estaba por la labor, jamás le gustaron los artilleros ni los caprichos de los moribundos y, además, había cerrado el caserón para cambiar los sanitarios.

Llamé a la puerta con la convicción de que Leda Col me abriría, por mucho que el último suspiro hubiese dejado el aliento amarillo de su despojo, si en el recuerdo que de ella tuviese ese aliento amarillo la asemejara a la tisis de las otras pupilas, cuyos cadáveres yacían en las camas sin hacer de las alcobas del caserón, y con algunas de las cuales había mantenido relaciones ilícitas remuneradas.

Nadie abrió.

El caserón estaba medio derruido, pero ya no estaba donde había estado en los tiempos decimonónicos en que Armenta limitaba al norte con los montes Urales, ya muy venidos a menos, y al sur con el último meandro del río Margo, llamado por entonces Arroyo Calado, que en sus aguas también amarillas llevaba el aliento de otras tuberculosis con más bacilos que peces.

—Esta es la típica desorientación de quien anda confundido entre la realidad y el deseo —me dije absorto, sin que nada se esclareciese en el atardecer donde la ciudad se iba a pique sin otra decisión que la de dejarse llevar, debiendo hacer un esfuerzo para que me soltara, pues lo que menos quería es que me llevase con ella, pegado como una lapa a la consunción de sus estribaciones o de un extrarradio expoliado e indecoroso.

Tuve suerte, la puerta estaba entornada y cuando dejé de llamar supe a ciencia cierta que era Leda Col la que me esperaba disimulando su fallecimiento y desaparición, pues se trataba de una finísima estratega capaz de evitar que los sobresaltos alterasen a los clientes y les hicieran recapacitar sobre el precio de los servicios ofrecidos.

—Murió el primo, el tal Mixto —había escuchado en los zaguanes de otras casas de lenocinio de las riberas del Margo, en su mayoría llevadas por la corriente del río en algunas de sus inundaciones—, y murió el capitán Musaña sin que la virtud de ella se viera en entredicho, ya que al intentar forzarla cuando la mataron quedaron espantados e inertes, pues el sexo de Leda tenía la forma de un corazón de oro.

¿Quién recibe al que viene sin haber avisado, cuando ya no queda nadie para echar las cuentas, jugar al tresillo o hacer la correspondiente recusación por los daños y las pérdidas y los engaños y las contribuciones?

Era una requisitoria inocua, o una pregunta que ni yo mismo sabría hacerme después de tantos subterfugios y piramientos, que a Leda Col le hubiera parecido tan impropia como extemporánea, y esa fue la razón de que no la formulara y la dejase en la cabeza como la vana ocurrencia reiterativa que da pábulo a los trastornos verbales, mientras sentía el dulzor del aliento amarillo como una amalgama de pecado y muerte.

89

—Ya que vienes a lo mismo, no perdamos la ocasión… —dijo Leda Col sin que yo todavía alcanzara a verla.

—Donde digas y propongas, sin que las necesidades impidan lo que deba respetarse —musité acobardado.

—Tan pobre y tan estrecho como siempre, tan poca cosa, qué pena de criatura y con tantas causas perdidas, y calamidades —dijo Leda Col que tardaría lo que fuera preciso para que el corazón de oro no soslayara la elocuencia que siempre desplegó para hacerme suyo, algo muy parecido a la medida de mis perdiciones pero no de mis perversiones, ya que jamás en los tratamientos se tuvo en cuenta el hecho de viciar con malas doctrinas y ejemplos las costumbres, la fe o el gusto.

—Así te quiero, igual que un tullido o el paralítico que no podía darse la vuelta y había que sumar tantas contracturas como combinaciones para ponerlo en forma, sin voluntad pero con reflejos, sin que vengas cuando voy, aunque las ganas te salpiquen —dijo Leda Col cuando ya estábamos donde la suerte de haberla conocido me proporcionaba el pasaporte de la futilidad y el desperdicio, que eran las primeras emociones para poder ir de la nada al todo, del vientre a las axilas, de la cabeza a los pies sin haber llegado a ninguna parte, sin estar quieto ni alterado, sin que en la piel pudiese sentir otra cosa que la marea baja de la playa donde los ahogados llegaban uno por uno, exhaustos pero no abatidos, con más ganas que cuando naufragaron.

—Lo tengo sin tenerlo, lo quiero y lo tiro, lo digo y lo callo —repetía como un mono sabio que aprendió las tretas y las patrañas en algún curso por correspondencia, pero sin que nadie tuviera nada que enseñarle o mostrarle, solo los cuatro puntos cardinales de una anatomía que fluctuaba según las apreciaciones y las apetencias, de modo que las orientaciones en curso no necesitasen de otro seguimiento que el procurado por un instinto ciego.

—Ven arriba, no te distraigas, la boca tiene la capacidad de lo que para la mente es más necesario, no te estires, no te esfuerces, no es el sabor, es cordura —dijo Leda Col y ahora, como en tantas otras ocasiones, yo sabía que en la causa del gusto la lengua no mentía a las

palabras, ni la saliva las despojaba del sentido o el significado, lo que sucedía es que en la boca de ella las palabras no necesitaban otra encarnadura que la de aquel sabor donde el deleite podía estremecerme, y siguiendo sus órdenes, y las pautas establecidas, no era solo el paladar, también lo que entre los dientes corría el riesgo de herirse.

—Ay de mí —dije circunspecto, cuando ya ella podía hablar sin que su boca se hubiese mancillado, y dándose la vuelta me ofrecía el seguimiento de aquella coyunda en curso, muy distinta de los años en curso en que yo cifraba la edad y los trastornos o la mera habilidad que, en algunas otras ocasiones, hubiese buscado, con unas y con otros, el placer de la embocadura, jamás de esta forma, nunca como con Leda, siempre muy lejos de los caserones derruidos, de los vestigios fantasmales y decimonónicos o las orillas de los ríos, así fueran navegables o no navegables como el Margo.

—Ay de ti, querido —dijo Leda Col y al abrirse de espaldas yo supe por dónde debía asomarme al universo interior de las constelaciones y los firmemente efímeros que tienen las estrellas anales colgadas de los estrechos conductos por donde se penetra en ese más allá tan recto como infinito, y por el cual, animado por Leda que mantenía la postura más adecuada para que nada me conturbase, pudiera hacer uso del periscopio, mirar, ver, soñar, descubrir, sin perder la conciencia de que el organismo era la parte proporcional del cosmos y un sistema planetario donde paladear las esferas y las entrañas.

—No quiero volver, quiero quedarme —grité compungido sin que Leda Col me lo permitiera.

—Ven a por lo que te corresponde, y compórtate como quien debes ser, no como el tullido y el paralítico mental de la enfermedad que padeces, olvida los ansiolíticos y el alcohol farmacéutico, no te escondas —me dijo Leda Col cuando ya me tenía encima y desde el oscurecer que apagaba el brillo morado del horizonte, en las estribaciones de todas las Ciudades de Sombra y de todas las causas perdidas, supe lo que un corazón de oro puede proporcionar a la sabiduría precaria de quienes siempre llevamos las de perder, resignados y aturdidos, mientras ella convalidaba mi suerte con la ventura de su sexo y su pericia, como si yo debiera reconocer que, más allá del mal y el sufrimiento, contaba con los merecimientos que otros seres humanos no obtendrían, sin que pudiera hacerles el favor de contárselo, ya que con ello aumentaría su aborrecimiento.

El caserón no estaba cuando me fui, ni Leda se dignó salir a despedirme. Me encontraba erecto y cariacontecido pero en absoluto asustado.

XIX

LA MALA VIDA

90

Paso a la acción para que la novela no se quede en agua de borrajas, aunque me dijo mi amigo Longares que sea cauto, ya que el devenir de lo que se cuenta conviene que se ajuste a los hechos y sucesos de la trama evitando, a ser posible, las deflexiones a que soy tan aficionado.

Llevaba un tiempo dictando con gusto, novelando sin aprensiones y con menos coraje pero con mayor animación, sin recelar y sin que me doliera la cabeza y eso que algunos catarros me alteraban el pulso y había extraído un gusano de la nariz.

La novelística es la leche, la verdad sea dicha, y ya de tanto dictar me iba percatando de la dictadura de hacerlo, quiero decir, y sin que la gracia venga a cuento, que me la dictaba a mí mismo, que el falaz novelista en que me iba convirtiendo no era otra cosa que alguien que escribe al dictado, y de este modo me puse en guardia y me dije a mí mismo: ¿cómo pierdes el tiempo fantaseando a quién se la dictas, si solo haces que escribirla tú mismo al dictado?

Soy un dictador, corroboré.

Y como tal alguien que se arroga los poderes narrativos que le vienen en gana y que los ejerce sin limitación jurídica alguna, con más vacilaciones de las pertinentes pero sin llamarse a engaño, ya que los anillos desajustados no se avienen en todo caso a lo que pudiera ser un orden verosímil y una contención verbal y, sin embargo, producen chispas expresivas que pueden quemarme los dedos o el cortocircuito que procure el apagón, sin que el dictador tenga mando suficiente en todo el tendido eléctrico

91

El año en curso tiene ahora un comienzo desnortado, sin fecha exacta ni categoría temporal alguna, pero con la marca roñosa de mi mayor desvalimiento, ya que acabo de salir y entrar de tres internamientos seguidos, sin el menor alivio ni perspectiva de curación.

Como si al entrar, en el límite de la desposesión y el desarraigo, ya supiera que el único conducto que me aguardaba era el de la salida en iguales condiciones, sin otra prescripción que la de quitarme del medio y dejar libre la plaza para otro enfermo con mejor voluntad y más ganas de recibir la asistencia y mejorar de algún modo.

Fui directo a una farmacia.

Con las recetas sustraídas al psiquiatra de turno que, además de ciego estaba en la inopia y siempre que me veía entrar en su despacho llamaba al celador para que trajera la fumigadora y me quitase de encima, pude abastecerme del pastillaje y algunos jarabes y otros potingues de menos monta que metí en la bolsa mientras me atendían.

La idea era atiborrarme de todo lo conseguido usando los jarabes como disolvente y revolver en una palangana el equivalente de los vómitos con que había saneado mi estómago, llegando al punto de acidez en que mi espíritu sobrevolaba las consecuencias gástricas y se iba a la intemperie sin llegar a la ensoñación o el delirio.

Un estado de inclemencia que me contraía la respiración sin que el paladar me abrasara y que poco a poco me sometía a una indolencia larvaria muy adecuada para que finalmente cayese como un fardo en el asfalto o, si me era posible, escondido tras los setos del parque menos previsible, el que habían cerrado para evitar que se colaran los indigentes.

Elegí un supermercado sin andarme por las ramas, con cuatro miradas banales, comprobando que no se veía guardia de seguridad a babor, y entré a saco, precisamente proveído de un saco y unas tenazas, por si acaso convenía amenazar a la cajera, que también elegí sobre la marcha pero reparando en que tuviera las medias rotas, el pelo desteñido y algún grano en la cara, ya que en esas circunstancias

siempre están más indefensas y no se arriesgan a poner resistencia o pedir auxilio.

Todo salió rodado.

El botín abultaba en el saco, lleno principalmente de botellas y alimentos caducados, con buen contingente de latas de conservas, potitos y comida de perros y gatos, a la que me había enganchado cuando era joven en un campamento de verano donde hacían el rancho con ella, de tal manera que el campamento tuvo que ser clausurado reenviando a los acampados para sus respectivos domicilios, ya que consecutivas jaurías de canes y felinos famélicos amenazaban a los mandos y ponían en cuarentena la acampada.

Salí por piernas, sin que el peso del saco hiciera mella en la espalda donde los padecimientos vertebrales me tenían doblado y el hervor de las lumbalgias competía con las descargas eléctricas de la ciática en las piernas y las aprensiones reumáticas de quien tanto sabía de humedades y descascarillados.

Fueron dos acciones paralelas, ambas sin las contrariedades que las habían precedido y que volverían a producirse sin tardanza, cuando las farmacias tuvieran mayor alerta y en los supermercados los guardias se mantuvieran al acecho, sin que ya las cajeras siguiesen desteñidas y el sospechoso recelara, pues el nerviosismo detalla muy bien el careto del que vuelve a delinquir en el mismo lugar, sin otro afán que el de la persistencia en lo mismo.

—No vuelvas a hacerlo así, no entres al trapo, nunca en el mismo sitio —me decían Peto y Colomina, que cuando le dieron la vuelta al fardo que llevaba dos días tirado en una esquina de la calle Cobalto de Oceda no lograron quitarse de la cabeza lo que suponía una sonrisa de bilis y la correspondiente mueca de hiel en un cadáver.

A Peto lo conocí en la estación de autobuses de Borenes cuando aguardaba sentado en un banco el primer autobús que lo llevara a Oceda, sin darse cuenta de que ya habían salido todos y el único que quedaba ya no iba a Oceda sino a Mentra.

—Me da lo mismo —dijo no sin cierta fatalidad, tras ofrecerme un bote de leche condensada y un cepillo de dientes para quitarme el mal sabor de boca—. En Oceda me espera una amiga que se llama Colomina, pero si no llego según lo previsto me seguirá esperando, a no ser que la pillen con la maleta y la escoba.

Yo no tenía claro adonde ir.

En los sucesivos internamientos había estado recientemente en los Argañales, las Barandas y Cortacimas, sitios no considerados ni en las guías urbanas ni en las telefónicas, así se tratara de espacios extraterritoriales o de circunvalación, a los que se pudiese llegar dando un rodeo o yendo con una carta de presentación, el correspondiente informe médico, a ser posible acompañado del historial y unos análisis clínicos actualizados, no solo de sangre, también de orina y heces.

No era cuidadoso con los papeles pero mantenía la pericia para traficar con ellos y, siempre que podía, me agenciaba unos falsificando el nombre del paciente y las fechas, lo que me daba no solo seguridad, también prestancia y esa peculiar satisfacción de sentirme documentado, por mucho que la identificación fuese fraudulenta.

92

—Tengo billetes para Mentra —le dije a Peto, que había mezclado con la leche condensada un poco de mistol y aguarrás, sin que el vómito le quitara de los ojos la claridad de un chico con una salpicadura de amianto, lo que me hacía reconocer en su valor y gallardía un toque de mineral sedoso.

—No sabes cómo te lo agradezco —reconoció, cambiando mi bote de leche condensada por otro de melocotón en almíbar, al que añadió unos polvos de talco y almidón para espesarlo.

Yo llevaba el saco, todavía con la munición que me sobraba después del supermercado, y guardaba en los bajos del pantalón pastillas y comprimidos de la farmacia, aunque Peto prefirió algo de jarabe y pomada para alisar el pelo y peinarse imitando la brillantina.

—Vamos a Mentra —le sugerí alborozado, ya que en el inmediato internamiento me habían atado de pies y manos cuando me dio el ataque de ansiedad a cuenta de las benzodiacepinas y tenía las piernas dormidas y astilladas y no acababa de estirarlas como es debido, por lo que me interesaba cambiar de aires.

Peto se me perdió en la estación.

El saco pesaba y ni siquiera el rastro de las latas vacías que iba dejando me ayudó a encontrarlo, y decidí sobre la marcha tomar el autobús, cuando ya por megafonía daban el aviso de que el de Mentra está a punto de salir, estacionado en la dársena correspondiente y con los faros encendidos.

Fue un viaje sin pena ni gloria.

Dormité inquieto mientras los kilómetros se me enroscaban en las piernas astilladas igual que las serpientes de las aguas pantanosas en alguna de aquellas películas del cine Crisalto, sesión continua, con Tina Solidia, la novia que tanto quise, haciendo mohines y comiendo palomitas con una cuchara.

—A veces pienso que en una selva ecuatorial —le decía arrobado a

Tina Solidia, sin que las serpientes justificaran nuestra separación, ya que ella en absoluto despreciaba a los reptiles ni yo me dejaba picar por ellos— podíamos hacer más efectivo nuestro noviazgo, sin zalamerías ni reproches. La selva tiene el tecnicolor de tus pupilas.

—No te embales —respondía ella, sin que el Amazonas la llamara la atención—. Hay otros colores y otros iris.

Supongo que llegué a Mentra a la hora en punto.

Peto me estaba esperando y nada más bajar me urgió para que lo siguiera, ya que venían a por él.

Lo estaban persiguiendo unos seres indeterminados, ni policías ni inspectores de sanidad, ni miembros de un instituto armado ni de una secta religiosa, tal vez entes de razón o fantasmales, sin entidad gubernativa pero, en cualquier caso, dada la agitación y urgencia de Peto, con el peligro de quien no ceja ni se muerde las pestañas.

Nos fuimos tan deprisa que yo abandoné el saco y, cuando ya lejos de la estación con el corazón en la boca, se me ocurrió volver a recobrarlo, Peto me dijo que si me detenían jurase no conocerlo e informara de que era Colomina la culpable de todo, pues a ella se le había ocurrido saltar por la ventana de una ferretería con la gubia y los clavos.

—Ella siempre tiene una buena coartada —me dijo Peto, que temblaba como una vara verde y se le erizaba el pelo por el miedo a que lo pillaran, estando como estaba convencido de que los seres que lo perseguían no venían con buenas intenciones, muy al contrario, con la idea de ponerlo boca abajo y estirarle el cuerpo hasta que cayeran las alcayatas robadas o echara el bofe sin necesidad de apretarle los higadillos.

—No sé si es miedo o pena —comenté de paso, ya que todavía no conocía a Colomina y me iba a dar grima denunciarla, aunque lo que no podía permitir era que le echasen el alto a Peto y que él, sin poner la mano en el fuego, no me denunciase a mí, señalando el saco como una prueba del delito, si es que los seres indeterminados eran entes de razón o fantasmales, lo que me daba más miedo todavía.

—No te preocupes por ella, sabrá defenderse, pero conviene mantenerla a raya. Hay chicas precoces que todavía sin tener la regla ya conocen todas las argucias que les permiten nadar y guardar la ropa, y Colomina es una de ellas. Además donde me estará esperando es en la estación de Borenes, a Mentra ni se lo ocurrirá venir.

El saco estaba donde lo dejé, pero al recobrarlo me di cuenta de que lo habían vaciado, ya no quedaba ni una lata ni un tarro ni un potito, y me dio mala espina ver a un perro husmeando y a un gato a la expectativa, ambos con los morros untados y refocilándose con la lengua, como si hubieran saciado el hambre con el cargamento, sin que yo pudiera pensar en que ellos habían vaciado el saco y abierto los botes para darse el festín.

—Fui yo la que lo hizo —me dijo alguien a la espalda, cuando había tirado el saco vacío después de mancharme las manos— y la que les abrió los botes y les dio de comer hasta que se pusieron ciegos.

En la estación no quedaba un alma.

El gato y el perro se iban como dos camaradas que habían compartido el rancho sin que se resintieran de sus distintas especies.

Y tuve la sensación de que mi conciencia quedaba más tranquila al verlos desaparecer no sin antes llevar a cabo un repetido intento de copulación, que también ayudaba a la tranquilidad de mi conciencia aunque no la resarcía, pues los resquemores de mi inveterada culpabilidad respecto a los asesinatos en serie estaban siempre latentes y eso sin saber a ciencia cierta si alguna vez había liquidado a un bicho.

—No hagas cálculos errados —me dijo Colomina cuando me volví hacia ella y sentí que se trataba de una aparición, con el brillo de amianto en los ojos, la gubia y los clavos sostenidos en ambas manos, al modo de las imágenes del santoral que en las hornacinas enseñan los tributos de su martirio, transfigurados con el tiempo en muestras simbólicas de su fe y de su esperanza y caridad, cuando no de su oficio o del de su esposo, si están casadas, como le sucede a algunas vírgenes madres de Dios y con cónyuges carpinteros.

—Peto quiere verte —le dije, callándome lo de la denuncia y sin extrañarme de que estuviera en Mentra en vez de en Oceda, a donde volveríamos por vía férrea aquella misma tarde.

—Peto no es trigo limpio —afirmó esquiva— y harás mal si lo tienes por amigo, te dejará colgado a la primera, sin importarle que los seres indeterminados que lo persiguen te lleven a comisaría.

93

Fue en Oceda donde repetimos los asaltos a los supermercados siempre con la misma intención y resultados dispares: cargamento de bebidas y comestibles y algún capricho más codicioso que necesario causante, alguna vez, del mayor peligro por la inclinación de los empleados a velar por lo de menor venta, fueran coles de Bruselas o rabos de lagartija envasados al vacío.

En algunas ocasiones Colomina suplantaba a la cajera que se retiraba un momento a rendir cuentas o hacer sus necesidades.

Abría la caja y pasaba veloz lo que Peto y yo, primeros en la fila, le dábamos, llenando las bolsas hasta los topes y yéndonos tan tranquilos, mientras ella manipulaba la caja hasta que asomaba la encargada y la proporcionaba los billetes que decía necesitar para el cambio, todo ello con un arrojo y una preponderancia que daban miedo.

—Las viandas y el vidrio a partes iguales —proponía Colomina categórica— y los billetes sin solución de continuidad, a no ser que os apetezca comer caliente o ir al cine de las sábanas blancas en cualquier pensión de Capitán Apresto, donde pueden dormir tres en la misma cama sin suplemento.

Peto generalmente no quería saber nada y el cabreo por el reparto le hacía irse despreciándolo todo, aunque luego asomaba a la vuelta de la primera esquina para reclamar la botella de mejor marca, sin que yo tuviera problemas para dársela, pues seguía más metido en el alcohol de quemar que en los licores, y lo único que me costaba soltar eran los botes de cereales y carne picada para cánidos y los potitos de puré de legumbres.

Las veces que nos descubrieron salimos por piernas con dificultad, sobre todo Colomina que no se resignaba a abandonar la caja sin sacarle algún rendimiento monetario, y en ese arriesgado trance llegó a discutir si los billetes eran buenos o falsificados, poniendo en

dificultades a la encargada y a la cajera de turno al intentar demostrar que, además de la falsificación, le habían dado mal la vuelta y ella, como clienta habitual e indignada por el trato incorrecto recibido, quería obtener la consideración debida y la consiguiente reparación, contando con el apoyo del resto de la clientela, agolpada a su favor y diciendo que ya era hora de que alguien aclarase las irregularidades por tanto tiempo sufridas en aquella cadena de supermercados.

Salió dignamente y desapareció como una centella al asomar a la calle, cuando ya en el establecimiento los aplausos cedían y un clamor indignado ponía a los empleados en su sitio mientras llegaba sofocado el guardia de seguridad, que había ido a un recado y perdido el arma reglamentaria.

—No me la vuelvo a jugar si no hay cobertura —dijo Colomina circunspecta, mientras Peto se sulfuraba y yo me rascaba la cabeza, donde alguien me golpeó sin que llegase a perder el sentido, pero el golpe fue suficiente para que volviera a cambiarme la mentalidad, de modo que asentí a la propuesta de Peto para que tarifáramos, sin percatarme de que lo hacíamos sin el reparto correspondiente, pues el asalto había resultado complicado pero no infructuoso.

—No hay confianza —dijo Peto resentido—, y de ese modo ni hay compañerismo ni altura de miras.

—Cada cual a lo suyo —confirmó Colomina resabiada, limpiando con saliva la rodilla enrojecida y sujetando la coleta con la goma que ataba un fajo de billetes.

Oceda no me daba ni frío ni calor.

Mientras volví a estar solo hice algunos intentos malhumorados que apenas me trajeron complicaciones.

El día que Peto y Colomina volvieron a aparecer, yo estaba tirado como un fardo en la calle Cobalto, con las meninges hinchadas y el sudor frío de los neurolépticos y las sulfamidas, oliendo a ungüento y pociones, con la mentalidad de quien padece un abandono y una vitelina biliar.

94

—Hoy toca hablar de la mala vida y sus imponderables —dijo Peto presuntuoso, una mañana en que habíamos despertado con la resaca de anís en rama y gasógeno, los tres en la cama de la pensión Caribia, donde llevábamos refugiados semana y media desde que nos molieran a palos en el bingo donde Colomina quiso que traficáramos con los cartones, saliéndonos el tiro por la culata—. La mala vida —repitió Peto, que asomaba la barbilla por el embozo de la sábana, mientras Colomina y yo nos manteníamos debajo de la almohada— y sus imponderables. Esas circunstancias imprevisibles que son la mayor amenaza para perder la cabeza.

—Paso de análisis someros —se quejó Colomina, desabrida—, ya tengo bastante con la cistitis.

—No entiendo la disquisición —dije yo, amilanado, presumiendo que Peto quería llevarnos otra vez a su terreno, ya que ni siquiera en la semana y media en que apenas habíamos salido de la cama de la pensión Caribia, no se habían limado las asperezas y el propio Peto usaba para sus necesidades menores un orinal distinto al que usábamos Colomina y yo.

—Quedamos en la estacada —afirmó Peto, irresoluto— y conviene salir de dudas. No hay razón para que la mala vida nos mantenga acobardados, pero tampoco se trata de no afrontar el concepto de la misma sin que las consecuencias sean tenidas en cuenta. Los imponderables, sean o no circunstanciales, ni pueden pesarse ni estimar sus consecuencias.

—Barres para casa —dijo Colomina, escamada—, quieres recabar la jefatura y hacer que los esbirros salgan a la calle para que, aprovechando la ocasión, cambien las sábanas y ventilen la habitación.

—Quiero que sepamos a ciencia cierta lo que podemos hacer sabiendo en lo que estamos metidos. En la mala vida y en el cargo de conciencia que supone, si las circunstancias no son las adecuadas y actuamos sin ponderación.

—Ponte las pilas y no desbarres —aconsejó Colomina, que acababa de salir de la cama y se miraba los pechos en el espejo que había

encima del lavabo, comprobando que no existía correspondencia entre los pezones, de lo que yo me había dado cuenta el día que nos conocimos pero sin atreverme a decírselo para no preocuparla.

—Allá vosotros —dijo Peto, contumaz—. Si os preocupan más las tetas o la minga que la clase de vida que llevamos, me llamo andana. Lo que no se resuelve por las buenas, se resuelve por las malas. El que no quiere saber, es como el que no quiere mirar, la ceguera se gana a pulso.

—No hay más mala vida que la que se vive con alteración e inconsistencia —dije sin saber muy bien a lo que me refería, sin que Peto volviera la cabeza para mirarme ni Colomina dejara el compás con que se estaba midiendo los pezones, confundida con el tamaño y la correspondencia, ya que no se trataba de una cuestión geométrica sino paritaria.

—Te engañas, Peto —afirmó Colomina, resignada al intuir que también los senos tenían su razón de ser y, con ella, la alteración que supusiera, sin necesidad de andar haciendo distingos entre lo eréctil y lo prominente, asuntos baladíes al decidir la vida que uno quisiera llevar y el tamaño adecuado de los pezones y su mejor disposición para que los niños se amamantaran—. Estás muy confundido —remarcó Colomina poniéndose una blusa y abriendo la ventana, por donde entró el aliento de Oceda con el aviso de que estábamos fichados y sin tiempo para dar explicaciones o convencernos de que las circunstancias no nos serían favorables.

—Mucho —rematé yo a mi manera.

95

Poco me quedaba de andar con aquella compañía menos pesarosa que arriesgada, y por eso cuando tres indigentes llamaron a la puerta de la habitación en la pensión Caribia sin que ninguno de nosotros se decidiese a abrir, hice dos cosas de las que luego me arrepentí, ya que no entraba en mi cálculo dejarlos en la estacada.

—La puerta está abierta y no tiene pestillo —animé en voz alta a quien llamaba, al tiempo que me daba la vuelta y me metía debajo de la cama, desnudo pero no erecto, ya que lo que nos achacaba Peto sobre nuestro exclusivo interés por las tetas y la minga no era verdad: los pezones dispares de Colomina tenían una razón de ser que ella no alcanzaba, y la pereza de mi minga no tenía razón alguna y era lógica mi preocupación, sobre todo si también se tienen en cuenta mis dificultades urinarias, que con el tiempo derivarían en un crecimiento prostático que necesitó cirugía.

Entraron tres indigentes, que no disimulaban estar disfrazados y con el mismo impulso con que irrumpieron pusieron patas arriba la habitación, tras sacar a empellones a Peto de la cama y ordenar a Colomina que saliera con él, ambos más sorprendidos que amedrentados, mientras yo permanecía escondido debajo de la cama, advirtiendo por las voces y los ruidos lo que llevaban a cabo los indigentes.

Los tres se peleaban.

Parte de la reyerta se desarrolló encima de la cama, uno y otro caídos y levantados, mientras en los intervalos sacaban del armario los restos de nuestras requisas o vaciaban el saco y la maleta en la que Colomina tenía su ropa o la mochila en la que Peto guardaba los enseres y los guantes de cabritilla que usaba para hacer juegos de manos sin que se le vieran los trucos y sin que nadie dudara de que los guantes eran falsos.

No tardaron mucho en dar por concluida la operación. La habitación había quedado patas arriba, según pude comprobar cuando

se fueron.

Hicieron entrar de nuevo a Peto y Colomina sin que yo pudiera entender que no se hubiesen fugado, dada la catadura de los indigentes, su manera de apabullar y lo que suponía que vinieran a por nosotros sin la mínima duda ni dilación.

Quise asomar por un resquicio de la colcha pero solo aprecié los pies desnudos o los zapatos y las botas y una bola de billar y unas canicas derramadas por la tarima que no tenía ni idea de lo que suponían, aunque antes de irse uno de ellos tuvo mucho cuidado en recogerlas.

De lo que hablaban nada se les entendía.

Lo que Peto y Colomina decían al contestarles no tenía el menor sentido, era como si Peto hablase de los padecimientos sufridos en una mina, tiznado y ojeroso como un minero que trabajaba a destajo, y Colomina de costurera en un taller donde repasaban las prendas de un ropero que se vendían al por mayor, sin que nadie viniese a recogerlas ni a probarlas.

Los tres indigentes les exigieron, eso sí, los certificados de buena conducta, y fue lo único que pudo quedarme claro ya que se los hicieron leer en voz alta, y tanto Colomina como Peto no se anduvieron por las ramas.

Eran sendos certificados en los que se ponían de relieve sus cualidades y valor; en el caso de Colomina como enfermera de ambulancias y en el de Peto como recluta citado en la orden del día en unas maniobras en las que salvó la vida a un guripa ciego.

Se fueron sin más comentarios, y apenas alcancé a verlos cargados con la impedimenta y haciendo que Peto y Colomina los precedieran, no sé si en condición de detenidos o, por lo que pude pillar antes de que dieran un portazo y me dejaran temblando los oídos, de inducidos o sobrellevados, lo que no tendría demasiada importancia, pues lo que estaba claro es que los llevaban con cargos, y que alguien en la pensión Caribia nos había denunciado, salvándome yo por los pelos y por mi trastorno y cobardía.

Fue después de aquellos acontecimientos cuando tomé en consideración la idea de irme de Oceda y de irme lo antes posible, pues además de ser una ciudad que no me daba ni frío ni calor, más bien dentera, tenía las causas adversas con que las urbes inmemoriales imponen su prevalencia, dejando a los pies de los caballos a los habitantes supervivientes, aquellos que asumen la caducidad como la

derrota o el olvido.

Me iba con viento fresco, no me cabía duda.

No tenía nada que ponerme, tampoco llevaba nada encima.

Cuando me vi en el espejo del armario de la pensión Caribia, después del desaguisado, observé que en el cuerpo enteco la desnudez no era un atributo, ni siquiera una circunstancia o un extravío: era la constatación de la mera indignidad, el resultado de haber tirado por la borda lo que ni siquiera afana el más menesteroso.

Salí de la pensión haciendo equilibrios, con la convicción de que, como ya me había pasado otras veces, el trastorno hiciera lo imposible para disimular mi situación, estando como estaba en pelota picada y con la carne de gallina que no evitaría los temblores pero podría darme alguna cobertura.

XX

UNA ARDIENTE FATALIDAD

96

Un perro me dio la pista para que la noche no se me atragantara, después de todo lo que llevaba encima y cuando ya comenzaba a sentir que más peligroso que andar desnudo era que me apeteciese hacerlo.

Me preocupaba que de la obsesión de verme inerme y desnutrido pasase a la manía de una satisfacción indecorosa, lo que podía compararme con los nudistas de la orilla oculta del Margo o con los mismísimos exhibicionistas que abrían la gabardina para que su desnudez los complaciera, apenas asustando a quien quisiese mirar.

Le iba a la zaga, sin que el perro recelase ni en la esquina quedara otra señal que la farola apagada, cuando yo no podía ni siquiera imaginar el sentido de mis pasos por la Ciudad de Sombra que era Oceda.

Una ciudad donde las advertencias urbanas no tienen comparación entre lo que supone el día y la noche, lo que puede suceder en las calles mustias, en las plazas desoladas, en las avenidas o los callejones y las correderas, cuando con cuatro estrellas se afianza el firmamento o la luz de la mañana torna los horizontes morados en neblinas sin que nadie los vea, ya que nadie despierta con ganas de mirar a ninguna parte, después de que el sueño devane el temor de unos vestigios abismales, las sombras mismas de la ciudad que estuvo sitiada, pero tiene perdido su pasado heroico y el decoro de sus gentes.

Me picaba el culo pero ya el esternón no me molestaba y en el gusto del cuerpo desnudo encontraba, como digo, algo parecido a la prepotencia de quien se cree moralmente bien retribuido.

Y ello una vez que los sucesos más ingratos se iban olvidando y en la capacidad de maniobra volvía a ser yo mismo, libre de preocupaciones y dispuesto a lo que fuera preciso, sin que el perro al que seguía supusiera otra cosa que un guía para que la noche no se atragantara, algo así como el rastreador que orienta la mañana y corrobora los pasos de quien no sabe todavía a dónde ir, pero tiene

picores y no lo esperan en ninguna parte.

El perro no tenía una raza destacada, o yo no era todavía capaz de averiguarla con solo verlo andar distendido, sin detenerse o volver para mirarme.

Pero de pronto me vino a la cabeza el suceso de los perros que atropellaba el camión de la basura o morían en la trituradora, un asunto que me llenaba de indignación y pesar, al ver que hasta mi amigo Denario me echaba en cara haber matado al can de Lazada en el corral de Moreda y por ello haberme convertido poco menos que en un asesino en serie de animales domésticos, cuando no era otra cosa que uno de compañía.

Estos recuerdos y pensamientos vanos no me hacen ningún bien y, aunque con Denario no me eximiera de mis responsabilidades, y más si se tiene en cuenta que en los casos de trastorno, estén como estén diagnosticados, cabe la posibilidad de alguna fisura mental y la correspondiente fechoría si hay compulsión o las adicciones están desbocadas, yo no me avenía a reconocer lo que tanto me angustiaba, por mucho que el can de Lazada tuviera conmigo un trato visceral y en el corral de Moreda se supiese de sobra lo que un perro puede llegar a aborrecer al amo que lo maltrata.

—Hay en su caso —me dijo en una ocasión un internista malévolo— asuntos pendientes, traumas de la infancia que afloran sin pedir permiso. ¿Le mordió un perro, le faltaba un cromo en la colección de razas caninas, tuvo algo que ver en las siete vidas de un gato o consume alimentos para mascotas y papillas de lactantes?

Finalmente supe que era un perro lobo.

Me esperó en la última esquina, al pie de la tapia de un albergue de mendigos que en Oceda administran las Damas Dadivosas, con las que tuve una vez una discusión sobre el concepto de beneficencia y humanitarismo, de la que esperaba se hubiesen olvidado, ya que en aquella ocasión hubo contusiones.

El albergue estaba fuera de servicio, pero el perro fue inflexible a la hora de hacerme entrar.

Recordé que el can de Lazada tenía carlancas y el trabajo que me costó quitárselas para acabar dándole su merecido, si es que llegué a hacerlo, cosa que dudo.

97

Sería una inclinación malsana, no muy ajena al trastorno, la que habría de llevarme no muchos días después ante el juzgado de guardia, con la policía judicial provista del atestado correspondiente.

Sucedió tras la agresión a dos policías municipales y algunas heridas propias, no del todo autolesivas, también producidas en la agresión.

Dos dientes rotos y una raja en el lóbulo de la oreja derecha, el que habitualmente tengo infectado desde que de niño me lo rascaba compulsivamente.

Ahora ya no se trataba de alguna escaramuza que yo pudiese haber ideado.

La ocurrencia de andar a la deriva con la cabeza llena de pájaros y chifladuras y una corriente alterna en la noche que se llenaba de electricidad y malos pasos, con los desencuentros de una mente adocenada y el calvario de una enfermedad que tenía todos los componentes del mal del alma exceptuando los contagiosos.

Subido de pastillas y alcohol de quemar, lleno hasta las cejas y con la cabeza estallando, sin otro punto de mira que el de la disolución y el ánimo furioso, sin que la realidad tuviera ninguna vertiente en la que escatimar una raspa de cordura.

Nada de lo que es efectivo o tiene valor práctico, nada que no resultase contrapuesto a lo irracional o lo ilusorio, y una ardiente fatalidad, una explosión en la que todo está descuartizado.

De las condiciones en que entré en el supermercado sería mejor no acordarse, ya no estaban conmigo ni Peto ni Colomina y, aunque vislumbré su lejanía con el aviso de que me contuviera, hice todo lo contrario: salté arrollando a la cajera como un energúmeno, fui tirando todo lo que encontraba, caí y me levanté ya con algo en la mano, el palo de una escoba o el gollete de la botella que acababa de estrellar en el suelo.

Un arma en cualquier caso no para defenderme sino para agredir a quien me saliera al paso.

No fue posible sujetarme, ni siquiera al verme arrinconado, cuando al guardia de seguridad se le habían unido algunos empleados, todos pertrechados para cercarme, aunque lo hicieran con más miedo que vergüenza, y sin darme tregua a mí mismo, aunque de casi nada me daba cuenta, fueron los hechos del atestado los que me pusieron al tanto.

Arremetí contra todos, salí corriendo y tirando lo que se me ponía al paso, incluido, al parecer, el cochecito de un bebé que la madre intentaba desviar.

Volví a saltar por encima de la cajera y llegué a la calle ya sin otra resolución que la de lograr que el trance se escurriera por el cerebro logrando escupir las pastillas para volver a tragarlas y quemándome las entrañas con el alcohol al encender una cerilla al vomitarlo.

Y eso al tiempo que me llevaba por delante a quienes me perseguían y, todavía peor, a la patrulla que me echaba el alto, amenazando con las armas reglamentarias y haciendo el uso contundente de sus porras, con muchas dificultades para echárseme encima evitando mis patadas y mordiscos para sujetarme los brazos a la espalda y ponerme las esposas.

Hay una furia rayana en la viscosidad con que las serpientes se estiran hasta doblarse, como si esa viscosidad se fraguara en el barro para aprisionarlas y hacer que se rompan. Y es esa cólera la que me transformaba en un reptil del que apenas me queda la sensación, no el recuerdo, de sus sórdidas vibraciones y acometidas, del veneno que pudiera necesitar para el exterminio de quienes quisieran pisarle, la picadura letal que la serpiente se administraría a sí misma cuando ya hubiese acabado con todos.

Piqué, mordí, golpeé.

Estaba en alguna urgencia, atado de pies y manos y los guardias que me escoltaban apartaban a las enfermeras también agredidas y al médico que tenía una ceja rota, y según supe al conocer los cargos, las fisuras de la esquirla de cristal con que yo me había herido las manos y que todavía guardaba en el puño cerrado, cuando ya la sangre la ocultaba al coagularse.

No tenía ni puta idea de lo que podía haber sido del lobo, pero puedo jurar que no era alpino.

XXI

LA MANOS ATADAS

98

La chifladura ni siquiera es una parte del arrebato o de lo que el trastorno da de sí, cuando bien alimentado por el alcohol y las pastillas se transforma en una obstinación no ya descontrolada, sino deforme y desabrida.

Es como si en la metamorfosis del cuerpo y los sentidos se produjese una cerrazón que hay que desatrancar.

La tensión que desborda lo que la oprime, sin que ya en el cuerpo tenga otro alcance que el de su fuerza saturada, y en el espíritu la caricatura de su toxicidad.

Estás donde no entra ni una aguja, como si al pincharte para buscar la vena y dejar en ella la vía que necesitas, no fuera posible encontrarte, sin que en esta ocasión se trate, como en tantas otras, de haberte escondido, lo que hiciste muchas veces de niño con el consiguiente disgusto de la desaparición que tantos riesgos familiares causaba, y otro tanto de adolescente, con mayores riesgos para ti mismo que para la familia, ya harta de tantas preocupaciones.

Escondido, mejor inadvertido o ajeno.

La aguja te persigue.

La serpiente se enroscó, la vena salta al pincharla mientras el niño escondido se solaza con su estratagema, muy quieto detrás del armario, cuando ya todos se cansaron de llamarle y en la familia comienza a crecer el deseo de que no vuelva, pues desaparecido está mejor que enojado, con mala cara y algo que achacar a todos, la madre pasmada y tediosa y el padre tocando el trombón, mientras las hermanas piensan que la casa se les cae encima.

No es un recuerdo, se trata de una cavilación que no llega a concretarse, pues la resaca todavía aguanta por encima de la desintoxicación.

Y en las manos atadas y en los pies sujetos sientes un hormigueo que, si estuvieras consciente, te incitaría a pensar en las cabezas de los alfileres que te clavabas para llamar la atención y en las rayas de las

cuchillas de afeitar con que probabas las heridas.

La aguja no se mueve y si cierras los ojos lo que se te viene encima es el tropel vertiginoso de la persecución y el contraste, cuando todo se detiene, de tus pasos cansados, como si al ir desnudo bajando por la corredera estuvieses a punto de desmayarte y con la vergüenza de sentir que desde las ventanas te miran quienes en Oceda no logran controlar el sueño, casi todos los que no levantan cabeza desde que la ciudad sitiada perdió en el cerco su inocencia y trastocó el heroísmo por la ignominia.

Desnudo, con un frío extraño en la entrepierna y otra aguja que amenaza la uretra como una provocación, sabiendo como sabes que tenías muchas dificultades para orinar, tantas que ni siquiera te permitían hacerlo.

Lo que ahora no evita el esfuerzo y la necesidad si te fuera posible alzar la pata en la farola como el perro que te guio hasta el albergue, donde las Damas Dadivosas te dieron ropa y una sopa de hormigas con la que te quemaste la lengua, teniendo durante toda la noche, con el sueño alterado, la sensación de que las hormigas regresaban del estómago a la boca y necesitabas escupirlas pero no podías, por lo que no dejó de extrañarte que a la mañana siguiente la almohada estuviese llena de ellas, igual de vivas y laboriosas que en el hormiguero.

Los guardias que te vigilan se van y vienen.

Cuando dejaste de dormir, te desataron.

Necesitabas más sedantes o que te ayudara alguien a poner las cosas en su sitio para que el esquema mental que quieres hacer tuviera algún sentido.

No me hago a la idea, piensas, y es lo que pienso y pensabas cuando andar desnudo comenzó a gustarte, y la verdad es que de todo lo sucedido es lo que menos aborrezco, o lo que casi llegó a gustarme.

¿Hay otro conducto para salir lo más aprisa posible, sin tener que pasar por los trámites hospitalarios y que la policía se avenga a darme otra oportunidad, entendiendo que la chifladura no es un arrebato del trastorno pero tampoco deja de serlo y, en cualquier caso tiene mucho de manía y extravagancia?

Vuelven a pincharte.

Como no dejas de moverte se desprendió la vía, no hay cánula que resista tanto meneo.

99

Con la moral baja sin todavía salir a flote pero tampoco con la exacta conciencia del lío en que estaba metido, no mayor que otros anteriores pero con menos capacidad de maniobra, me acordé de lo que el profesor Bermejo me aconsejaba para la novela y me apliqué el cuento.

Ten cuidado, me decía, con las emociones y sentimientos, no dejes de lado las sensaciones y los estados de ánimo, lo que al volver hacia atrás corroboraría una predisposición muy acertada, si confieso la tiranía de los estados de ánimo, asunto de alguna que otra disertación no muy apreciada, y del desbarajuste de las sensaciones, cuando se tienen averiados los sentidos.

Estaba detenido y, tras el alta en urgencias, comparecí ante el juez que apenas se dignó leerme la cartilla, cuando mi estado de ánimo todavía resultaba larvario y las sensaciones encontradas, sin que yo me diese por enterado.

A no ser por lo que el abogado de oficio pudiera decirme, y escuchar que en su momento recibiría la correspondiente notificación del juicio oral, en el Juzgado de lo Penal correspondiente, tras las diligencias previas del procedimiento abreviado y con el Ministerio Fiscal en el ejercicio de la acción pública.

Un jurisperito como el encausado, estudiante de Derecho cuando la ruina mental no lo había demolido por completo, no debería tener muchas dificultades para entender la sentencia pronunciada, cuando llegó el día y la hora, por el magistrado-juez en aplicación de los artículos del Código Penal que la misma citaba, acusado de un delito de atentado a agentes de la autoridad y faltas de lesiones y daños.

Los hechos eran los hechos y, además del despilfarro y la sobreactuación con que pude comportarme, los agentes sufrieron erosiones y contusiones en codos y rodillas y el vehículo policial daños en las ventanillas y en la puerta trasera, sin que en ningún momento

las porras me hicieran efecto, dada la intoxicación severa y algo muy íntimo que en ninguna circunstancia sería perceptible.

Ni siquiera en la atención médica, cuando todavía pataleaba y mordía.

El cauce roto de un río y un desfiladero, la tromba que me arrojaba al mar donde las olas estallaban en mis pulmones, la ceguera que me desconcertaba según iba cayendo, cuando en los ojos desorbitados se rompían los cristales y una esquirla se incrustaba en la frente.

Nada de eso iba a constar en ninguna parte.

Tampoco las variaciones del ánimo o los sentimientos corrompidos, quedando las sensaciones aprisionadas en el abismo de lo que pudiera ser un delirio que podría contener alguna emoción desbordada y maléfica.

Todo ello sin que apenas se percibiera como el interior desbaratado del comportamiento, la bilis de la conmoción, el estruendo donde estallan no ya los sentidos, más bien las vísceras calcinadas.

La sentencia daría con mis huesos en el psiquiátrico penitenciario del Avernal, carretera de Egregio arriba, desde donde las lomas y las torrenteras no acaban de apaciguarse pero ayudan a la lejanía de lo que una Ciudad de Sombra como Oceda tiene marginado: las líneas y los resaltes de un rostro urbano que muestra su fragilidad al tiempo que su armonía, lo que desde la distancia que la enfrenta se consume sin desfigurarse, un aliciente de su antigüedad, una mueca de su decadencia, sin pespuntes.

Alguna eximente hacía menos rigurosa la reclusión y en las prescripciones, dada la enajenación originada por el trastorno y las adicciones, se contemplaba el tratamiento médico más adecuado a las circunstancias, determinado en la ejecución de la sentencia.

Egregio arriba no había otro panorama que el que permitía el Avernal, menos parecido a los inmuebles hospitalarios de mis anteriores internamientos, más cercano a lo que pudiera imaginarse de los viejos caserones que, antes de llegar al psiquiátrico, tuvieron otros destinos.

Cumplidos y acabados según el tiempo los hizo necesarios, con las lógicas interrupciones de otras calamidades ajenas a ellos, lo que habría contribuido a la ruina y la reconstrucción, sin que las almas que en unas y otras ocasiones lo hubieran habitado dejasen más huellas que las de sus excrementos y un hedor de acritud o perfume

descompuesto según el viento soplase.

100

Lo primero que el acusado vio en la sala de vistas, a la que llegaba bajo apercibimiento y con las orejas escocidas y un ataque de hipo que en seguida remedió metiéndose en la boca unas cabezas de cerillas que llevaba preparadas para tal efecto, fue a uno de aquellos seres indeterminados que perseguían a Peto y al instante le recordó a los que también vinieron a por él y a por Denario, aunque nada tuviesen que ver los unos con los otros.

El acusado sabía que los seres indeterminados que tanta lata habían dado a Peto, sin que Colomina estuviese al tanto, ya que ella no creía en apariciones por mucho que en su infancia la hubiese engañado un príncipe azul, podían ser entes de razón o fantasmales sin entidad gubernativa, pero acaso la tuvieran judicial, y la persecución adquiría dimensiones jurisdiccionales.

El ente era el magistrado-juez que presidía la vista y en la sala se percibía un vacío legal que a un licenciado en Derecho, por precaria que hubiese sido su licenciatura, no iba a pasarle desapercibido.

No había nadie por ningún sitio.

La sala estaba sin calefacción.

Las paredes, con humedades.

El ventanal de fondo, con la cristalería o rota o ajada, y una lámpara que pendía del techo, meciéndose con el riesgo de caerle encima al acusado, ya que quedaba en su vertical y no parecía sujetarse a ningún principio legal y mucho menos a la jurisprudencia que avalara su seguridad con el criterio establecido por una pluralidad de sentencias concordantes.

Entró una señorita que pidió disculpas por haberse equivocado de sala.

Tenía la toga con puntillas pero sin puñetas.

El magistrado-juez, o el ente judicial, tenía una voz soterrada y probablemente un pólipo en la garganta o un conato de peritonitis que podría hacerle trastocar los fundamentos jurídicos o el mínimo de

actividad probatoria de cargo, si no era capaz de aprobar en conciencia la prueba practicada, o si el conato llegaba a la inflamación del peritoneo y no quedaba otro remedio que posponer la resolución, lo que no iba a suceder, aunque el acusado sintiese que también él tenía una hernia a punto de salirse.

La señorita era la fiscal y, poco antes de que comenzara su intervención quiso atusarse sin que el magistrado-juez se lo permitiera.

Actuaba el Ministerio Fiscal en el ejercicio de la acción pública y no tardaría, en el trámite de conclusiones definitivas, en calificar los hechos como un atentado contra agentes de la autoridad con lesiones y daños sin otro paliativo que el desuso de las porras por los agentes agredidos.

El acusado no se percató de que, cuando ya la fiscal se recreaba en la suerte pero no con la perspicacia que le sería exigible, trabucando artículos, confundiendo el Código Penal con el Civil y el Mercantil y los hechos con las secuelas y las facultades intelectuales y volitivas con los daños y las dolencias, el abogado de oficio, responsable de la defensa, estaba a su lado, pidiéndole disculpas por llegar tarde e informándole de que con la fiscal habían tenido suerte, porque era primeriza y estaba con la regla, no así con el magistrado-juez, muy lleno de achaques, mal del peritoneo y con el colon irritable.

La defensa, que no había presentado en el acto del juicio documentación psiquiátrica relativa al acusado, con la disculpa de un olvido inconsciente, solicitó exención de responsabilidad criminal y reconocimiento de un trastorno bipolar atípico, pidiendo disculpas por actuar sin toga y venir sin corbata.

Asegurando que el acusado no comparecía en sus cabales por efecto de sus adicciones, que todavía no se lo permitían, lo que inclinó a la fiscal a mantenerse en su solicitud, muy nerviosa y pagada de sí misma, y al magistrado a dictar la sentencia sin ningún miramiento, lo que el acusado asumió sin darse por aludido, dado el estado de necesidad en que se hallaba, pues no había orinado desde la noche anterior por efecto de los antiinflamatorios que tomaba para superar la crisis.

Lo pensaba en el Avernal y no se lo podía creer.

Los seres indeterminados, la sala de vistas vacía, la lámpara que cayó como una espada cuando él ya no estaba en la vertical y con el

estrépito de los cristales se le encendieron las cabezas de cerillas que todavía tenía en el bolsillo, por si el hipo no se le quitaba.

También la penosa secuencia del ente judicial caído en el estrado al tropezar con una silla, la toga por el cuello y las piernas desnudas y el conato de peritonitis ya llevado con el testimonio a los autos originales, juzgando la sentencia tal como la pronunció, mandó y firmó, mientras avisaban a una ambulancia para su traslado y cirugía.

XXII

LA MARCA DE LA CASA

101

El recluso Idao estaba quieto en la poltrona y cuando los seres indeterminados, finalmente conchabados con los que venían a por mí, lograron que me subiese la fiebre y se me cayera un tornillo de la cabeza, precisamente el que enroscaba en el cerebro uno de los pocos centros nerviosos que me quedaban enchufados, volvió a hablar de la fuga que tenía pensada.

Era una fuga que, con un poco de suerte, nos llevaría del penitenciario a la bancarrota de los sentimientos pusilánimes y, al tiempo, a la altura de miras que necesitábamos para que no nos cegaran aspectos banales de la existencia humana, tomando como arquetipo nuestra reclusión en el Avernal y los penados con que la compartíamos.

Idao no tenía mando en plaza pero tenía habitualmente las amígdalas inflamadas y, aunque tullido, no daba el brazo a torcer y mantenía el paso firme y la conciencia tranquila, muy consciente de sus nódulos linfáticos.

Llevaba en el Avernal más tiempo que nadie pero no se jactaba de ello, tampoco solía mencionar la sentencia que lo acreditaba como un reo que, más allá de las extorsiones y los malentendidos, había hecho caso omiso de otras advertencias judiciales y reincidía muy de acuerdo con la estructura mental que posibilitaba sus vicisitudes y acciones delictivas.

—No me arredro —decía, sin que nadie le discutiera la poltrona, de la que se había hecho dueño tras suspender las subastas que tradicionalmente la adjudicaban—, ni sostengo lo que no tiene sentido, ni me dejo llevar. La cabeza es el centro de operaciones y no hay que cardarla. Los mecanismos se desgastan cuando no se usan.

Fue Idao quien me sacó a flote cuando, a los pocos días del ingreso en el penitenciario, comencé a tener palpitaciones y una salivación verdosa, a lo que se unió una desviación que me desubicaba en

cualquier movimiento, sin saber salir de un sitio, ya fuesen las camarillas o el retrete o la sala de fumigaciones, para ir a otro, ya fuese el taller de terapia o el patio de las amonestaciones.

Allí dábamos vueltas, unos detrás de otros, mientras por el altavoz, que retumbaba como si estuviese hueco, nos lanzaban invectivas y apremios, incluso con nombres y apellidos, para que no perdiéramos el hilo ni cambiáramos el paso, que era lo que mejor nos inducía a borrar la autoestima o, si no nos hacía efecto, a subirnos a la parra, que era lo que le pasaba a Idao y a otros reincidentes venidos a menos pero sin dar el brazo a torcer.

La mayoría se conformaba con mirar al suelo para no pisar el cordón de los zapatos.

102

Levanté cabeza sin que el estado de ánimo me lo permitiese y, en lo que duró aquella indisposición, no por psicológica menos palmaria y con afecciones somáticas que podían haberme llevado a la tumba, la ayuda de Idao me sirvió para comprender mejor lo que la vida tiene de incomodidad y el hecho cierto de que la existencia, al contrario de la esencia, es la realidad concreta de un ente cualquiera.

Lo que me dio alguna expectativa nueva y me reafirmó en la razón de ser y en la necesidad de seguir siéndolo sin que los achaques me amedrentaran.

—No es la depresión —me decía Idao—, ni las inhibiciones o la deflación que supone igual ruina en los mercados y en los sentimientos humanos. Nada neurovegetativo, no te hagas ideas raras. Tienes la murria de quien iba a toda velocidad y, de pronto, se para, se queda quieto, no sabe si lo que conduce es un bólido o una motocicleta. No hay meta al alcance ni van a volver a darte la salida. Tienes que repostar en la primera gasolinera y cambiar las zapatas y los cojinetes.

No era solo un consejo, también una reconvención o la llamada al orden de quien mantiene viva la conciencia de haber descarrilado y recompuesto las vías de acceso al entendimiento, a la lucidez que tanto necesitamos para que la voluntad no se arredre y el depósito esté lleno de combustible si volvemos a emprender la ruta, donde la mala suerte o la misma desidia y desamparo nos dejó tirados.

—No siempre se puede… —vaticinó Idao sin moverse de la poltrona, como si también la inmovilidad pudiera contabilizarse entre las causas del abandono, lo que el abatimiento cede a la apatía y la desgana, y recordé mi accidente en la carretera de Posta, tirado en la cuneta sin intención de levantarme, cuando llegó mi amigo Val, que montaba una moto de mucha cilindrada y no pudo llevarme porque no tenía casco.

—Voy a intentarlo —afirmé rotundo, porfiando con el desánimo y las décimas, aunque mis centros nerviosos hubieran perdido un tornillo.

103

El caserón era como un armario lleno de ropa vieja y tenía en el desuso lo que esos armarios atesoran: las prendas que se pusieron sucesivamente sus habitantes, los trastos y enseres que ya no valían para nada y, si se ahondaba en el sentido de lo que todo aquello pudiese significar, recorriendo las galerías, los tránsitos, los pasillos, los sótanos y los desvanes, podían sacarse en limpio algunas consecuencias que Idao tenía muy claras y que algunos de sus allegados, los de mayor confianza, le escuchábamos repasar para que, como él decía, sirvieran de ilustración preventiva.

—Antes de cerrar la puerta se mira por la ventana —era su primera consigna, cuando ya todos estábamos al tanto de que en el caserón la mayoría de las ventanas, y también algunos balcones, habían sido tabicados para evitar suspicacias y propiciar la disciplina que colonizaba los interiores—. Se mira, se cierra, sea por el agujero o la ranura, sin decir nada a nadie y para que la inspección no se percate.

Después de Idao el más listo de los allegados, el que era su lugarteniente y a quien a veces le dejaba estar con él en la poltrona, era Caricio, también tullido y menos calvo, con un corte en la oreja derecha paralelo al que Idao tenía en la izquierda.

Ambos cortes sin nada que ver con los de otros allegados en las narices o los labios, de lo que me fui dando cuenta cuando un día que tomaba el sol tumbado en la galería del tercero vino a tumbarse conmigo uno de los esquinados que no se hablaban con nosotros y solían hacer penitencia devorando las sagradas formas del sagrario de la capilla, sin que el capellán Supino se lo reprochara, ya que él jamás pronunciaba en la misa las palabras que operan la transustanciación.

—La que menos corta —me dijo el esquinado, que se llamaba Renedo y no tardó mucho en enseñarme una fimosis lamentablemente operada y con una cicatriz en el glande— es la maquinilla de afeitar, y la mejor, la cuchilla o la azuela, si la desinfectas bien. Te fijas en los cortes y ves que en ellos tienen su merecido, seamos esquinados o

allegados de los vuestros, todos con la marca de la casa. No te fíes de nadie y, si alguien te amenaza, sube a la azotea y coge un pico y una pala. Aquí todos somos esencialmente circunstanciales.

104

Idao le cedió la palabra a Caricio y entre los allegados de más confianza hubo un murmullo de desaprobación, demostrativo de que el lugarteniente causaba división de opiniones, lo que vino a aclararme el mismo Renedo cuando otro día también tomaba el sol tumbado en la galería del tercero y él se aposentó a mi lado con muchas dificultades, como si limitase sus movimientos un malestar en la entrepierna.

—No era presumible —me dijo dolorido y espatarrado— que el glande creciera en desproporción al prepucio, eso me habían dicho cuando cortaron por lo sano, pero errando entre uno y otro y manejando para llevarlo a cabo una podadera, lo que no debí permitir, pero ahora ya no tiene remedio. Soy ocluso en la misma desproporción en que antes fui incluso y excluso, sin que ello tenga nada que ver con la mutilación.

Iba a mostrarme otra vez el desaguisado pero le dije que no tenía el cuerpo para tales visiones, y me confesó que había sido muy cuidadoso al pelársela, que el propio capellán Supino le aconsejó que lo hiciera de pensamiento y obra pero con muchísimo cuidado, no fuese a desollarla.

—Ese Caricio —me dijo Renedo después de aliviarse cambiando de postura— no es trigo limpio, en el Avernal lo sabemos todos, seamos allegados o esquinados, menos el propio Idao que se prevalece de una amistad de cartón piedra.

—Es su mano derecha —le dije sin desconcierto.

—Una rata del armario, no lo dudes. Conchabado con la jefatura psiquiátrica y penitenciaria, con la dirección y los subalternos, celadores y vigilantes, terapeutas y mentalistas. Nada se le escapa, es un delator. Hasta quiso meter el morro cuando mi fimosis con un cuchillo de monte.

Caricio fue parco al tomar la palabra.

Se vio que los murmullos no le gustaban un pelo, pero aun así no se dio por aludido, y hasta pareció recobrar el movimiento del cuerpo que tan reducidos tenía los engranajes.

—Se estira y se encoge —dijo sin alterarse—. Se pone y se cambia. No hay que verlas sin mirarlas, pero cada cual es muy suyo. En los enganches debemos mejorar la herramienta. En las marchas hay que lubricar mejor. En el confinamiento no se admiten dudas con la cerrajería. El que quiera entender que entienda, el que no quiera allá él. Lo que vale un quiste no lo supera una lima.

105

Se trataba de un plan desbarrado en el que Idao llevaba metido desde el día siguiente a ingresar en el Avernal, y hasta él mismo daba a entender, para no herir susceptibilidades ni que los allegados desconfiaran, que la trama del plan, no la puesta en práctica pero sí la invención, provenía de mucho antes.

Era una idea precursora que hacía suyo el vaticinio de una existencia desnortada, a la que la psiquiatría solo había hecho que poner peros y cataplasmas.

—Está urdido con premeditación y alevosía —me aseguró la primera vez que me propuso participar en el plan de fuga—, y en tal sentido se beneficia de las circunstancias agravantes de lo que sin ser un delito puede tener su solvencia, quiero decir que con esos supuestos el asunto es más radical y no tiene paliativos.

No fui capaz de asimilar lo que el plan suponía, más allá de los planteamientos teóricos y la convicción con que Idao hacía las previsiones, secundado por Caricio y los allegados menos listos, los que cazaban moscas en las cristaleras que no estaban tapiadas, que eran las de la capilla, y organizaban carreras de obstáculos con los esquinados más alelados, sin que ni las moscas de unos ni las de otros ganaran nunca, lo que daba como resultado reyertas con lesiones punzantes o quemaduras de primer grado.

—Es cosa de atenerse a lo que el plano indica —señalaba Idao mostrando las líneas de lo que parecía un laberinto de isobaras dibujado por un meteorólogo ciego en un papel de fumar—, ya que todo figura muy detallado, incluidos horarios y condiciones atmosféricas.

Lo miraba absorto y hacía un denodado esfuerzo para que las isobaras no se me enredasen en la cabeza, como si las décimas intermitentes que nunca cedieron en todo el tiempo en que estuve en el Avernal también se me enroscaran, sin que la fiebre me dejara libre

de ese latido de la respiración y el pulso que en los peores momentos me proporcionaba una sensación de incandescencia.

—Todo en clave —decía finalmente Idao, antes de recoger el papel y guardarlo en una pitillera, donde no corría el riesgo de extraviarlo ni de que se lo descubrieran porque no fumaba—. A prueba de mirones y espías esquinados, sin que el plan propiamente dicho pueda salir al mercado para que lo subasten como quisieron hacer con la poltrona.

—Digo yo —quise opinar, resabiado pero sin meterme donde no me llamaban— que, además de la fuga, habrá una previsión para, tras ella, ponernos a buen recaudo. No sé si tenemos un conocimiento cartográfico del Egregio o existe ayuda exterior para poner pies en polvorosa, cada cual según se las sepa y entienda.

—De eso te informa Caricio —me dijo Idao circunspecto y acaso con la mosca detrás de la oreja en la que tenía el corte y una colilla a medio apagar, con la que desmentía que no fumaba, lo que aumentó mi recelo—, pero no quieras saber más de la cuenta. Si estás con nosotros estás a por todas.

Fue el propio Caricio el que me llamó la atención cuando salíamos de una terapia, en la que dos penitenciarios llegaron a las manos, contraponiendo la incidencia de haber dejado sus adicciones con los robos a mano armada, sin que el terapeuta, que tenía un ojo a la virulé de la terapia anterior con otros atracadores, pudiera sosegarlos, dejándonos a los demás en ayunas, pues todos queríamos hablar y a nadie le interesaba echar en saco roto la ocasión de aquellas sesiones tan movidas.

—El Egregio es un monte bajo —me dijo de soslayo—, con muchos conejos y algunas aves migratorias, sin caminos ni senderos. No necesitamos cartografías. Tenemos una carabina con cuatro cartuchos y no descartamos cobrar alguna pieza, sin que los conejos nos infundan la mínima confianza, son muy trapaceros. ¿Te queda alguna duda más o quieres dártelas de sabelotodo? Lo que no nos gustan son los chivatos, y menos cuando comulgan a diario, sabiendo que el capellán Supino tiene suspendidas las órdenes sacerdotales por corrupción de menores y acosos sin aspavientos.

106

El caserón era un baúl lleno de cachivaches en el que nada resultaba lo que parecía, ya que los utensilios y trebejos nada tenían que ver con el tiempo en que sirvieron de algo.

Las sucesivas rehabilitaciones y cometidos imponían en su interior la propia metamorfosis de los resultados, hasta el punto de que el baúl quedó abandonado, como si ya no tuviese ninguna utilidad que no estuviera relacionada con el desvarío de quienes ahora lo habitaban: los penitenciarios que llevaban la cabeza pelada y una mugre en el sustento de sus ideas, además de las ocurrencias que un día y otro ponían patas arriba lo que el caserón contuviese, sin que la psiquiatría hiciera nada por reordenarlo y las cabezas se aviniesen a ello.

En tales circunstancias, sin que el baúl me llamara la atención, y todavía menos el armario, supe que lo más beneficioso para mi estancia entre aquellos muros tabicados y obstruidos era dejarme llevar y mantener el disimulo como forma de supervivencia.

Las terapias no daban mucho de sí y solían acabar en reyertas y tampoco existía mayor disciplina para acudir a ellas, cualquier excusa servía para soslayarlas y había un grupo que copaba siempre la primera fila, pues solía impartirlas una terapeuta que, aunque imponía su autoridad, no daba importancia a las guarrerías de los más desventurados, aquellos que el capellán Supino había reducido a una penitencia que los esquilmaba, y él mismo administraba los sufragios y los bromuros.

—La impaciencia —decía el capellán Supino en las homilías que más éxito tenían, cuando los internos asistíamos obligatoriamente a la misa dominical— es el remanente de la paciencia, una contrapartida que debemos controlar para nuestra tranquilidad. Hay que saber esperar, ser lentos en los deseos y tolerantes en los consentimientos.

Nadie le hacía caso pero todos estábamos atentos, incluidos los que no se privaban de las guarrerías, a los que el capellán Supino, además

de los sufragios y los bromuros, les leía la cartilla y los amenazaba con denunciarlos a la Dirección, lo que estaba al cabo del día en el Avernal, donde la Dirección no daba abasto en la tramitación de las denuncias y un elevado tanto por ciento de los internos recibían castigos mentales, morales y corporales, algunos de ellos, los más impacientes, con un profundo agradecimiento, que los hacía reincidir.

—Volvemos a lo mismo —decía el capellán Supino, a quien aborrecía el resto del personal del psiquiátrico, ya que nadie apreciaba sus homilías y la mayoría sabían que estaba suspendido de las órdenes sacerdotales por el obispado y que daba tres cuartos al pregonero burlándose del secreto de confesión, siendo la comidilla del Avernal los pecados de quienes menos pudiera pensarse, el secreto de las miserias que cada uno guardaba en el baúl correspondiente—. Vamos al mismo sitio, no cejamos, no dejamos de tropezar con la misma piedra. Convendría pecar con menos ganas pero mayor variedad, por si las moscas, ya que si nos levantamos como torcaces ¿a qué palomar vamos a ir…?

Me pareció oportuno confesarme con el capellán Supino, entre otras cosas porque no quería que me tomase el número cambiado, y hasta me ofrecí a ayudarle a misa, cuando todavía las vinajeras me atraían con el regusto del alcohol barato, sabiendo que él las dejaba a rebosar para los acólitos, pero no me salió bien, ya que desde el principio receló de mí y no tardó en denunciarme.

—No eres trigo limpio —me dijo un día en la sacristía de la capilla, antes de que yo le pusiera el amito empujándolo—. Se te nota la impaciencia, estás confiscado más por problemas morales que de salud, ni se te ocurra tocar la campanilla en la elevación.

Los castigos siempre provenían de las denuncias, y los precarios tratamientos psiquiátricos podían motivarlas, lo que siempre me hizo recordar mis anteriores internamientos, aquella variedad de situaciones en las que la incomodidad de la vida no era el contrafuerte de la penalidad del trastorno, quedando libre el extravío para que el conductismo no tuviese siempre razón ni la personalidad se soliviantara sin venir a cuento o se produjese un comportamiento inadecuado.

—No tienes arreglo —me decía el capellán— porque no tienes virtud.

107

Pocas veces concurrí al sótano, el único lugar del Avernal donde todos los internos, de la índole que fueran, incluidos los allegados y los esquinados, convivían con la garantía de sentirse libres, sin la vigilancia que en la media del establecimiento apenas era suficiente para que nadie se desmandara, ya que los profesionales de la misma, además de insuficientes, hacían turnos a su libre albedrío.

Tampoco fui muchas veces al desván, donde un escogido grupo celebraba otras reuniones que podrían suponer, si el consumo de estupefacientes y alcohol no se descontrolaba, una suerte de terapia contrapuesta, resistente, contraria a la convencional, sin tratamiento previsible y para que no se produjera ningún tipo de rehabilitación.

En uno y otro caso las citas eran nocturnas.

El armario quedaba entornado y el baúl a medio cerrar, y nadie en el caserón sobrepasaba los siseos y las encomiendas a media voz, con gestos sigilosos para que nadie se alertara.

También con un gran desprecio para los durmientes, casi todos los más averiados, que en las camarillas multiplicaban los sueños y los contagiaban hasta quedar extenuados, ya que el director del centro, que cambió cuatro veces en el corto tiempo en que estuve recluido, siempre mantenía la teoría del sueño reparador y contagioso como artilugio para reducir la presión psiquiátrica, rifando las píldoras reparadoras en cantidades industriales y trabucando la rifa para que les tocaran a los que daban más guerra y no había quien los aguantase.

En el sótano podía hacerse de todo.

El espacio no tenía límites y las escuetas bombillas no lo determinaban, antes al contrario, contribuían a hacer más extensa e imposible la atmósfera que alimentaba una humedad llena de sulfuros y gases que lentamente, mientras los reunidos hacían toda clase de juegos o cabriolas, o se desnudaban para desperezarse y cometer cualquier sodomía u ocurrencia gimnástica con riesgo de romperse la

crisma, iba logrando aletargarlos.

Y hasta llegar al punto de que el sótano arrumbaba sus insospechadas estribaciones y ya nadie quedaba en pie, todos atolondrados o aturdidos en unas profundidades donde no existía ni la razón, ni el trastorno ni el cuerpo o el alma, ya que las bombillas se habían apagado.

Al desván fui con Idao y Caricio.

No te admitían sin la contraseña que identificaba a los concurrentes, y sin llevar el cargamento precintado, ya que el reparto de reservas era general y no se permitía que cada cual consumiera de lo suyo.

Nunca faltaba el caso de que alguien quedara en coma, ya que la previsión ponía en marcha un mecanismo de ahogos y sofocaciones para que de ese estado patológico se pudiera volver sin merma, superado el riesgo de haber perdido la capacidad de conciencia y la motora voluntaria, y al recuperar la sensibilidad se diesen por bien empleados el trauma y los excesos que lo provocaban.

En una ocasión vi a Idao y a Caricio en ese trance del más allá, como dos hermanos mellizos que hubiesen atravesado una línea de sombra cogidos de la mano y cantando una canción infantil que mencionaba el amor de las madres vegetarianas y de los padres culturistas.

Como si esa canción expresara el anhelo de sus memorias aturdidas, cuando ya el efecto de los estupefacientes y la sobrecarga alcohólica estaban a punto de transportarlos al coma, del que ambos salieron al mismo tiempo, retomando la última estrofa de la canción, en la que las madres y los padres acunaban nuevos retoños.

—No es preceptivo —me dijo Idao, tras una de aquellas ocasiones—, pero jamás podrás curarte si no mueres un poco. El viaje no tiene billete y en la estación no hay consigna ni sala de espera, lo que lleves no lo declares en la aduana. Se muere para aprender a hacerlo. Hay que tocar la nada, sin otra sevicia que la de su anhelo.

XXIII

EL PLAN DE FUGA

108

La fuga estaba en marcha y la excitación de los allegados era tan grande que, suspendidas las secretas apuestas para apuntarse a la misma, Idao y Caricio tuvieron que repasar la lista para reducirla a una cuarta parte.

Lo hicieron con la advertencia a los caídos de ella de que cualquier comentario desafortunado, que pusiera en peligro la operación, sería castigado con cadena perpetua o, en su caso, liquidación de intereses y dejación de aprovisionamiento, dando de baja a los infractores de toda actividad, así fuera lúdica como docente.

Había un plan, solo lo sabían ellos y hubo un momento en que la perspectiva del mismo comenzó a agrietarse, sin que dieran cuenta a nadie de lo que sucedía, pero sin poder compensar el desconcierto de quienes les iban a la zaga, atentos a la mínima indicación y sin que su curiosidad se viese aliviada.

—Entre la pericia y el resultado —dijo Idao en una última reunión, con el gesto obsoleto de quien papa moscas y una calentura en los labios que abultaba sus palabras— hay que establecer cierta conformidad, y para ello se pide confianza y altura de miras.

—No se fía más el que todo lo quiere saber que el que a nada se atiene, dejando aparte a los postergados y a quienes carecen de iniciativa —apostilló Caricio, menos obsoleto pero nada carismático y con un flemón que le deformaba la barbilla.

—No vayamos a abrir la espita antes de tiempo —siguió Idao, ya menos obsoleto pero no del todo cariacontecido— para que la verdad se nos vaya de las manos e impere la mentira como nueva norma de comportamiento. Entre unos y otros no es de recibo ni la suspicacia ni la connivencia, hay que andar con pies de plomo. La vida en vilo.

—Vayamos al grano —zanjó Caricio dando un golpe en la mesa, mostrando el carácter más abstruso de su personalidad, que no era otro que el que procedía de las alcantarillas de su trastorno, por donde las aguas residuales de una voluntad trasnochada desembocaban en el albañal de su temperamento—. Vamos a poner las cartas sobre la

mesa, y si hay que votar se vota. Hay democracia aunque haya inquina. Vota el que vale.

Nada había que votar, no había nada que hacer y el golpe en la mesa incrementó la inquietud de los presentes, a los que al comienzo de la reunión se les había pasado lista, y al final se les dejaba ir, tras volver a repasar los nombres y registrarlos, comprobando que nadie llevaba nada encima, tampoco la ropa interior que estaba prohibida a los conjurados.

—No os alarméis —dijo Idao, cuando ya todos habían desaparecido, alzando la voz y limpiándose en la frente un sudor amargo que provenía de sus glándulas sebáceas y de la malformación de sus pensamientos—. No hay que preocuparse, todo sigue en pie, aunque la continuidad no esté garantizada. En el tanto por ciento de las posibilidades no existe razón para el desánimo, solo para la desavenencia, la pericia es imprescindible. Si hay democracia, hay juego de manos.

Idao perdió el conocimiento y se derrumbó, tras el notable esfuerzo de sujetarse para no caer antes de que los demás desaparecieran, y quedáramos solos Caricio y yo, muy ocupados en atenderle, sin que yo me percatase de que Caricio no tenía muchas ganas de hacerlo, de lo que me fui dando cuenta cuando los acontecimientos posteriores demostraron que entre Idao y Caricio no solo había desavenencias, también granos sin reventar, la misma torticolis y una oscuridad en el fondo de sus almas que alimentaba la condición fratricida de quienes nacieron de la misma madre pero no del mismo padre, lo que suele pasar en las llamadas guerras civiles.

—No malgastes el tiempo —me susurró Idao, hipnótico, cuando ya Caricio se había marchado y yo le daba la vuelta para que se sujetase mejor los pantalones—. Reza si sabes, pero no hagas nada que no revierta en tu provecho. Esa es la más cabal ideología.

Estaba a verlas venir, no las tenía todas conmigo, no sabía a qué carta quedarme.

El tratamiento que estaba recibiendo en el Avernal era claramente defectuoso, con los fármacos caducados, el psiquiatra que me habían asignado disfrutando de varios días por asuntos propios y una reincidencia adicional con vómitos y diarrea.

Apenas era capaz de cogérmela para hacer pis.

109

Unos días después estaba yo en el cebadero de las esclusas, donde un muro del caserón se hunde en la avenida subterránea del Margo dejando al aire la terracilla que los internos usan para sus desahogos.

Y como no lograba pelármela, ya que la imaginación trastocaba mis visiones y había un cielo empañado que tampoco las propiciaba, me quedé dormido y me despertó no mucho después la voz de Idao que, sentado a mi vera y también con la minga entontecida, se subía los pantalones.

—Hay algo que debes saber y no me atrevo a contarte —dijo sojuzgado, como si una mano le atara el cinturón sin que él consintiera en el ojal apretando más de lo debido—. Caricio no es trigo limpio y el plan está en sus manos.

—El mando es tuyo —dije sin acicate, como si la observación se me cayera de la boca sin pretenderlo.

—Mío en su resolución pero no en la estrategia, en los pasos a dar en la noche de autos, según las indicaciones que tiene el papel y hay que saber descifrar. Caricio tiene las claves, fue él quien quitó del medio al capataz que hizo las reparaciones en el cobijo de la trasera, donde las ruinas más antiguas del caserón.

—¿Lo apuñaló? —pregunté hipertrofiado, como si en el desvarío del pensamiento me llegase un acto venal, la inquina veneciana de alguna película de capa y espada.

—Fue peón suyo, lo quitó del medio con la taladradora cuando el capataz le mostró el conducto de salida al exterior, lo que podía ser una suerte de escape más de urinario que de aguas fecales.

—¿Qué se puede hacer? —inquirí impreciso, intentando disimular mis afecciones con Caricio, que habían supuesto en alguna ocasión, de la que llegué a arrepentirme, ciertos tratos privados más engañosos que sensuales pero, en cualquier caso, sometidos al secreto de las poluciones o los halagos, viviéndose como se vivía en el Avernal la misma frustración que inquina, igual desparpajo que apocamiento.

—Habría que eliminarlo —aseveró monotemático Idao, a quien la

hebilla del cinturón le había causado un corte en la uña con un goteo de sangre infectada.

Estaba confuso y no entendía aquella idea peregrina o, en el peor de los casos, no me atrevía a tomarla en consideración, como si no hubiese escuchado lo que Idao dijo y, a la vez, imaginara a Caricio con la perforadora, llevándose por delante al capataz y, al tiempo, encantado de que yo le hiciese una gayola, asegurando que no existía placer mayor que el de los homúnculos y las plantas trepadoras. De los íncubos le daba vergüenza hablar, ya que tenía un sobrino de esa especie.

—Un mano a mano —dijo Idao contravenido, chupándose la sangre de la uña con la voracidad del vampiro cuando aguardaba en la ebanistería a que le repararan el féretro, como yo recordaba de una cinta rumana—. Uno por un lado, el otro por salva sea la parte, pillándolo desprevenido y sin posibilidad de abrochar la bragueta.

—No lo veo —opiné traumático, sabiendo que Caricio era dócil con la pretina y no acostumbraba a despistarse, dada su condición de mal bicho y de enamorado de las pulgas y los piojos, siempre rascándose y buscando el placer de los picores y el agrado de los insectos.

—Hay que espabilarlo, no queda más remedio o el plan se desmorona —valoró enquistado Idao—. Mano a mano no tiene mayor riesgo. Lo he visto perder pie en la escalera de mármol pulido y atragantarse en el comulgatorio sin que el capellán Supino lo forzara a cumplir por pascua, también lo he visto cargando la carabina sin quitar el ojo del punto de mira.

Ni iba a prestarme, aunque me había involucrado más de la cuenta en aquel plan de fuga que ahora perdía mi interés, ya que me estaba acostumbrando a la vida muelle del penitenciario psiquiátrico.

Allí encontraba algunas gabelas que no había tenido en ningún internamiento, y no era la menor la de andar por libre por los pasillos sin que nadie te pusiera la zancadilla o robar en los casilleros las cartas que no eran mías y que ni siquiera tenían dirección, sabiendo que nadie me escribiría, ya que nadie se acordaba de mí desde los tiempos inmemoriales en que el ser humano tomó conciencia de su ruindad y desapego.

—Lo piensas —propuso Idao paradigmático— sin decir nada a nadie, todos lo saben ya, a todos les hice la misma oferta y algún pardillo asentirá, pero eres tú el que mejor me cae, vamos a fugarnos

también mano a mano dejando a los demás en la estacada.

110

Todos se rilaron.

No hubo allegado que mantuviera el tipo, y hasta un esquinado que se infiltró tiró la toalla y, sin afán de chivarse, fue a la enfermería a que le hicieran un reconocimiento de las deposiciones y las mucosidades sin que le detectaran otra cosa que una rinitis y un forúnculo.

Idao dio el brazo a torcer, no quedaba otro remedio pero tampoco era el mejor modo de rehacer la confianza con Caricio, que de tanto recelar nos había quitado la palabra y le había exigido a Idao devolverle el papel de fumar del plano con sus claves e indicios.

Llegando al extremo, entre la burla y el resarcimiento, de liar un cigarro con él y fumárselo ante nuestras narices, diciendo que, como en la canción, solo por el humo se sabe dónde está el fuego, y mediando su sonrisa sardónica apagó la colilla y se la comió sin miramiento.

—Volvemos al comienzo —dijo entonces Idao dándole a Caricio el abrazo de Vergara, y mostrando sin rebozo la flojedad de un carácter mucho menos recio de lo previsible, lo que en seguida justificaría reconociendo que sin esa alternativa la fuga resultaba inexistente.

—Vamos a ello —dijo Caricio, con una decisión tajante pero que no dejaba de resultar malsana, lo que me puso en seguida la mosca detrás de la oreja, sin que por ello dejara de sumarme al abrazo y reconociendo también que antes de que Caricio apagase la colilla le había pedido una calada, detalle que Idao jamás me perdonaría.

Dispuestos de ese modo, la primera noche que nos fue propicia no tardó en llegar, advertidos de que las prisas no eran buenas consejeras pero sabiendo el riesgo que corríamos de ser descubiertos y denunciados, con tanta gente sabiendo más de la cuenta y estando al tanto el propio capellán Supino con el que los tres nos habíamos confesado, admitiendo la fuga entre nuestros pecados y con el vano propósito de lograr su absolución y bendiciones.

De pertenecer al ramo de sus abusados era mejor ni mentarlo.

Supino se lavaba las manos en la pila del agua bendita y los consentidos tenían permiso para hacer lo mismo.

Dormía mal, tenía fiebre y dudas.

Los tres marcábamos las distancias en esos días previos, como si estuviéramos reñidos y sin hablar con nadie, lo que no era óbice para que los menos enterados vinieran a contarnos cualquier chascarrillo impropio que nos ponía en guardia o hicieran toscas alusiones que nos alteraban los nervios.

—Paciencia y barajar —repetía Idao al cruzarnos en el pasillo de la lavandería, donde yo había perdido el último calzoncillo que me quedaba y, en el intento de robar uno, fui apaleado por su dueño y tuve que darle la camiseta, bajo amenazas y para que nada trascendiera en la delicada situación que sobrellevábamos.

—Oído al parche —repetía Caricio casi como una admonición, cuando pasábamos por el corredor de las amortiguaciones y se quedaba atando el cordón del zapato, guiñando el ojo y alzando la chepa en señal de avistamiento.

La ocasión fue improvisada.

Ninguno de los tres lo sabíamos.

El tiempo se nos echaba encima y, dada la impostada comunicación, cuando ya los tres nos equivocábamos de pasillos, tránsitos y comedores, pues la confusión mental se estaba desatando y hasta en las terapias se nos veía el plumero, fuimos uno detrás de otro, escaleras abajo, la misma noche en que los tres nos habíamos confundido de camarillas y, al darnos cuenta, estábamos acostados juntos en la misma cama, entre la rechifla de los vecinos y el desaire que me tocó padecer para el mantenimiento de la situación, al tener que acceder a bailar desnudo en medio del dormitorio, aplaudido y vejado, empalmado y sin dar muestras del bochorno, mientras Idao y Caricio tomaban la delantera, ya resueltos en la improvisación de la fuga.

Me las vi y me las deseé.

Los nervios se me atascaban y en la cabeza seguía perseguido por el estrépito y la mofa del dormitorio, cuando ya Idao y Caricio me metían prisa, pidiéndome que no me detuviera, insultándome y advirtiendo que no hiciese ruido.

Dudé hasta el último momento.

El mismo ímpetu de lo que más que una fuga parecía una huida, me alentaba y me frenaba la carrera.

Mientras en la cabeza el estrépito y la mofa se habían convertido en el ulular de una sirena y en el estallido de un cohete y en el viraje de un coche que tomaba la curva con la velocidad que lo haría estrellarse, cuando ya los espectadores del cine Crisalto, en una vieja sesión continua, lo daban todo por perdido.

Ni siquiera la cinematografía era un consuelo.

XXIV

EL BULLICIO DEL MONTE

111

Estábamos en el monte Egregio y compartíamos esa sensación de quien saca la cabeza a la superficie, respira lo que las algas tienen de retama o lo que la noche concilia entre el mar y la orografía leñosa.

Un ámbito en cualquier caso muy parecido a las estancias vacías de nuestras cabezas y de nuestras inquietudes que, al conjuntarse en la expectativa de vernos allí tan congratulados como cohibidos, nos apabullaba un poco sin darnos siquiera ocasión para felicitarnos y menos todavía para saber por dónde debíamos ir, si es que íbamos a alguna parte o, conmocionados por la fuga y sus consecuencias, decidiríamos volver, como habían hecho infinitas veces muchos evadidos del penitenciario.

Entre ellos más de uno de los que en el cine Crisalto no habían tenido suerte y, antes de huir en el coche que se estrellaba, aceptaban la cobardía de un regreso a las celdas con el correspondiente aumento de pena por haber secuestrado a la hija del alcaide y violentado a su señora.

La cinematografía redundaba en lo mismo.

El monte Egregio era una superficie rota.

Un escenario que resonaba en la noche como si el firmamento lo corrompiera con los ruidos de sus habitantes nocturnos, el eco de la dormitación entre las estrellas y las torrenteras.

Estaba desnudo pero no tiritaba.

Idao y Caricio vinieron tras de mí hasta ocultarnos en unas piedras. Idao había perdido un zapato y se quejaba de la pata jerela. Caricio llevaba al hombro la carabina y le brillaba la chepa como si tuviese escamas.

El silencio lo rompió Idao, al que le temblaba la voz.

—El peligro son los gamusinos —dijo contrito—. Los bichos del monte no tienen pensamiento, pero los gamusinos cazan resentidos, son de una raza relegada.

—Cargué la carabina —advirtió Caricio hierático—. Hay cartuchos

para defenderse.

—Lo mejor sería dar una batida de reconocimiento, cada cual con su sentido de la orientación —propuso Idao, constreñido—. Volvemos a estas piedras para darnos el parte, luego esperamos a que la noche levante. Ante cualquier peligro, azuzar el oído y callar la boca. Todo monte es alevoso. En vilo pero no en vano. Hay que apretar el contenido, lo que seamos o nos quede. Llegó la hora de la verdad.

112

Me quedé solo, seguía empalmado.

El Egregio bullía. No lograba controlar la cabeza. Lo que Idao propuso me pareció fuera de lugar, era mejor seguir juntos, la carabina de Caricio nos daba cierta seguridad. Desaparecieron a la primera de cambio.

Me pareció que el monte, además de bullir, ardía.

No podíamos estar muy lejos del Avernal, tampoco habíamos corrido tanto, aunque lo habíamos hecho enloquecidos y sin destino. Me picaban las piernas y no tardé en sentir el relente de la noche.

Verme desnudo me causaba todavía mayor vergüenza que consternación.

Me quedé quieto, sentado en las piedras, decidido a esperarles, aunque fuera incumpliendo la orden de Idao. Busqué una postura adecuada, era difícil hallarla y cualquier movimiento me lastimaba.

Decir que me quedé medio adormecido puede parecer un dislate, pero sucedía algo que me ayudaba a abstraerme, como si el bullicio del monte se transformara en un susurro apacible, o el cansancio y los nervios, al contrario de lo que suele suceder, me apaciguara.

O el propio miedo que podía sentir, sin mucha conciencia del mismo, me incitara a encogerme y quedar recogido sin que el cuerpo resaltara o la misma desnudez fuese el mejor atributo para una desaparición emparentada con la de los bichos en sus madrigueras.

Dormía y soñaba.

Podía discurrir el tiempo, quebrarse la corteza de un pino enano, expandirse la maraña de los espinos, incendiarse la retama, retener en las manos un objeto que fue deshaciéndose hasta mancharlas y escuchar, sin hacer caso, lo que parecía una reverberación de luciérnagas y voces, un murmullo de lamparillas en el eco de una llamada.

Un disparo me sobresaltó.

Seguía dormido pero tenía los ojos abiertos y acababa de incorporarme con todo el cuerpo dolorido.

El disparo se repitió y con él un grito de dolor y rabia.

Caricio traía a Idao apuntándole a la espalda con la carabina.

Idao también estaba desnudo y en su imagen de tullido eran más palpables las vejaciones de una enemistad y una traición en toda regla, como si el cuerpo doblado se aviniera tanto a la inquina como al sufrimiento, sin que su captor mostrara al empujarle con el cañón del arma otra cosa que su complacencia y aborrecimiento.

Una película mala y cinematográficamente irrelevante.

—Dos en raya —ordenó Caricio, imperativo y codicioso, sin que yo llegara a entender, todavía lastrado del sueño y la imaginación rastrera que desamparaba mi desnudez, lo que pretendía, percatándome cohibido de que seguía empalmado, lo que me llenó de congoja—. Al tres bolillo —volvió a ordenar, y estaba claro que no sabía lo que quería y que nosotros dudaríamos en obedecerle, a no ser que el arma reglamentaria fuese su razón de ser.

Idao lloraba. El dolor le quemaba la piel del trasero, muy enrojecida, y la rabia los labios.

—Vamos de vuelta a casa —dijo Caricio, sibilino, mientras los dos detenidos tropezaban con la misma piedra y se rompían los morros de igual manera, sin que el guardián hiciera otra cosa que volver a empujarlos apenas incorporados y molidos—. La treta no salió bien —masculló pérfido—. Hay un azar vengativo. No se puede nadar y guardar la ropa. Hay mucha tela que cortar. La terapia ilustra, pero no restaura.

Lo oíamos como quien oye llover.

Idao probablemente con más conclusiones que yo, más abatido según caminábamos con los guijarros destrozando los pies y una punción en la espalda, además de la gonorrea y la dentera.

—¿De qué te vale? —quiso saber Idao, arrebatado.

—De un puesto de mando —contestó Caricio, artero—. Del porvenir y la reducción de pena. De poder jactarme.

113

No era pensable que en el monte Egregio hubiera caza mayor, aunque de la caza humana daba cuenta la pareja que Caricio llevaba encañonada.

Y, sin embargo, aunque resulte asombroso, vino un felino a sacarnos de apuros, atacando a Caricio por la espalda, cuando ya andábamos perdidos por el monte, ya que el cazador no debía de tener muy clara la senda que nos devolvería al Avernal, si esa era su intención para obtener la recompensa o, en el fondo, lo que quería era fusilarnos para satisfacer sus inclinaciones psicopáticas.

O, en el peor de los casos, sodomizarnos para quitarse de encima el trauma de unas relaciones incestuosas que en su día, en las concurrencias del desván nos había confesado, con más morbo que culpabilidad, sin que su sobrino íncubo fuese responsable.

El felino atacó a Caricio por la espalda, y repito que, por asombroso que parezca, era un tigre de Bengala, del tamaño y porte de las cintas de la selva que Tina Solidia y yo habíamos visto en las continuas del Crisalto.

Si se merendó o no al cazador ni Idao ni yo pudimos dar cuenta, ya que ambos pusimos pies en polvorosa, volviendo al Avernal antes de tiempo y sin que nadie se enterara de la fuga y de sus consecuencias africanas.

—Nadie debe saberlo —me dijo Idao, convicto, cuando con sigilo y predeterminación subimos a las camarillas, ya con ropa de repuesto y pijamas, y con las erecciones controladas.

Había caza mayor en el monte Egregio, y lo sabían las autoridades de Oceda, especialmente en el negociado del permiso de armas, en la sección de objetos perdidos y en la perrera municipal, desde que se incendió el circo Safari y huyeron de las jaulas algunos animales salvajes que pudieron recriar en libertad.

De Caricio nunca más se supo, a no ser que un vientre de Bengala no logre hacer la digestión como es debido.

La película no podía ser autorizada para menores, resultaría demasiado sangrienta.

El cine vale más que la vida, cuando la vida vale tan poco y el tecnicolor sublima los sentidos.

XXV

EL TRASTORNO UNIVERSAL

114

Cuando el tren se paró en la estación del desierto de Moravines llevaba dormido medio viaje y, por un instante, al despertar, no supe ni de dónde venía ni adónde iba.

Balma no me sonaba de nada y mucho menos Borenes, ciudades ambas emparentadas en el decurso de las estaciones y en el atasco de mi memoria, echada a perder con los somníferos y sin que la precariedad prostática los contrarrestara, cuando ya dormir y mear eran las dos únicas actividades fisiológicas de una vida temerosa.

Estaba casi solo en el vagón cuando subió, con muchas dificultades, una de esas ancianas que parecen haber derrochado la edad sin aprovecharla y que, cuando se sientan frente a ti, te das cuentas de que es al revés.

Te percatas de que esas ancianas hicieron un aprovechamiento tan holgado que la edad sin quitársela de encima la tienen domesticada y cuando te miran, como me estaba sucediendo sin todavía haber logrado sacudirme la modorra, te das cuenta de lo jóvenes que eran cuando las conociste en cualquiera de los establecimientos donde la edad resultaba común por la misma necesidad de tenerla, trastocada o suelta y, en cualquier caso, echada a perder antes de cumplirla.

Me miró convencida, sin reparo alguno, y cuando me dijo que era Tecla y que en el vertedero del hospital de Ferrato, en Basora, cuando teníamos igual diferencia de edad pero muchas menos tribulaciones, ya que el trastorno mantenía intacta una fisura para la inconsciencia y la dicha, habíamos mantenido relaciones sexuales completas y sin interrupciones, hasta que el vertedero comenzó a darnos mala espina por el contagio de las vendas, los apósitos, las jeringuillas, las cánulas y los prospectos amarillentos.

Era Tecla, tal como la recordaba, y recobré de sopetón el deseo de penetrarla sin que la basura hospitalaria me diese grima.

Como si la anciana no tuviera recato para volver a ser aquella

Tecla que se emborronaba conmigo en aras de una felicidad muy ajustada a nuestras contracciones mentales y a lo que sexualmente íbamos descubriendo el uno del otro.

Sin más ambages que las particulares manías para satisfacernos, ella de pie y yo sentado, o ella sentada y yo de pie, o los dos de espaldas, metidos hasta el cogote entre los restos de aquella pertinaz farmacología, que tanto bien nos hizo y tanto daño nos causó.

—Eres el mismo pero más calvo —me dijo Tecla, sin que yo pudiera contenerme y saltara a su lado, sin otro arrobo que el que pudiera producirme la intravenosa y cierta moralidad de un pasado en el que las inyecciones tenían mucha importancia y bastante riesgo, sobre todo cuando te cogían un nervio.

—Lo mismo digo, aunque la peluca te favorece —le respondí y, ni corta ni perezosa, Tecla se quitó la peluca y me mostró una calva frutal, llena de ramificaciones y desconchados, pero enormemente avariciosa y apetecible.

Arrancó el tren.

El vagón seguía vacío, el convoy mezclaba el carbón con los viajeros, un mixto y, como tal, facilitaba aquellos encuentros de las personas que habían estado en establecimientos de terapia o reposo, no todos con intención de curarse o haberse curado.

Muchos de ellos, como el propio convoy, decididos a satisfacer deseos inconfesables o a emprender rutinas que les llevasen, aunque fuese de fogoneros, a un compromiso de órganos y fluidos que pudiera servir para la higiene del cuerpo y el alma, sin que el compromiso supusiera la mínima complicación ideológica, ni en el establecimiento de turno nadie se alarmara.

Los que veníamos de un cumplimiento penitenciario lo teníamos más a mano.

Estábamos muy duchos en la materia y sabíamos lo que vale un peine.

Tecla no necesitó darme el consentimiento, estaba curada, había cubierto todo el derrotero de los establecimientos mentales y conocía al dedillo los vertederos, las esclusas, las cloacas, los albañales, las sillerías de caoba de los coros eclesiásticos y las tocas y refajos de las monjas de clausura.

También lo que los perros callejeros afanan en los desperdicios y lo que Dios concede como gracia especial a quienes, como ella, como yo

mismo, se arrastran por el fango, sin perder un ápice de esa gracia y de esa condición sagrada que rige nuestra enfermedad.

Como ella no sabía de dónde venía ni a dónde iba, lo tuve muy fácil.

Una anciana ostenta en el hemisferio de la edad lo que ya retuvo en el de la juventud, y de ese hemisferio, de esa verdad y de esa belleza, iba a prevalecerme para hacerla mía, después de que hubiera sido suyo, sin necesidad de salir del vagón y sin que nadie rechistara en las líneas ferroviarias.

Dormíamos saciados sin habernos dicho adiós.

Ella volvía al desierto de Moravines, a las escombreras de la minería, y yo seguía viaje con el único aliciente de no sentirme perseguido.

Nadie disparó una flecha, esta vez no hubo emboscada.

115

Persuadido de que el mal y el bien no se contrarrestan, sino que se persiguen y equivocan, llegué finalmente adonde no debía, que no era otro lugar que aquel en que Dios dio por finalizada la creación y se tumbó a la bartola.

Hay variados criterios para asumir lo que el fin del mundo supone en las mentes averiadas, ya se trate del final de las historias, de lo que sugieren las ocurrencias para complacer a quien las tiene, o del propio final de las cosas contingentes que se acaban al consumirlas, como hacemos con los alimentos, sean del cuerpo o del alma, o con los propios sentimientos que se apagan igual que la luz de una linterna o la bombilla que cuelga en el cuarto de atrás.

No era ninguna fatalidad haber llegado tan lejos.

Los trenes sucesivos, los autobuses, los coches de línea, las embarcaciones fluviales, habían contribuido a encauzar aquel afán de alcanzar una lejanía donde ya nada tuviera otro sentido que el de los horizontes morados, tan propicios en las demarcaciones finales de las Ciudades de Sombra, que señalan un punto de ficción irremediable y fatal, como fusibles que se queman o lámparas en las que el tungsteno se funde sin temblar.

Por la carretera de Corbeta, alto de Porales, cunetas donde duermen algunos conejos que se amanceban con las liebres y tienen camadas híbridas y enemistadas, tomé un carruaje que llevaba un cargamento de féretros a la funeraria de Val Gusán, pero no llegué a tiempo, ya que de uno de aquellos ataúdes, el que tenía un barniz rayado, cayó un muerto salpicando a los viajeros y haciéndose luego de rogar para que no lo dejáramos en tierra.

Fue algo que me llenó de suspicacia, ya que como tal hecho improbable pertenecía más al fin del mundo, a la comunión de los santos y la resurrección de la carne, que a aquella actualidad en la que el siglo veintiuno no daba todavía cuartelillo a lo que viniera después,

sin que el muerto tuviera la mínima razón, y más tratándose de un cadáver muy perjudicado por la lluvia y la probable enfermedad contagiosa que lo hubiera doblado.

Un siglo, bien lo sabía yo, que a todos nos pondría patas arriba y que multiplicaría la suerte de los muertos con igual impericia que los anteriores, quiero decir sin tasa ni objeción, cruel y cruento, con más ciencia que cordura, menuda responsabilidad.

Algo tenía que ver todo aquello con ese conducto terminal que lleva a los seres humanos, y también a los figurados o figurativos, a las postrimerías, lo que supone, en el entendimiento y en el destino, cierta sensación no ya de acabamiento.

También de transitoriedad, como si lo que se va acabando tomara mayor conciencia de lo contingentes que somos, y no solo en la materia humana, corporal o espiritual, también en el orden universal de las cosas y las esencias, incluidas las científicas, las ideológicas, las artísticas y las más controvertidas, una mandanga.

—Voy a tener que internarme en un establecimiento especializado —me dije a mí mismo, carretera adelante, con el fin del mundo en el extremo del horizonte más morado, los zapatos rotos, perdidos los calcetines y con los pies llenos de rozaduras—. Ya no me vale andar a la deriva o que un tigre de Bengala me perdone la vida, como así había sucedido, sin haber accedido yo a las solicitudes de la fiera, y de otras que le acompañaban en el monte Egregio, todas provenientes del circo Safari, todas emparejadas y con crías, para retomar el espectáculo, montar otro circo internacional y convertirme yo en director de pista y domador, dueño de la carpa y de la recaudación y hasta emparentado con todas las fieras, que entre las propuestas me ofrecían otras más indecorosas pero también rentables, para tener coyundas contra natura de muy distinta especie, afianzando yo de este modo mi condición de animal de compañía.

Nadie me perseguía, era un ser libre.

Ni los que venían a hacerme de los suyos ni los seres indeterminados tenían ya nada que ver conmigo, y mucho menos cuando algún especialista podía echarme un remiendo, ya que lo que en mi cabeza bullía, me convirtiera o no en empresario circense, era una suerte de conciencia universal llena de compilaciones e incandescencias, sin haberme cobrado ninguna vida, ni de canes ni de félidos, nada de lo que pudiese avergonzarme, puedo jurarlo.

El mundo propiamente dicho.

116

En los últimos días del año en curso, cuando ya la novela acababa sin mi ayuda y porque había dejado de interesarme por completo, estaba internado en la clínica de experimentaciones cerebrales del doctor Mansarda.

De tanto dictar se me habían encallado los dedos y atendiendo a que no hay vida que merezca la pena ser dictada y que lo que no se inventa se arruga en seguida, empecé a darme cuenta del fraude narrativo en que me había metido y el consiguiente ardor de estómago.

Merino y Longares habían tirado la toalla.

No sé si la dictadura del proletariado se sostiene, espero que lo haga para no desinflar su extensa bibliografía, ya que me parece una de las pocas dictaduras que merecen la pena, aunque a mí el proletariado se me queda corto, pero la que yo ejercía dictando como un bárbaro, echando astillas y papeles a la caldera, comenzó a agotarme.

El proletario es quien más se cansa.

También influyó en mi desánimo la previsión de lo que sugería al comienzo de la novela respecto al cadáver de un ahogado en el Margo que, si llegaba a rescatarse, tendría mi documento de identidad con los datos domiciliarios de cuando era joven y la fecha exacta de mi nacimiento.

Mansarda lo vio claro, por mucho que fuese menos doctor que boticario.

Yo jamás he salido de la oscuridad imaginaria en la que no hay hechos ni razones para encender una bombilla, si el pensamiento nada esclarece y la voluntad siempre se queda corta.

Aquel cadáver no era de un ahogado identificable, ya que el carnet de identidad estaba falsificado y en ningún sitio constaba mi fecha de nacimiento y mucho menos mis datos domiciliarios.

Todo eso sabiendo como se sabe en Armenta, y en otras Ciudades

de Sombra que no vienen al caso, que los vecinos de mi naturaleza son entes de ficción no cuestionados, aunque puedan ser ciertos algunos desmanes por ellos cometidos, siempre que no se les achaquen culpabilidades relacionadas con el reino animal, perros degollados, gatos disminuidos, periquitos llevados al tinte o provectas hormigas reconducidas en fila india al sumidero de la cocina.

Otra cosa son los gusanos con sus anillas.

117

La clínica se encuentra en Ordial, a la vera del río Nega que, con el Margo, estrangulan la ciudad sin que la misma padezca hernias inguinales urbanas, pero sí una plaga de parásitos intestinales que provocan quiebras y caídas en picado de los servicios municipales más perentorios.

Aquellos que afectan a las necesidades básicas de un vecindario con el vientre suelto y la recogida domiciliaria de basuras cedida a una multinacional de productos agropecuarios.

El Margo pasa como si nada sucediera, sin que la clínica se moje en sus orillas, mientras los internos estábamos sometidos a las experimentaciones del doctor Mansarda y su equipo de cranoencefalia, sin que las aguas reverberasen con el azul de los peces que saltaban inquietos y desleídos, mientras algunas truchas podridas salían ya sin agallas a la superficie contaminada, que tiene su razón de ser en la fábrica helvética de carburos y amiantos, sita en la otra orilla, donde el río hace ya mucho tiempo que perdió la dignidad y los fertilizantes de su lecho.

Fui cobaya aventajado de Mansarda y bien que lo siento, pues en las experimentaciones me extrajeron fluidos y me metieron agujas por salva sea la parte.

Pero también debo reconocer que Mansarda no me abrió la cabeza en vano aunque pudo equivocarse al cerrármela, ya que me he quedado con la sensación de que mi cráneo es más pequeño y no tiene ajustada la cerradura, lo que en ocasiones me lleva a perder la cabeza, ver que se me cae al suelo, pisarla sin darme cuenta o darle una patada como si de una pelota se tratase.

Trepanaciones aparte.

—Sé osado pero sé verosímil —me dijo una vez sin venir a cuento y me quedé muy intrigado, hasta que saqué la conclusión de que la osadía era una virtud solo posible si la verosimilitud la avalaba, y que

cualquier actitud de esa índole debiera tener la fuerza de las cosas para producir o causar sus efectos.

118

Una mañana me estaba auscultando con el fonendo y un serrucho y, después de aspirar y cortar por lo sano, me dijo sin tapujos:

—Tienes la desgracia de ser un privilegiado perceptor del mundo en el que vives, de la condición a la que perteneces. De un mundo trastornado se trata, de una condición con la cabeza desordenada y, además, con la mala suerte, por si fuera poco, de una herencia genética defectuosa, en la que el trombón de tu padre no es moco de pavo, ni tampoco las medias llenas de carreras de tus hermanas y las ligas de tu madre que tanto te obsesionaron y tanto afeaban su condición femenina.

Llegué a aborrecerle.

Menos mal que en la clínica de experimentaciones cerebrales había una enfermera, que me recordaba a mi novia y yo a ella a un hermano suyo fallecido por trepanación a manos de Mansarda que la tenía retenida como rehén, y con la que trabé relaciones también experimentales, algunas tan curiosas como el coito transversal y las eyaculaciones filosizadas, teniendo ella, que se llamaba Ulina, un flujo vaginal sobredimensionado equivalente al rectal con que yo facilitaba las incrustaciones, ya que en todo momento usábamos para satisfacernos el instrumental quirúrgico de Mansarda.

—Intentar explicar lo inexplicable —me dijo Mansarda en otra ocasión, cuando ya le había perdido el respeto y a Ulina habían tenido que hospitalizarla por habernos pasado de la raya en las experimentaciones— es una vana manera de dar por cierto lo inverosímil, algo que contigo no hay modo de entender.

Me quedaba absorto, sobre todo cuando me cogía por el pasillo y me decía aquellas cosas sin venir a cuento, cuando Ulina y yo habíamos bajado a bañarnos al Margo entre los peces azules y las truchas podridas, respirando los carburos y amiantos de la fábrica helvética.

Tantas ensoñaciones compartidas, tantas amorosas emanaciones, tanto flujo y reflujo y, lo que es mejor, un respeto decoroso a la fertilidad, que la hombría de bien avalaba y la feminidad complacida ponía de relieve.

Así me las den todas juntas.

119

En la clínica de experimentaciones cerebrales, a instancias del doctor Mansarda, detenido tiempo después en una redada policial de tráfico de insulinas, ofrecí mis últimas disertaciones con muy diversos resultados, aunque en ninguna de ellas se llegara a las manos.

Hablé de los asuntos cruciales que Mansarda me proponía, cuando ya me tenía convencido de mi cualidad de sujeto pasivo del trastorno global, espécimen muy revelador de unas características irreprochables.

Pero llevé como quien dice el agua a mi molino y, sin que se llegara como digo a las manos, el propio Mansarda, que asistió a una de ellas, no se anduvo con chiquitas y, en obvio desacuerdo, no se recató en decir públicamente que la mía podía ser, además de lo que mentalmente me correspondiera, incluido el dudoso comportamiento, una cabeza de turco.

Hablé en primera instancia en un cuarto trastero, bastante amplio, amueblado con mobiliario de desecho y asistieron los que menos experimentaciones llevaban a la espalda, media docena de seres esquinados que ya habían intentado quitarme del medio, convencidos de que era el niño bonito de Mansarda, y en segunda instancia en el pasillo de posoperatorios, vigilado por personal de enfermería no cualificado y con asistencia de tres o cuatro trepanados.

De la incomodidad de la vida y de la identidad trastornada dije lo que me pareció.

Usé primero palabras convencionales, luego obtusas, más tarde prístinas y finalmente sacras.

Estuve bien, relajado y meloso, nada casquivano y menos hiperestésico que en otras ocasiones, aunque en la valoración de la incomodidad de la vida no logré superar el prurito de la molestia y me quedé corto con la fatiga y la perturbación.

De otras minucias existenciales no quise opinar ni, por supuesto, dar pistas sobre el cierre categorial.

—Es incómodo vivir —decía, afanoso—, es desmesurado tener que hacerlo, es incompatible y competitivo, si nos atenemos a las conveniencias y ventajas, ya que o se vive o se muere y de esa incompatibilidad proviene la propia caducidad de nuestros actos y pensamientos, se está a las duras o a las maduras. Competimos, no estamos a gusto, no nos conformamos. La vida es un engorro. La verdad es que no hay por dónde cogerla, ni siquiera un animal de compañía puede disfrutarla aunque le descuenten los delitos.

Cuántas verdades y qué pocos axiomas, qué pena sentir que se me restringía la locuacidad, que no se acompasaba por demérito con la vibración y el bullicio de mi cerebro.

—Si algún día se te va la olla —me había dicho mi tía Gela, cuando de niño cabezón me relamía con sus caricias— será digno de verse, ya que la traca verbal tendrá la resonancia de los cohetes en las verbenas, ay Dios mío, qué poco tendrán que ver las ideas con las palabras, qué cabeza de chorlito.

120

Ya me estaba poniendo estupendo en la diserta-
ción cuando se desmoronaron algunos muebles del trastero y, al sentarme en una silla, me caí de espaldas, lo que causó rechifla pero no me impidió rematar la jugada, aunque las palabras resonaran polvorientas.

—La vida es poco —dije, magullado—, y al resultar incómoda, también inconveniente y controvertida y, en grado supino, por mucho que nos cueste aceptarlo, embarazosa y desagradable.

En la teoría del trastorno universal fue en la que más me recreé, poniendo de relieve algunas de las ideas de Mansarda sobre mi situación de perceptor, sujeto o espécimen, pero disintiendo de sus razonamientos globalizadores.

—Es universal —afirmé, conflictivo—, y lo es por los tiempos que corren, por el sinsentido de las aflicciones que los contaminan, cuando el sentido común ya no reporta sensaciones y en las mentalidades que nos dirigen o gobiernan hay un vacío sustancial, cuando no la estricta perturbación del propio sentido, la conducta y la conciencia.

Iba embalado, volví sin reservas.

Los vigilantes me sacaron a empujones del pasillo de los posoperatorios cuando los tres o cuatro trepanados que me escuchaban ya habían pasado a mejor vida.

Fue la fiebre la que me hizo reaccionar, cuando encerrado en la sala de disecciones, donde Mansarda se escondía para fumar porros y Ulina y yo nos citábamos para hablar de nuestras incandescencias, sin que jamás uno entendiera al otro y, contribuyendo así al descrédito de nuestra relación, que Mansarda vaticinó al descubrirnos un día amartelados a la orilla del río, asomó el doctor y se dispuso a tomarme la temperatura, cuando ya había roto Ulina nuestro compromiso matrimonial y mantenido yo una desconsiderada reserva de apósitos y

profilácticos de segunda generación, ya usados pero todavía aprovechables.

—Tienes cuarenta y medio —dijo Mansarda, imperturbable llevando el termómetro a la oreja—. Estás en la mejor situación para darte el alta y hacerte a la idea de que ni en la incomodidad de la vida ni en el trastorno global hallarás el remanente que te falta para hacerte pasar por lo que no eres.

—¿Y qué soy lo que no soy? —quise saber, práctico.

—Lo que no puedes imaginarte —me contestó, incorrecto.

La fiebre me satisfacía.

Siempre supe que mis facultades se aceleraban con ella, que formaba parte de la agitación producida por una causa moral, lo que tenía mucho que ver con el motor de mis costumbres y la lucidez de mis abluciones, aunque no fuera pertinente reconocer la catadura del mundo en que me había tocado vivir.

—¿Crees que estás curado? —quiso saber el doctor Mansarda, inconsecuente.

—De espantos —contesté, sin saber muy bien a lo que me refería.